

JOSÉ CARLOS SOMOZA



ESTUDIO  
EN  
NEGRO

  
ESPASA

Gracias por adquirir este EBOOK

Visita [Planetadelibros.com](http://Planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

---

**¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!**

Primeros capítulos  
Fragmentos de próximas publicaciones  
Clubs de lectura con los autores  
Concursos, sorteos y promociones  
Participa en presentaciones de libros

**PlanetadeLibros**

---

Comparte tu opinión en la ficha del libro  
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

---

ESTUDIO  
EN  
NEGRO

---

TRILOGÍA DEL SEÑOR X

---

José Carlos Somoza

  
ESPASA

# Índice

Portada

Sinopsis

Dedicatoria

PRELUDIO PARA MUERTOS

PRIMERA PARTE. SE ALZA EL TELÓN

EL SEÑOR X

EL VIOLÍN

FIN DE ESCENA PARA ELMER HUTCHINS

EL CADÁVER

CONFIANDO

SEGUNDA PARTE. ENTREACTO

ENTREACTO

EL EXTRAÑO CASO DEL DOCTOR DOYLE Y EL SEÑOR X

INTERMEDIO PUBLICITARIO: «¡SOMOS FELICES PORQUE  
COMEMOS MERRYWEATHER!»

ROBERT

UN PLAN PELIGROSO

CRIMEN INMINENTE

BURLESQUE PARA DANNY WATERS

SHERLOCK HOLMES EN EL PALACIO DE CRISTAL

LA FAMILIA DEL SEÑOR X

MELODRAMA PARA MARIONETAS

TRAS LA PUERTA CERRADA

LAS JUGADAS FINALES

TERCERA PARTE. ESCENA FINAL

LA TRISTEZA DEL MUERTO

JAQUE MATE

UNA EXPLICACIÓN  
TELÓN FINAL

EPÍLOGO  
NOTA FINAL  
AGRADECIMIENTOS

Créditos

A finales del siglo XIX , a una exclusiva clínica para enfermos mentales en Portsmouth llega contratada una enfermera nueva, Anne McCarey, protagonista y narradora de esta novela.

Anne sobrelleva un pasado doloroso, es poco atractiva y está atada a un hombre violento. En la residencia Clarendon deberá cuidar de un demente, el Señor X. Sin embargo, descubre que este paciente tiene una extraordinaria capacidad adivinatoria y es capaz de descubrir los secretos más ocultos de las personas, y disfruta haciendo pesquisas policiales desde su refugio.

La relación con Anne es tensa, pues ella se empeña en indagar en su vida; sin embargo, terminan aceptándose. A este dúo se añade el doctor Conan Doyle, que visita la residencia para atender al Señor X. En ese momento, empiezan a ocurrir diversos asesinatos inexplicables en las cercanías de la clínica y el único capaz de resolverlos es el Señor X, enfrentado a Scotland Yard, y a quien únicamente apoyan la enfermera Anne y Doyle.

*Para mi padre.*

*Un día me pediste quedarte en casa.  
Esta es. Quédate en ella para siempre.*

# PRELUDIO PARA MUERTOS

Es indiscutible el éxito teatral de la muerte: permanece en cartel eternamente y su estreno no necesita de ensayo alguno para quedar perfecto.

SIR HENRY GEORGE BRYANT ,  
*Estudio sobre el teatro inglés (1871)*

*La muerte fue rápida pero enervante, como la sensación de alcanzar con los dedos ese lugar de la espalda que nos pica desde hace horas.*

*Así de lenitiva, veloz, casi jugosa.*

*No hubo agonía ni médico ni amigo o familiar que le llorase, ni portadores de féretro, ni caballos emplumados como cuervos, ni viuda velada encabezando cortejo alguno. El instante decisivo le sobrevino sentado. Luego lo cargaron entre dos y lo sacaron de su casa dentro de una bolsa. El resto no fue silencio, sino un vulgar traqueteo en un carruaje del todo inapropiado para su fúnebre contenido.*

*Ya era de noche cuando aquel inestable vehículo se detuvo. Se bajaron los dos hombres, abrieron la bolsa y el muerto puso los pies en el suelo. Lo invitaron a entrar en un lugar completamente desconocido. Era, a primera vista, una casa en ruinas, quizá una granja. Olía a excremento de vaca y apenas tenía muebles en su interior. Como el más allá, desde luego, te hacía perder la fe.*

*Uno de los hombres que lo acompañaba se paró en la habitación más espaciosa y encendió una lámpara de aceite.*

*—¿Cómo se siente?*

*El muerto hizo un gesto de fatiga y desinterés. Se hallaba poco estimulado por aquel caserón inhóspito. Recordaba su vida repleta de actividad, y aun el instante de relámpago final resultaba, por comparación, muchísimo más auténtico y placentero que aquella nada polvorienta (por cierto —se preguntaba—, dónde se habría metido la muchacha que lo hizo morir). Pero*



*ni toda la ciencia del siglo XIX que el muerto conocía, con su industriosa maquinaria, sus teorías sobre monos ateos y su religión anglicana, servía para explicarle cómo debía de ser la vida traspasado el último umbral. Supuso que se acostumbraría. Ya no había nada mejor, pero tampoco peor.*

*Además —y saber esto lo congratuló sobremanera—, era muy probable que no tuviese que estar solo durante mucho tiempo. Se lo dijo el hombre poco después.*

*—Habrá más muertos.*

*Se sintió aliviado. Al cadáver, en su infinita soledad, le agradaba tener compañeros.*

# PRIMERA PARTE SE ALZA EL TELÓN



**Esa sensación peculiar de estar mirando algo oculto que pronto se va a desvelar. Ese tiempo de espera. Ese comienzo terrible...**

**G. J. CLEMENS,  
*Mi vida desde la butaca* (1874 )**

# EL SEÑOR X



~ 1 ~

Este misterio que voy a contar no va sobre mí, sino sobre el señor X. Pero creo que tendré que decir algo sobre mí.

Y podría decir muchas cosas sobre mí, pero se me ocurre esto:

A principios de 1882 yo vivía con mi madre en Southwark, Londres, en un agujero cochambroso por el cual nuestro casero nos exigía una fortuna. Entonces mi madre, un día, se quedó mirándome y ya no dejó de hacerlo. Cuando supe que estaba muerta llamé a mi hermano, pagamos el traslado de su féretro a Portsmouth, de donde somos oriundos, para enterrarla junto a mi padre, y se dio el caso de que, en la estación de nuestra ciudad natal, mi hermano compró los periódicos locales: el *Portsmouth Journal*, *El Ojo de Portsmouth* y el *Portsmouth Gazette*. Mi hermano leía los periódicos sobre todo por las reseñas teatrales, aunque hacía años que había abandonado su sueño de ser actor y trabajaba de empleado de banca. Entonces tropezó con algo en el *Journal* y me lo señaló. Solicitaban un puesto de enfermera para cuidar a un insano mental en una residencia privada para caballeros de Southsea, Portsmouth. Lo pensé un poco —solo un poco— y, ya de vuelta a Londres, envié mis referencias. Recibí una carta de aceptación dos semanas después. Vaya, me dije. Sentí como si cerrara un círculo en mi vida: había nacido en Portsmouth y regresaba allí, quizá para siempre.

En aquella época me veía con un hombre a quien había conocido cuatro años atrás. Se llamaba Robert Milgrew y era marinero en un barco mercante, lo cual significaba que me visitaba cuando podía, o eso me decía. No imagine el lector a un joven imberbe y musculoso: era mayor que yo, robusto pero

bajito, de barba descuidada. Le gustaba beber y a veces era violento, pero supongo que no se puede tener todo. En vida de mi madre nunca lo llevaba a casa, pero esa vez, cuando me anunció su llegada, le preparé las cosas para darle la noticia: le hice estofado de carne, que le gustaba mucho, y le compré una botella de buen tinto, que le gustaba más.

Antes lo invité a ver un circense en Camberwell. Los circenseson espectáculos que nos podíamos permitir, y las mujeres entramos sin problemas. Además, aunque la mayoría no son *escandalosos*, te producen muchas emociones, con esas figuras enmascaradas de los saltimbanquis, que no paran de hacer muecas. En esta función estaban encerrados en una gran jaula y fingían querer salir. Gritaban y saltaban como monos. Robert se rio hasta hacerse polvo los pulmones —que ya tenía hechos polvo— y luego fuimos a casa, él algo mareado con las piruetas y los chillidos. Durante la cena escuchó en silencio mi plan de irme a Portsmouth, trabajar y ahorrar y comprar una casita allí para los dos. Mientras yo hablaba, él daba buena cuenta de dos platos enteros de estofado. Cuando acabé, siguió callado. Temí algo. Entonces alargó la mano, cogió la botella de vino ya vacía y me la arrojó a la cabeza. Por suerte, una silla decidió estar allí en el momento oportuno, tropecé con ella y la botella se estrelló contra la pared. Los cristales me cayeron encima. Y detrás me cayó Robert. Me hizo levantar con una sola mano. Era más bajito que yo, muy rechoncho y más viejo, pero era un hombre, claro. Su fuerza era descomunal. La mía solo servía para cuidar y curar. La de él era terrible. Destruyó.

—¡Vas a dejar Londres por ese nido de ratas! —bufaba, gritaba, la barba llena de estofado. Parecía un saltimbanqui enloquecido—. ¡Me vas a dejar para largarte! ¡Te vas a ir tú sola, por ahí, como una furcia! ¡Ni lo sueñes, reina!

¿Por qué se ponía así?, le dije, le supliqué. ¡Podíamos seguir viéndonos en Portsmouth!

Pero no me escuchaba.

Nunca me escuchaba cuando estaba borracho, pero eso yo ya lo sabía.

Tenía mal genio, pero eso también lo sabía.

Sin embargo, en aquel momento hizo algo que nunca había hecho y que yo no sabía que podía hacerme algún día.

Comenzó a estrangularme.

—Ro... bert... —exhalé.

Me vi morir. Allí, en mi casucha de dos habitaciones, con mi vajilla hecha trizas y las manos de Robert alrededor de mi cuello. Pero fueron sus ojos los que más temor me dieron. Eran oscuros y olían a carne. No quise mirarlos.

—¿Qui... quieres irte...? ¿Quieres...? —balbuceaba—. ¡Pues... vete!

Entonces me soltó. Y mientras yo tosía a sus pies, le oí gritar que de acuerdo, que me largara al mismísimo infierno si quería.

Se llevó parte de mis ahorros y dio un portazo.

Todo acabó como de costumbre. Al día siguiente —yo aún dolorida en la cama— alguien deslizó un sobre bajo mi puerta. Contenía un papel. Era de Robert, aunque no era su letra, y por eso supe que era de él. Nunca era letra de Robert cuando era de Robert, porque Robert apenas sabía escribir y le pedía a otro —un marinero, un grumete, un mozo de almacén—, que tampoco escribía bien, pero sí algo mejor, que copiara el mensaje dictado por él. Me decía que me perdonaba. Que intentaría seguir viéndome en Portsmouth, en mi primera tarde de asueto. Que me quería.

Yo no reaccioné. Ni bien ni mal. Arreglé las cosas con mi casero, me quedé con lo imprescindible, le regalé el resto a mi hermano y el día de mi incorporación, a mediados de junio, me puse mi mejor vestido y tomé un tren en la estación de Waterloo.

~ 2 ~

Pasé todo el trayecto dando vueltas en la cabeza a lo mismo. ¿Por qué no quería que me marchara a Portsmouth? Él vivía en el mar, ¿qué más le daba?

Bien sabía Dios que no era una ciudad bonita. Pero tenía un puerto que, aunque te desalentaba si querías escribir poesías, resultaba ideal para cualquier marinero. Lo demás eran casuchas —yo me había criado en una— y la parte noble de Southsea, que había ido creciendo con el tiempo, y ahora vivía allí gente acomodada y había muchos más teatros. También estaba Clarendon House, la residencia donde iba a trabajar.

Fuera como fuese, ¿por qué se había puesto así? ¿Qué había hecho yo de malo esta vez? Es verdad que, durante un tiempo, no tendría casa propia —viviría en la residencia—, pero en Londres también nos veíamos fuera de

casa. No lo entendía, pero eso me ocurría siempre con Robert. Tampoco me entendía a mí misma: no quería volver a verle —aún llevaba en el cuello la señal de sus dedos, que había ocultado tras un pañuelo—, pero sabía que cuando me escribiera de nuevo, allí estaría yo. Lo sabía, por mucho que me lo negara a mí misma.

Me quedaban pocas cosas en la vida: mi trabajo de enfermera y Robert. No eran fáciles, pero eran todo lo que tenía.

Diluviaba cuando el tren llegó a la estación de Portsmouth. Uno de esos chaparrones de verano que caen cuando decido llevar mi mejor vestido para causar buena impresión en un nuevo trabajo. Tuve, al menos, la suerte de poder alquilar un carruaje en la estación. Aunque me puse a mirar por la ventanilla para ver algo de mi ciudad natal, que no visitaba desde el entierro de mi madre —visita en la que solo logré ver el cementerio—, apenas distinguí nada con el aguacero. Parecía una lapidación ejecutada por fanáticos. El fin del mundo.

Eso sí, los teatros seguían atrayendo gente, y estuvimos cinco minutos esperando a que la muchedumbre de paraguas apretados nos dejara paso frente a las puertas del Victory, en Victory Road, donde al parecer ofrecían un melodrama exitoso.

Clarendon House era un manchurrón enorme que daba al mar por su parte posterior, rodeado de manchurrones verdes. Tenía que ser bonito con buen tiempo. Yo creía recordar un edificio así en mi juventud, de fachada holandesa y tejados picudos. Supuse que había pertenecido a una familia noble ahora arruinada y, ya reformado, se había convertido en residencia de salud para hombres ricos. Quizá la familia había sido vendida a los teatreros clandestinos —eso me contaba mi hermano que ocurría con algunas familias arruinadas—, pero quién sabía. Imaginaba un trabajo tranquilo atendiendo a un viejo caprichoso. La clase de tarea para la que me consideraba experta.

Mi carruaje se detuvo en la cancela del muro que rodeaba la propiedad, donde había una campanilla y un letrero lavado por la lluvia: «CLARENDON HOUSE. RESIDENCIA DE REPOSO PARA CABALLEROS». Pagué al cochero y añadí propina para que me llevase el equipaje a la puerta, donde pasó a mis manos.

Desde niña me ha gustado la piel lustrosa de los caballos cuando la lluvia los adorna, como si abrillantaras muebles de ébano, pero no me encontraba en situación de gozar del espectáculo cuando el buen cochero de Portsmouth

se marchó. Me sentí muy sola bajo mi inapropiada sombrillita mientras sacudía la campanilla. Imaginé que nadie saldría, que me dejarían allí y la lluvia acabaría por disolverme como uno de esos castillos de arena que modelan los niños en las playas.

Todo había empezado mal.

Tuve que pensar que las cosas no harían sino empeorar.

### ~ 3 ~

—¡Madre mía, está usted empapada, uuuuh! ¡Le daré algo para que se seque!

Quien me atendió al fin fue una oronda criada de uniforme azul celeste llamada Henrietta Walters. —«Pero todos me llaman Hettie, ¡uuuuh!»—. Se reía hasta ponerse colorada, como si verme calada hasta los huesos fuera lo más divertido del mundo. Daba la impresión de que junto a ella todo se aceleraba. Corrimos bajo su paraguas por una vereda embarrada, cruzamos un vestíbulo sobrio y serio y unas cocinas donde olía a infusiones y huevos fritos, y entramos en una diminuta habitación que parecía ser el guardarropa. Hettie me dejó una toalla. Había un espejo de cuerpo entero y anaqueles con uniformes negros y petos y delantales blancos. Me sequé con la toalla cuanto pude sin quitarme el vestido. Luego la emprendí con el barro de los botines.

Hettie venía cada cierto tiempo y me preguntaba si necesitaba algo. Era una mujer maternal. Supimos enseguida que ambas éramos de Portsmouth, y como lo único que parecía distanciarnos era el trabajo, lo dejamos aparte y charlamos de teatro. Sus rebosantes mejillas enrojecieron al decirme —en voz baja— que debía ir a ver *Lucy, la abnegada*, un melodrama que triunfaba en el Victory. Las emociones del melodramason excesivas para mí. A Hettie, en cambio, le encantaba emocionarse.

—He llorado, he reído, uuuuuh. ¡Muchas veces lloraba y reía a la vez!

—¿Es... *escandaloso*? —pregunté con curiosidad.

Me miró y asintió muy despacio, pero con mucha firmeza. Cada cabeceo aumentaba mi sentido del escándalo. Luego se inclinó hacia mí y me contó cómo aparecía la actriz protagonista en cierta escena qué le hacían y qué le

gritaba parte del público. Prometí que la vería, más que nada para que dejara de contármela entera.

Cuando acabé de secarme, me miré al espejo.

Vi más deseos de buena apariencia que otra cosa: mi sombrerito penoso, mi mejor vestido en remojo, las arrugas de mi rostro acentuadas, mi nariz abultada, mis ojos demasiado juntos. Era yo, como siempre. Al menos estaba limpia. Eso sí. O lavada.

El cuello, bajo el pañuelo.

Entonces Hettie me dijo:

—¡Ahora vamos... al despacho del señor Weedon!

Alargó tanto el nombre —«*Weeeeeedon*» — que me asusté antes de verle.

#### ~ 4 ~

El despacho, situado al otro lado del vestíbulo, mostraba una plaquita en la puerta que decía «PHILOMON WEEDON, CONTABLE». Además de su escritorio, había otro en perpendicular ocupado por su ayudante, un joven de cabello rubio y rostro angelical que se presentó como Jimmy Piggot. Parecía muy tímido. Weedon era un hombre pequeño, robusto, de calva cóncava —lo he escrito bien: *cóncava*, aplastada en el centro— cruzada por pelos como líneas de tinta y lampiño. No me invitó a sentarme, se caló unas antiparras y empezó a escribir mientras me hacía preguntas. No eran muy diferentes de las que ya había contestado al enviar mis referencias, pero no me importó. Lo bueno de repetir algo es que ya lo has hecho antes, decía mi padre.

—¿Edad?

—Cuarenta y cuatro años, señor.

—¿Estado civil?

Me percaté de que me tocaba el pañuelo del cuello.

—Soltera, señor.

Mi conciencia traía y llevaba a Robert como un alga flotando en la orilla. Sabía que no debía mencionarlo. Si no lo mencionaba, no pensaría tanto en él. Si no pensaba tanto en él, quizá acabara olvidándolo. Si lo olvidaba, quizá dejara de desearlo.



Pasó revista a lo más común: mi anterior residencia, mi familia, mis gustos teatrales —opereta, dramas y circenses, respondí—. No objetó.

—¿Experiencia? —dijo.

Hablé de mis trabajos con enfermos particulares, pero supuse que sería una ventaja añadir lo que ya había incluido en mis referencias: mis dos años en el asilo mental de Asherton, Dartmoor —tristemente célebre, porque todo el mundo recordará que fue devorado por un incendio en 1872—. Pero Weedon torció el labio.

—Lo de haber trabajado en un asilo es bueno y no lo es, señorita McCarey. —Me quedé esperando la explicación de aquella misteriosa frase. Añadió en tono académico—: En Clarendon no tenemos «enfermos», sino «residentes». Así debe llamarlos. Caballeros de buenas familias que vienen a Clarendon a calmar los nervios que les produce su vida llena de enormes e importantes responsabilidades. ¿Comprende?

—Sí, señor.

Bueno, ese era el nombre, tan solo. Cada sitio tiene su propio diccionario, decía mi padre. No obstante, deduje que si me habían aceptado sabiendo mis antecedentes en el asilo, era porque yo les interesaba.

Al fin me pasó unos papeles. Eran las condiciones que ya conocía: ochenta libras mensuales, manutención, aseo, un uniforme limpio y calefacción. Se esperaba de mí una conducta decorosa, irreprochable. No podría contraer matrimonio sin permiso expreso del director médico. Tenía derecho a medio día de asueto cada dos semanas, pero debía especificar qué espectáculo teatral iría a ver si en eso decidía emplearlo. Junio de 1882. Anne McCarey —mi firma era ese mismo nombre en letras muy pequeñas, como las que ahora me salen al escribir esto—. Weedon se levantó tras guardar los papeles.

—Conocerá al doctor Ponsonby pronto. Ahora le presentaré a su residente. Parecía repentinamente nervioso, como si el recién llegado fuera él.

~ 5 ~

Era como si hubiese habido una matanza y estuviesen borrando las huellas.

Doncellas de uniforme azul celeste se afanaban en frotarlo todo casi con saña, pasamanos, suelos, paredes. Luego supe que en Clarendon todo lo que no estaba alfombrado estaba frotado una y otra vez, como en castigo por la falta de suavidad.

—Es por la lluvia —dijo Weedon mientras escogíamos las escaleras que llevaban al piso superior—. Todo se ensucia.

Mientras subíamos, me explicó que Clarendon tenía dos plantas con diez habitaciones cada una, cinco en cada ala. Los residentes se lavaban en su habitación, ayudados o no por las enfermeras, y compartían un baño al fondo del pasillo. Éramos cuatro enfermeras más la enfermera jefe, y se esperaba que yo conociese y me ocupase cuando fuera posible de los residentes del ala donde estaría el mío —la oeste, primera planta—. Añadió que solo se admitían residentes masculinos de buenas familias, quedando excluidos los de familias regulares o malas y los femeninos, sin importar la calidad de las familias.

—No admitimos mujeres —precisó, para que no hubiese dudas.

Quizá eso le hizo repasarme con la mirada de arriba abajo al llegar al primer piso. Casi imaginé que diría: «Tampoco admitimos enfermeras poco atractivas». Pero respecto de esto último me tranquilicé enseguida. Nos interrumpió una enfermera que parecía llenar con su cuerpo el pasillo que teníamos ante nosotros. Era más gruesa que Hettie, pero más bajita, lo cual, unido al uniforme completamente negro —salvo cofia, peto y delantal—, la hacía parecer una bola deslizándose en silencio con un cigarrillo encima. Sostenía una bandeja con gasas y un manojito de llaves colgaba de su delantal. Sus rasgos apretados en el centro de un rostro céreo bajo la altísima cofia distaban de parecerse a los de la jovial Hettie. Weedon y ella mantuvieron una breve conversación en voz baja sobre los «residentes» —*¡Apréndete la palabra, Annie!*—. Luego, el primero hizo las presentaciones.

—La enfermera jefe, Mary Braddock. Anne McCarey, la sustituta de Bettie.

Me miró desde aquel cúmulo de rasgos sin devolverme la sonrisa.

—¡Lo siento por ti! —dijo, y siguió su camino.

Weedon se encogió de hombros como si hubiese presentado a una hija algo atrevida, pero cuya alta posición en la jerarquía familiar estuviera fuera de dudas.

—Debe disculpar a la señorita Braddock, el señor X es un poco especial.

No entendí el nombre. Acaso era un apellido extranjero.

Pero no pude preguntarle nada más porque se alejó en la dirección por la que había venido la enfermera, que sin duda era el ala oeste que me correspondía. A un lado había puertas cerradas, y al otro, ventanales que daban a la avenida Clarence y a todo Portsmouth, emborronado por la lluvia. Imaginé que las habitaciones de los residentes tendrían vistas al mar. Weedon se detuvo en la última puerta —tras señalarme el lujoso baño compartido al fondo—, dio unos golpecitos y la abrió sin esperar a que contestasen.

Y lo más prodigioso: habló hacia el interior con una voz muy distinta a la del digno oficinista y rígido instructor de antes.

Sonaba casi musical, suave, como se le diría «gugú» a un bebé.

—¡Señor X..., ha venido su nueva enfermera!

Y mientras hablaba, se apartó y me invitó a pasar.

Pero no lo hice.

La habitación estaba a oscuras por completo.



# EL OJO DE PORTSMOUTH

---

RESEÑAS TEATRALES

---

***Lucy, la abnegada* , melodrama en tres actos de J. P. Wilford. Teatro Victory**

... y Lucy Simmons (gran interpretación de la señorita Kendall), en un increíble uniforme de doncella (solo cintas y lazos por todo el cuerpo, *¡solo cintas y lazos!* ), obedece a

**cualquier criatura viviente: a los señores, a los hijos de los señores, a los invitados y amigos, al perro y al gato, a las ratas, a los mendigos que piden en las calles (todos interpretados por actores)... Pero, cuando un tío de Lucy fallece en América y nuestra protagonista hereda su fortuna, vestida ahora con pieles y altas botas negras, se mira en los espejos y se dicta órdenes a sí misma... Se echa de menos al actor Edwin Noggs, uno de los mendigos, cuyos saltos en escena llegaban al techo mientras manejaba su cinturón tan diestramente... Edwin, según recordará nuestro público de Portsmouth, era un mendigo real, y murió en una reyerta contra otro vagabundo la semana pasada...**

**H. Schreiber**

# EL VIOLÍN



~ 1 ~

Mi sombra se desplegó en el rectángulo de luz de una alfombra, luego se dobló y trepó por el respaldo de un sillón orejero.

Más allá, unas cortinas cerradas.

Todo vacío.

Weedon seguía indicándome que entrara. Di algunos pasos. En dónde te metes, Annie, me dije. La habitación era espaciosa, pero quizá ese efecto se debía a que no había muchos objetos. Cama pulcramente hecha. Un aguamanil entre la cama y una cómoda con un gran jarrón. Al otro lado, chimenea con repisa y quinqué, velador con una silla y un pequeño armario. El sillón ya mencionado en el centro.

Nada más. Ni libros ni revistas ni cuadros. Y no olía a loco, ese efluvio mezcla de animal y hombre al que yo estaba tan acostumbrada desde Asherton, pero sí a una colección de aire respirado y vuelto a expulsar como una vaca haría con la hierba.

—Dígale algo —susurró Weedon desde la puerta.

—¿A... A quién?

Cabeceó hacia el sillón, impaciente.

De pronto sentí temor. Mis manos se humedecieron y deslicé una por el pañuelo que envolvía mi cuello. No me pareció que me acercaba yo, sino que era el sillón el que, morosamente, como tratando de pasar desapercibido, iba avanzando hacia mí.

Al llegar a su altura miré.

Lo que vi era un muñeco.

Se sentaba erguido sin deformar el asiento con su peso. En la penumbra se me revelaron pómulos angulosos, una frente desproporcionada, ojos grandes y abiertos y, sobre todo, una nariz aguileña muy acusada. El resto —el escuálido cuerpo enfundado en pijama, batín y pantuflas— podría haber echado a volar con una corriente sin que el conjunto variara mucho. Hablé con más entusiasmo del que sentía.

—Buenos días, eh..., me llamo Anne McCarey y soy... su nueva enfermera, encantada de conocerle, señor... señor...

—«Señor X» —puntualizó Weedon desde la puerta.

—Pero ese no es su nombre, ¿no? —repliqué.

—No tiene nombre —dijo Weedon con rudeza.

Aquello me pareció absurdo. No quise indagar. El muñeco no se movía, así que me incliné para ver su rostro. En la penumbra distinguí algo raro en sus ojos.

—¿Puedo abrir las cortinas, señor? —pregunté, dirigiéndome al señor X. Pero fue Weedon quien me contestó de inmediato desde el umbral.

—No. Salga ya.

La tensión de Weedon me asombraba. Salí tras hacer una reverencia y Weedon cerró la puerta.

—¿Por qué no se pueden abrir las cortinas? —pregunté.

—El señor X no quiere que se abran. Es un individuo peculiar. Yo no conozco los detalles: ya le informará el doctor Ponsonby. —Y se pasaba el pañuelo por la frente, como si hubiésemos visitado el cubil de alguna bestia peligrosa. Pensé: Sí que *conoce los detalles*, pero no quiere contármelos.

Pero, bueno, Weedon era contable, supuse. Su trato con los insanos estaba marcado por prejuicios. No era mi caso.

Creí sentirme preparada para encargarme del señor Sin Nombre.

~ 2 ~

Hettie Walters me condujo a la que sería mi habitación en Clarendon: uno de los cinco cuartitos del ático donde se alojaban las enfermeras.

Decir «sobrio» sería quedarme corta.

Estaba desnudo y era minúsculo. Había un espejo de medio cuerpo sobre una mesilla con gaveta del tamaño justo para que la cama pudiese caber de lado. La luz se desmoronaba desde una claraboya de techo inclinado. En peores sitios he vivido.

Se las habían arreglado para encajar una palangana de agua caliente en el suelo, una esponja y una toalla. Mi equipaje, así como un uniforme doblado, deformaban la cama. Me quité el vestido, me lavé y examiné el uniforme. Había una *chemise*, portaligas, medias, camisola, vestido de falda amplia en negro de luto, peto y delantal blancos de lazo con bolsillos y útiles en el cinto, puños y cuello almidonados y botines bajos. También había una muda para eso que usamos las mujeres en la intimidad y de lo que solo prescindimos en las tinieblas del matrimonio.

Si no es así, se puede ir a un teatro para ver a mujeres sin ni siquiera esa última protección de las buenas costumbres. Supongo que ya lo saben. Yo solo informo.

Como yo soy una señora madura y no muy agraciada, no había disuasores de tentación: ni corsé de lazos, ni arneses de corpiño, ni —¡bendito sea Dios!— cofia de visera amplia para velar media cara. Mi cofia era simplemente alta, arzobispal. Cuando me coroné con ella, el espejo —poco bruñido— me devolvió una imagen extraña.

Era yo y no era. Aunque el uniforme era más o menos de mi talla, me otorgaba un raro aspecto. Resulta curioso el efecto que posee el vestuario, de qué manera te borra algo y a la vez te añade otra cosa, como si fueras una actriz representando un papel. El cuello alto ocultaba unas marcas que quedaban atrás, al menos por el momento.

Sonreí ante esa imagen.

Ya era enfermera de Clarendon House.

El doctor Ponsonby aún no había llegado, de modo que me propuse comenzar mi trabajo sin más. Y lo primero que haría sería examinar a la luz del día los ojos de aquel señor, se llamara como se llamase, porque era el paciente que había venido a cuidar.

Con ese fin subí las escaleras alfombradas alzándome los bordes de la falda nueva, caminé hasta la última puerta, di unos golpecitos y abrí, tal como había hecho el señor Weedon, pero ahora con la seguridad que me daba ser la responsable.

No obstante, volví a cohibirme en medio de la penumbra y el silencio. Qué

quieren que les diga: imponía un poco hallar aquel sillón vuelto de espaldas. Más aún cuando cerré la puerta. Fue como si apagarán las luces en un túnel.

—Señor..., ejem..., X, vengo a examinar sus ojos un momento. Luego correré las cortinas de nuevo, si quiere.

No hubo respuesta. Tuve un recuerdo extraño: mi padre de espaldas sobre su escritorio trabajando en las oficinas navales del muelle. Había varios escritorios más en aquellas oficinas —que ahora, en la memoria, se me hacían infinitas—, y la suya tenía el respaldo hacia la entrada. Yo veía los hombros de su levita, su pelo negro, negrísimo, tanto como... como los ojos de un osito de trapo que un día me regaló.

Aparté aquel recuerdo raro de la cabeza mientras caminaba hacia la ventana.

—Hay algo que se llama «mar» más allá, ¿sabe? —dije—. Su visión suele relajar y resulta en general agradable... —Aferré las cortinas y entonces una voz suave, pero muy diáfana, sonó a mi espalda.

—No.

Me volví. Así que habla, me dije. Allí erguido, a la vez pequeño y digno, sus rasgos velados por la tiniebla sumada a mi propia sombra.

—¿Perdone, señor?

—No abra las cortinas.

Clarísima, diría que aguda pronunciación, sin emociones. Una orden suave como un ruego.

—¿Puedo saber por qué, señor?

—Me gusta que estén cerradas, así me concentro mejor.

Seguí observando un instante aquella silueta erguida en el sillón. ¿Para qué necesitaba concentrarse?, pensé. Vaya tontería. Yo estaba acostumbrada a las peticiones absurdas de los insanos mentales, tan similares a los caprichos de los niños. Lo conveniente era ignorarlas cuando perjudicaban la salud. Lo decía Florence Nightingale, maestra de enfermeras: el paciente debía gozar de aire fresco y luz.

Giré hacia la ventana y aferré las cortinas.

—Tardaré poco. Luego volverá usted a... «concentrarse».

Al abrirlas parpadeé, no tanto por el resplandor —seguía lloviendo, el día era gris y no había sol—, sino por la nube de polvo que me asaltó de repente. Comprendí que nadie había abierto ni limpiado esas cortinas en meses. Me vi reflejada con mi altísima cofia en los rectángulos de cristal de una sucia



ventana de doble hoja. El paisaje se difuminaba a través del polvo interior y la lluvia, pero podían apreciarse los troncos de los árboles del jardín, el muro de la propiedad y, más allá, la grisura de la playa. Nadie había limpiado la ventana tampoco. A aquel hombre lo habían abandonado a su suerte en la selecta Clarendon solo por complacer sus absurdas manías.

Retorné a mirar el sillón y me aparté de la luz para ver a su ocupante.

Muy escuálido, muy bajito, pero la cabeza era otra cosa. Se erguía sobre él como una corona. Frente alta, pómulos huesudos, mentón fino y, como remate, la ya mencionada nariz aguileña. No es que estuviera afeitado, es que no parecía haber embarbecido nunca. Cuerpo menudo, casi infantil; cabeza grande y madura. Con el primero te daban ganas de jugar, la segunda te hacía respetarlo.

Vale, era un poco raro, ¿y qué?

Todo el mundo es raro. Yo misma tengo la nariz abultada, los ojos muy juntos y el mentón hundido. En el colegio me llamaban la Comadreja. No creí que el señor X fuese más o menos raro que cualquier otro.

Pero sus ojos me dejaron paralizada.

El derecho era de un azul casi desvaído, como una pecera vacía. Al inclinarme un poco, comprobé que se debía a su enorme iris, que llenaba casi toda la conjuntiva. En cambio, el iris del izquierdo se hallaba sitiado por un matorral de tupidas zarzas rojas formando un dibujo que, en casi cualquier otro lugar que no fuera un ojo, podría haber resultado simplemente bello.

Un ojo azul, otro rojo.

El conjunto era fabuloso.

—¿Ha terminado? —murmuró casi sin separar los labios.

—¿De qué, señor?

—De mirarme.

—Eh... ,sí, señor.

—Entonces, por favor, corra la cortina de nuevo, gracias.

Acepté. No quería contrariarle de nuevo. Pero me apenaba aquel ojo rojizo, cuyo significado clínico me parecía obvio: un derrame de sangre.

—¿Le... escuece? —pregunté con un hilo de voz.

—¿Qué?

—El ojo izquierdo... ¿Le escuece? ¿Por eso no quiere que abra la cortina?

Parpadeó por primera vez. Si es que eso era parpadear. Lo hizo muy lentamente, como si saborease la oscuridad.

—Lo de mi ojo es de nacimiento, señorita McCarey. Y ahora corra la cortina.

Sabe mi nombre, pensé. Ahí, tan calladito, sentado y silencioso como una extraña flor en su maceta, y estaba pendiente de todo.

~ 3 ~

—Se trata de un caso curioso, sin duda. Ah, no el más curioso de cuantos he tratado, pero curioso, desde luego...

El despacho del doctor Ponsonby era mayor que el de Weedon, como mayores eran su sabiduría y escalafón: estanterías con lomos de libros, un cráneo en la mesa con números grabados en los huesos y una ventana que daba al jardín y al muro constituían sus detalles notables.

Nada muy alentador, pero Ponsonby era médico. No suelen ser alentadores.

El propio Ponsonby armonizaba con el decorado: robusto, calvo, con perilla que se atusaba constantemente y unos ojos que miraban a todas partes menos a mí. Su forma de hablar, siempre con aquel «ah» con que iniciaba sus frases, como si al decir algo recordase que tenía que haberlo dicho antes, o su manía de corregirse a sí mismo —«Esto es interesante, no lo más interesante que conozco, pero interesante»—, me dificultaban aún más seguir sus digresiones.

Mientras le escuchaba me miraba a ratos mis propias manos, cruzadas frente al delantal. Mi cofia era tan alta que a veces creía que rozaría la lámpara.

—Para usted será fácil, ah, quizá no lo más fácil que haya hecho, pero... razonablemente fácil... Sí, razonablemente fácil tratar con él, señorita McGregor...

—McCarey.

—Ah, disculpe. —Era la segunda vez que se equivocaba con mi apellido, pero no parecía importarle, ni a mí tampoco, porque era amable. Me hacía dudar de si su amabilidad obedecía a ignorar quién era quién, o bien, consciente de este despiste, optaba por compensarlo siendo amable—. Ante

todo, procure que no se queje... Respete en lo posible sus manías. La de las cortinas cerradas, por ejemplo... Hay que consentírselas. No digo que no pueda haber excepciones, pero... Su familia es de altísima posición. Pagan bien por su estancia y sus cuidados. No quieren problemas.

—Perdone, doctor, pero ¿por qué lo de «señor X»? ¿No tiene nombre?

—Ah... Supongo que lo tuvo alguna vez, pero nadie lo sabe. «Equis» es lo que está escrito en los espacios donde debería figurar su nombre en todos los informes, y así le llamaban ya en Oxford. Su familia hizo eso para evitar indiscreciones. Ya le dije: es una familia muy distinguida... Su identidad ha sido suprimida de todo papel oficial.

—Pero debe quedar, perdone, información de su vida antes de su primer ingreso.

—Difícilmente —dijo Ponsonby—. Vive en residencias privadas desde que era niño.

Un repentino nudo de emoción me ahogó. Empecé a pensar en aquella familia «distinguida» que expulsaba de su seno a su vástago para siempre, arrebatándole incluso el nombre propio. En Asherton había visto casos muy trágicos, pero aquella vida del señor X, alejado de los seres que debían cuidarlo y amarlo, me produjo compasión.

Ponsonby me preguntaba algo.

—¿Perdone, doctor?

—Asherton. Leo en sus referencias que trabajó usted en ese asilo..., ah, tristemente desaparecido... ¿En el equipo de sir Owen Corridge, presumo? —Asentí—. Ah, uno de los grandes alienistas de este país, sin duda, no el más grande, pero... ¿Hizo teatro mental con él?

—No, nunca ayudé en esas sesiones, doctor.

Mi respuesta lo hizo interrumpirse, como si hubiese esperado caminar junto a mí en una dirección y yo me hubiese desviado. Aun así, no renunció al tema.

—Me gusta el teatro mental. Lo he practicado con cierto éxito. —Echó un vistazo al reloj de cadencia, gesto muy propio de los médicos, como si le tomaran el pulso a todo. Estaba claro que anunciaba el fin de la entrevista, pero yo quería preguntar algo más.

—Disculpe, doctor, pero el insa... El residente tiene un derrame en el ojo izquierdo. Debería verlo un especialista, ¿no cree?

La expresión cejijunta de Ponsonby parecía delatar que no tenía la más

remota idea de lo que yo hablaba, o siquiera de quién era yo.

—Ah, sí... Sí, sí...

—En el ojo izquierdo.

—Sé a lo que se refiere... Sí, ah, sí... Estaba así cuando llegó, hace dos meses.

—Pero puede que le escueza, y quizá por eso no quiere descorrer las...

—Señorita..., ah..., señorita... —Alzó la mano.

—McCarey.

—Gracias. No se preocupe de su ojo. Él no ha pedido ningún especialista.

Me pareció increíble que dijera eso. ¿Acaso la salud de un paciente dependía de sus propios deseos? Intenté hablar con la mayor humildad que pude.

—Doctor, perdone, pero está muy enrojecido. Es posible que le irrite... Quizá sea algo superficial... Si aliviarnos el escozor, lo complaceremos tal como... deseamos.

Se quedó mirándome un rato.

—Hay un médico recién llegado a Portsmouth. Tiene su consulta en Southsea, pero ha ofrecido sus servicios para venir a atender las dolencias físicas de los residentes... Creo que las oftalmológicas en particular... Ah... Le diré al señor Weedon que lo avise, pero el informe debe entregármelo directamente a mí...

El azar afortunado de la presencia de ese médico me hizo sonreír.

—Gracias, doctor. —Hice una reverencia, pero su voz me detuvo.

—Ah... y, señorita... señorita...

—McCarey.

—Señorita McCarey. —Y de repente yo *existía* para él: había dejado por un momento de mirar relojes, consultar volúmenes, atusarse perillas y me veía allí delante, en uniforme, con mi cofia—. Fundé Clarendon House hace siete años con la idea de que se convirtiese en un lugar donde caballeros distinguidos disfrutaran del mar, el reposo y el trato de enfermeras amables... Hasta ahora lo he conseguido. Pero debo avisarle: este residente es..., ah, muy especial. —Enarcó una ceja—. Tenga mucho cuidado con él.

Aquella advertencia me inquietó más de lo que estaba dispuesta a admitir. ¿Cuidado con qué? No había querido explicarlo: «Ya iré viendo», me había dicho al despedirme. Pero el señor X parecía completamente inofensivo. Yo había conocido casos en Asherton que habrían hecho temblar a un estibador de muelle. ¿Qué tenía aquel pobre ser de especial, salvo su encierro perenne en casas de reposo?

Necesitaba saber qué opinaban mis compañeras.

Por eso acepté encantada la invitación, el mismo día de mi llegada, a formar parte del selecto grupo de «enfermeras del té» del selecto Clarendon.

En realidad, el grupo consistía en que las enfermeras de Clarendon nos reuníamos a cenar tres veces por semana en una antigua alacena adyacente a la cocina. Era una especie de ritual. Esto me lo explicó la compañera que se acercó a mí para incluirme en la sacrosanta hermandad. Se llamaba Susie Trench y era bajita y de voz nasal, pero con unos ojos azules preciosos. Susie era de Gosport y estaba encantada de que otra oriunda de Portsmouth se uniera al pequeño ejército. Me llevó de la mano desde el vestíbulo a la cocina mientras cuchicheábamos. A diferencia de la recomendación de Hettie Walters, Susie insistía en que el espectáculo del momento era el musical infantil *Los bohemios del rey Leontes*. Yo no lo conocía, aunque no me pareció tan atractivo para una mujer sola y sin hijos.

—Pero es infantil —dije.

—Huy, sí, pero... Oh... Annie... —Luego supe que Susie dejaba muchas frases a la imaginación de los oyentes. No importaba: su rostro pequeño era muy expresivo.

—¿Es *escandalosa* ?

Prefirió reservarse.

El lugar de nuestra reunión era un cuartucho sin ventanas iluminado por una lámpara sobre una mesa donde también estaban las viandas y el servicio de té. La cocinera, la señora Gillespie, horneaba para la ocasión unos deliciosos pastelillos de crema con que nos regalaba al final del refrigerio. Cuando entré ya estaban todas presentes y las cofias, iluminadas en la penumbra como témpanos, giraron hacia mí.

Susie me presentó: ya conocía a la enfermera jefe Mary Braddock; luego, la alta y grave Nellie Worrington y la muy joven y —seguramente— bella Jane Wimpole con su uniforme abultado y su rostro bajo la visera protectora de la cofia, destinada a no provocar en los caballeros pensamientos indecentes. Algo retirada al fondo y fuera de las cinco selectas, dando buena cuenta de todo cuenco que le pusieran por delante, se hallaba la señora Murray, enfermera jubilada, que —Susie me contó— ya había trabajado para el padre del doctor Ponsonby. Este la había traído a Clarendon por guardarle especial cariño. La señora Murray se hallaba por encima de todo y lo hacía ostensible llamando al doctor Ponsonby solo como «Ponsonby». «Ponsonby es buen profesional y buen jefe», decía. «Con Ponsonby solo hay que guardar las formas».

Tras las presentaciones, Susie aprovechó para anunciar a las demás que yo aún no había visto el musical *Los bohemios del rey Leontes*. ¡Tenía que ir a verlo, eso estaba claro! Incluso corearon canciones en voz baja y soñadora:

*¡Fregar, fregar, bregar...  
Fregar, fregar, bregar...  
es el oficio del pirata,  
del pirata en alta mar!*

Tenía un ritmo pegadizo, desde luego.

—Y Elmer Hutchins hace un papel maravilloso... —dijo Susie—. Cuando sale del baúl diciendo: «¡A mí no, a mí no!».

Manos en los labios. Muertas de la risa.

—¡Cuando defiende a la niña a la que van a azotar! —saltó Nellie Worrington.

—Muy indecente esa escena —dictaminó la jefa Braddock y todas asintieron.

Pero había un brillo en los ojos que supe reconocer, incluso en la penumbra. El *escándalo*. Había musicales infantiles *escandalosos*, desde luego.

—Es una actriz extraordinaria, a sus nueve años —admitió Susie—. Baila con Elmer Hutchins vestida *solo* con calcetines rojos... ¡Hay que ver cómo giran sus trenzas!

Otro silencio picante.

—¿Quién es Elmer Hutchins? —pregunté.

—El mendigo más querido por los niños de Portsmouth —respondió Susie.

—Dicen que ya no bebe —comentó Nellie Worrington, terminando su segunda taza.

—No me fío de los borrachos, ni estando sobrios —advirtió Mary Braddock—. Solo saben buscar problemas. Mirad lo de Edwin y ese Hombre-Dulce que lo asesinó...

—Eso tampoco pasa todos los días, señorita Braddock —observó Susie.

—Los suficientes para que no me gusten —sentenció Braddock, cuya costumbre de jefa, descubrí luego, era zanjar las discusiones con una última palabra. Aquí no lo consiguió, porque Jane Wimpole, soñadora, añadió algo:

—Elmer es distinto... Los niños lo adoran. Además, señorita Braddock, me han contado que el asesino de Edwin, antes de ser Hombre-Dulce, había estado encerrado en prisión, en Anchor Gate, por robo...

Hubo gestos de asco. Nellie Worrington fue la encargada de ponerme al día: al parecer hablaban de un vagabundo, Edwin Noggs, que había intervenido en *Lucy, la abnegada* — el melodrama que le gustaba a Hettie—, cuyo cadáver habían encontrado unos pescadores del muelle nuevo de South Parade en la playa, frente a las barracas del este, una semana antes. Se daba el caso, contó Nellie, de que Edwin y un exconvicto llamado Gary Hiscock, que se ganaba la vida de Hombre-Dulce, habían mantenido una pelea a navajazos en público días antes, y por eso la policía estaba segura de que Hiscock era quien lo había asesinado.

—Hiscock acusaba a Edwin de quitarle un papel en el Caridad, el teatro del albergue de St. Mary's —me explicó Nellie—. Los papeles en el Caridad son muy importantes para ellos... Hiscock tenía que trabajar de Hombre-Dulce para poder vivir.

Reprimí una mueca. La Gente-Dulce también estaba de moda en Londres. Se trataba de un espectáculo callejero más bien repugnante y mezquino y no poco inmoral: hombres y mujeres con el cuerpo embadurnado de un azúcar pringoso que recorrían las callejuelas de noche con un manajo de cucharillas atadas a largas cadenas colgadas del cuello. Su sonido tintineante era típico. Podías probar el azúcar por un penique, y por unos cuantos darte un atracón arrancando láminas con la cucharilla. Desnudar al Hombre o la Mujer-Dulce era un pasatiempo favorito entre los niños de familias nobles.

—¡Me contaron que después de la pelea los chavales se comían el azúcar

que soltaron las heridas de Hiscock! —susurró Nellie, y hubo gestos de asco.

—No cabe duda de que ese exconvicto ha matado a Edwin —dijo nuestra jefa.

Todas le dieron la razón. La señora Murray, que ya había acabado con los cuencos y los restos de las demás, pidió que le pasaran los pastelillos.

Fue mi momento. Carraspeé y dije:

—Cambiano de tema, me han adjudicado a... ese tal «señor X». ¿Qué os parece?

Un silencio grave.

—Ya lo sabemos, qué pena, hija —dijo Nellie Worrington.

—Nuestra recién llegada y pronto recién sustituida —advirtió la jefa Braddock.

—Ojalá que no, me... me caes bien. —Se apiadó Susie Trench.

—Yo ni me acerco a él —dijo Nellie Worrington, y Jane Wimpole intervino, compasiva:

—No la asustemos tampoco, a la pobre...

—Bettie Harfield, la que lo atendía antes, lloraba cada día —murmuró Susie.

—A Bettie la volvió loca ese tipo —dijo la jefa Braddock en tono ausente.

Nellie, como si fuera algún secreto horrible, susurró:

—Bettie me decía que, de noche, oía *varias voces* en la habitación del señor X.

—¿Tú las has oído? —dijo Braddock, y cuando Nellie negó—. Ya os lo he dicho: Bettie se volvió loca.

Susie Trench salvó la situación.

—Oh, por Dios, Annie, ¿te ha hecho ya... lo de la *flauta*? —dijo.

—¿Qué flauta?

Rieron todas, incluso la aludida. Petos que retemblaban a la luz de la lámpara. Pero era una risa nerviosa, preñada de temor. La extinguió de sopetón la señora Murray.

—¡Señoritas, señoritas...! ¡Creéis saber cuando no sabéis nada, y lo que no sabéis lo inventáis! ¡Ese hombre es... terrible! Lo vi el día que llegó a Clarendon y se lo advertí a Ponsonby: no te fíes de él, le dije, no es un insano. Ese hombre es... es un brujo. O quizá algo *peor*. Mucho *peor*.

—Bueno, señora Murray... Usted... ni siquiera lo ha tratado...

—¡Susie Trench! ¿Cómo puedes llamarte a ti misma enfermera si no tienes



intuiciones sobre los pacientes al verlos por primera vez? —Y nos miró a todas—. Creedme si os digo: cuidado, ese tipo es peligroso. Ponsonby decía que en la última residencia donde había estado, en Oxford..., había pasado *algo*. No sabía lo que era, pero aseguraba que había intervenido la *policía*.

La mención de la «policía» siempre me produce inquietud. Imaginé al señor X como un loco asesino.

—A mí no me parece un hombre *tan... tan* peligroso —protestó Jane Wimpole desde su visera de *decencia*—. Solo... Solo que... a veces...

—¡Solo que está loco de remate, cariño! —dijo la jefa Braddock.

Eso abrió de nuevo el dique de las risas. Pero yo miraba a la señora Murray, que me devolvía la mirada asintiendo.

—En mi opinión, está como... *esperando algo* —murmuró.

Tan extraña declaración, sin saber por qué, me provocó escalofríos.

—Está esperando echar a la próxima enfermera —dijo Mary Braddock, venenosa, engullendo un pastelillo entero. Todas rieron, pero los ojos aguanosos de la señora Murray seguían fijos en los míos.

## ~ 5 ~

Al entrar en su habitación esa tarde, me hallaba —por paradójico que le resulte al lector— más tranquila. La gente suele asustarse de los locos porque hacen cosas raras. Si padecieran, pongamos, una dolencia de estómago, no les asustaría verlos vomitar. Las dolencias de la mente también producen vómitos, a su modo, tan solo eso. Pensé que mis compañeras, y hasta el propio Ponsonby, eran profesionales en el trato con ricos maniáticos, pero un loco de verdad, de los graves, quizá los desconcertaba.

Bueno, eso no ocurría con Anne McCarey, enfermera de asilo.

Nada más entrar, caminé hacia la ventana y descorrí las cortinas de par en par. La lluvia, más fina que el chaparrón de la mañana, empañaba los cristales

—Buenas y maravillosas tardes lluviosas, señor X, voy a abrir la ventana para que se refresque la habitación.

—No —volvió a decir aquella voz suave pero clarísima.

Me incliné hacia él fingiendo enfado.

—Vamos, vamos, señor. ¿Por qué no quiere que abra la ventana?

—Porque no quiero, señorita McCarey. Y ya abrió las cortinas antes. Ciérrelas.

—Esa no es una razón.

Me miró en silencio sin parpadear con aquellos grandes ojos bicolores.

—He avisado al doctor Ponsonby —dije—. Un especialista le verá ese ojo, señor. —Hizo una mueca, como si chasqueara la lengua. Un gesto sorprendente en su rígida faz. Sonreí—. No se porte como un niño. El especialista no va a hacerle ningún daño.

Tomó aire y lo soltó en un lánguido suspiro. Entonces sus labios esbozaron una tímida sonrisa. La recuerdo bien. Fina y breve, pero apreciable. Me enorgulleció haberla hecho florecer en aquel rostro inexpresivo.

Pobre hombre, pensé. Solo hay que hablarle con educación y afecto.

—Confíe en mí —dije, sintiéndome satisfecha de mi pequeño logro, y hasta me atreví a darle palmaditas en la mano—. Todo va a salir bien.

Volvió a hablar mientras yo aún le daba suaves palmaditas. Apenas movía los finos labios, pero era el mismo tono clarísimo y aterciopelado de antes.

—Creía que la muy costosa y privada residencia Clarendon podía contratar algo mejor que una señorita frustrada por lo que ella cree ser su escaso atractivo físico, lo cual la hace caer en brazos de un marinero que prefiere las botellas antes que a ella, y que en su última cita le ha arrojado una de vino tinto vacía y ha intentado estrangularla.

Dejé de dar palmaditas.

Me quedé con la mano inmóvil.

Me llevé la otra a la boca.

Juro que hasta la lluvia se detuvo.

Dios.

Dios.

Dios.

Dios.

Dios.

No sé lo que dije, no sé lo que hice. ¿Lloré? ¿Me arranqué la piel? ¿Me ardió la cara de fiebre? ¿Me estallaron las mejillas de vergüenza?

Creí que estaba soñando.

—Si debe llorar, no lo haga sobre la alfombra —siguió el hombrecillo cabezudo en el mismo tono—. La alcalinidad de la lágrima produce un olor insufrible al mezclarse con el tejido de imitación que recuerda, siquiera lejanamente, a la orina de rata. Y ahora, corra las cortinas, por favor. No la necesitaré hasta la cena, buenas tardes.

No sé cómo saqué fuerzas para obedecer. Tampoco recuerdo cómo logré salir de aquel lugar a oscuras: imagino que lo hice andando sobre mis nuevos —y pronto devueltos, supuse— botines de enfermera. Me veo caminando con paso rígido por el corredor hacia las escaleras como un autómatas de esos que a veces aparecen en los teatros de marionetas. De allí al vestíbulo, de allí a las cocinas, de allí a mi propia habitación en la buhardilla. Gracias a los cielos, no me topé con nadie durante el trayecto. O quizá no vi a nadie. O quizá no lo recuerdo. O quizá morí y esto lo escribo en mi tumba. Ay, Dios mío. Ay, ay, ay.

Cerré la puerta y me senté en la cama frotándome las manos.

~ 7 ~

De niña mi madre me llevaba a la playa, quizá a pocas yardas de donde ahora me hallaba. Yo solía hacer algo que me divertía mucho: me ponía en la orilla y reunía arena húmeda aprovechando el intervalo entre las olas, hasta construir un montículo a toda prisa. Cuando una ola lo desbarataba, procuraba hacer el siguiente. Mi objetivo era construir uno con tanta rapidez y tan sólido que las olas no pudieran derribarlo. Me apenaba que el agua los deshiciera. Por supuesto, no lo conseguía: el mar siempre llegaba antes y ganaba. Me dio por pensar que así me ocurría en aquel momento con cada explicación que intentaba encontrar.

¿Quién había podido decírselo? ¿Mi hermano?

Pero ¿por qué iba Andy a contarle nada sobre mí a un enfermo mental de Portsmouth?

¿Quizá Andy se había chivado para que me expulsaran del trabajo y así impedir que Robert y yo volviéramos a estar juntos? ¿Quizá lo mío con Robert lo conocían en todo Clarendon? Qué horror, me dije. No podía ser, me dije. Eso solo ocurría en los teatros. Por lo común, en la vida real, algo tan *escandaloso* casi nunca se hacía público.

Por otra parte, era verdad que a Andrew nunca le había gustado Robert, lo cual no le censuraba. Pero es que nunca le había gustado la posibilidad de que yo me casara. Prefería dejarme encargada del cuidado de la familia mientras él buscaba en Londres una oportunidad como actor de teatro. Cuando las experiencias con el teatro clandestino lo hicieron arrepentirse —a mí apenas me contaba alguna, aducía que no eran «propias para mujeres»; y no lo eran, bien sabe Dios, pero yo ya había visto algún clandestino con Robert—, lo dejó todo y consiguió un empleo en la banca. A mí me prefería cuidando gente. Cierto que eso se me daba bien: cuidé de nuestro padre cuando la enfermedad le hinchó tanto un pie que pensabas que el tobillo te estallaría en plena cara al acercarte; luego, cuando falleció y vendimos nuestra casa de Heighton Alley, me llevé a mi madre a Londres para cuidarla; y, para pagar el alquiler de la covacha de Southwark, cuidé a gente a tiempo parcial. Fue durante esa época cuando conocí a Robert Milgrew, marinero de segunda en un barco mercante llamado el *Ingrato*. Me constaba que Robert no era un ángel caído del cielo: bebía y juraba, mascaba tabaco y escupía, me pegaba y vociferaba. Pero en sus mejores momentos era tierno y me hacía sentirme protegida. Yo estaba convencida de que lo que le empujaba a esa violencia era la bebida, no él, y que yo podía llegar a apartarlo de las botellas alguna vez. Así que me dediqué a cuidarlo.

Vale, Andy, no te gusta Robert, pero tú tuviste tu teatro de adolescente: déjame tener a mí el mío a mis cuarenta años. Eso pensaba yo. Ni Robert ni el teatro son puros ni *decentes*, pero nos dan algo que nos falta.

O, al menos, eso había creído hasta nuestra última discusión.

Cuando la botella. Y las señales en el cuello.

Y ahora que lo *pensaba*.

El intento de estrangulación y lo de la botella eran detalles que *ni siquiera Andrew conocía*. Y yo había ocultado las marcas de sus dedos con un pañuelo.

¿Acaso Robert había delatado nuestra relación para expulsarme de Clarendon?

Pero, si lo sabían en Clarendon, ¿por qué me habían aceptado?

Montículos de arena mojada.

Lo único que logró dominarme —créanlo o no— fue algo tonto: contemplar mis propias manos mientras me las frotaba, ansiosa. Ver mis dedos de uñas cortas y nudillos encallecidos, mis manos rojizas, fibrosas, me devolvió a la realidad.

Ignoraba lo que había ocurrido y por qué, pero yo tenía algo que hacer y no iba a dejar de hacerlo por aquel suceso.

Me llamaba Anne McCarey y era enfermera.

Bajé a la cocina, di instrucciones a las criadas para que preparasen una infusión de té muy aguada, busqué gasa y pinzas en el botiquín y, provista con un cuenco humeante y todos los utensilios, regresé a la habitación de mi residente. ¿Qué más daba?, me dije. Ya estaba muerta —de *escándalo* —, y en cuanto a él, bien podía ser el mismísimo diablo o un brujo, pero aquel ojo irritado necesitaba un alivio.

Eso era algo terrenal. Una labor. Un cuidado. Lo mío.

Llamé y entré sin esperar respuesta. En esa repentina oscuridad de cortinas corridas, al pronto, no percibí el cambio. Fue al dejar la bandeja en una mesilla adyacente cuando retrocedí de un salto.

El sillón se movía. Esta vez no era una ilusión. Trepidaba.

—¿Señor X?

Me asomé y vi la tenebrosa figura con el brazo izquierdo en alto agitando el derecho sobre aquel en un furioso vaivén. Tenía los ojos cerrados, pero todo él estaba sumido en el ataque, abotargado, frenético: hasta en la oscuridad resultaba visible una ostentosa vena cruzando su sien como una sanguijuela hinchada de sangre.

—¡Dios mío! —gemí—. ¡Señor...! —Sujeté su cabeza intentando que abriese la boca para que no se mordiera la lengua, medida esta muy común en los primeros auxilios de quienes padecen tales episodios. No tan común fue comprobar que, al hacer esto, las convulsiones cesaron por completo y me miró frunciendo el ceño.

—Señorita McCarey, ¿le importaría dejarme seguir tocando el violín?

—El... el violín.

—Suelo practicar a estas horas, señorita.

—Discúlpeme.

—Acepto su disculpa. Permítame continuar, por favor.

Debo decir, aunque me pese —ahora que sabía lo que estaba haciendo, o lo que él *creía* estar haciendo—, que su mímica era penosa. No he visto a ningún violinista profesional de cerca, pero hubiese jurado que no se movían con tales temblores. Y, sin embargo..., había algo en aquellos gestos, o en la expresión concentrada del rostro, que me hizo contemplarle durante un tiempo mucho mayor del que podría exigir la sensatez.

Nunca un silencio me había mantenido tan atenta.

Al fin salí de la habitación de puntillas, como para no molestar al artista en pleno concierto.

En el vestíbulo me crucé con Susie Trench y le sonreí.

—Es un violín.

—¿Qué?

—No es una flauta lo que cree que toca, Susie. Es un violín.

Ya me sentía mejor. El señor X estaba loco de atar. Y yo era su enfermera.

## ~ 8 ~

Quedaba la espinosa cuestión de cómo había averiguado lo mío con Robert, pero estaba segura de que acabaría sabiéndolo, tarde o temprano.

Entonces pensé algo.

El doctor Ponsonby me había dicho: *Tenga cuidado*. El señor Weedon y mis compañeras se mostraban nerviosos. La señora Murray lo había llamado «brujo»...

¿Y si esa extraña capacidad era lo que temían? Yo los había conocido en Asherton: enfermos que sabían realizar complejas operaciones matemáticas o recitaban de memoria páginas enteras de la Biblia... No por eso estaban menos locos, pero aquellas habilidades te dejaban estremecida. ¿Y si la habilidad del señor X era esa? El doctor Corridge decía que surgían debido a un «extraño desarrollo frenológico frontal», lo cual, no sé a ustedes, pero al menos en lo que a mí respecta, me dejaba igual que antes.

En todo caso, yo era su enfermera. Mi deber era cuidarlo, no entenderlo.

Regresé a su habitación esa noche, después de la cena, para administrarle el láudano —Ponsonby le había recetado unas gotas para dormir, luego supe

que eso era lo que hacía con casi todos los residentes— y prepararle la cama.

Sin sospechar que me iba a jugar la vida en ello.

La habitación, de noche, contaba al menos con el quinqué encendido en la repisa de la chimenea. Era una luz muy exigua, pero te permitía moverte sin que te pelaras las espinillas contra un mueble. Nada más depositar el láudano en la mesilla, me dirigí a las cortinas y las descorrí. Estaba dispuesta a enfrentarme al monstruo, no por valor, sino por piedad: el enfermo era *él*. Yo tenía que cuidarlo.

—El doctor llamará a un oftalmólogo para que le vea ese ojo —anuncié—. Voy a abrir un rato la ventana. Es necesario que el aire se purifique. —No esperé a que contestara: empecé a manipular el picaporte de la ventana mientras hablaba—. El rumor de las olas le ayudará a...

—Cuidado —oí a mi espalda.

—Me da igual lo que me diga, señor.

—Cuidado, señorita McCarey.

—¿Por q...?

En ese instante tiré del picaporte. Lo hice con un gesto brusco, porque el mecanismo parecía atascado, y si mi rostro no se hubiese apartado para oír lo que el señor X decía, ahora no estaría contando esto: el pestillo del picaporte se hallaba introducido en un gancho y al destrabarse giró hacia mí con su forma larga y puntiaguda, como un pequeño cuchillo. Retrocedí, más irritada que asustada.

La catástrofe te aguarda en los sitios más insospechados.

—¿Quién ha fabricado esta estupidez? —pregunté en voz alta, anonadada.

—Quizá el mismo que pensó que las ventanas no deben abrirse con facilidad en una casa de enfermos mentales —aclaró la voz a mi espalda—, aunque, sin duda, la solución no ha sido la óptima.

Era una explicación, sí. Los locos razonan admirablemente bien muchas veces. Dejé la ventana entornada mientras el aire del mar me calmaba. Mi querido mar de Portsmouth. El oleaje llegaba nítido desde más allá de los árboles, en una tiniebla sembrada de luces de barcas. La lluvia torrencial de la mañana había dejado un poso de frescura. ¿Cómo podía aquel tipo vivir encerrado sin gozar de tales placeres?

Me dirigí a abrirle la cama. Volví a oír su voz a mi espalda.

—Me trata usted con especial inquina, señorita McCarey. Un «gracias» no es obligatorio, pero sí deseable. Acabo de salvarla del Pestillo Asesino.

—Gracias —dije sin entonación, manoteando la almohada.

—Oh, sospecho que le incomodaron mis apreciaciones de esta tarde.

—En modo alguno, señor. —Y aunque quise morderme la lengua, no pude. Robert solía decir: «Tienes redaños para hablar, pero no para aguantar lo que viene después»—. No me incomodaron, porque usted no me conoce de nada... Pero... si me estoy equivocando y... ha hablado con alguien que me conoce...

—Es decir, quiere usted que le explique cómo lo supe.

—No, gracias, ya lo sé. Es algo frenológico y frontal que... lo produce.

El señor X suspiró.

—Parece que los médicos ya han compartido su ignorancia con usted. A veces me siento jugando al ajedrez contra adversarios que juegan a los dados.

—No entiendo, señor...

—Claro que no entiende. Existe una clara demanda de mi inteligencia en todo el mundo, así que he decidido venderla. Le daré una explicación a cambio de dos cosas.

Como siempre, aquel suave pero nítido hilo de palabras.

—¿Qué cosas? —pregunté, suspicaz.

—No ventana abierta, no oftalmólogo.

Casi sonreí. Por suerte, estaba situada tras el sillón. No podía verme ni aunque tuviese ojos en la nuca.

—Cerraré la ventana. Pero ese ojo tienen que examinarlo.

—Es usted muy tozuda.

—Ya vamos entendiéndonos. —Abrí la colcha y la alisé mientras oía su voz.

—Como usted quiera.

Tras un breve silencio volví a la carga.

—Le he concedido la mitad. Podría usted concederme la mitad de la explicación.

—La mitad de la explicación es toda la explicación, señorita McCarey —dijo la vocecilla—, pero, para que duerma tranquila esta noche: nada más entrar la primera vez oí el roce de sus dedos sobre la tela de un pañuelo, al tiempo que su voz sonaba ligeramente ronca, con la cualidad de quien ha sufrido un episodio de asfixia cuyas marcas aún persisten. Olor a ron y a brea en su vestido y, muchísimo más leve, a vino tinto de calidad en su cabello. Cena de pareja. ¿Pública? Improbable, por el intento de estrangularla. Íntima.



Y si alguien como usted mantiene una relación íntima con un marinero de esa calaña, solo puede ser debido a que se estima muy poco a sí misma.

—No... No es posible deducir todo eso... —gemí.

—Le ruego que no lllore sobre la alfombra, por favor. —Me sequé las lágrimas y caminé fuera de la alfombra.

—¡Nadie puede... deducir *todo* eso tan solo viendo a alguien! —insistí.

—¿Le gusta el teatro? —preguntó el hombrecillo cabezón de repente.

—Por supuesto, ¿a quién no? —La pregunta me desconcertó.

—A mí.

—¿A usted no le gusta el teatro?

—No.

—¿Y qué tiene eso que ver con lo que estábamos hablando?

—Si deja de hacerme preguntas, podré explicárselo. —Me callé, algo irritada. La suavísima voz prosiguió—: En el teatro todo el mundo permanece sentado y atento al espectáculo. Yo hago igual, pero mi espectáculo son las personas. Sé que no me entiende.

En efecto, no le entendí. O solo entendí que había percibido toda mi desgracia observándome, y eso me hizo llorar de nuevo.

—Si le sirve de consuelo, le diré que yo tampoco entiendo por qué las mujeres lloran por todo —dijo la voz del sillón.

Pensé una respuesta agria.

—Porque no solemos golpear ni humillar a otros cuando nos enfadamos, ni contar sus intimidades a la cara...

El señor X no dijo nada. Aproveché para cerrar la ventana.

—Buenas noches, señ... —Al volverme y mirarlo, me quedé paralizada.

El sillón estaba vacío.

Por un momento creí que se había volatilizado como un espectro. Pero estaba acostado en la cama, boca arriba.

—No se ha tomado usted su láudano —dije, viendo el vaso intacto.

—No lo necesito. La conversación con usted es adormecedora.

—Gracias. —Aunque, por la mueca que hizo, sospeché que aquella era su idea de una «broma». Sin duda se había puesto de buen humor por algún motivo.

—Buenas noches, señorita McCarey. Tengo que dormir ya. Mañana necesitareé despertarme pronto.

Y fue así: al acercarme, respiraba plácidamente con los ojos cerrados. Era

como si alguien hubiese abandonado una habitación tras apagar la luz.

Abandoné la suya después de hacer lo propio con la lámpara.

En mi pequeño cuarto, pese al cansancio que sentía debido al ajetreo de aquel primer día en Clarendon, no pude conciliar el sueño. Qué extraño individuo, pensaba. Jamás había conocido a nadie así, loco o no.

Al fin debí quedarme dormida, porque el teatro de los sueños comenzó enseguida. Vi a Robert en un sillón orejero y a la señora Murray, a su lado, con una sonrisa llena de dientes afilados.

*Está esperando algo, repetía, una y otra vez.*



---

## PORTSMOUTH JOURNAL

---

***Los bohemios del rey Leontes, musical de E. Pooghuch. Teatro de Caridad, St. Mary's***

**... el estribillo se nos queda: «¡Fregar, fregar, bregar...! ¡Es el oficio del pirata en alta mar!». ¡Piratas y piratillas! ¡Canciones inolvidables! Pero no solo disfrutaban los niños: en la versión del maestro Pettiroso con la compañía Coppelius los adultos también se divierten... Contemplamos a las niñas «piratillas» desvistándose con rubor... Los chavales del público vociferan, tiemblan, saltan y arrojan objetos con cada prenda de ropa que ellas se quitan... ¡Singular estallido de alegría! ¡Todo es tan infantilmente escandaloso ...! ¡Señora, no se preocupe: cuando aparezca Elmer, su hijo podrá gritar hasta echar espuma por la**

**boca! ¿Se inquieta usted?... ¡Nos encanta ver a esas pequeñas  
bestezuelas con ojos desorbitados riendo hasta volverse locos!  
¡El gran Elmer Hutchins los hace rugir! ¡Bendito sea!**

**D. H. Humbert**

# FIN DE ESCENA PARA ELMER HUTCHINS

Ciertos finales de escena nos desmadejan.

JEROME K. EDWARDS ,  
*Enciclopedia de teatro dramático (1865)*

*Elmer no sabe dónde está. Y la verdad es que no le importa.*

*Porque, esté donde esté, está ELLA.*

*Quiere llorar, reír, estallar a sus sesenta y cuatro años de vida.*

*Al principio creyó que soñaba. Pero no, esos muslos, la piel como la de una fruta, la firmeza muscular... Todo es real. Es muy joven, pero es la mejor chica con la que ha estado en su vida.*

*Lo cual tampoco es decir mucho, aclarámoslo. Porque la vida de Elmer Hutchins es de esas «predestinadas»: desde una aldea al norte de Portsmouth que, probablemente, fue borrada del mapa cuando Elmer la abandonó, hasta los muelles de esta última. Trabajo no le había faltado. Con sus casi seis pies y medio de estatura, sus hombros que no podías abarcar por completo en un abrazo y su increíble fuerza resultaba ideal como estibador. Con todo, era de natural amable, algo tonto y carecía de deseos de dañar. Ya en los muelles le zurraban tipos mucho más bajitos y enclenques que él, únicamente porque Elmer no veía motivo para devolverles el golpe y aguantaba bien los que recibía. Otros, sin embargo, le habían hecho un daño peor: le mostraron el alcohol, lo forzaron a beber. Elmer, borracho, era un oso estúpido, y el juego favorito de los estibadores era verlo tambalearse como si bailara hasta caer redondo. No había tardado en ser expulsado del trabajo. «Me salvaron en el St. Mary's», decía. En el albergue había encontrado algo que hacer, o deshacer: se le entregaba una cuerda gruesa y, junto a otros desfavorecidos, extraía con sus gruesos dedos las hilachas en*

una labor paciente de arácnido inverso. Luego, esas hila chas podían ser vendidas como estopa, y la tarea ayudaba también a man tener ocupados a quienes, como Elmer, solo pensaban en el oscuro fondo de las botellas. Elmer afirmaba que deshacer cuerda le salvó la vida, y desde entonces llevaba en el bolsillo de sus raídos pantalones unos trozos de sirga anudados para no olvidar nunca aquella época. Le daban buena suerte.

En el teatro de Caridad descubrió, además, su capacidad para hacer reír a los niños. Su gran cuerpo, su enorme barba blanca y su grueso vozarrón asustaban a los chiquillos al principio. Luego se echaban a reír cuando el grandote y viejo Elmer era perseguido, apaleado o barrido a patadas y escobazos de la escena como un pelele enorme y sonriente. Más o menos como en los muelles. La diferencia: que en el teatro nadie le hacía daño de verdad. Y Elmer se deleitaba viendo cómo sus tribulaciones se convertían en jolgorio para los chavales. Poco a poco había ido alejándose del temido alcohol, que tan solo nublabla la mente, como no se hartaba de decir a su joven amiguito Danny Waters, el tartamudo. La botella no es buena, Danny, mira lo que le pasó a Edwin. Existen otras formas de ser feliz, le decía.

Sin duda, la muchacha con la que ahora está las conoce todas.

La muchacha no es la botella: es el genio que habita dentro.

Elmer podría jurarlo.

Y, sin embargo, qué curioso: Elmer no está acariciándola, no la toca ni con la punta de los dedos.

En realidad —ahora se percata—, ni siquiera se hallan cerca el uno del otro.

Elmer solo sabe que ella está allí. Y que él está allí. Y ella se mueve ante él y a él la baba se le desprende por entre los agujeros de sus dientes: gruesos chorros como las hilachas de cáñamo que separaba en su trabajo de antaño. Cada gota, una campanada... Así hasta doce.

Entonces comprende: él mismo está hecho de cuerdas. Sus intestinos, párpados, barba, testículos, cerebro... Cada cosa de su cuerpo ha sido fabricada con recias fibras entrelazadas. La saliva es la forma de tirar del cabo de una de ellas y deshacerlo. Elmer se desovilla poco a poco formando anillos en el suelo. Eso le hace sentir un placer tan abrumador que, casi sin transición, se transforma en horror.

Cuando quiere gritar sus cuerdas vocales, con un suave tirón final, se desanudan y flotan lentamente hasta caer en la cúspide de la maroma.

*Aun así, puede escuchar la voz. Procede de las sombras, por donde la muchacha ha desaparecido. Burlona, crea ecos ensordeciéndole:*

¡Elmer ya no tiene cuerda!

¡Elmer ya no está cuerdo!

¡Es el final de la escena!

¡Pronto estará muerto!

# EL CADÁVER



## 1

La noticia me la dio Susie al día siguiente. Estaba asomada a la ventana del rellano de la escalera de residentes, junto a una criada, y cuando me oyó subir giró hacia mí sus bonitos ojos azules.

—Buenos días, Annie. Hay... Es... En la playa.

—Oh.

Me uní a ellas en la observación. No sé si he descrito la ubicación exacta de Clarendon House. Asomada por aquella ventana podías ver, hacia el este, ahora cegador debido al sol, la nueva construcción del muelle de South Parade con sus banderitas, sus cafés y las carpas de entretenimiento —entre ellas, una que, según Susie, era una *arena* ciertas noches—. Al oeste, al otro extremo de la playa, se advertía la antigua fortaleza de Southsea, hasta hace poco un bastión defensivo de nuestra isla, ahora dedicado —ciertas noches— a los espectáculos al aire libre. Pero mucho más cerca, si uno se inclinaba más y debido al ángulo que hacía la línea de costa, se divisaba parte de la avenida Clarence y una hilera de pinos como los que adornaban nuestro jardín. Junto a ella había un corro de gente en la arena. Distinguí sombreros de paja, cascos de policías, quitasoles y algún bañista. Hettie Walters se me adosó detrás, con todo su orondo busto.

—Uuuh... ¡Un cadáver!

No me sorprendí en exceso. Era mi segundo día de trabajo en Clarendon y ¿qué aparecía a unas doscientas yardas de donde me encontraba? Un cadáver.

Lo consideré casi normal. Lo bueno de los que siempre tenemos mala suerte es que no somos supersticiosos.

Aquella ventana se convirtió en el sitio más frecuentado por el personal de Clarendon a lo largo de la mañana. No era raro si teníamos en cuenta que se trataba del mejor lugar para verlo todo, exceptuando las habitaciones de residentes del primer piso, ala oeste. El rellano superior estaba demasiado alto y los despachos de Weedon y Ponsonby solo tenían vistas al muro que rodeaba Clarendon. De modo que nos turnábamos en aquella ventana como espectadores en una función que no cesaba. Se nos unieron el señor Weedon y Jimmy Piggot. Luego vino la señora Murray con su andar renqueante, ayudada por la jefa Braddock. Le abrimos paso para que viera también una porción de lo suyo.

—¿Quién es? —preguntó con su voz rasposa.

A saber. Se instauró un orden: quien tenía menos que hacer se quedaba más tiempo mirando e informaba a los demás de los progresos. De esa forma comprobé que el señor Weedon apenas tenía nada que hacer, porque no lo vi moverse de su sitio en el mirador oficial y cuando nos acercábamos comentaba en tono distraído las novedades.

—Ha venido el juez, un médico... Están los periodistas... La policía ha aislado el lugar. Parece algo grave...

Grave podía parecer que interrumpiéramos nuestra labor para seguir la historia del suceso, pero debo admitir que eso me ocurría también en Londres, con o sin Robert. A Robert le apasionaba asomarse al horror de la víctima de un crimen —también le gustaban las arenas—, a mí no tanto, pero no voy a mentirles: llegado el caso, me ponía de puntillas y observaba sobre los hombros como cualquiera. Igualmente he visitado clandestinos con Robert. Mirar, miro. ¿Qué otra cosa nos queda a la gente *decente* ?

Fue Hettie Walters quien nos dio la siguiente noticia importante a media mañana. Hettie entraba y salía mucho de Clarendon —recordarán ustedes que fue quien me recibió el día previo bajo la tormenta—, hablaba con jardineros, con la gente que pasaba por las calles. Su vida era saber qué ocurría fuera. Llegó rebotante de lágrimas y emociones, haciendo temblar su peto y tomando aire entre sollozos.

—¡Ay, ay...! ¡Ha... Ha...! ¡Uuuh!

Todos nos volvimos para mirarla.



—¡Ha sido el pobre Elmer! ¡Uuuuuh! ¡El... pobre... Elmer!

Yo no caí en la cuenta de quién era hasta poco después: se trataba de aquel pordiosero que supuestamente había dejado el alcohol y trabajaba en el Caridad de St. Mary's. Nellie Worrington nos había comentado que pensaba asistir a una de las funciones. Por supuesto, la función se había cancelado. Era triste, pero advertí en las caras de mis compañeras cierta desilusión, porque la muerte de un mendigo no es algo demasiado *escandaloso*. Hasta podría decirse que se trata de un suceso vulgar. En Londres mueren mendigos violentamente todos los días. La jefa Braddock, incluso, arrugó el semblante con desprecio.

—Otro borracho asesinado. Habría que hacer algo con esas bestias.

—¿Como qué, señorita Braddock? —preguntó Weedon como dándose por aludido.

—No sé... Encerrarlos a todos en algún sitio...

—¿A todos los borrachos de Portsmouth? Sería enrejar la ciudad...

Susie Trench, que también miraba en ese momento, señaló con un dedo.

—¡Alguien...! ¡Allí...!

Nos empujamos para asomarnos. Los policías rodeaban un coche recién llegado, detenido en la avenida Clarence. Se abrió una portezuela, hubo reverencias y saludos.

—Son gente de Scotland Yard, seguro —dijo Weedon, muy sabio.

—¿Scotland Yard... por lo de *Elmer*? —dijo la jefa Braddock en tono incrédulo.

—Si a nosotras nos ocurriera algo, ¿vendría Scotland Yard? —se quejó Susie comprensiblemente, sin que nadie respondiera.

~ 3 ~

La llegada del doctor Ponsonby tuvo el principal efecto de disolver temporalmente el grupo de la ventana. Formamos fila frente a él mientras arengaba.

—Se ha producido una tragedia cerca de donde nos encontramos. Ah... No quiero decir demasiado *cerca*, ni tampoco me refiero a una *gran* tragedia...

Imagino que todos ustedes ya cuentan con cierta información, eh... Sencillamente, otro borracho ha sido asesinado en las playas. Eso es triste, qué duda cabe, no lo más triste del mundo, pero... Nuestro deber, déjenme decirles... Nuestro deber como responsables de Clarendon House... Supongo que lo saben... Nuestro deber supremo es calmar a los residentes y atenderlos en las nuevas necesidades que surjan... de lo ocurrido.

¿Qué nuevas necesidades eran esas? Comprobé que, en casi todos los casos, se trataba de prismáticos teatrales. Había quienes ya los tenían consigo, como lord Alfred C. —no doy apellidos por razones obvias—, unos bonitos gemelos. Otros, como sir Leslie A., los exigieron de inmediato. En algún caso, el residente en cuestión confiaba solo en su vista, y hubo desafortunados del ala este que pidieron asomarse por las ventanas del ala opuesta para ver mejor —por lo que pagaban, se consideraban con pleno derecho a tener palco—. Claro está, Ponsonby rechazó la idea de que entraran en las habitaciones de otros residentes.

Sea como fuere, la mañana transcurrió animada y agradable gracias a eso. Y hasta más saludable: muchos enfermos reluctantes a salir a pasear mostraron deseos de aire libre justo entonces, en particular por la playa, y más concretamente hacia donde se aglomeraba el público. Otros se contentaban desde la distancia. Todos disfrutaban.

Con una sola excepción.

Cuando entré en la habitación del señor X, este se hallaba en el sillón y había acabado de desayunar, pero las cortinas seguían corridas. Casi me tropecé con el aguamanil de su aseo matutino, que realizaba a solas. Me pareció increíble que alguien tan curioso y entrometido como él no disfrutase del espectáculo.

—Han matado a alguien en la playa esta noche —dije—. Ha venido la policía y hasta Scotland Yard desde Londres. ¿No quiere verlo? —Y descorrí las cortinas.

—¿Podría volver a correr las cortinas, por favor, señorita McCarey? —Su expresión era tensa, nada que ver con el humor de la noche previa.

—Pero ¿no quiere verlo? Tiene usted el mejor puesto de todo Clarendon.

—Ya he contestado a su pregunta con la mía, señorita.

Resoplé y cerré de golpe las cortinas.

—Pues nada, quédese disfrutando de su maldita oscuridad sin distraerse con algo que merece más la pena que... que tocar su «violín».

—Ahora que lo menciona, es justo lo que me propongo hacer —dijo enseguida—. Hoy no almorzaré, así que adviértalo en las cocinas, y también le ruego que avise de que nadie me moleste.

Lo dejé moviendo los brazos estúpidamente en el aire oscuro y cerré la puerta.

~ 4 ~

El cadáver acabaron por llevárselo después del mediodía, pobre hombre, en unas parihuelas y cubierto por una sábana, pero me perdí el traslado porque en ese momento estaba dándole la comida a lord Alfred C., que tenía que ser alimentado debido a su avanzada edad. En realidad, era tarea de Susie Trench, pero, debido a las especiales circunstancias de aquel día insólito y a que una servidora era la recién llegada, accedí a que Susie se quedaría en la ventana del rellano. Cuando lord Alfred terminó, recogí los platos sin esperar a la doncella. En el vestíbulo me vio la jefa Braddock y me encargó nuevas tareas para suplir la ausencia de las compañeras asomadas. En esas estábamos cuando la puerta de entrada se abrió y allí estaba, inmóvil, espantosa, Hettie Walters, cuya mirada inmensa me hizo recordar la primera vez en mi vida que vi una vaca pariendo, conste que lo digo para que ustedes se hagan una idea y no por ofender.

—Lo... he... visto... —murmuró, gélida.

No pasó mucho tiempo hasta que el grupito de la ventana se transformó en el grupito de Hettie. Claramente, ese día no iba a ser aburrido. La pobre mujer era toda ojos, blanca como su cofia. Su semblante me espantó de tal modo que me eché a temblar. Aquello, indudablemente, era mucho más que *escandaloso*.

—A... El... mer... —Entre hipidos—. ¡A... El... mer...!

La rodeábamos y nos mirábamos entre nosotros como arrojándonos nuestro propio miedo con los ojos. El único hombre presente —excepción hecha del jovencito Jimmy Piggot, que, como tal, tenía licencia para horrorizarse casi tanto como una mujer— era el señor Weedon, así que este procedió, suspirando, a hacerse cargo de la situación. Es decir, calmar a

Hettie. Pero era obvio que ese papel no le iba: era un solterón, según me contaban, cuya vida parecían ser números y balances —y el teatro clandestino, no hay que asombrarse—, y su incomodidad en el trato humano resultaba patente.

—Diga usted lo que vio, señorita Walters —insistía, sin brusquedad pero tozudo—. Diga qué vio, mujer, no nos deje así. Luego llore si quiere. Venga, vamos. Diga.

Enseguida varias de nosotras lo sustituimos, como cuando los hombres quieren hacerse los valientes ante el parto, pero terminan cediéndonos la tarea a las mujeres. Entre varias calmamos a Hettie apretándola contra nosotras. Como si —se me ocurre esta horrenda comparación— intentáramos, suave pero repetidamente, exprimir alguna clase de vejiga para que soltase hasta la última gota de su contenido.

—Yo estaba... allí cuando lo... cargaron —dijo al fin la buena mujer—. No veía nada, no podía pasar por entre la gente... Había también niños, pordioseros. Yo no veía nada... Es tan horrible no ver nada... Me notaba el corazón cuando oí a un... a un policía decir algo. —Imitaba al policía en cuestión como en trance—. «¡Esto es obra de un loco! ¡No miréis! ¡No miréis, chavales!»... Venían con parihuelas desde un coche de la morgue en la Clarence Esplanade... Y dijo alguien: «¡Venga, vamos!»... Y la gente retrocedió mientras lo... lo... —Hizo la mímica con sus brazos gorditos.

—Lo cargaban —ayudó la jefa Braddock.

—Sí... Lo cargaban... y entonces vi ... Tenía... ¡Oh, Dios mío! Justo en ese instante volvió a llorar. La apretamos un poco más.

—Hettie...

—Vamos...

—Tenía... los... las... uyuyuyuhhhhhh-uuuhhhhuuuuu... —Ya era inútil. La pobre Hettie al fin hinchó el pecho y sonrió en medio del esplendor de su dolor—. ¡Lloro y río a la vez! ¡No sé por qué me pasa! ¡Cuando veo cosas ... lloro y río!

Retumbó la puerta en ese sobrecogedor momento. Todas estábamos tan horrorizadas que estoy segura de que sentíamos cierto deleite *prohibido*. Ese placer de algunos espectáculos que nunca queremos recordar y nunca olvidamos.

El señor Weedon —de nuevo elegido por femenina mayoría— fue quien abrió y dejó paso al nuevo horror. Hizo su entrada en tromba, militarmente.

Todas miramos como embobadas aquel uniforme y aquella capa agitándose con los pasos. Detrás, más policías. Atendidos por Weedon, se dirigieron al despacho de Ponsonby y, al cabo de poco, retornó la comitiva a la que ahora se sumaba Ponsonby, que pidió a la jefa que convocara a todo el personal de inmediato. Como «todo el personal» ya estaba allí, salvo la señora Murray, que solía hacer siesta, no hubo que esperar mucho.

Cocinera, doncellas, enfermeras y jardineros se congregaron alrededor de Ponsonby, que manifestaba emociones dispares. Era obvio que gozaba siendo el nuevo centro de atención, pero, a la vez, se sentía digno, y a la vez preocupado, y nervioso, y distraído. Nos miraba por turno como si buscara el rostro perfecto: aquellas facciones que, por fin, le ofrecerían una sola respuesta para todos sus sentimientos. Sonreía como quien sueña con ser famoso, pero deplora los medios para serlo.

—Damas y caballeros de Clarendon House: debido al... al crimen perpetrado en la playa esta noche que ya todos ustedes conocen, o deberían..., no digo que *deban*, digo deberían..., estos agentes de la autoridad me... me anuncian que vamos a recibir la visita de... un inspector de Scotland Yard. —Los agentes de la autoridad eran de la policía local. Ponsonby carraspeó antes de proseguir—: Dicho inspector se dispone a interrogar al personal de nuestra residencia, en particular a los que pasaron la noche aquí. De modo que..., en atención al respeto que debemos a la justicia, les ruego que se pongan a su disposición.

A la altura de esas largas palabras, los murmullos habían empezado a cundir. Nos tachábamos o añadíamos a la lista de posibles interrogados según hubiésemos dormido o no en Clarendon, e incluso, en el primer caso, los había que aducían no haberse movido de sus habitaciones —como nosotras— y reclamaban la ayuda de otros como testigos de tal circunstancia. Testigos que, ay, no existían, porque tampoco se habían movido de sus habitaciones. Ponsonby y Weedon, muy contentos de haber dormido en sus respectivas casas, trataban de imponer calma. Todo Clarendon era un revuelo. Susie me comentó:

—Esto parece un..., ya sabes..., un...

Susie, como siempre, dejaba a otros la penosa tarea de pronunciar lo impronunciable.

—Parece un clandestino *escandaloso* —dije, y ambas nos tapamos la boca.

Los hombres de Scotland Yard llegaron bastante más tarde que el aviso. Era como si quisieran ponernos nerviosos con aquella espera. La doncella que abrió tuvo que retroceder ante los dos agentes, uno de paisano, el otro de uniforme. El primero era flaquísimo y bajito, con un mostacho de pelos crespos, acerados, y unos ojos como pocas veces he visto, de una claridad majestuosa y una fijeza sobrenatural, donde las pupilas parecían pinchazos de jeringas. Se calaba un sombrero de fieltro sobre sus grandísimas orejas. Llevaba un sobretodo y un traje gastado, las manos en los bolsillos del primero. Pero se sumía —y resumía— en aquella mirada devoradora, nerviosa. Era como si el bigote estuviera formado de púas clavadas sobre el labio y la expresión resultante mostrase el coraje con que resistía el dolor. Ha llegado la ley, parecía decir.

Las enfermeras, Ponsonby y Weedon los recibimos alineados. Ponsonby se adelantó y tendió su mano al hombrecillo.

Este no se la estrechó.

—Soy el inspector Augustus Merton, de Scotland Yard. El sargento Jameson.

El sargento, que como digo iba de uniforme, parecía haber sido construido con el material sobrante tras hacer a Merton: alto, obeso, simpático, sonriente sobre el barboquejo del casco, que formaba una segunda papada sobre la primera, de mostacho como un gato rollizo y manso, a diferencia del encrespado y agresivo del inspector.

—Estamos a su disposición, señor —dijo Ponsonby, reverencial.

—Gracias. No le quitaré mucho tiempo, doctor. Necesitamos una habitación.

—Pueden usar mi despacho, caballeros.

Las enfermeras aguardamos en hilera y se decidió dejarme la última por ser la nueva. Las compañeras interrogadas salían dándonos ánimos: «No es nada, ya verás», susurraban. Pero cuando me tocó el turno a mí, las piernas me temblaban al entrar.

—Pase —dijo Ponsonby.

Merton, las manos aún en los bolsillos, aún con el sombrero puesto y sentado en el sillón de Ponsonby, estaba hablando. El sargento Jameson

anotaba en una libretita haciendo doblarse una silla con su peso mientras Ponsonby y Weedon, en sendas sillas junto a la ventana, parecían el público.

—No, no, yo no soy muy brillante —decía Merton—, no se equivoque, doctor. Pero... —Hizo una pausa inculcando en aquel «pero» una súbita energía.

—Siempre hay un «pero» —murmuró Jameson, pacífico.

—Pero, en este oficio, caballeros, las cosas no dependen tanto de la inteligencia como de la paciencia. Los matices y detalles de un crimen forman un tapiz complejo, y es preciso quitar capa tras capa, capa tras capa, limpiándolo todo con fina delicadeza, hasta dejar el hecho... ahí, prístino, puro, sin obstáculos.

—Tan cierto como que tengo madre —asintió el sargento.

Acaso por pura coincidencia ambos me miraron, lo cual me hizo enrojecer.

—Siéntese, señorita... —dijo Jameson, y consultó sus notas—. ¿McCarey?

Por suerte, el interrogatorio lo condujo este último. Jameson hizo las preguntas y copió mis respuestas —que se limitaron a aclarar que me había acostado a tal hora, después de acabar tales tareas, y no había visto nada en la playa—, mientras Merton posaba en mí aquellos ojos terribles que parecían haber absorbido como esponjas toda la suciedad delictiva del mundo que al común de los mortales no nos es dado contemplar, para luego enjuagarla minuciosamente. Eran como pozos que llevaban hacia ese subterráneo sin fondo al que pertenecían cosas como el cadáver de Elmer Hutchins en la playa —cuyos horribles detalles yo aún no conocía, aunque bien pronto enmendaría mi ignorancia—, y Merton, dueño de aquellos pozos, semejaba advertirme que, por mi bien, no mirase mucho, o en caso contrario lo hiciera bajo mi entera responsabilidad.

Cuando indiqué que el residente de quien me ocupaba se hallaba en el ala oeste del primer piso, Merton me interrumpió.

—Ese es, al parecer, el mejor lugar para haber visto algo. ¿Cierto, Jameson?

—Tan cierto como la muerte de mi padre, inspector.

—Necesitaremos interrogar a los residentes de esa ala, doctor.

Dicho así pareció que no era nada, pero Ponsonby sufrió una especie de espasmo. Como era usual en él, se mezclaban distintas emociones: sentido del deber para con la justicia, del honor para con sus residentes. Hasta se levantó para hablar.

—Ah, en Clarendon somos colaboradores de la ley, inspector Morton —«Merton», corrigió el aludido—. Sí, perdone, pero... también tenemos pacientes... y familias que respetar. No quiero decir que ese respeto sea superior al respeto que nos merece la ley... Solo le pido que..., ah..., tenga en cuenta las especiales características de nuestra residencia, donde la discreción es...

Merton también se levantó, impaciente.

—Me hago cargo, doctor Ponsonby. Pero...

—Siempre hay un «pero» en todo esto —acotó con deleite su ayudante, levantándose igualmente.

—Pero Scotland Yard es sinónimo de discreción, señor.

—No lo pongo en duda. —Y Ponsonby giró hacia mí sus ojos parpadeantes—. ¿Sería tan amable de... guiar al señor inspector... por las habitaciones de nuestros residentes del primer piso, ala oeste? Ya deben de haber cenado. No les molestará mucho.

Sospeché que me había escogido no solo por la casualidad de hallarme a su lado. Yo era la novata, y por tanto, la que menos conocía las vidas y secretitos de los residentes. Conmigo, Ponsonby se aseguraba una discreción suplementaria.

~ 6 ~

Tengo natural pavor a la policía, casi más del que siento ante los malhechores, porque con estos últimos siempre cabe la posibilidad de recurrir a la policía. Dicho de otra forma: frente al mal aún me queda el consuelo de que el bien me defienda, pero ¿quién puede defenderme del bien?

Se comprenderá así que, mientras les precedía por la escalera, el orejudo y escuálido inspector pisándome los talones, me sintiera cada vez más nerviosa. Un homicidio era un homicidio. Se trataba de algo serio, algo real. Ni siquiera era un clandestino, donde te alivia decirte a ti misma: yo soy el público. Cierto era que yo no estaba relacionada, ni remotamente, con aquel asesinato, pero me hallaba *dentro* del caso, junto a la policía, participando sin posibilidad alguna de exclusión.



Al principio no hubo grandes sorpresas. El ritual fue semejante con todos. Nos deteníamos en la puerta, yo decía el nombre del residente, informaba de sus peculiaridades, llamaba y entraba. El resto lo hacía Merton. Y constituyó un rotundo fracaso, más que nada porque Merton decidió ignorar que los interrogados eran enfermos. Es decir, no lo ignoraba, pero lo comprendía de la forma más errónea posible. Para él eran seres que, por tener mermada la razón, no contaban con la suficiente dignidad. Los trataba de «lunáticos» aun en su presencia, como si estar loco equivaliera a ser sordo: «Y este lunático, ¿qué tiene que contarnos?», siempre con las manos en los bolsillos del sobretodo. Los había que eran sordos de verdad, como lord Alfred C., un octogenario que usaba trompetilla y vivía en un mundo de sublevaciones de cipayos, completamente ajeno a los sucesos más recientes. Ante la pregunta de Merton sobre lo sucedido la noche anterior, respondió con aquellas fintas que yo ya conocía en enfermos de su estilo: «¿No es usted el mayor Briggs, de la cuarta brigada de lanceros? Si no lo es, perdone que le diga, tiene usted un hermano mellizo en la India, amigo... Yo que usted, indagaría en mi familia». No describiré la mirada con que Merton le fulminó bajo su sombrero de fieltro. Y estaba el señor Conrad H., un anciano lúcido pero obsesionado con espías y vigilancia, que por cada pregunta que se le hacía devolvía un par o tres, frenéticas, como un endiablado contrincante de tenis: «¿Por qué quiere saber eso? ¿Puedo ver sus credenciales? ¿Cómo ha dicho que se llama?». En cuanto a sir Leslie A... ¿Qué decir de sir Leslie! Era joven, vestía con colores teatrales y poseía un brillo en los ojos que parecía reflejar incontables noches *escandalosas* en el East End al resplandor de velas, entre alientos de incontables mujeres, humo de opio y espectáculos *prohibidos*. Susie me había susurrado que su enfermedad era de esa clase que en Clarendon House nadie habría mencionado ni siquiera a Merton, contagiada por esa clase de vida. Lo único que, por lo visto, salvaba a la bella Jane Wimpole de sufrir sus desmanes cuando entraba a atenderlo era —según me confesó también Susie— que a sir Leslie le gustaban mucho más rellenas, con lo cual ni la jefa Braddock ni Hettie Walters pisaban aquella habitación ni por casualidad.

Dejando aparte tales pegajosas cualidades, sir Leslie parecía perennemente adormecido en una inmensa bañera de champán.

—Oh, la policía, la policía... —dijo cuando Merton entró—. Adelante, adelante, oh, policía, bendita policía. Dulce amiga la policía... No, no he ido

a ningún clandestino...

Merton hizo un brevísimo interrogatorio —infructuoso— y casi huyó de la habitación. Los comentarios que intercambió con su subalterno, sin respetar mi presencia, me sonrojaron. Era cierto que sir Leslie producía repugnancia en según qué personas, pero ¿quién era nadie para juzgar eso? No me agradó aquella superioridad acompañada de insultos como «vicioso» o «cerdo».

Quedaba una última puerta.

No me pregunten por qué lo hice. Yo misma no estoy segura.

Acaso porque aquel era mi residente y me sentía incómoda ante la mera posibilidad de que Merton le aplicara los mismos o peores epítetos. Merton, con las manos en los bolsillos y el sombrero todavía calado sobre sus enormes orejas, consumido a sí mismo por un bigote que parecía torturarlo, se me antojaba frío e inhumano como una cárcel. El señor X podía ser también frío e inhumano, pero había en él una sensibilidad espiritual que provocaba mi piedad.

Me planté ante ellos y hablé con los ojos bajos.

—Perdonen ustedes, pero este último residente no va a serles de utilidad, señores. Vive siempre a oscuras, con las cortinas cerradas y no se mueve de su sillón... Por no tener, no tiene ni nombre... Lo llaman «señor X»... Les aseguro que no ha visto nada...

Entonces Merton hizo algo que aún hoy me estremece recordar.

Se acercó a mí, bajito como era.

—Señorita...

—McCarey, señor —murmuré a punto de llorar.

—Señorita McCarey, nosotros decidimos eso. Y ahora, abra esa maldita puerta y échese a un lado, como mujer que es, y enfermera.

—Sí, señor. —Y, mientras manipulaba el picaporte, insistí—: La habitación está a oscuras, tiene las cortinas cerradas y no lo verán porque está sentado en el sillón...

Abrí.

La habitación estaba iluminada con varias lámparas. Las cortinas estaban descorridas. Y el señor X se hallaba de pie ante la ventana.

Todos nos quedamos quietos. Sin volverse, el señor X empezó a hablar:

—Buenas tardes, señorita McCarey, veo que trae visita. Bienvenidos, señores. Lamento que las incomodidades de mi recinto no estén a la altura de las circunstancias.

Los policías y yo continuamos un instante quietos en la puerta.

—¿Qué es esto? —preguntó Merton.

—Se llama señor X —repetí—. Es... especial.

Cuando entramos y cerré la puerta, el señor X ya había regresado al sillón. Merton avanzó cauteloso hacia allí, como si no estuviera seguro de lo que pudiera encontrar. Pero al llegar y contemplar con quién tenía que vérselas, sus facciones se relajaron. Aquella expresión, que yo tantas veces había sorprendido en los visitantes del asilo cuando observaban a un enfermo cuya apariencia anormal les hacía situarse enseguida en algún lugar superior — como si lo «normal» fuese una medalla, más que un azar—, me producía verdadero asco. Odié a Merton aún más por eso.

—Así que... «especial». Bueno, al menos sus ojos sí son *especiales* ...

—El izquierdo tiene un derrame, señor —repliqué, más irritada que el propio ojo.

—Hable solo cuando se le pregunte, señorita.

Me mordí el labio, pero la altura de la autoridad me hacía siempre humillarme.

—Con derrame o sin él, por el tamaño del otro ojo juzgo que debe de haber visto usted muchas cosas. —Merton miró a su ayudante, que sonrió por él—. Pero...

—Siempre hay un «pero» —dijo el sargento, como cazando mariposas.

—Pero no es lo que *puede* verse, es lo que se *ve*. Y lo que se recuerda.

—Mayor verdad, ni la propia vida —dijo Jameson.

—Así que, señor «especial»... —Merton se arqueó junto al sillón y me pareció que, a su modo gordezuelo, Jameson lo imitaba detrás, con el cuadernillo de notas—. Queremos saber si vio u oyó algo raro esta noche pasada.

—No, señor inspector —dijo la voz del sillón con rapidez—, no vi ni oí nada raro entre las doce y las cinco.

—¿Entre las...? —Merton frunció el ceño—. ¿Cómo sabe que son esas horas las...?

—No lo sabía, inspector, ahora sí, muchas gracias. Pensé que lo del pobre señor Hutchins había sido una riña, como los dos casos anteriores.

—¿Qué otros dos casos? Solo está el de Edwin Noggs...

—Oh, así que el de Edwin Noggs y el de Hutchins están relacionados.

—¿Cómo lo sab...?

—No lo sabía, solo lo sospechaba, ahora lo sé, muchas gracias. Mi conjetura partía de relacionar ambas muertes, porque si habían llamado a Scotland Yard a causa de un vagabundo, es porque presentaba las mismas cuatro heridas que el otro...

—¿Qué cuatro herid...?

—Tres, entonces: dos en el vientre y una en la garganta.

—Un momento, ¿cómo sab...?

—No lo sabía, ahora sí, muchas gracias, inspector: ha preguntado usted muy bien a todas mis respuestas. Ya pueden irse. Les suplico que no hagan ruido al salir.

Había hablado con tanta rapidez que me había recordado a los prestidigitadores de los teatros. El rostro de Merton era como el del hombre que ha estado caminando por la calle confiadamente y de pronto sospecha que le siguen.

—¿Quién es usted, caballero? —preguntó enrojeciendo de ira, y por fin mostró ambas manos (pequeñas, incongruentes) en forma de puños.

—El señor X no tiene nombre —dije—. Su familia es...

—¡Es la segunda vez que interrumpe, estúpida! —Merton volvió todo su cuerpo hacia mí, el rostro óseo completamente rojizo, y expelió el bigote como intentando dispararme todos aquellos dardos de los pelos—. ¡Cállese de una vez!

Iba a solicitar su perdón cuando la voz del sillón se hizo oír de nuevo.

—Oh, inspector, no vaya a creer que la señorita McCarey es como esas actrices y actorcillos de las arenas que usted frecuenta en el East End, niños o jovencitas que se enfrentan en peleas artísticas cuyo mayor interés es el nulo vestuario que lucen los participantes, a los que el público insulta a placer...

—¿Cómo sab...? —dijo Merton por enésima vez, los ojos bizcos.

—Pero es comprensible que los clandestinos constituyan su única forma de solaz desde hace años, de ahí la crisis matrimonial por la que atraviesa, y, sin

embargo, apostarí a que el problema que cree padecer está más en su cabeza y en el temor al contagio que en alguna mengua de su virilidad. Imagino que no saca las manos de los bolsillos por esto. Todo lo cual me lleva a aconsejarle dos cosas: hable con su señora esposa al respecto a fin de reconstruir su relación, y trate con el máximo respeto a la señorita McCarey, mi enfermera particular. Buenas tardes.

~ 8 ~

Aún recuerdo el silencio.

El señor X creaba silencios así, como una araña soltando tela crea tapices ligerísimos pero mortales.

Y Merton. Si un hombre pudiera derretirse de pie como un cirio, el ejemplo que se me ocurrirá toda mi vida será él.

Jamás había visto a nadie más transformado, más deshecho. Toda su rocosa dureza de individuo pequeño de mostacho de púas ahora convertida en barro esperando ser modelado de nuevo. Hasta su bigote parecía inclinarse, como si parte de su fuerza la hubiese extraído de la misma contracción mandibular que, debido a que la boca se le había soltado de sus goznes y pendía ahora abierta en el vacío, ya constituía, tan solo, un vago recuerdo en sus facciones. Pero eran los ojos, puntos de código Morse otrora furiosos, los que habían experimentado mayor cambio: porque de sopetón parecían haber recorrido toda su vida hacia atrás. Y lo digo porque su mirada me recordó la de un niño que contemplara a un padre autoritario o a unos compañeros burlones. En sus párpados se congregaban lágrimas indecisas. Ni siquiera prestó atención al sargento Jameson, cuando este, quizá incómodo ante la ausencia de «peros», preguntó:

—¿Apunto esto, inspector?

Me pareció que Merton iba a derrumbarse y me acerqué enseguida.

—Por favor, no llore sobre la alfombra —le susurré.

Merton me miró como desde otro mundo y se dirigió a la puerta. Observé cómo titubeaba antes de aferrar el picaporte con su propia y cuidada mano, pero lo que dejaba atrás parecía considerarlo peor que ensuciarse. Cuando

desapareció, el sargento lo siguió con parsimonia, como titubeando acerca de cuál era su utilidad estando a solas.

Yo comprendía el horror que Merton debía de estar sintiendo. Contemplé la quieta figura del sillón. No me miraba, sus ojos bicolors estaban fijos en la ventana donde la luz del atardecer iba menguando sobre el mar.

—Todo eso que le ha dicho... ¿era verdad?

—Un proyectil forrado con la verdad, el resto puro plomo, pero hice diana.

—¿Cómo ha... cómo ha podido...?

—Ahora no tengo tiempo de contarle lo obvio. Es urgente que me responda a una pregunta de inmediato: ¿me otorga usted su absoluta *confianza* ? Responda.

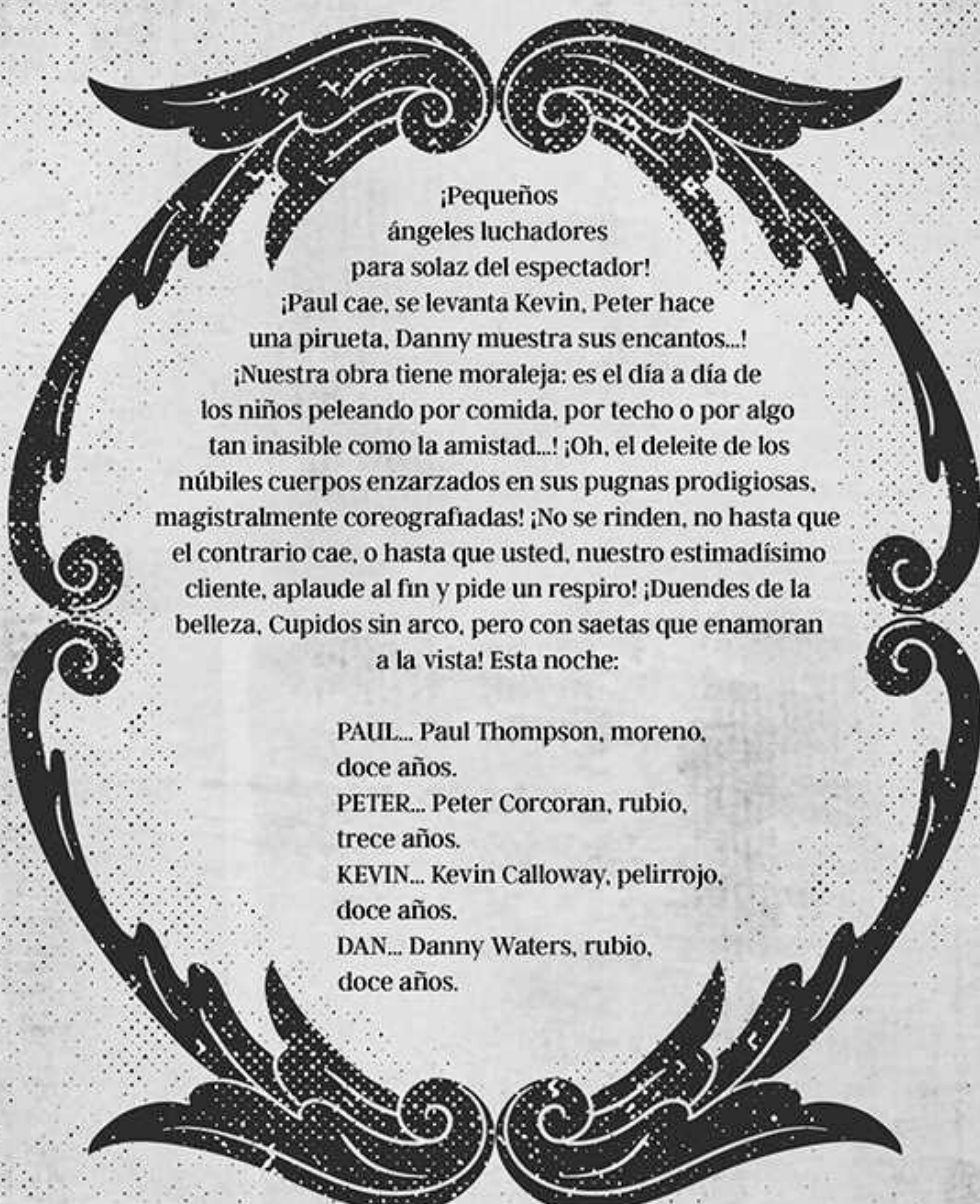
Me quedé helada, pero no por la petición.

Era que, por primera vez, aquel hombrecillo inamovible parecía nervioso.

# PROGRAMA DE MANOS

SOUTH PARADE. ARENA

(Este programa debe ser devuelto a la salida de la sala)



¡Pequeños  
ángeles luchadores  
para solaz del espectador!  
¡Paul cae, se levanta Kevin, Peter hace  
una pirueta, Danny muestra sus encantos...!  
¡Nuestra obra tiene moraleja: es el día a día de  
los niños peleando por comida, por techo o por algo  
tan inasible como la amistad...! ¡Oh, el deleite de los  
núbiles cuerpos enzarzados en sus pugnias prodigiosas,  
magistralmente coreografiadas! ¡No se rinden, no hasta que  
el contrario cae, o hasta que usted, nuestro estimadísimo  
cliente, aplaude al fin y pide un respiro! ¡Duendes de la  
belleza, Cupidos sin arco, pero con saetas que enamoran  
a la vista! Esta noche:

PAUL... Paul Thompson, moreno,  
doce años.

PETER... Peter Corcoran, rubio,  
trece años.

KEVIN... Kevin Calloway, pelirrojo,  
doce años.

DAN... Danny Waters, rubio,  
doce años.

¡Solo en la arena de South Parade, de una a tres de la madrugada!

# CONFIANDO



~ 1 ~

Había tres lámparas encendidas en la habitación: una en la mesilla y otra junto a la cama, además de la usual en la repisa de la chimenea. Aún persistían retazos de claridad en la ventana. Luz más que suficiente para observar a mi residente sin obstáculos. Sentado en su sillón, rígido, en batín, pijama, pantuflas. Sus finas cejas se arqueaban. Entreabría la boca.

Yo lo miraba como, supongo, podrían haber hecho ustedes tras escuchar una petición semejante.

—¿Confiar en usted?

—Ya me ha oído, así que, por favor, responda.

—¿Qué es lo que va a hacer? —Me asusté.

—Si confía en mí, no tengo por qué responder a eso, y si no confía, tampoco.

Sus ojos grandes, bicolors, me miraron, aunque no parecía haber expresión tras ellos. Estaba preparado, o así creí, para cualquier respuesta.

—¡No puedo confiar en usted tan rápido como me pide! —dije.

—Entonces, por favor, salga de la habitación de inmediato y avise de que nadie me moleste, incluyendo al inspector Merton, si es que a este le quedan ganas de regresar (lo cual no creo, pero tampoco descarto), so pena de escribir a mi familia con mis quejas, dígaselo así al doctor Ponsonby y márchese.

Su desprecio e indiferencia eran tales que di media vuelta y me dirigí a la puerta. Pero lo pensé mejor. No podía dejarle solo después de aquella petición.



—¡Es usted quien primero tiene que confiar en mí! —dije, retornando al sillón—. ¡Si lo que piensa hacer es aceptable, me tendrá a su lado! ¡Si no, tendré que juzgar lo que haré! ¡Pero no me exija que le entregue lo que usted no parece ser capaz de darme!

Sostuve su mirada azul y roja. Sus finos labios se curvaron en una mueca.

—¿La defendí ante los policías y le parece poca muestra de confianza?

—¡Nadie le pidió que lo hiciera! ¡Soy su enfermera, no su amiga! ¡Confiaré en usted todo lo que usted me permita que confíe!

Me sentía como manteniendo un pulso.

—Es usted...

—Tozuda, ya lo sé. Pero no voy a irme hasta que...

—Pues abra la ventana.

—... no me demuestre... ¿Qué ha dicho?

La impaciencia le hizo —si cabe— hablar más rápido.

—Señorita McCarey, usted quiere canjear confianza por confianza y yo he aceptado, así que abra esa ventana cuanto antes teniendo cuidado de nuestro común amigo, el Pestillo Asesino.

Admití que sus reglas eran justas, y lo que me pedía, paradójicamente, era lo que yo había estado intentando en vano que aceptara desde que había llegado a Clarendon.

Abrir la maldita ventana.

Me volví hacia los rectángulos polvorientos que desvelaban el azul oscuro más allá. Ya era diestra en destrabar aquel horrendo pestillo.

—Bueno, y ahora... —dije cuando la brisa marina del anochecer me acariciaba.

Entonces me detuve.

Juro que, de haber padecido del corazón, esta historia jamás habría sido escrita.

Porque dos manos se alzaron en el aire, por fuera, y se aferraron a la baranda.

Debo decir, por si he ofrecido hasta ahora otra imagen en esta crónica, que el mundo siempre había presentado para mí un aspecto corriente, si bien no del todo feliz: trabajo —mucho—, descanso —poco—, caminatas, paciencia, burocracia, pequeñas alegrías, inmensas tristezas y algunos sueños —siempre en relación con el sol: porque su ausencia, salida o puesta me hacen soñar—. No creo pecar de presuntuosa si afirmo que este es el mundo de muchas otras personas. Hasta aquel instante todo lo extraordinario lo obtenía en los teatros, y las escasas excepciones —la mariposa que, mira por dónde, fue a posarse justo en mi mano de niña; la anciana que me agradeció mis cuidados justo antes de fallecer; la primera vez que Robert Milgrew me besó— habían sido fugaces e irrepetibles. Pero estaba claro que el mundo del señor X era distinto. No solo distinto del mío, sino del de cualquier otra persona común. Unas cuantas horas tras conocernos, y él ya sabía todos mis secretos; un día después, y yo empezaba a conocer los suyos.

Me quedé inmóvil mirando desconcertada mientras entraban.

Ninguno estorbó el paso a los otros. Se auparon con agilidad saltando al interior, ordenadamente, como si ejercieran la cortesía ante una puerta. Luego permanecieron quietos, observándonos con sus grandes ojos abiertos y parpadeantes frente al sillón.

Creo que todos los hemos visto alguna vez, y al mismo tiempo no los vemos nunca. Los niños con quienes la vida se ceba en toda su crueldad — que abundan en Portsmouth no menos que en las calles de Londres—, harapientos, sucios, de mirada fija y ansiosa. La gente no suele volver la cabeza cuando pasan como bandadas ruidosas, pero los contempla ávidamente en los escenarios, legales o clandestinos. Son como seres imaginarios para esa clase de sociedad que cree que el niño real es el de traje de marinero que juega con el palito y el aro bajo la mirada vigilante de la institutriz. A mí siempre me ha parecido lo contrario: cada vez que veo a un niño de la calle, cien infantes bien vestidos y sanos se me deshacen como el azúcar de la Gente-Dulce.

Ante mí había tres extraordinarios ejemplos. El más bajito no podía tener más de diez años y era un monito de cara pecosa y tiznada y cabello enmarañado y rojo. El más alto, a su lado, de pelo pajizo, presentaba toda la quietud y resignación que parecían faltarle al primero, con sus ojos entornados y una tristeza como patentada por él. El tercero, rubio y sucio, era el más guapo, y ni las lágrimas —porque lloraba en un silencio enternecedor

— ni la roña ni los arañazos en brazos y piernas —que me hicieron pensar que se ganaba la vida en alguna arena— mermaban su belleza.

Por un instante no sucedió nada más. Ellos me miraban, yo a ellos, y no habría sabido afirmar quién estaba más asombrado o atemorizado. Seis piernas flacas de pies pequeños y mugrientos ante el enjuto dictador del sillón, que rompió el trance al hablar.

—No os quedéis quietos frente a la ventana, ya os lo he dicho, un poco más hacia la cama. No deben veros desde fuera. Si es tan amable, señorita McCarey, apague todas las lámparas salvo una y coloque una silla contra la puerta, gracias.

Me aseguré de obedecer, aunque no se me ocultaba que, obrando así, me convertía en cómplice de lo que quiera que fuese aquello que mi residente se traía entre manos, pero no se me ocurrió otra cosa.

Pareció leerme el pensamiento el señor X, porque añadió:

—No debe preocuparse por nada, señorita McCarey, luego le explicaré la presencia de mis tres amigos aquí, pero por ahora permítame abusar algo más de su bondad y, a modo de rápida presentación, ese inquieto pelirrojo se apoda Mosca, zumba mucho y habla demasiado. —Eso pareció deleitar al aludido y a su alto compañero, que sonrió y le dio un empujón—. A su amigo lo llamo Telaraña, porque se queda quieto y percibe hasta los mínimos detalles. El tercero tiene apodo también, pero yo prefiero llamarlo por su nombre, Danny Waters, y por lo que respecta a la enfermera McCarey, es de absoluta confianza.

Las sonrisas de huecos entre dientes que me dirigieron habrían inspirado lástima a un Herodes. Intenté devolverles una «de absoluta confianza», pero estaba lejos de sentirme así. La presencia de aquellos chavales quedaba al margen de todas las reglas de Clarendon y, si eran descubiertos, a buen seguro perdería mi empleo.

—Adelante, Mosca, ¿qué es lo que tenéis? —dijo el señor X.

El pelirrojo parecía haber esperado ese gran momento toda su vida.

—¡Han encontrado otro muerto en la playa, señor! ¡Le daba al bebercio! ¡Se llamaba Hutchos, el Tarta lo conocía!

—Hutchins —corrigió muy serio Telaraña.

El tercer niño inclinó la carita y su llanto arreció entre sollozos escalofriantes. Su bonito rostro se tornó granate, se arrugó. Se abrazó a sí mismo como algo débil que temiera ser arrancado por algún vendaval.

—¡El Tarta quería mucho a Hutchos! —dijo Mosca en tono divertido, pero no cruel: en aquellos pobres ángeles el dolor de una pérdida era una anécdota más en la vida cotidiana. Pese a lo cual, nadie habló por un instante mientras aquel llanto se derramaba como si toda la tristeza manara de él. Hasta que el señor X terció.

—Bueno, eso es anecdótico.

Aquello me dejó sin palabras. Me acerqué a los niños, que retrocedieron al pronto, acostumbrados como estaban a mantener la distancia ante cualquier adulto. Pero, a través de su cortina de lágrimas enrojecidas, el pobre Danny aceptó mis brazos. Lo envolví en ellos y sentí su fuerte anatomía de niño de *arena*, pero ahora se estremecía como si se tratara de un chico mucho más débil.

Aún consolándolo, lancé al señor X una mirada de reproche.

—¿Es que carece usted de una mínima humanidad? —No obtuve respuesta—. ¿Quieres un poco de agua? —pregunté al niño mientras despejaba los pegajosos rizos de su hermoso rostro—. Vamos, te daré un vaso de agua... Y algo de comer, quizá.

La bandeja con los restos de la cena seguía allí, junto a la chimenea, debido a que los interrogatorios de la policía habían retrasado la labor de las doncellas. No necesité hacer extensiva mi oferta y los tres se acercaron. Llené un vaso varias veces porque, después de que Danny bebiera dos con avidez, Mosca y Telarañalo imitaron y tampoco perdonaron las sobras del té y de las viandas: mascaban huesos y restos de verduras, lamían los platos. Había que verlos.

Me dio infinita pena comprobar que, tras los vasos de agua, Danny apenas quiso comer nada.

—El Tarta quiere ser actor y el Hutch le animaba —dijo Mosca mientras engullía.

—Le decía que hablaba bien si no pensaba que lo iba a hacer mal —dijo Telaraña.

—¡Y es verdad! ¡Tarta, di algo! —El chico miraba al suelo. Mosca bajó la voz—. Ahora solo hace arenas, pero quiere ser actor-actor...

—Lo siento, Danny —dijo, inesperadamente, el señor X, sin énfasis, y continuó—: Tendréis que decirme más si queréis recompensa, ya que supongo que pudisteis verlo antes de que la policía se lo llevara.

—¡Huy, sí, señor..., ñac... hum... estuvo ahí casi toda la mañana! —

Mosca hacía crujir un trozo de zanahoria.

—¿Cuántas heridas grandes tenía, Telaraña?

—Tres, señor —dijo el alto en tono casi científico—. Dos en la tripa, una en el gznate.

—En efecto, como Noggs —dijo el señor X.

—Sí, señor, más o menos... Con alguna... diferencia.

Como ese detalle volvió a sumir a Danny en su lloriqueo apasionado, decidí intervenir y aliarme con los datos técnicos.

—Pero la gente dice que lo de Noggs fue una pelea con un Hombre-Dulce que...

—Oh, señorita McCarey —interrumpió el señor X con suavidad—, la verdad nunca es democrática, no depende del número de personas que crean en ella, más bien es al contrario: suele reservarse para la minoría atenta y selectiva, por eso la política es un fracaso absoluto. Propongo contarle a la señorita McCarey los maravillosos detalles de ambos crímenes: Mosca...

—Yo puedo prescindir de tan maravillosa historia —dije.

Pero nada parecía haber en este mundo que gustara más al inquieto Moscaque contar horrores. Ayudado por las preguntas del señor X y por los matices que añadía Telaraña, desplegó una narración espantosa. No creo que la olvide jamás, y por eso la resumo aquí tal como la escuché.

Una semana antes, pescadores que se dirigían al muelle de South Parade hallaron un bulto de ropa en la playa, junto a las barracas del este. Al patearlo, descubrieron ojos fijos y boca llena de arena. Presentaba dos tajos en el vientre, verticales, que por sí solos quizá no habrían podido acabar con él de inmediato. Pero también lo habían degollado. Era Edwin Noggs, y todo el mundo recordaba sus peleas con su antiguo amigo Gary Hiscock, el exconvicto, que le acusaba de haber delatado sus orígenes carcelarios para que le quitaran papeles teatrales en el Caridad, y que ahora trabajaba desnudo y untado en azúcar como Hombre-Dulce. Lo habían arrestado a las pocas horas. La teoría de la policía parecía ser, evidentemente, que Gary había ido más lejos en aquella última riña.

Justo una semana después, sin embargo, el enorme cuerpo de Elmer Hutchins se desplomó en tierra y, con él, aquella frágil hipótesis. Porque Hutchins también presentaba dos heridas en el vientre, verticales, y un degüello final. Y si tal coincidencia no hubiese bastado por sí sola para que Scotland Yard se inmiscuyera, el resto de detalles que lo adornaban —esos

que la pobre Hettie había sido incapaz de contar— habrían resultado más que suficientes.

Porque —es aterrador, advierto a posibles lectores pusilánimes, pero lo escribo tal como lo escuché de labios de aquellos niños— al señor Hutchins le habían sacado parte de los intestinos a través de las heridas del vientre y, tirando de ellos, los habían atado como una jarcia tensa al cuello, aunque se ignoraba si antes o después de degollarlo, así como el motivo que habría podido tener el asesino para realizar tal atrocidad. Aquel ensañamiento desproporcionado denunciaba un acto fuera de toda lógica, compasión, siquiera mero sentimiento humano.

Y fue, precisamente, esta feroz descripción la que provocó que Danny Waters reanudara las muestras de su terrible dolor. Esta vez lo tradujo a palabras, lastradas por aquel defecto que describía su apodo.

—¡El se-se-señor Hut-Hutchins e-e-era bu-bu-bueno...!

—No necesitas del señor Hutchins para ser lo que quieras, Danny —dijo el señor X.

—¡Sí, para ser actor! —insistió Mosca—. ¡Sí, sí! ¡El Tarta quiere ser actor-actor, pero solo hace clandes! —Imitó las peleas de las arenas—. ¡En cueros!

—Cállate ya —le reprochó el serio y digno Telaraña.

Danny se limitaba a bajar la vista.

No podía ni imaginarme la vida de aquel chico en los clandestinos, abriéndose paso como luchador desnudo en las pequeñas arenas, o travestido, o de cualquier otra de las innumerables formas en que el teatro usaba a los niños desprotegidos. Lo veía en escenarios diminutos como él, bajo la penumbra de los colores que los teatreros invocaban, borrosa de humo y ensordecida de gritos. Pero aquellas dolorosas fantasías se toparon con el muro de hielo que era el señor X.

—No nos desviemos del tema, hay poco tiempo. Decidme, ¿apareció el arma también esta vez?

—¡Sí, sí, señor! —saltó Mosca—. ¡Un poli la encontró cuando llegamos! ¡Un cuchillo así de grande...! ¡No, así!

Según los brazos de Mosca —y su ambición—, aquello tenía que ser un sable, pero el señor X no se entretuvo en tales detalles.

—¿A qué distancia del cuerpo, diríais vosotros?

Hubo una pequeña discusión, más que nada porque ninguno de ellos podía ofrecer cifras y solo buscaban ejemplos. Al fin lo decidieron.

—¡Como esa jarra de ahí de nosotros! —señaló Mosca.

—No creo que al doctor Ponsonby le gustara que llamarais «jarras» a sus jarrones, por mucho que sean solo imitaciones de porcelana china, pero digamos que a unos ocho pasos, lo cual convierte la mera pregunta del crimen anterior en un enigma: ¿por qué deja el arma cerca de los cuerpos?

Pero faltaba la revelación final. Mosca se encargó de chillarla.

—¡Un señor lo vio todo! ¡Se llama Testijo! ¡Los polis lo decían!

—S-Spencer —corrigió Danny, sorbiéndose los mocos.

—Se llama Spencer, idiota —dijo Telaraña—. Decían que era un «testigo».

Esa información pareció impresionar por fin al exigente hombrecillo. Permaneció un instante con los ojos de dos colores fijos en un punto del vacío.

—Oh, y qué hacía el señor Spencer, quienquiera que fuese, a esas horas en la playa, ¿alguien lo sabe? —Los pequeños hombros se encogieron casi a la vez—. ¿Os gustan las galletitas crujientes Merryweather, de la confitería de Green Street?

Aquello provocó poco menos que exaltación. ¿A quién no?, me pregunté. Eran propias de la ciudad, un negocio modesto —ya existía cuando yo era niña— que se había extendido a Londres. A mi madre le encantaban. Eran como grandes monedas de miel y harina. El señor X alzó las pequeñas manos deteniendo la jovialidad.

—El próximo día tendréis un par de cajas de galletitas crujientes Merryweather, un par, o sea, dos —precisó, quizá por Mosca, o por si las moscas—, además de la recompensa habitual, si obtenéis cualquier información sobre ese tal Spencer, qué hacía en la playa, qué vio. Tenéis contactos: usadlos. Ahora tomad lo vuestro y largaos.

Ya habían aprendido el oficio: se dirigieron a la cómoda y, sin necesidad de hablar, trabajaron ordenadamente. Cogieron el gran jarrón, lo volcaron en la cama y los peniques y pastas —las sobras de los servicios de té de la tarde, que yo creía que mi residente devoraba con fruición— fueron un visto y no visto. Cuando corrieron hacia la ventana, mi advertencia de que tuvieran cuidado se dirigió, tan solo, a los cortinajes trémulos y las ramas de árboles agitadas.

—Son hábiles y discretos, y saben cuidar de sí mismos —explicó el señor X mientras yo intentaba, en vano, rastrearlos por el jardín a oscuras—, nada mejor que un niño de la calle para eso.

—Pero ¿cómo ha logrado que..., y por qué...? —Cerré la ventana y corrí las cortinas pareciéndome aún increíble que nadie los hubiese descubierto.

—Los servicios del joven Jimmy Piggot son excelentes —dijo el señor X—, no solo en lo tocante a llevar y traer cartas de residentes. Quiere casarse y acepta sobornos. Añadiré que su predecesora, la señorita Harfield, colaboró lo suyo, pues también insistía en abrir la maldita ventana como usted. Una tarde escuché a esos arrapiezos jugar en la playa, llamé a Jimmy, le pedí que hablara con ellos usando la zanahoria de unos cuantos peniques y dulces que ganarían por orden de llegada los primeros tres que subieran a mi habitación, y así conocí y bauticé a Mosca y Telaraña, a quienes se unió Danny Waters.

—Pero usted estaba esperándolos... ¿Cómo sabía que iban a venir?

—Establecimos unas reglas simples —replicó con aburrimiento—: si descorro las cortinas y enciendo las lámparas, pueden subir. Arrojan un guijarro a mi ventana, y así sé el momento exacto en que puedo abrir la ventana yo mismo y colocar la silla en la puerta. Hoy arrojaron el guijarro justo cuando escuché a los policías en el pasillo. Me planté en la ventana para que me vieran bien, haciéndoles señas de que no subieran todavía. Esperaron ocultos en las ramas de los árboles. Es por eso que me urgía expulsar pronto a nuestro amigo Merton y así abrir la ventana.

Ahora comprendía lo de las «voces» que Bettie Harfield, mi predecesora, había creído oír en la habitación del señor X. ¡La visita a escondidas de aquellos murciélagos!

—Pero ¿qué clase de información necesita de ellos?

—Los niños callejeros son todo ojos y oídos. Eficaces especialmente para observar los detalles de un cadáver antes de que las autoridades se lleven el cuerpo.

Algo no me sonaba lógico. Estaba recogiendo la cena y trataba de borrar todo rastro de los chicuelos, cuando me interrumpí y me crucé de brazos ante mi residente.

—Pero... a Edwin Noggs lo mataron hace una semana y Hutchins apareció hoy. Dice que habló con esos niños hace un *mes* ... ¿Cómo podía anticipar usted que ocurrirían estos... asesinatos?

—Anticipar jugadas es la única forma de ganar, señorita McCarey. —Aquello me hizo recordar de improviso las palabras de la señora Murray: *Está esperando algo* —. ¿Me permitiría ahora, si no es mucho pedir,



entregarme a los arabescos del violín? No se preocupe del láudano ni de venir a acostarme. Buenas noches.

Lo dejé realizando su absurda pantomima, pero en parte lo envidié. Yo no tenía ningún violín, irreal o no, en mi cuartucho: solo el horror narrado por aquellos niños y la posibilidad de un asesino en Portsmouth flotando en la tiniebla de mis párpados.

### ~ 3 ~

Desperté con una sensación absurda: ¿había soñado lo de la visita oculta de unos niños? No: *realmente* habían trepado un muro y un árbol y entrado en el cuarto de mi residente, y uno de ellos lloraba y era un niño de la arena.

Hasta entonces, todo lo absurdo de mi trabajo lo vivían solo mis pacientes. El señor X lo había mezclado con mi propia vida. Eso me ponía nerviosa.

La mañana, en cambio, nada tenía que ver con mi tensión interior. El sol del alba contenía una brillante promesa que no tardó en cumplir sobre la playa, dotando de brillo enjoyado a las aguas. En los ratos en que me asomé por la ventana del rellano vi una actividad como no veía desde que había abandonado Portsmouth. Esa clase de frenesí que solo puede haber junto al mar. Además de los habituales asiduos de la playa —damas con quitasoles paseando por la orilla con las faldas por el tobillo, niños dialogando a chillidos con las gaviotas, galanes desocupados con sombrero de paja, bañistas encerradas en las máquinas de baño que los arrapiezos empujaban a la orilla para que sus ocupantes pudieran tomar las aguas preservando su decencia—, se distinguían pequeñas funciones al aire libre. En el área donde Elmer Hutchins había sido hallado, al parecer ya sin interés para la policía, unos buhoneros celebraban una farsa del crimen. Me dio la impresión de que a Hutchins lo representaba una mujer gruesa, pero podía ser un disfraz relleno de sacos. Otro manejaba un cuchillo destellante. La gente aplaudía y regalaba monedas en un sombrero. Y justo en la orilla daban saltos acróbatas como delfines de tierra al son de tambores y trompetas. Por el pequeño bosque de pinos sorprendías a bailarines de aire libre. Grandes vapores comenzaban a llenar el horizonte. Y, desde las ventanas del pasillo de residentes, una *troupe*

en la avenida Clarence, con sus trompas y carromato, anunciaba lo que parecía ser un gótico en el Terrance Hall, pero el título de la obra no lo leía. De vez en cuando la sombra de algún policía de guardia daba vueltas sin permitir que la tragedia se borrara por completo, pero todo Portsmouth —al menos Southsea— estaba recobrando su vitalidad y bullicio de siempre. Tuve que haber sospechado que aquello no duraría.

En el pasillo me topé con Susie, que salía de poner emplastos a las úlceras de lord Alfred.

—Espléndido día, Annie, eh... —me dijo, animada.

En ese instante, la jefa Braddock salió de la habitación del señor Conrad H. Era una mujer avinagrada, pero yo apostaba a que tenía también un corazón.

—Espléndido día, señorita Braddock, ¿eh? —dije.

—El doctor desea verte —repuso secamente.

Estaba claro que aquello no iba a durar.

## ~ 4 ~

Lo pensaba mientras daba suaves golpecitos en la placa de la puerta de su despacho. *Los niños. Los han visto. Estoy despedida.*

Ponsonby me recibió de espaldas, consultando uno de sus textos. A veces me daba la impresión de que se ponía a leer libros científicos solo cuando entrábamos, para ofrecer la imagen apropiada. Pero esto era solo una impresión mía. Por la mesa, desperdigados, más volúmenes. Algunos parecían ser de teatro mental, obviamente una técnica que le interesaba.

Aun así, el detalle más sorprendente no estaba en la mesa, sino junto a la ventana: la señora Murray tejía sentada en una silla. Llevaba antiparras. Sabía que aparecía en los lugares menos pensados. Estaba y no estaba. Vivía en un reducto junto al baño que compartíamos en el ático, pero en ocasiones la sorprendías en algún despacho, o en la cocina, realizando su labor. No se hacía notar, pero observaba.

Ponsonby titubeó al presentarme.

—McCarey —le recordé.

—Ya nos conocemos, Ponsonby —dijo la anciana.

El doctor pasó a olvidarla y entró en materia con rapidez.

—Quería verla. Hoy por la tarde vendrá el oftalmólogo del que le hablé.

—Eso es estupendo, señor. —Me alegré, claro, pero aguardé porque el semblante de Ponsonby no parecía reservarme solo esa noticia.

—Cuando lo examine, quiero que me entregue el informe personalmente.

—Sí, doctor.

—Ah... Dígame... —Y aparentó volver a enfrascarse en sus lecturas—. ¿Ayer sucedió algo cuando la policía interrogó al señor X?

—Bueno... —Pensé con rapidez. No podía contarle, pero tampoco ocultarlo del todo—. Usted sabe cómo es... Se puso a... a decir... cosas sobre el inspector.

Ponsonby chascó la lengua y dejó el libro en la mesa con un golpe. Esta vez, realmente irritado.

—¡Es un impresentable! —barbotó—. El inspector bajó muy nervioso... y... me solicitó todos los informes que tuviera sobre él... No hay mucho, creo habérselo dicho a usted. Ah, no quiero decir que no haya nada, pero no hay gran cosa... En otras residencias tampoco se han hecho estudios ni diagnósticos de este sujeto. El inspector amenazó con que tendríamos noticias suyas. ¿Qué cosas pudo decirle ese maleducado?

Tan sorprendida estaba por aquel cambio —ya no eran «selectos» residentes, sino «impresentables» y «maleducados»— que por un momento no pude hablar. La señora Murray observaba con enorme languidez.

—Intimidades —murmuré.

—¿Puede darme un ejemplo?

—Yo... preferí no oírlas, doctor.

Me miró de hito en hito, pero ahora, de nuevo, yo *existía* para él.

—No le siga el juego en nada. ¿Me ha entendido?

—Ese hombre es un demonio, ya te lo dije, Ponsonby —murmuró la señora Murray.

—Sea como sea, no aliente sus manías. Déjelo solo.

—Sí, señor.

Frunciendo el ceño, Ponsonby pareció concentrarse en algo que había en la mesa. Arrugaba los labios, como ya le había visto hacer otras veces.

—Esto no me gusta. —Lo dijo de forma tan categórica que miré a la mesa. Pero no había nada allí: era el asunto. Daba vueltas en su cabeza como las agujas de la señora Murray—. Le contaré algo. Cuando el señor X ingresó en

Clarendon, hace dos meses, el director de la residencia anterior, en Oxford, me envió una carta. Ah, decía que el insano se había... entrometido en una investigación de la policía...

—Yo ya se lo conté —advirtió la señora Murray con ese tono de los viejos que, al hablar del pasado, parecen profetizar.

—No digo que me pareciera algo grave —siguió Ponsonby—, es un insano y...

—Ese hombre no es un insano cualquiera, Ponsonby —dijo la señora Murray.

Tal observación introdujo a Ponsonby en el laberinto de sus típicas confusiones.

—Ah, no, no, sí..., pero no... Aquí... Aquí es un residente, señora Murray. Solo quería ponerlo en su conocimiento, señorita. —Hizo un gesto hacia mí con el dorso velludo de la mano—. Me temo que lo mismo puede estar ocurriendo aquí. Ah, no quiero decir que sea exactamente lo mismo, pero puede ser algo similar... Tiene la idea enfermiza de investigar los *delitos* al margen de las autoridades. No puedo... No podemos permitir eso en Clarendon. Cualquier cosa que él le diga o haga al respecto comuníquemela de inmediato. De inmediato —recalcó—. Todo tiene que pasar por mí.

—Sí, doctor.

—Y distráigalo. Ah..., no le permita entregarse a sus morbosas ideas. ¿He sido lo bastante claro? —En su pregunta había un deje de asombro, como si ser «lo bastante claro» fuese una meta que casi nunca alcanzaba.

~ 5 ~

Lo que más me dolía era que Ponsonby tenía razón.

¿Cómo era que yo, formada en lugares donde se consideraba a los insanos mentales tan solo como enfermos que debían recibir tratamiento y compasión, me hubiese dejado tentar por los espejismos de aquel paciente? Regresé a su guarida y lo hallé a oscuras, pero para variar estaba sentado frente a la mesilla, completamente visible, tras dar buena cuenta del refrigerio

de bizcochos y té del mediodía —era flaco pero trasegaba como un bendito —.

Nada más verme, se puso a hablar.

—¿Ya ha venido Jimmy con las cajas de galletas, señorita McCarey?

—Buenos días, señor —rezongué.

—Debemos estar preparados para recibir hoy a mis gorriones, que traerán sin duda información importante.

—Hoy lo verá el oftalmólogo —dije sin detenerme, yendo hacia la ventana.

—Vaya, supongo que después podré... No, no descorra las cortinas entonces.

—No va a haber ningún «después». —Abrí las cortinas de un solo tirón.

—¡No haga eso! —oí a mi espalda—. Mis chicos pueden creer...

Me invadió algo intermedio entre la ira y el cansancio. Por la ventana veía rebullir el mar tras la sombra de los árboles, las olas, la luz, los teatrillos. Todo latiendo.

—Vístase —ordené.

—¿Le ruego me perdone?

Me volví hacia la figura en batín y pantuflas, que ya había retornado al sillón, una mano sobre otra. Su expresión era vacilante.

—Vístase. Supongo que sabe lo que significa. Nuestros primeros padres comenzaron a hacerlo tras el pecado original: pantalones, camisa, chaleco, chaqueta. No olvide los zapatos. El sombrero no le hará falta, pero no se lo prohibiré. Le doy diez minutos. Esperaré fuera.

La inquietud que mostró no pareció exagerada, pero yo había aprendido a conocer algunos de sus levísimos signos emocionales y hubiera podido jurar que, en efecto, se había puesto muy nervioso.

—Pero, señorita McCarey, ¿a dónde vamos? ¡Yo nunca salgo de aquí!

Me detuve en mi camino hacia la puerta, malhumorada.

—He soportado la sarta de horrores sanguinarios que ha hecho usted narrar a esos pobres niños a cambio de comida. Son sus manías, señor X, pero ahora aguantará usted las mías. Le espero fuera. Si no sale vestido en diez minutos, le contaré todo lo ocurrido ayer al doctor Ponsonby, aunque me despida. Por mucha influencia que tenga su familia, probablemente lo expulsarán de Clarendon y quizá acabe encerrado en una celda acolchada. Yo que usted me vestiría. Le quedan nueve minutos.

Salí y cerré la puerta.

Siendo totalmente justa con él, diré que había conseguido ponerse, al menos, los pantalones y una camisa, y estaba tratando de cerrar los botones de la última cuando regresé. Había corrido otra vez las cortinas, de modo que parecía un fantasma bajo una sábana blanca. Las descorrí de nuevo, imperturbable.

—Muy bien —repuso—, así podrán gozar de mis intimidades todas las señoras que ahora mismo pasean por la playa.

—A nadie le interesan sus intimidades. —Lo contemplé aún luchando con dedos finos y temblorosos con los botones altos—. ¿Desde cuándo no sale a la calle, señor X? Mejor dicho, ¿había algo parecido a «calles» cuando salió por última vez o todavía era bosque y caballeros en armadura?

—Ahórrese las ironías si no quiere ayudarme.

Colaboré de mala gana con el chaleco y la chaqueta, que parecían haber vivido muy cómodos colgados de las tinieblas del armario y ahora se obstinaban en no trabajar como ropa. Ignorando las respectivas terquedades de prendas y dueño, cerré sobre su esmirriado cuello el almidonado de la camisa, le abotoné la chaqueta y me agaché a calzarle unos botines de puntera cuadrada. Era como vestir a un niño.

—Ya le he dicho que no necesita sombrero.

—Le ruego que al menos me permita este capricho —murmuró. El sombrerito era ridículo, poseía una pluma tirolesa y se ajustaba a su coronilla en la cúspide de aquella altísima frente como un alpinista solitario y medroso en la cima de un pico nevado. También echó mano de un bastoncito de empuñadura marfileña.

—Oh, por favor, ¿cree que vamos a Buckingham? Venga de una vez.

—La dulzura no es una de sus, quizá no muy numerosas, pero en general satisfactorias virtudes, señorita McCarey.

—¿Ahora lo descubre? No es usted tan perspicaz. Vamos, camine.

Cinco frías pinzas ciñeron mi brazo inesperadamente. Nunca hasta entonces me había tocado. Su insospechada fuerza me sorprendió.

—Por favor, no me deje solo. —En su voz, ahora, despuntaba la angustia.

Había perdido todo su hechizo, aquel «brujo» de residencias de reposo. ¡Pobres enfermos indefensos! Le puse una mano en el hombro y le hablé con suavidad.

—No se preocupe. Estoy con usted.

Así salimos, él tomándome del brazo, el bastón en la otra mano, el semblante pálido y los ojos de dos colores grandes y abiertos mirando al frente. En la escalera nos topamos con Susie Trench, que subía con una pila de sábanas dobladas como libros de nieve y se quedó fascinada al apartar la cara y observarnos.

—¿A dónde va usted, señor X?

—Pregúnteselo a la señorita McCarey, por favor.

—A dar un paseo —zanjé.

En el vestíbulo cogí un chal para mí. El señor Weedon, que daba instrucciones a una criada, se quitó las antiparras al vernos. Tuvo la delicadeza o la indiferencia de no decir nada, pero contempló el paso del señor X como si se tratase de una visita sorpresa del arzobispo de Canterbury. La tarde fresca y soleada me hizo entornar los ojos. Caminamos en equilibrio inestable dando un rodeo hacia la fachada de la playa, y nos adentramos en la arena. Tuve la culpable impresión de estar paseando a una mascota.

## ~ 6 ~

Ya no quedaba tanta gente en la playa. Desde luego, ningún bañista. La farsa del crimen había concluido hacía tiempo. El sol irradiaba a nuestra espalda y, si mirabas hacia allí, había que hacer visera con la mano para ver la fortaleza de Southsea. Varias señoritas paseaban como yo, del brazo de caballeros, algunas muy jóvenes, con velos de *decencia*. Pero aún sonaba música de bandas y había circenses en el muelle de South Parade. Los faldones de la chaqueta del señor X y mi chal se hincharon como velas.

—¡Qué batiburrillo! —se quejaba mi residente—. ¡Cuánto ruido, cuánto teatro! ¿Es que nadie comprende que existe algo más importante que el espectáculo? Todo el mundo quiere mirar a otros, nadie hacia sí mismo. ¡Oiga esa música desde el muelle, por Júpiter, esos gritos ante algún acróbata, ese clamor! Me temo que no puedo compartirlo, créame, quiero regresar a mi oscuridad y olvidar el mundo.

—Mi hermano solía decirme una máxima de los teatreros: «No temas al teatro que se oye como un trueno o deslumbra como un rayo: teme al oscuro

y silencioso».

—Demasiado poética —valoró el señor X—. ¿Por qué dejó la profesión de actor?

No le pregunté cómo sabía que había querido ser actor.

—No le gustó hacer clandestino —dije.

Los curiosos miraban a mi residente, sobre todo al verlo pasear junto a una enfermera, pero su apariencia no era tan llamativa como para mirarlo dos veces y perdían pronto el interés. Desde el muelle nos llegaban gritos y aplausos.

—No censuro a su hermano, ese placer, esa algarabía fastidiosa, todo ese ruido y furia..., cabe preguntarse por qué necesitamos eso.

—¿Qué tiene de malo el placer? —pregunté.

—Nada —fue la seca respuesta—. *Eso* tiene de malo.

A lo lejos corría un chico, o quizá una niña. Estaba desnudo, pero llevaba algo dorado en el cuello y el tobillo izquierdo que lo identificaba como tesoro de una búsqueda del tesoro. Los tesoros van desnudos al aire libre sin *escándalo*, porque son tesoros. Este corría, sin duda, porque lo habían encontrado. ¡Vaya chasco! Ahora tendría que ocultarse en un nuevo sitio ya preparado hasta que lo hallaran de nuevo. Las búsquedas eran un espectáculo favorito en las playas desde que yo era niña.

Pese a las quejas del señor X, me sentía cada vez mejor mientras mis botines se hundían en la arena y mi rostro era bañado por el aire húmedo y frío. Amaba el mar, como mi padre. Pensé en Robert, quizá por asociación. No quería pensar en él en aquel instante de paz, pero no pude evitarlo. Me pregunté si vendría a Portsmouth a verme, como había dicho en su último mensaje. ¿Qué haría yo si así ocurría? Las preguntas acudían a mi cabeza con la insistencia sin propósito de las olas y giraban sin cesar como los zigzagueos del pobre niño-niña tesoro en cueros, al que cortaban el camino bañistas burlones. Sobre su espalda pequeña y la redondez de su trasero destellaba el sol.

La figurita se había escurrido entre sus captores y se había perdido de vista cuando la voz meliflua del señor X me interrumpió.

—Al menos..., ¿no podríamos ir hacia el lado opuesto, donde la policía halló el cadáver de Hutchins?

Había hablado en tono casi suplicante. Me quedé mirándolo: una mano en el sombrero, la otra aferrándose aún, el bastón encajado en la axila.



—Por favor, deje en paz de una vez los asesinatos y cadáveres —pedí.

Eso pareció irritarlo. Se soltó de mi brazo rápidamente. Cuando me volví, se apoyaba trémulo en el bastón, todo su cuerpo escuálido balanceándose.

—¿Sabe qué, señorita McCarey? Esto lo hace porque se apiada de mí: «Salgamos, a que vea el mundo, disfrute del sol, pobre hombre», pero yo no necesito su compasión.

—No me apiado de usted.

—Y pese a todo, mi vida podría inspirarle cierta piedad. —Hizo una pausa como si reflexionara sobre sus siguientes palabras y yo procuré escuchar con atención. Entonces añadió—: ¿Por qué deja el cuchillo siempre a cierta distancia del cadáver? Eso es...

Suspiré. No había, al parecer, fuerza humana o paisaje divino que le hicieran olvidar sus morbosas ideas.

Unos niños pulcramente vestidos, que antes habían perseguido al tesoro, se dedicaban ahora a ensuciarse con bolas de arena para indignación de sus nodrizas, y al correr junto al señor X casi lo empujaron. Me apresuré a sostenerlo.

—Los riesgos del aire libre —musitó, acobardado.

—¿Por qué su vida podría inspirarme piedad? —pregunté.

—Oh, porque... Pero prométame que regresaremos en cuanto se lo explique.

—No puedo prometerle eso.

—¿De qué está hecha usted? ¿De piedra?

—De humanidad. ¿De dónde es usted?

—Dígame esto, al menos, señorita McCarey: ¿son tan importantes los nombres? Me llamo X, nací en W y moriré en Z, y una rosa olería igual, aunque...

—¿Le importaría contestar alguna vez a una de mis preguntas? —exclamé.

Pareció pensarlo. Volvíamos a caminar juntos, él aferrando mi brazo.

—Procedo de una nobilísima familia —dijo—, no exagero, sus decisiones pesan en la política de este país, pero, por lo mismo, no podían permitirse una criatura como yo, que, al año de edad, hablaba tres idiomas: el francés y el alemán los aprendí de mis nodrizas, luego los olvidé, claro. Es decir, los guardé. Están ahí si quiero disponer de ellos, pero es preciso dejar espacio para lo que importa. Lo mismo me ocurrió con otras estupideces: geografía, historia, geometría, matemáticas... Se me antojaban saberes aburridos,

porque la discreta y profunda percepción de un ambiente me transmitía mucho más conocimiento que tales materias, no digamos los seres humanos. —Lo miré: cabezudo y enrojecido, casi contento ahora. El aire del mar le había soltado la lengua. Prosiguió como para sí mismo—: Hay tanto, tanto que aprender en la más insignificante de las personas... Tanta profundidad donde buscar perlas... Ninguna ciencia se iguala a ese pasatiempo, y cuando lo descubrí, guardé lo demás y me dediqué solo a eso, de modo que a los tres años de edad revelé a mis progenitores todos los secretos de la servidumbre, desde el primer mayordomo hasta el último mozo de cuadra, y me escucharon maravillados. Pero a los cuatro años conté a mis progenitores todos los secretos de mis progenitores, y ya no se maravillaron tanto. No les censuro.

—Yo sí —dije, reprimiendo la ira—. Lo de enviarlo a una residencia de reposo desde niño... Discúlpeme usted, me parece una barbaridad.

—Oh, me cogieron con pinzas, como a un insecto venenoso de bellos colores, y me encerraron en una urna de cristal tras escribir una equis en el espacio de mi nombre, a falta de clasificación. Soy un individuo difícil, las ciento veintidós enfermeras que la han precedido, y las treinta y cuatro residencias en que he vivido, pueden probarlo. Aburriéndome como una ostra... hasta Oxford —añadió.

Me callé, pero me parecía algo ajeno a todo lo que yo entendía como «familia».

Reanudé el paseo tirando del señor X con suavidad.

—¿Y no ha vuelto a ver a sus padres?

La pregunta pareció divertirle. Se detuvo frente al mar, que avanzaba hacia nosotros como retándonos sobre un suelo pulido y húmedo de espuma.

—No, no he vuelto a verles, no los he visto nunca, pero mi familia también es rara. Soy quizá el más raro, pero todos son raros, al menos lo eran. —Sacudió los botines con repugnancia—. Válgame Dios, si hay algo que me dé más asco que la arena seca, es la arena húmeda... ¿Es posible que haya seres humanos que vengan aquí por diversión...? ¿Y por qué los mata en la playa...?

Un detalle de lo que había dicho me había parecido confuso.

—¿Por qué dice que nunca vio a sus padres?

Esa vez sí percibí que había colmado su paciencia. Meneó la cabeza.

—Para que usted me hiciera precisamente esta estúpida pregunta —replicó—. Señorita McCarey, ¿ha terminado ya con su piedad? Sé que se hizo

enfermera para apiadarse profesionalmente de la gente, y busca apiadarse de la gente para que la gente le devuelva un poco de piedad. Yo vivo en una cáscara de nuez y me siento rey del universo, pero usted vive en el mundo y se siente un pequeño gusano en una nuez, lo cual me cansa. Esa forma que tiene de considerarse la mujer más fea de la creación, esa obsesión por buscar a un hombre que le dé permiso para ser feliz, lo cual la hace depender de un marinero vulgar y borracho dedicado a maltratarla...

—Señor X...

—... a quien usted soporta porque cree que el dolor, el abuso y la soledad fueron inventados en su nombre, y, por fin, esa manera de aferrarse a la desesperada esperanza de redimirlo, porque usted es de esas mujeres que cifran su felicidad en la de los hombres que las rodean y aguardan a que ellos les digan «ven» porque son incapaces de decir por sí mismas «voy», y acaban, por tanto, tristes, abandonadas, con razones más que suficientes para obtener la compasión que tanto buscan. Le diré algo: trabaja usted con tal ahínco para ser compadecida que ya lo ha conseguido sin sospecharlo, lo cual me hace compadecerme de usted. —Dicho todo esto, añadió—: Deja el cuchillo cerca de las víctimas... Cerca... ¿Por qué?

~ 7 ~

Siguió pensando en voz alta. Yo no lo oí más. Me quedé mirando el mar.

Y fue como si el mar se me pegara a los ojos. Humedad y sal.

«Mira que te pones fea cuando lloras, hija», me decía mi madre. Es cierto: arrugo todo el rostro y mi nariz grande se hincha rojiza.

Todo lo que me había dicho era verdad. Así lo sentía. VERDAD. Pero nadie nunca me había siquiera aproximado ese hierro al rojo como había hecho el señor X. Era como si, a la vez que me quemaba, me cauterizase. Me diera fuerzas, incluso, para enfadarme con mi torturador. Fue algo extraño. Como un espejo cubierto por una sábana que, de repente, alguien me desvelase apartándola de un tirón.

El señor X apartó su mano de mi brazo con similar brusquedad.

—¿Regresamos ya? He cumplido mi...

Sin responderle, me agaché junto a él. Le quité un botín, luego el otro y, por fin, los calcetines tras un leve forcejeo. Perdió el equilibrio y, para no caerse, tuvo que sujetarse a mi cofia, arrancándomela. Debimos ofrecer una imagen muy graciosa. Y mientras tanto, no paraba de manotear, ansioso.

—Pero ¿qué hace? ¡Deje mis...! ¡Señorita McCarey...!

No cesé hasta que sus pies pequeños palparon la arena con dedos tímidos. Eran pies normales pero pequeños. No de niño ni de enano: pies como hechos a escala de unos pies adultos.

—Regresemos —dije, haciendo acopio de la cofia y sus botines.

—¿Por qué hace esto? —gimoteó—. ¿Es su venganza?

—Decía mi padre que junto al mar hay que estar descalzo, para respetarlo.

—Un hombre sabio, su padre. —El señor X flexionaba los dedos en la arena—, lástima que se llevara tan mal con su hermano. Claro que era menos poético que él.

Renuncié igualmente a preguntarle cómo lo sabía. Mi padre nunca había soportado que Andrew quisiera ser actor, pese a que luego este cambiara de decisión. Pero me encogí de hombros e inicié la marcha de regreso sin preocuparme de si el señor X me seguía o no. Me detuve un instante a colocarme la cofia. Para ello, dejé los botines en la arena. Me sentía rara. No feliz, pero tampoco realmente triste ni ofendida. Hasta entonces esa clase de sensación la había obtenido solo con bofetadas: de mi padre, de Robert. Te dolían, pero te hacían ver las cosas de otro modo. Esto había sido algo parecido, pero mucho más profundo.

Las palabras del señor X no habían golpeado mi rostro, sino algo en mi interior. Y el dolor había creado ecos.

Escuché su vocecilla llamándome. Al volverme, lo vi totalmente desorientado, dando tumbos con los pies descalzos como un pato, pero insospechadamente alegre.

—Señorita McCarey, lo que ha hecho es en verdad... reprobable... y su crueldad, deje que le diga, su crueldad no conoce límites, pese a lo cual... ha errado en su objetivo, porque, le confieso, esta curiosa sensación de arena bajo mis pies..., mal que me pese, es placentera y descubro nuevas propiedades en los dedos que antes apenas sospechaba..., así que, en resumen, me ha hecho usted feliz...

—Me alegro —respondí secamente, cogí los botines y seguí avanzando hacia la avenida, fuera de la arena.

—Oh, veo que se ha enfadado —oí su voz, que casi se perdía con el viento—. Siempre olvido que la verdad es afilada... Pero intentaré compensarla, así que dígame qué quiere, pregúnteme lo que desee sobre mi vida, si es que le parece interesante...

Volví a detenerme y dejé que se acercara.

—¿Qué ocurrió en Oxford? —dije.

Su semblante apenas mudó de expresión, como si lo esperase.

—Oh, nuestro amigo Merton se ha quejado al doctor, ¿eh?

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Es la única razón plausible por la que Ponsonby podría haberle contado a usted lo poco que sabe sobre lo de Oxford.

—Usted mismo lo citó hace un momento —le recordé—. Conteste. Lo ha prometido.

—En Oxford ayudé a un amigo... Estaba metido en serios problemas y la policía no le resultaba suficiente, como acostumbra a suceder, le daré detalles otro día.

—¿Tiene relación con los asesinatos de mendigos?

—Nadie ha dicho que la tenga.

—Pero ¿la tiene? —insistí.

—Prometí contestar a una sola pregunta.

Aquella argucia me hizo resoplar. Perdí el interés. Llegamos a la linde de la playa. Por la avenida seguían anunciando la obra gótica. Ahora podía leer el título en el cartel sostenido entre dos actores en el carruaje: *La casa de los espejos ocultos*. En el Terrance. Saltaban, bailaban, tocaban cuernos. Me volví de nuevo. El señor X se acercaba con pasos tambaleantes. En verdad parecía disfrutar de algo novedoso.

—¡Pero no era esto lo que yo le ofrecía, señorita McCarey! —exclamó ya frente a mí—. Mi interés en hacerla feliz es sincero, se lo aseguro, así que... dejemos volar la fantasía y véame como a un mago o el genio de una lámpara... y piense... si pudiera hacer realidad un deseo, ¿qué querría? Juro que intentaré conseguirselo, en la medida de mis posibilidades, que no son pocas...

Aquella bobada, tan propia de un enfermo mental, logró enternecerme. Yo sabía que lo hacía para compensar las frases humillantes que me había dirigido, pero guardé silencio mirándole. Una mano en su sombrero suizo, otra en su bastón, la boca entreabierta como si hasta aquel mínimo ejercicio le

costara gran esfuerzo. Creo que no olvidaré nunca su imagen en aquel momento. Un hombre extraño, aunque no más que cualquier otro. Salvo en un aspecto.

—¿Y me lo concederá? —dije—. ¿Un deseo?

—Se lo juro —afirmó con absurda seriedad.

—Desearía que usted tuviera nombre.

Parpadeó de nuevo con aquella lentitud de ojos que paladean.

—Bien —murmuró en tono muy bajo.

No volvimos a hablar. En la avenida le calcé los botines y regresamos a Clarendon.

El señor Weedon nos estaba esperando en el vestíbulo, los dedos en el chaleco.

—Señor X, ¿ha disfrutado de su paseo? ¿Se le ve con buen aspecto! Ha llegado ya su oftalmólogo... —Entonces, desde el fondo, avanzó un hombre joven de tez bronceada y resplandeciente sonrisa—. Déjeme presentarle al doctor Arthur Conan Doyle.

---

# PORTSMOUTH

## Gazette

---

NUESTRO TEATRO



*La casa de los espejos ocultos*, de S. Palmer.  
**Gótico. Terrance Hall. Portsmouth**

**... de esta historia: en la mansión de los Blackstone todos los espejos están grotescamente envueltos en sudarios negros. Sus habitantes viven en un mundo de bizarros trajes y decorados retorcidos (¡gran diseño de la señorita Gropscher!). Llega un mendigo joven y harapiento... Es él quien va quitando las mortajas que cubren los espejos. En cuanto esto sucede, los miembros de la familia se transforman, así como el mundo que les rodea. Las identidades se invierten y la naturaleza misma parece desquiciarse. Una tormenta se cierne, todo se oscurece... ¡Sentirá usted verdadero *miedo* ante lo que va a pasar ahora!**

**T. Hermann**

# SEGUNDA PARTE

## ENTREACTO



**Momento para comentar, para preguntarnos por lo que vendrá...  
Temblor sutil de telones...**

**M. C. SCHMIDT,  
*El teatro europeo (1811)***



# ENTREACTO

Un entreacto es, por definición, la interrupción de un sueño.

TREVOR M. TORLESS ,  
*El teatro de entretenimiento inglés (1867)*

*La belleza.*

*Tan solo verla produce ansias.*

*Las ansias son voraces y exaltadas y omnipotentes.*

*Pero, con un solo gesto, la figurita del escenario las suaviza.*

*El viejo profesor se asombra de que ese gesto —giro del tronco hacia el lado contrario— haya bastado para domeñar su repentina furia.*

*Violonchelo y piano prosiguen, melancólicos, la interpretación del vals que su amigo el compositor ruso le acaba de enviar como primicia de una futura colección.*

*Es nostálgico y hermoso. Lo estrena ahora con una bailarina.*

*La figura en el escenario hace girar la silla —único objeto en el decorado azul iluminado por candilejas — y, a horcadas sobre ella, mira al profesor con infinita melancolía en sus dulces ojos azules.*

*Otro giro, ahora lateral, y un hábil gesto de las pequeñas piernas para ocultar con el muslo aquello que hubiese estado a la vista de otra forma, porque nada lleva ella encima para ocultarlo.*

*En otro movimiento, tan suave como las ondas de música, de rodillas sobre el asiento, la pequeña diablesa crea todo un mundo de mensajes contradictorios.*

*Te deseo.*

*Finjo que te deseo.*

*Tengo miedo de que me toques.*

*Finjo que tengo miedo.*

*En inefable exactitud, la exposición del primer tema finaliza y, como un pequeño sol de ocaso, el cuerpecito blanco de rizados cabellos rubios se*

*inclina.*

*Un hombre ha entrado en el reducido teatro y camina por entre las butacas vacías hacia el viejo profesor, único espectador, sentado en primera fila.*

*La segunda parte es como un pájaro que emprendiera el vuelo.*

*El torso de la bailarina se alza, la espalda se arquea, cierra los ojos y al instante vuelve a ocultarse tras su propio cuerpo haciendo girar el trono.*

*En ese momento sucede.*

*La belleza.*

*Qué sabrá ella. Qué sabrá de la belleza que provoca.*

*Aprieta los dientes el viejo profesor.*

*Qué sabrá de su violencia.*

*Trémulo de placer, siente algo que no puede definir.*

*Está más allá de las sensaciones físicas, más allá del éxtasis de su virilidad repentinamente rocosa, de la sangre que golpea su corazón acelerado y solivianta todo su organismo.*

*Más allá de la palidez.*

*El viejo profesor se incorpora en pleno éxtasis.*

*La niña, sabiendo lo que provoca, lo contempla como una barquichuela frágil podría aguardar la llegada de una montaña de agua. Hace lo que le han enseñado: baja la cabeza, oculta el rostro con sus propios cabellos rubios, cruza los brazos sobre su pecho liso... para después mostrarse de nuevo a sí misma, mirando al hombre desafiante.*

*Últimas notas del violonchelo. Últimas del piano.*

*Piano y violonchelo, niña y viejo profesor, ahora quietos.*

*Ella hace el gesto final: se levanta de la silla con los tobillos juntos y se tiende en el suelo lenta como una culebra, separa las piernas, estira los pequeños brazos, apoya el rostro en la alfombra.*

*Un ruido. Un entrechocar de palmas. Más y más.*

*Nada como la belleza.*

*Salvo el poder. Esa es la savia del arte verdadero. El poder sobre esa figura que ahora yace bocabajo en escena, los infantiles dedos de las manos separados, las palmas en el suelo...*

*—Ejem.*

*El viejo profesor mira como desquiciado al hombre que lo interrumpe. El poder sobre ese hombre joven que carraspea atemorizado sin atreverse a*

mirarle.

—¿Qué? —pregunta el viejo profesor.

—El ciclista ha venido.

*La mano del viejo profesor se extiende. Un papel. Lo toma y lo desdobra. Sus gestos, tras leer y guardar el papel en la chaqueta, son decididos, enérgicos. De ella saca un pañuelo y se seca el sudor.*

*El teatro que acaba de contemplar lo ha dejado vacío de deseos, los poros abiertos, ahítos, segregando un sudor que se enfría en la soledad de madera de la pequeña sala.*

—Me congratulo de que todo vaya bien.

—Al parecer, solo un pequeño cambio —dice el joven.

—Eso no es realmente importante —desprecia el profesor.

*¿Qué puede ser menos importante que un cambio en algo que es solo espejismo, magia, mudanza constante, disfraz?, piensa. Por definición, la belleza del cuerpo, la belleza que acaba de admirar y que contiene el secreto de los secretos, es transmutación incesante. Su única solidez es su inconsistencia, un reflejo en un lago.*

*El viejo profesor observa a la niña inmóvil.*

*Esa rigidez de músculos casi recién nacidos, esa escultura caída, esa cosa creada para la delicia ajena y el dolor propio, esa impúber-impúdica pureza lasciva de su anatomía abierta. Obligada a. Siempre. Ni siquiera abusar de su inocencia puede compararse al placer del gesto, piensa.*

—Pero no quería molestarle, señor —añade el joven, trémulo.

—No hay problema. Estamos en el entreacto.

*Se alejan por el pasillo.*

*La niña en el escenario no se aparta ni una pulgada de su pose bocabajo. Los músicos siguen inmóviles. Las luces continúan encendidas.*

# EL EXTRAÑO CASO DEL DOCTOR DOYLE Y EL SEÑOR X



~ 1 ~

En aquel momento no pude recordarlo —mucho más tarde sí, por razones obvias—.

Había un gato en un cuento infantil famoso que se volvía invisible dejando la sonrisa en el aire. No recordaba qué cuento era, ni su autor. Ustedes quizá sí.

Imaginen esa sonrisa ahora mismo pendiendo del vacío y pinten un rostro alrededor. Yo lo hice al ver a aquel joven. Un galán, desde luego. Así era Arthur Conan Doyle: una semiluna blanca que se adhería a los ojos, un gato mágico.

Nada más acompañar al señor X a su habitación tras el paseo, donde lo dejé desvestiéndose —me aseguró en tono melancólico que no necesitaba mi ayuda—, regresé con Doyle y aproveché para informarle sobre las especiales cualidades de su paciente: su ausencia de nombre y su manía de correr las cortinas. Me callé lo del violín y sus delaciones sobre la intimidad ajena por parecerme que de eso ya tendría tiempo de darse cuenta él mismo, y no hacía falta asustarlo desde el principio. El joven doctor se lo tomó todo muy bien, me dijo que comprendía perfectamente que se trataba de un insano mental y que haría oportuno uso de mis advertencias. A su vez, mientras recorríamos el pasillo hacia la habitación del señor X, me confesó cosas en tono campechano. Era de Edimburgo, pero había recorrido ya mucho mundo —yo podía jurarlo, con aquella tez, los ademanes desenvueltos—. No le importaba

admitir que aún no era especialista en oftalmología, aunque tenía experiencia en ese campo y no descartaba serlo alguna vez.

—¡Cuando quieres que te conozcan no descartas nada! —Rio—. ¡Más aún si estrenas consulta! He abierto una en Elm Grove este mismo mes y he pasado el resto del tiempo haciendo vida social en los maravillosos teatros de esta ciudad... En cuanto a su paciente, no se preocupe. No soy alienista, pero ya he tratado con insanos mentales.

Podía ser un principiante, pero su apostura y simpatía me parecían más merecedoras de cuidar del señor X que el desinterés de Ponsonby. Pensé que era el médico ideal para mi residente. Y creí confirmarlo con esto: mientras yo recorría las cortinas —pareciéndome que, en realidad, toda mi lucha en Clarendon con aquel hombre podía resumirse en abrir y cerrar cortinas—, y lejos de abrumarle con frases como «Abra el ojo» o «Mire hacia aquí», o apresurarse a colocar bajo sus narices los divertidos artilugios de su oficio — pinzas, algodón, botellas de alcohol, gasa—, se limitó a dejar sombrero y guantes sobre la mesilla con ademán aburrido y acercarse a la ventana.

En este punto en que lo tengo enmarcado en esa ventana, me percaté de que, puesto que el así llamado doctor Arthur Conan Doyle será otro señor importante de mi relato, haré bien en extenderme en describirlo. Y se me ocurre pensar que era casi lo opuesto al señor X. Todo energía, actividad, belleza apolínea y sonrisas magnéticas. Frisaría los treinta, tenía el cabello bien recortado, patillas y bigote con guías, ojos azules límpidos y una tez que delataba —creo que ya he dicho que era «bronceada»— largas estancias en países meridionales y más de un viaje en barco. Su traje gris era de corte impecable y su chaleco con cadenilla, la ostentosa corbata y las puntas del cuello de la camisa se hallaban cuidados con esmero. Podía ser que tuviera poco vestuario aún y que este no fuese lujoso, pero sabía cómo usarlo para presentarse en sociedad.

Observando a través de la ventana la playa del atardecer, comentó:

—No es mala la vista desde aquí, pero le confesaré, caballero, que en ocasiones a mí también me gusta correr las cortinas y disfrutar de un poco de intimidad. Los paisajes siguen estando ahí cuando uno quiere contemplarlos. Son como cuadros: no hay que mirarlos si no nos apetece.

—Estoy de acuerdo, doctor —dijo el señor X lacónicamente. No había rastro de ironía en su voz, lo cual me pareció un triunfo por parte de Doyle—. Si pudiéramos correrlas ya...

—Antes permítame examinar sus ojos un momento, señor. —Solo entonces el joven acercó la silla y se sentó junto al sillón para no estorbar la luz de la ventana.

—Es de nacimiento, doctor. —Pero Doyle ya estaba inclinándose hacia él.

—Oh, entonces estará más que acostumbrado a que lo vean. No se mueva.

¡Ay, el doctor Doyle! Me recordó mis mejores tiempos con los especialistas de Asherton. Tenía el hábito del buen médico: ser más paciente que el paciente mismo.

Había apoyado el pulgar con delicadeza en el párpado inferior para observar su envés cuando el señor X apartó la cara.

—Perdone. Me escuece.

—Lo siento, señor. ¿Desde cuándo?

—Unas cuantas semanas. El agua tibia suele aliviarme.

Nunca le había oído quejarse de su ojo. Me asombró. Claro está, lo juzgué otro éxito del gran Doyle —y algo de mérito por mi parte—: con su habilidad y mi tenacidad habíamos logrado, ¡vaya que sí!, que el férreo señor X admitiera su molestia. Y cuando Doyle me pidió que trajera agua tibia, gasa y pinzas, me apresuré a bajar a la cocina con gran entusiasmo.

El diablo te empuja a veces a cumplir con tu deber.

Lo pensé mientras esperaba a que el agua hirviese. ¿Por qué se había quejado del ojo precisamente *ahora* ?

Poseída de un mal presentimiento, hice acopio con rapidez de todo lo que Doyle me había pedido, lo deposité en una bandeja y recorrí el camino de vuelta sintiendo que, a cada paso que daba, aumentaban mis ominosas premoniciones. ¿Había querido alejarme para quedarse a solas con el joven doctor? ¿Y con qué fin? No podía ser otro que decirle algo que hubiese captado en él con aquella perspicacia suya tan sobrenatural, y así expulsarle para siempre. ¿Lo lograría? No lo dudaba. Si lo había conseguido con aquel hueso duro de roer del inspector Merton, ¿qué no iba a poder hacer con el joven y tierno médico? Por el pasillo casi corría. Me obsesionaba llegar cuanto antes e impedir la catástrofe.

Alcancé al fin la última puerta. Había silencio. Y eso fue lo que me angustió: cierto que el señor X hablaba con suavidad, pero la voz de Doyle era un clarín. ¿No debería escucharla en algún momento? Y pensando esto, inmóvil, con la bandeja en las manos, escuché, indudablemente, la voz del doctor.

Pronunciaba mi nombre.

—¿... la señorita McCarey? —dijo, con un matiz de incredulidad.

Aquí confieso que falté a todas las normas y, en vez de hacer notar mi presencia, me incliné discretamente y agucé el oído. Pude escuchar la réplica de mi residente.

—En efecto, doctor. La señorita McCarey no debe saberlo.

## ~ 2 ~

Sin tiempo para valorar lo que sí había oído y especular con lo que no, decidí no demorar más mi regreso, hice ruido con los zapatos y llamé. Me abrió el doctor Doyle.

Pero era otro.

Una emoción nueva lo embargaba. Los ojos le centelleaban, sonreía distraído. Se hallaba en mangas de camisa, sosteniendo uno de esos aparatos con que los oftalmólogos examinan los ojos, semejantes a grandes lupas negras con ruedecillas dentadas y números, extraído sin duda de un estuche de forro rojo que abría sus fauces en la cama, pero a juzgar por su aspecto podría haber sido más un partero que acabara de regalar al mundo una vida. Deduje que el peculiar veneno del señor X corría por sus venas. El propio señor X también parecía haber paladeado el licor burbujeante de Doyle, y mientras yo fingía que no me percataba de nada y dejaba la bandeja en el velador, le oí hablar animadísimo.

—Señorita McCarey, bienvenida, le diré que mantenía una agradable charla con nuestro doctor que, confío, haya producido en usted, querido doctor, un poco de placer.

—¡Ciertamente! —exclamó Doyle, desaforado—. ¡El señor X me... mostraba... hasta dónde es capaz de llegar el razonamiento, el sentido común, todos esos añadidos que otorgan a nuestro cerebro evolucionado la capacidad de ser quienes somos...! Me reprocho no haberle conocido antes, caballero.

—Yo me reprocho lo mismo con usted, doctor.

Yo me reprochaba haber sido tan necia como para permitir que alguien como el ingenuo de Doyle se quedara a solas bajo el influjo del tirano del sillón. Y hasta un punto que solo las siguientes palabras del señor X me permitieron vislumbrar.

—Le divertirá la coincidencia, señorita, pero al doctor también le interesan los sucesos criminales y me ha confesado..., y supongo que no incurro en una indiscreción si lo comento, doctor...

Doyle gesticuló tras una carcajada.

—¡En modo alguno, caballero! ¡Faltaría más!

—... Me ha confesado que se dedica, en su tiempo libre, a escribir obras de misterio, y por eso le interesan tanto los crímenes reales, a lo cual repliqué que ya había percibido en él aptitudes literarias...

—¡No sé cómo lo supo, de veras! —se emocionó Doyle.

—Su lenguaje no es el de un médico, doctor: usted ama el vocabulario, a lo que sumaré el titubeo del escritor joven que aún ignora si debe dejarlo todo por seguir el camino que le apasiona. Me he permitido aclararle que, en caso de verse obligado a elegir entre esas dos profesiones, la de escritor es la opción adecuada, porque siendo médico mejorará la vida de muchas personas, pero como escritor las hará felices, y nada, nada en este mundo nos importa más que la felicidad.

Doyle ya parecía feliz sin que ningún escritor o doctor pudiesen mejorarlo. Su estado semejava el de una botella de líquido espumoso tras ser agitada. La exaltación asomaba a sus ojos rebosantes. Gesticuló con el aparato oftalmológico.

—El señor X... ha logrado, ignoro cómo..., hallar en mi pobre interior... retazos de mi pasión por la escritura, que, debo confesar, casi nunca comparto, por parecerme que las cosas que realmente deseamos raras veces son comprendidas por nuestros semejantes... —Pongan ademanes y expresiones a tal prosa y tendrán, a buen seguro, una impresión de lo que el joven transmitía en aquel instante—. Y sí, debo admitir que en este largo camino estacional que es mi carrera literaria me hallo en una hirviente pero aún temprana primavera... Lo increíble es que este caballero haya percibido eso en mi interior. Es algo para lo cual carezco de palabras...

Casi agradecí que careciera de palabras, pero su paciente aportó las que faltaban.

—Solo reaccioné a su propia actividad, doctor: usted se puso a estudiar mi



ojo enrojecido con ese artilugio, lo cual me permitió a mí hacer lo propio con la oscuridad de sus pupilas. Fue un intercambio de escrutinios, como el de dos avezados pintores frente a frente intentando captar en el otro una tonalidad, un color, y así, mientras usted me hacía, digamos, un «estudio en escarlata», yo le devolvía un «estudio en negro».

—¡Bellas frases! ¡Permita que las apunte! —Doyle había sacado un cuadernillo de notas y, nervioso, quiso escribir con el aparato de oftalmólogo, aunque enseguida enmendó el error y cogió un lápiz.

—Por favor, doctor, hágalas suyas, pero ante todo reanudemos nuestro fructífero debate... Porque me decía que ha seguido el caso de los asesinatos de mendigos en los periódicos locales.

—*El Ojo de Portsmouth* y el *Portsmouth Journal* cuentan bastantes cosas.

—Hablando de ojos... —interrumpí tímidamente—. He traído todo lo que...

Doyle miró la bandeja como si se tratara de objetos arqueológicos cuya función fuese desconocida en la actualidad.

—Oh, sí, ya lavé el ojo por mi cuenta. Gracias, enseguida le explico. —Y se dirigió al señor X de nuevo—: Por supuesto, desde lo de Elmer Hutchins yo también sé que nos enfrentamos a un asesino peculiar. Pero lo del abandono del arma homicida junto a los cuerpos es algo nuevo para mí. Eso no se menciona en los periódicos.

—No «junto», doctor, permita que matice: «cerca».

Doyle mordisqueó el lápiz mientras se sentaba de nuevo en la silla.

—¿Puede explicar dónde ve la importancia de esa diferencia?

De súbito comprendí lo que sucedía. Un segundo antes de que yo saliera de aquella habitación eran dos personas que acababan de conocerse. Un segundo después de regresar, eran dos hombres compartiendo una afición.

Nada hay tan agradable para el carácter masculino. Quien esto escribe lo ha podido comprobar con hombres de distinto tipo y condición: mi padre, mi hermano, Robert. Frente a una mujer pueden hablar afectados por una emoción, pero solo frente a otros hombres hablan de cosas que les emocionan. Me sentí como si se hubiese levantado una corriente de aire y yo fuera una hoja de papel. Ya no éramos tres personas allí dentro: eran ellos dos y yo.

Cuando hablo de «compartir» no quiero decir que sus personalidades fuesen iguales, o siquiera similares. Más bien eran lo opuesto. Esto lo fui

observando poco a poco: el señor X se ensimismaba, Doyle se exaltaba. El señor X guardaba pulcramente los silencios que Doyle se encargaba de rellenar con cualquier cosa. A diferencia de mi residente, Doyle parecía saber de todo, y, mientras que el primero despreciaba lo que ignoraba, al joven médico le importaba aún más esto que lo que sabía, y reclamaba información para aprender cosas nuevas. Por último, estaba el humor, que el señor X solo prodigaba en forma de bilis amarga, en tanto que en Doyle era puro champán, alegre, luminoso. Si el señor X era un drama con largos mutismos, el doctor Doyle podía compararse a un musical lleno de colorido.

Con todo, en lo tocante a los misterios, parecían amigos de toda la vida.

—Ignoremos por ahora el móvil, doctor, quizá sea venganza, o locura, el caso es que comete el crimen con un cuchillo diferente cada vez y lo deja cerca del cadáver...

—Podría ser una especie de desafío —arguyó Doyle, e hizo el gesto de lanzar algo (a tiempo se percató de que sostenía el lápiz)—. «Arréstenme si pueden», ¿no cree?

—Pero ¿por qué deja los cuchillos *cerca* de las víctimas y no *junto* a ellas?

—No entiendo bien la diferencia, disculpe.

—Siempre a unos cuantos pasos, no al lado.

Doyle meditó atusándose el bigote.

—No quiere que los encuentren, pero tampoco quiere llevárselos...

—Pero, querido doctor, de ser así, ¿por qué no los oculta? Podría enterrarlos en la arena. ¿Por qué dejarlos *cerca* y *a la vista*? ¡Ese es el mayor misterio de todos!

—Bueno, existen otros detalles extraños. Yo mismo me he topado con alguno.

No podría haber mejor anzuelo si alguien hubiese querido capturar vivo al señor X. Se removió en el sillón con regocijo.

—¿Acaso los días y las heridas, doctor?

—¿Los días?

—Siete días entre uno y otro, tres heridas graves, ni más ni menos.

—¿Casualidad?

—Es el seudónimo para las causas desconocidas, doctor.

Los golpes en la puerta en ese momento, supuse, formarían parte de alguna causa desconocida, aunque el efecto final era atormentarme: porque al abrir asomó el semblante granate del tímido Jimmy Piggot sosteniendo una gran

maleta. Al comprobar que había visita se amedrentó y miró alrededor para asegurarse de que nadie vigilaba.

—Perdone, señorita McCarey... Es la «correspondencia» del señor X.

Yo sabía bien qué era. Recibí las cajas de Merryweather en un silencio cómplice. El trueque se realizó sin fallos y el pobre Jimmy aseguró que regresaría más tarde a por su «recompensa» para no molestar y desapareció con la maleta vacía. Guardé las cajas en el armario sin que los interlocutores interrumpieran la charla.

—Lo admito, señor, pero hay otro detalle aún más extraño...

—Ardo en impaciencia, doctor.

—El lugar. Imaginemos a Noggs: un veleta, un bebevientos (por no decir qué otras cosas bebía), actor de tercera fila y, según se rumorea, traficante de actorcillos infantiles para teatreros, a quien, en efecto, podías hallar una noche en el albergue y otra en brazos de Baco en los muelles. Pero ¿y Elmer Hutchins? Muchos lo conocían en Portsmouth. Tenía sus hábitos. Dormía siempre en sitios fijos. ¿Qué hacían ambos en la playa a esas horas? ¿Fueron conducidos allí por el asesino? ¿Acudieron a una cita con la parca sin saberlo?

—Reconozco que el lugar es un enigma no poco interesante, doctor.

Dejé de prestar atención a aquel juego de espadachines. Me apesadumbraba comprobar que el doctor Doyle parecía ser, en efecto, el médico *ideal* para el señor X.

Pero no por las razones que yo esperaba.

~ 3 ~

La cena volvió a interrumpirles, pero solo durante el breve instante en que la criada depositó la bandeja en la mesilla. Tras algunas cortesías de rigor, el señor X empezó a comer con apetito mientras continuaba su debate. Yo me dediqué a mirar el paisaje por la ventana. Me gustaban especialmente aquellas horas del ocaso en verano, con el cielo gastando sus últimos cartuchos en encender el mar. Desde niña esa maravilla me hacía soñar sin

necesidad de teatro. La playa, la playa, sí, ¿por qué?, decían las voces a mi espalda.

En un momento dado, otra voz intervino. Era la mía.

—Quizá les gustaba la playa de noche.

—¿Usted perdone? —dijo el señor X.

—Hablaban de qué hacían los dos mendigos en la playa de noche. Quizá es que les gustaba el mar a esas horas.

El desprecio sonó a mi espalda casi como un empujón.

—Señorita McCarey, a quién puede gustarle el mar a oscuras, por favor...

Iba a replicar «a mí» cuando parpadeé. Había visto moverse algo en el sombrío jardín de la residencia, rodeado por el muro y tachonado de los escasos rectángulos de luz de las ventanas. Quizá era un pájaro, pero no estaba segura. Me dirigí a la lámpara de la repisa de la chimenea mientras Doyle y el señor X hacían trizas mi argumento.

—No parece probable, desde luego, que fueran a disfrutar del paisaje...

—Por supuesto que no, doctor, pero la señorita McCarey habla de sí misma, ya que su obsesión particular consiste en el aire fresco, el paisaje y abrir la ventana...

Yo me hallaba encendiendo la lámpara —mientras trataba de ignorar la mordacidad del señor X— cuando hasta este tuvo que callarse. El ruido, como un fuerte picotazo, nos sobresaltó. CLAC. El doctor Doyle dio un respingo y yo retrocedí asustada... hasta que comprendí cuál podía ser su origen. Pero la reacción más intensa fue la del señor X. Se irguió en el asiento y torció sus tersas facciones en una mueca.

—No abra la ventana.

~ 4 ~

Me acerqué al cristal con la lámpara encendida y lo que vi me dejó espantada. Un par, no, dos, tres y hasta *cuatro* pares de pequeñas manos asidas al pretil. ¡Y el señor X pretendía impedir que pasaran! Lo consideré un monstruo: para él aquellas bocas famélicas solo eran productoras de información. Papeles

que hojeaba cuando le interesaba y que, perfectamente, podía dejar de lado o arrojar a la papelera en otro caso.

—¡Vamos! —exclamé mientras tiraba del Pestillo Asesino con el cuidado de siempre—. ¡Arriba! ¡Entrad rápido! ¡Os vais a caer, por Dios!

Es verdad que solo esperaba a los tres usuales. Y, en efecto, Mosca, Telaraña y Danny Waters fueron los primeros en saltar. Pero tras ellos subían más. Sin ayudarse entre sí, con la ingrátida agilidad de los saltimbanquis. Altos, bajos, demacrados, rechonchos, entraban y se plantaban detrás del trío de veteranos, que parecían incómodos con su presencia, pero no se decidían a expulsarlos. Las Merryweather, me dije, deben de olerlas a distancia. «SOMOS FELICES PORQUE COMEMOS MERRYWEATHER», recordé la frase entre arabescos sobre las cajas.

—Pero... ¡qué es todo esto! —La impávida pose del señor X se trocó en espasmo—. ¿Cuántos sois...? ¿Qué os habéis creído...? ¡La silla, señorita McCarey!

Yo ya había corrido antes de que me lo dijera —aprovechando que Doyle se hallaba de pie— y colocado el respaldo de la silla contra la puerta. Fue entonces cuando me fijé en la expresión estupefacta del doctor, a quien todos parecíamos haber olvidado, y quise explicarle algo.

—Son... amigos del señor X.

—Pues disfruta de popularidad.

La sonrisa recién nacida que empezaba a aflorar en su semblante me tranquilizó. ¡Otro triunfo para Doyle! El joven estaba empezando a admitir la extraña vida del señor X sin juzgarla anticipadamente. Incluso lo disfrutaba.

Este último, sin embargo, no parecía disfrutar de nada en aquel momento. Pétreo, aferrado al sillón con ambas manos, como si temiera que se lo robaran, contraía el semblante como algún ídolo diabólico de una cultura primitiva. En verdad, el grupo de chicuelos aumentaba a un ritmo inquietante. Danny Waters quiso impedir el paso de los nuevos, pero lo empujaron. Hubo un alboroto en el que traté de mediar. Nunca olvidaré la emoción del niño tartamudo, su súplica de ojos llorosos.

—¡Nos ha-ha-han se-se-seguido, se-se-señorita! ¡No-no que-queri...!

Procuré tranquilizarle, pero el alboroto proseguía —¡Tú! ¡Déjame! ¡Que os vayáis! ¡No!—, y no me parecía posible extinguirlo sin fomentar un alboroto peor. Eso, si antes no se percataban en Clarendon o desde el exterior de la

subida de aquellos grandes ratones harapientos por los troncos, ya que aún no había anochecido por completo.

La solución la aportó Doyle —otra razón para adorarle: su capacidad de adaptación a nuevas situaciones—. Se plantó frente a la hueste mongola en pose militar.

—¡Todos afuera... o llamo... a la policía!

Su porte y el hecho obvio de que se trataba de un caballero desconocido —al cual ninguno de los pequeños invasores esperaba— otorgaron a su intervención la necesaria credibilidad. Los nuevos regresaron por donde habían venido impidiendo el paso a los que aún no habían subido. El éxodo fue más ruidoso que la llegada a la Tierra Prometida. El maltratado árbol se cimbrea y crujían las ramas. Al fin oí, horrorizada, la venerable voz de lord Alfred desde la ventana de su propia habitación gritando que había cipayos en el jardín. Cerré la ventana, pero ya todo era un desastre. Y, peor aún, la discusión que habían organizado Mosca, Telaraña y Danny culpándose mutuamente de lo ocurrido. ¡Tú los trajiste!, ¡Solo dije que podían venir y esperar abajo...! ¡Yo-yo no...! Bastó un siseo del señor X.

—Decidme qué tenéis de una vez y rogad a los cielos que sea bueno.

Para Mosca todo era divertido. Sabía hallar risas como una vara de zahorí agua en un pedrusco, pero se exaltaba demasiado. ¡El Testijo! ¡El Testijo! Howard Spencer, corregía Telaraña. Danny Waters, pobre chico, también quería meter baza. Hablaban de un tal Sweet Willy, de un policía y una niña actriz. El señor X se sumó a la confusión con órdenes como latigazos.

—¿Qué hacía el señor Spencer...? ¿Queréis hablar...?

Decidí intervenir.

No es por adjudicarme méritos, pero nadie como una enfermera para calmar a los demás y a nosotras mismas de paso. Habiendo lidiado con vidas que se apagaban en segundos y sangre a chorros vaciando cuerpos como botellas un beodo, puedo decir que, si algo conozco, es ordenar y distribuir la angustia para no enfrentarla toda de un solo trago. De modo que me agaché ante los tres niños.

—Veamos. El señor X solo quiere saber qué hacía el señor Spencer esa noche en la playa. Contestas tú primero, Telaraña, y luego tú, Danny, y tú, Mosca, añadís lo que creáis que a Telaraña le ha quedado por decir...

—Increíble —oí que comentaba Doyle, el primero entre los muchos adjetivos de asombro que expresó por su cuenta a partir de entonces—.

Fascinante.

Funcionó. El orden, en general, funciona. Rápidamente me hice con la historia: Sweet Willy era un niño actor de los travestidos del clandestino, a su vez amigo de un policía de la comisaría de High Street —no quise pensar qué clase de «amistad» los unía, lo dejo a la moral de cada uno de ustedes—. A través de él habían logrado saber que un tal Howard Spencer —hermano de una actriz niña llamada Sally que trabajaba en el Caridad, precisamente con Elmer Hutchins en *Los bohemios del rey Leontes* — se encontraba en la playa de noche y había visto «casi todo».

En este punto se miraron tratando de determinar quién lo diría primero. Telaraña, el designado, murmuró en tono grave:

—Spencer le dijo a la policía que a Hutchins lo mató un fantasma.

~ 5 ~

La reacción que pudieron producir estas palabras no la recuerdo, porque en ese momento oí voces en el pasillo. La jefa Braddock, pensé. Lord Alfred y sus cipayos la habrían alertado. Todo estaba perdido. Los chavales iniciaron la huida «castigados» por el despiadado señor X, que les negó las cajas de galletas hasta que no regresaran con más información. Eso me indignó especialmente. Eres terca como un buey, diría Robert.

Cuando ya habían desaparecido por la ventana corrí al armario, cogí ambas cajas y las arrojé a la oscuridad. De los árboles parecieron crecer manos para atraparlas.

—¡Volved a por más cuando queráis! —cuchicheé.

—Señorita McCarey —comenzó la voz a mi espalda—, esa conducta...

Los golpes en la puerta nos petrificaron. Y aquí —¡otra razón más!— el doctor Doyle, aún en mangas de camisa, sosteniendo el aparato oftalmológico, se dirigió a la entrada e hizo frente con energía al semblante acusador de la jefa Braddock.

—Sí, enfermera, hemos oído el jaleo... ¡Qué me va a contar! Unos diablillos jugando en la playa, cerca del muro... Los niños son como pequeños insectos, ya sabe: zumban por aquí, por allí, molestan, pero, qué

duda cabe, resultan maravillosos indicios de vida... No se preocupe, por aquí no han pasado...

Braddock parecía escuchar aquel texto embelesada. Tras repartir su mirada suspicaz entre el sillón orejero y yo, contuvo las ganas de seguir interrogando y se fue. Doyle estaba encantado —«extraordinario», «admirable»—, pero con prisa por marcharse. ¡Se le había hecho tarde! Hablaba mientras guardaba el aparato en su estuche.

—¡Conocerle, caballero, ha sido toda una experiencia! Le diré lo que voy a hacer. Creo que podría enterarme de algo sobre ese tal Spencer... Tengo colegas que trabajan con la policía... Ya les diré. ¡Esto se pone interesante! Ha sido un verdadero placer, señor. Se ha quedado usted pensativo...

Más bien parecía abatido, quizá por mi decisión de regalarles a aquellos pobres ángeles las cajas de Merryweather. Sin énfasis, como si pensara en otra cosa:

—Hay una pieza que falta en este asunto, querido doctor.

—¿Una pieza? ¿Qué pieza?

—De esa clase que, engastada en su correspondiente anillo, lo convierte en sortija.

El médico valoró la frase y de repente escuché algo: una risita.

Como pillado en falta, Doyle se sonrojó.

—Disculpe usted, señor X, pero cuando habla así... Llevo pensando toda la tarde que cuando habla... —Se detuvo, hizo un gesto vago—. Es una nimiedad, no importa.

—A pesar de todo, dígala, doctor, me encantan las nimiedades.

—Bien: cuando habla de esa forma... me recuerda... a un *personaje* de mi invención... Ya sé que suena tonto. —Doyle enrojeció mientras se ajustaba la chaqueta—. Es detective. Apenas he escrito un par de hojas sobre él, pero tengo muy clara la idea en la cabeza. ¡Y vaya si usted me lo recuerda! Extraños caminos escoge el azar...

Aquello no hizo ni pizca de gracia al señor X.

—Doctor Doyle, ya sabe que la realidad supera siempre a la ficción.

—Desde luego, amigo mío, el borrador de mi personaje es una simple neblina. Usted está aquí, en todo su ser: no es imaginación, no es teatro. Es usted.

Intercambiamos placeres y reverencias, Doyle dejó recetado un colirio —la «inflamación» era «superficial», dijo, y precisó: «Conjuntival, no corneal»—,



y luego lo acompañé a que hablara con Ponsonby y le ofreciera el informe completo en privado. Fue una entrevista breve. Cuando salí de Clarendon junto a Doyle ya era de noche y el viento nos forzó a sujetarnos sombrero y cofia. Doyle seguía maravillado. Me mostró una bella sonrisa de niño grande.

—Es un paciente único. Una lumbrera. Qué digo, un genio... ¡«Estudio en escarlata» y «estudio en negro»! —Reía—. Nunca he conocido a nadie igual. Esa capacidad para percibir... Podría ser un raro síndrome cerebral. ¡Es un caso digno de ser estudiado por expertos!

Le permití un poco de solaz científico de ese jaez. Pero yo no olvidaba otro detalle. Me detuve a pensarlo mientras miraba sus ojos: ¿debía preguntárselo así, a lo bruto? Es para lo que sirvo, que conste. No sé ser sutil, como se supone que han de ser las de mi sexo —sutil, artera—, miento muy mal y disimulo peor, aunque nadie puede llegar a mi edad en Londres sin entrenarse un poco en ambas cosas. De modo que opté por una mezcla de brutalidad educada.

—¿Tiene algo más que decirme, doctor?

—¿Sobre qué?

—Sobre mi residente. Cualquier cosa que sepa sobre él me atañe. Soy su enfermera particular.

Doyle dijo: «Oh», y se quedó tanto tiempo pensativo que un carruaje lento —cochero y caballo bostezando al unísono— tuvo oportunidad de desfilar delante de la cancela. Otra cosa que me pareció evidente: fingía muy mal. Las comisuras de sus labios hacían gestos raros y las cejas se arqueaban para infundir aspecto de estar repasando en su memoria, pero era obvio que sabía de qué hablaba yo.

Todos los hombres, en general, nos suelen creer tontas, pero los hombres jóvenes se creen, además, muy listos.

—No. Nada que recuerde. Solo cuídelo, señorita McCarey. Ese hombre es oro.

Lo vi alejarse por la avenida, aún sujetándose el sombrero, el maletín en la otra mano.

*La señorita McCarey no debe saberlo.*

Aunque me devané los sesos allí, en la cancela, y más tarde, en mi cuarto a solas, fui incapaz de imaginar siquiera de qué podía tratarse aquello. Tampoco sabía si debía preocuparme o alegrarme de mi ignorancia.

Era curioso el sentimiento que el señor X me inspiraba. Me preguntaba a veces si únicamente a mí, o lo mismo ocurriría con cualquier otra persona más o menos normal. ¡Mucho desearía que ustedes, quienes ahora leen esto, lo hubiesen conocido y me contaran sus impresiones! Admitamos que su cerebro era un nido de pensamientos inaccesibles y complejidad extraordinaria, pero ¿sus conductas? Mi sobrino, a los cinco años, habría podido imitarlas. Quejas, reproches por todo, exigencias, ridícula obsesión por los retrasos, puntualidad de las comidas, los ruidos más leves... ¿Qué enfermera no tiene a veces la sensación de no necesitar hijos propios para sentirse como una madre de niños caprichosos? Yo, con el señor X, me sentía madre de cinco.

Horas de violín invisible y mudo.

Vino antes el colirio recetado por Doyle que Doyle mismo. Fue al segundo día cuando volqué en aquella gema rojiza las primeras gotas. Se mostraba exánime, como entregado al sacrificio. Crucificado al sillón, mirando hacia el gotero dócilmente.

—Máteme, señorita McCarey, haga conmigo lo que quiera.

—Por ahora, echarle estas gotas en el ojo, señor. Le ruego que no parpadee.

La perla se derramó en aquel mundo de sangre.

—Qué me importan sus malditas gotas, señorita McCarey. —PLINC, segunda.

—Deberían aliviarle el *escozor*, señor.

Así, en tono intencionado, para que supiera que no me había engañado con aquella burda excusa. Le escociera de veras o no, ahora tendría que soportar las gotas.

Pasé una gasa por la lágrima huidiza preguntándome si había alguna otra forma de conseguir que aquel hombre llorase. ¿Una cebolla?

Parloteaba solo mientras tanto.

—Estoy sumido en la confusión... Siete, tres... no me equivoco, me lo dice la intuición, pero la intuición nunca se equivoca, porque las intuiciones falsas no son intuiciones, sino razonamientos erróneos camuflados...

—Claro —dije, prestándole atención a medias y secando bien los ojos.

—La intuición natural, espontánea, nunca es errónea, ya que proviene de un mundo donde los hombres aún no sabían sumar dos más dos, pero ya amaban, creían en dioses y sufrían visiones, de modo que necesito saber qué vio ese hombre en la playa y qué pasa con Doyle que no viene...

Estuve tentada de responder que, sin duda, Doyle era un individuo normal y tendría muchas otras cosas que hacer antes que visitar al residente de una clínica mental privada, pero cerré los labios igual que hacía con el colirio.

—Y esos engendros egoístas a los que usted recompensó el otro día sin que se lo hubieran ganado realmente, ¿con qué pueden ser atraídos ahora? Que Jimmy compre más Merryweather. Es urgente porque son siete días y se cumplen dentro de tres. Y tres heridas. Curioso número. Solo lo menciona *El Ojo de Portsmouth*, que es el que ofrece más información, en efecto, pero...

Me detuve de repente. *Alto ahí.*

¿Cuándo leía ese hombre los periódicos?, me preguntaba. Nunca había visto un solo ejemplar en su habitación. ¿Y de qué me sonaba aquello de «*El Ojo de Portsmouth* es el que ofrece más información»? ¿Lo había dicho Doyle? No. Eso lo había dicho...

~ 7 ~

Reunión de enfermeras del té. Susie Trench hablando sobre los asesinatos:

—Si queréis saber todo, *El Ojo de Portsmouth* es el que ofrece más información.

~ 8 ~

Rodeé el sillón para mirar su cara de cerca.

Inalterable como —casi— siempre. ¿Sonreía más allá de sus comisuras?

—Lo confesaré antes de que me pregunte nada, señorita McCarey: envió a Jimmy Piggot como espía a la reunión de eso que ustedes llaman «enfermeras

del té».

—Dios mío. —Aquello me parecía inconcebible—. ¿Desde cuándo?

—Oh, desde hace tiempo, y no imagine usted aberraciones, por favor. —Era justo lo que estaba imaginando: un Jimmy escondido en la oscuridad bajo una cofia—. La culpa es de la señora Gillespie...

—¿La cocinera?

—¿Conoce usted a otra señora Gillespie? Claro que la cocinera: hornea unos pastelillos deliciosos, y a Jimmy le ha resultado fácil sobornarla para que haga unos cuantos más para él, así que se los deja en un plato, Jimmy va a la cocina y a partir de ahí todo consiste en su capacidad auditiva y la delgadez de la puerta de la antigua alacena. Añado que son ustedes son mucho mejores que cualquier periódico.

Enrojecí. Ardí en una pira. Juro que hasta entonces no me había indignado tanto con él. Apenas podía balbucir. Como si, estando yo en el baño, él abriera la puerta. ¡Algo tan... *indecente* !

—¿Espía usted... nuestras... reuniones?

—Solo cotilleo lo que ustedes cotillean, robar a un ladrón, cien años de perdón, señorita McCarey, los periódicos que me resume el bueno de Jimmy no lo traen todo.

—¡Es... Es usted... infame!

—No: solo me *interesa* lo infame.

—¡Está... loco!

Por fin lo dije. ¿Cómo pude decirlo? No lo sé, no era yo. Jamás se lo había dicho a nadie, nunca en mi vida, ni siquiera a los cuerdos. Me sentí mal. A él no pareció afectarle: lo vi sonreír débilmente.

—Dígame algo que no sepa, señorita McCarey.

—Lo siento.

—No, soy yo quien lo siente, comprendo su enfado con mi reprochable figoneo, pero necesito saber, saber...

—¡Y por qué! —espeté—. ¡Qué quiere *saber* que no sepa ya!

—Cómo impedir que, dentro de tres días, aparezca otro mendigo asesinado en las playas de Portsmouth con tres heridas graves... —Me miró con tranquilidad azul y roja—. Porque, aunque solo sean mendigos, «desechos sociales» los llama la señorita Braddock, no es preciso adelantar sus muertes por ello ni producirles más sufrimiento del necesario.

—¡Qué le importan a usted los mendigos!

—Nada en absoluto, me refería a usted.

—¿A mí?

—Es usted una mujer de buen corazón, por lo cual, deberían importarle más esas pobres gentes que el delito de espiar su reunión privada, pero la moral provoca a veces esos juegos de dobles fondos, por eso yo prefiero dejarla aparte. ¿Qué es la moral sino una construcción del hombre inmoral? Usted es quien se apasiona con las obras, a mí me importa más el arquitecto.

Me calmaba recordar —tras esforzado rastreo— que yo nunca había hablado mal de él en una reunión. Al menos yo. Otras sí lo habían hecho, pero eran otras.

Sin embargo, seguí ofendida. Allí lo dejé y no regresé hasta que vino Doyle.

La excusa era la revisión del ojo, pero vamos, que se trataba de una excusa quedó claro en cuanto se cerró la puerta.

Estaba tan exultante que ni siquiera fingió interesarse por el problema ocular. Rodilla en tierra —así, como declarando su amor a una jovencita—, junto al sillón, todavía con el sombrero puesto.

—¡Amigo mío, ah, amigo mío...! ¡Las noticias que le ofrezco serán néctar y ambrosía para sus oídos...!

—Me escuece —dijo el señor X, con intención.

Doyle pareció confuso hasta que me miró y comprendió.

—¡Ah, no, no, esta vez la señorita McCarey se queda! Las novedades merecen varios oídos y no pocos cerebros. Es decir, si a usted le apetece, señorita...

—Por supuesto —dije—. Me encanta *cotillear* lo que ustedes dos hablan, ¿sabe?

En el sillón hubo silencio. Doyle sonrió confuso. Pero cuando uno está tan deseoso de compartir sorpresas como el joven médico, no repara en ironías.

—¡Prepárense para lo increíble!

Yo dudaba que hubiese algo más increíble que aquellos dos hombres, pero me divertí quedarme en escena también junto al sillón, como acompañando al señor X, a quien mi presencia, con seguridad, contrariaba debido a nuestra discusión de la mañana. Veamos qué bien le sienta que yo meta las narices en *sus* temas, pensaba.

Doyle, consciente de contar con la atención del público, cruzó los brazos de espaldas a la ventana —cortinas descorridas: el señor X ansiaba que

regresara su pequeño trío—. Parecía elegante para la ocasión: larga chaqueta castaña de grandes botones, chaleco oscuro y corbatita con alfiler bajo los picos de un cuello como hecho de nieve. Había dejado sombrero, guantes y maletín en la mesilla y sonreía bajo el engominado bigote. Sus ojos de gato principesco nos miraban alternativamente, como juzgando el efecto que su historia produciría. Imagen de caballero que puede —y desea— hechizar.

—Amigos, si hubiese sospechado que el destino nos depararía un misterio así, si hubiese siquiera pensado en tal posibilidad, habría venido a Portsmouth un mes antes tan solo para conocerles a ambos con tiempo. Y no, no se equivocaba usted en nada, señor X, pero debe prepararse para abrir otra puerta más en este oscuro pasadizo...

—Doctor Doyle, como escritor sabrá usted que el prólogo ha de ser breve.

Eso hizo reír al médico, que de paso se sacudió lo que podía ser una mota de polvo en una manga.

—Mi querido amigo, no nos quite las palabras a los escritores o nos dejará indefensos. Permítame al menos una explicación. Como creo haber dicho, llegué a Portsmouth hace un mes y abrí consulta en Southsea. Puedo ser nuevo en la ciudad, pero no lo soy en la vida. Me consta que, si me quedo en Elm Grove esperando que me lluevan pacientes, tengo más probabilidades de que me lluevan las deudas. Así que no he tardado en ir de aquí allí, peregrinando tarjeta en mano y conociendo gente. Debo admitir que no soy mal ajedrecista y me considero un decente conocedor del teatro, dos aficiones ideales para alternar con desconocidos... Luego, todo consiste en añadir nombres a una lista en la cual, además, tengo la previsión de anotar sus cargos, así como los favores que nos debemos mutuamente. No me resultó difícil, de este modo, dar con el colega del que les hablé el otro día, el que hace peritajes para la policía... Resultó que había leído la declaración del señor Spencer. Omitiré su nombre, si me permiten, y el de todos los relacionados con este deshonesto azar, y me centraré en la información.

—Naturalmente, doctor.

—Hagamos antes una puntualización, señor X: sus amiguitos son extraordinarios, y la idea de contar con ellos para investigar por su cuenta me parece estimulante. Pero por lo que respecta a sus resultados... ¿Sería muy duro definirlos como..., digamos, *irregulares*? Es natural, por otra parte. Son niños y ven lo que ven. Para empezar, el nombre de nuestro testigo no es Howard, sino Quentin: Howard es el nombre del policía que lo custodiaba y

que, a su vez, se lo contó todo a ese otro policía que es amigo de Willy. Es correcto que Quentin Spencer es el hermano mayor de Sally, la niña actriz que trabajaba en el último musical donde aparecía Elmer Hutchins. Quentin se gana la vida de escribiente en el muelle naval, y también es correcto que se hallaba presente hace cuatro noches en la playa, cerca de donde mataron a Hutchins. Pero..., antes de que dudemos de la veracidad de su relato, indicaré que había *otro* testigo. Un testigo del testigo. Como las muñecas rusas. Y ahora les invito a que imaginen al joven Quentin Spencer.

Doyle hizo un gesto hacia un lado de la habitación y allí vi a Quentin Spencer.

¿Quién carece de imaginación hasta el punto de no imaginar a alguien? Privados de teatro como estamos en el horario laboral, ¿qué otra cosa nos proporciona consuelo? Yo me dejo llevar por mis fantasías con facilidad. Y allí estaba Quentin, sí, parecido a mi padre —también escribiente en el muelle naval—, bigote, antiparras, mangas de oficinista y mirada soñadora. Como dijo el doctor Doyle:

—Un trabajo que le permitía ganarse la vida a costa de no alegrársela en exceso. Y, en medio de ese lienzo gris, introduzcan, por favor, la colorida figura de una dama, lo bastante mayorcita como para estar casada con un noble cargo de la Marina de esos que abundan en Portsmouth, y lo bastante joven como para resultar deseable a ojos de un escribiente de veintidós años. Lluève un día. Uno de tantos del pasado invierno...

Y allí entró ella, junto a su marido, en la oficina del escribiente. Se cruzaron las miradas, surgió una llama. Era fácil imaginar eso. Resultaba un drama apasionante, aunque fuera imaginario... justo hasta que escuché la vocecilla del sillón.

—Si me permite un ruego, doctor, desearía llegar ya al crimen...

Aquí Doyle se le enfrentó. ¡Y cómo me gustó entonces! Alzando una mano, dedo índice, voz altisonante.

—¡No antes de crear el ambiente propicio, señor mío! Ya sé que usted camina millas por delante de nosotros, pero permita que los simples mortales entendamos las cosas paso a paso. —Mi asentimiento fue tan intenso que mis vértebras crujieron.

La historia de aquel amor ígneo y desesperado me conmovía: no volvieron a verse hasta una fiesta social en el club de oficiales del muelle, de esa clase de ágapes en que se invita también a subalternos y personal civil. ¡Y sí:

véanla entrar del brazo de su despistado esposo! La música debería reflejarlo... Quentin la mira y ella se siente mirada. Palabras inflamadas dichas con prudencia cuando el marido se despista más y conversa con sus colegas dejando a su mujer sola. No he podido olvidarla a usted desde el otro día. Y quizá ella: Yo tampoco, «como una flecha devuelta al arco que la lanzó», dijo Doyle textualmente —lo apunté luego—. ¡Oh, por favor! ¡Oh, Dios bendito! ¿Cómo no comprenderla y, a la vez, reprocharla y compadecerla? Y al fin..., un labio trémulo acercándose a un oído de nácar: una cita en secreto. ¡Santo cielo! El oído enrojece como si el rosa de los labios lo tiñera. ¡Una cita a escondidas, en la playa, de noche!

—Resumiendo —rezongó el señor X—: Spencer estaba en la playa a las doce de esa noche para verse con la esposa de un cargo de la Marina, eso encaja.

Me pareció pasmoso que aquella piedra sin sentimientos destrozara una historia tan apasionante. Hasta Doyle enrojeció y meneó la cabeza.

—Si alguna vez decide contar su vida, señor X, deje que sea yo quien la escriba. Pero así puede resumirse, en efecto.

—Eso explica hora y lugar, estarían ocultos, pero no muy dentro de la playa, no solo por no ensuciar los aderezos de la dama, sino para facilitarle una escapatoria fácil hacia la avenida donde, sin duda, la esperaría un carruaje anónimo, lo cual indica que ni el asesino ni la víctima los verían fácilmente desde la playa. Pero la playa, a diferencia del bosquecillo, no goza de igual protección.

—De nuevo no se equivoca, señor. ¿Puedo continuar? Gracias. ¡Imaginen la escena! ¡Ambos entre los árboles, estrenando un pecado para ellos nuevo, pero tan viejo como la humanidad! ¡La luna rielando en...!

—¿Y qué vieron? —preguntó el señor X.

—Todo —contestó Doyle secamente.

—¿Todo? ¿El asesinato de Hutchins? ¿Su asesino?

—Ese era el resumen, señor. ¿No es lo que a usted le gusta? Estaban allí, lo vieron todo. Si quiere más, permita que lo cuente a mi manera.

Doyle me guiñó un ojo. Eso fue delicioso, pero más aún ver al déspota del trono bajar la cabeza —esa frente enorme— y suspirar humillado. ¡Uno a cero, doctor Doyle!

¡La luna rielaba en el mar, sí! ¡Y era importante! Porque bajo su media luz —en creciente—, ella —siempre más cuidadosa que él, claro— pudo



observar con el rabillo del ojo un movimiento. No estamos solos, diría apretando el brazo de Quentin, ay, Dios mío, clavándole las uñas. Alarmado, Quentin miraría también hacia la playa. Pero reconoció a la figura tambaleante y harapienta enseguida: de hecho, Sally, su hermana, trabaja con él en el Caridad, ella haciendo de piratilla, la ropa rota y *escandalosa* de una niña en un musical; él de gran pirata, ojituerto, con botas... ¡Es Elmer, el buenazo y borracho Elmer Hutchins! Y su tambaleo le dice a Spencer que se acaba de dedicar a su pasatiempo favorito, incluso lleva la botella en la mano. ¡Sin duda, eso tranquilizó al amigo Quentin! Es solo ese viejo borracho, no debes temer. Ella, más calmada, él también. Se calman lo suficiente como para reanudar los nervios. Y de pronto... ¿Cuándo? ¿Cuándo fue ese cuándo? ¿En qué instante de un cuándo eterno de pasiones puede afirmarse que hubo algo, que se percibió algo? —Otro suspiro del señor X—.

Sea como fuere: Quentin y su pareja sienten un súbito frío. ¡Tan distinto del calor previo! Y algo más. Él dijo: una sombra. Ella: una risa. El corazón en un puño. Me sujeté el peto porque me ahogaba de miedo. Siempre he sido miedosa para todo lo que se relaciona con espíritus. Miran hacia la playa y ya no ven a Hutchins, pero... ¿qué es ese bulto en sombras sobre la arena? Se despiden allí mismo. No es prudente acompañarla de regreso. Ella se va y él se acerca. Al pronto cree que Hutchins se halla en brazos de Morfeo, o de Baco, pero entonces ve sangre, ojos abiertos y espantados, las tripas fuera, tirantes, alrededor de su cuello. Se horroriza. ¡No ha visto nada, lo ha visto *todo* ! ¡Algo que no puede ser humano, algo *invisible* , ha cometido una atrocidad! Corre a comisaría como buen ciudadano.

Y aquí, el final.

El horror se transmuta gracias al doctor Doyle. El amor triunfa. Quentin denuncia el horrible crimen, pero se *niega* ... ¡Debemos repetirlo! Se *niega* a delatar a su amante. Con la policía —Merton, bigote de púas— solo podemos imaginar el mal rato. Lo salva la débil fortuna de que, en el caso de Edwin Noggs, tiene coartada, porque jugaba a las cartas con compañeros esa noche, sin dinero para ir a teatros. Así pues, o bien alguien mató a Noggs y otro alguien a Hutchins, o Quentin dice la verdad. ¡Son sus compañeros, precisamente, quienes traicionan a la dama y a Quentin, queriéndolo salvar a él! Las lágrimas rebosaron en mis ojos cuando Doyle concluyó.

Ni que decir tiene: el *escándalo* había tomado forma y era grotesco y real.

—Lo siento por la dama —dijo Doyle apesadumbrado—. Vaya lío en que

se han metido estos Romeo y Julieta nerviosos. Por supuesto, el matrimonio ya ha hecho las maletas y se irán de Portsmouth en cuanto puedan. El divorcio vendrá luego.

—¿Y el señor Quentin Spencer? —preguntó el señor X.

—Sigue bajo custodia, pero ella le ha dado una buena coartada. Será cosa de días que lo suelten. Lo cual quizá sea un error. —Doyle encendió su pipa.

—Esperemos, por su bien, que no lo suelten antes de tres días.

—¿Tres...? ¿Qué...?

El señor X hinchó el pecho bajo el batín.

—No me cabe ninguna duda: dentro de tres días habrá otro mendigo muerto.

—Simetría siempre, ¿no, señor X? —Doyle sonreía dando jugosas caladas —. Es lo que a usted le gusta.

—No es que me guste, es el modo en que están creadas las cosas: siete días, seis heridas en total, dos mendigos, y ahora: catorce días, nueve heridas, tres mendigos...

Doyle, inspirado, engoló una voz baritonal expeliendo oloroso humo.

—*Tiger, tiger, burning bright... ¿Qué mano u ojo inmortal pudo trazar tu temida simetría?* Pero a Hutchins le sacaron los intestinos... Y esa risa ultraterrena, el frío...

—Distracciones.

—¿Qué?

—Nuestro tigre, empleando su metáfora, doctor, es un gato juguetero, quiere distraer y señala un sitio para que miremos hacia allí, pero las cosas deben ser limpiadas antes de ser relacionadas, siete días, tres heridas, dos mendigos, eso es lo evidente.

Doyle se atusaba el bigote.

—La ventaja de su teoría, señor X, es que solo necesitamos esperar para comprobarla.

A los seres humanos comunes y corrientes nos cuesta cierto esfuerzo.

Imaginen a un ser como el señor X *esperando* .

La señora Murray había dicho: *Espera algo*. Pero ahora estaba *impaciente* .

Por lo que llevo contado sobre él quizá a ustedes les caiga bien o quizá mal, pero no se hacen idea de lo que era tratar con aquel individuo cuando estaba impaciente. Empecé a comprender —un poco— a los seres sin sentimientos que lo habían barrido de un escobazo a sus cuatro añitos. Ya sé que estoy siendo cruel, pero ¿qué gano si también aquí, en esta supuesta crónica de lo sucedido ese extraordinario y terrible verano de 1882 en Portsmouth, con toda su tragedia, disimulo los hechos? Y el principal hecho en aquellos días era este: el señor X era insoportable cuando esperaba.

Pasó dos días respondiendo con monosílabos —y no en el mejor tono— y tocando su absurdo violín. Exigía más láudano, más soledad, menos cortinas abiertas.

Cuando le preguntaba qué tal estaba, me concedía solo una oportunidad por día: si se me ocurría repetir la pregunta al cabo de pocas horas, me soltaba un «¡Bien, gracias!», como un ladrido. En parte comprendía lo que le pasaba: ¡estaba tan solo! Dios sabía qué clase de refugio le ofrecía su cerebro, por prodigioso que fuese. Su locura, como un valor de Bolsa, subía o bajaba ante mis ojos con cada conducta.

Quizá estaba loco, quizá era un genio, quizá era solo un tipo raro.

Doyle parecía conocerlo, pero Doyle había desaparecido de nuevo.

Y, con no poca incomodidad, volví a reunirme una de esas tardes con las enfermeras del té. Tras todo lo que sabía, me cuidaba mucho de hablar.

La jefa Braddock, que me dedicaba miradas suspicaces, sacó el tema de los niños pordioseros.

—Hay muchos más que nunca, juegan junto al muro cada mañana... Me pregunto qué los atrae.

—Habría que llamar a... Bueno... —Susie Trench (que vivía en un mundo regido por autoridades y orden) dejaba, como siempre, el vacío insinuante.

—La policía, sí —aceptó Braddock—. También lo he pensado. Hablaré con el doctor.

—A mí me dan pena —dijo Nellie Worrington.

—A mí, en general, los mendigos me producen compasión, sean niños o mayores —declaró Jane Wimpole refugiada en su visera de bella *decencia* .

—Por eso es tan de agradecer lo que hacen en el Caridad —convino Nellie

Worrington—. Las funciones de beneficencia son una gran idea.

—¡El Caridad solo es la forma de lavarnos la cara sin mirarnos al espejo! —rezongó la señora Murray, agazapada en su esquina oscura—. Pasadme pastelillos.

—Yo pienso que son una gran idea, pese a todo. No puedo comprar ninguna entrada en esas funciones, claro, pero el dinero de los que sí pueden se reparte entre los miserables...

—Di que sí, Nellie. «Somos felices porque comemos Merryweather» —acotó Susie Trench y lanzó su risita—. ¡Es la empresa patrocinadora!

—Fue una gran idea —dijo Nellie.

—Sobre todo para la empresa —susurró Braddock.

—Pierden dinero, señorita Braddock.

—Qué ingenua eres, Nellie.

—A mí no me caen tan mal los mendigos como a usted —protestó la aludida.

—Hay alguien a quien le caen peor —dijo la señora Murray, dando buena cuenta de su plato de pastelillos—. Y me temo que pronto tendremos a otro en la playa...

—¡El cielo nos libre! —Lo poco que yo veía de Jane Wimpole pareció palidecer.

—Sigo pensando que son peleas de borrachos —insistió Braddock, y arrugó sus contraídos rasgos con desprecio—. Mi padre los odiaba. Le daba miedo convertirse en uno como ellos... Nos enseñó a temerlos, a mis hermanos y a mí. «De los fracasados puedes esperar cualquier cosa», decía. Odiaba la pobreza. La odiaba como una enfermedad. Pero era la única enfermedad con culpable, solía decir.

Nos dejó en silencio. Sus rasgos apretados se suavizaban a la luz de gas de la lámpara. De ese lapso amargo nos libró Susie:

—¿Creéis de veras que alguien..., ya sabéis..., está... a... los mendigos?

—Es evidente, Susie Trench —dijo la señora Murray.

—Dicen que el señor X está muy nervioso con esas muertes —dejó caer la jefa.

—Por cierto, Annie. —Susie me sonrió—. ¿Cómo te va... con él?

Llegó mi turno y alcé la voz de improviso.

—¿El señor X, dices? ¡Es el tipo más *majadero*, *caprichoso* y *arrogante* que he conocido jamás, por no mencionar que siempre se mete en lo que no

le importa!

Al pronto me miraron en silencio. Hasta la señora Murray interrumpió su comida y dejó la boca colgando sobre el cuenco. Luego hubo risitas desconcertadas.

—No es preciso gritar para decirlo, Anne —reprochó la jefa.

—Ya te tiene harta, ¿eh? —decía Jane Wimpole.

—¡Pero Annie es de hierro! —celebraba Nellie Worrington—. ¡Se ve que lo resiste!

Hablamos poco más. Nellie estaba triste: tenía entradas gratis para la función de la compañía Coppelius del teatro de Caridad, obtenidas por sorteo gracias a la compra de varias cajas de galletas Merryweather, pero ¿con quién iría ella? Era el medio día de asueto de Jane Wimpole y se las quedó. Pero la función no era muy moral. ¿Le darían permiso? La jefa Braddock sonrió enigmática: lo que diga el doctor.

Esa noche, satisfecha, mientras preparaba la cama del señor X, aguardé cualquier reacción. Se demoró, pero al fin escuché su vocecilla.

—¿Qué tal la reunión de enfermeras del té esta tarde, señorita McCarey? Me sentía perezoso y decidí no enviar a Jimmy...

Le solté un «¡Bien, gracias!», como un ladrido.

Podía estar loco, pero era endiabladamente astuto.

.....  
PROGRAMA  
de  
MAÑO  
.....

Compañía Coppelius

Teatro de Caridad, St. Mary's



**L**a compañía italiana Coppelius  
llegó a nuestro Portsmouth hace cuatros años  
de la mano del maestro Salvatore Pettiroso.  
y decidieron quedarse... ¡Sin duda, para nuestro beneficio  
y el de los muchos menesterosos de nuestra ciudad!  
Porque, con estas nuevas funciones benéficas que realizan,  
el dinero recaudado va a parar al albergue de St. Mary's...

¡Y todo gracias al patrocinio de prohombres como sir  
George Erpinghal, sin cuyo esfuerzo esto no sería posible!  
Gracias, sir George! Galletitas Merryweather  
presenta este espectáculo!

«¡SOMOS FELICES PORQUE COMEMOS  
MERRYWEATHER!».



# INTERMEDIO PUBLICITARIO: «¡SOMOS FELICES PORQUE COMEMOS MERRYWEATHER!»

*Sir George Erpinghal se ha encerrado bajo llave en su despacho y mira el reloj de sobremesa de reojo.*

*Sonríe ante su absurda preocupación: la noche previa ha soñado que hoy, cuando den las doce, morirá. Vaya tontería.*

*El reloj es un auténtico Henri Marc de concha de tortuga con una campanilla musical, regalo de sus tres hijas por su quincuagésimo quinto cumpleaños. La esfera central se abre entre hojuelas doradas, una verdadera filigrana. Según las exactas manecillas, faltan seis minutos para la medianoche.*

*Sir George ignora por qué le preocupa tanto ese sueño absurdo y, contraviniendo sus rutinarias costumbres, ha ordenado retirarse a la servidumbre y echado el cerrojo de su lujoso despacho en la mansión familiar cerca de Cavendish Square, en Londres. Ahí lo encontramos, en su lujoso despacho, con su lujoso miedo irracional, esperando absurdamente que las lujosas manecillas marquen la hora fatal.*

*Qué estúpido soy. Me he puesto nervioso. Y ya se sabe: te dices a ti mismo que no quieres mirar algo y es entonces cuando más lo miras. Te dices que no te va a pasar nada y es entonces cuando empiezas a sentir un sudor frío que te amortaja la piel. Quieres pensar en otra cosa y el pensamiento es un globo de helio que vuela por sí solo hacia la tierra de lo que no quieres pensar.*

*¿Por qué no reconocerlo, George? Eres supersticioso. Eso le diría su esposa si se hallara presente en el despacho, y si él le hubiese contado qué le ocurría. Pero lady Suzanne duerme una planta más arriba, ignorante y pacífica, mientras que sir George está sentado en su escritorio en batín y pantuflas, las blancas patillas enmarcando un rostro endurecido bajo*

*frustraciones y calvicie, las gafitas en el puente de la nariz como si fuera a revisar un balance o firmar un pagaré. Pero se limita a esperar, algo sorprendido de sí mismo.*

*Sí, lo soy. Pero, decidme, angelitos, ¿qué empresario en este país no es un poco supersticioso? ¿En qué creemos, además de en Dios, su graciosa majestad y el indudable destino glorioso de este trono de reyes, esta isla de cetos? Quien más, quien menos, necesitamos algo a lo que acudir, unas rayas en la mano, un porvenir, unas cartas de gitana, un oráculo. Dejando aparte el teatro, al que acudimos todos. Decidme si no, angelitos.*

*Te quedan cinco minutos ya, George.*

*Se concentra en mirar el gran cartel enmarcado en la pared sobre la chimenea: el anuncio más conocido de las galletitas Merryweather, una guirnalda extendida de un extremo a otro sujetando en el centro una galletita flanqueada por dos rubicundos rostros de niños. Y bajo la guirnalda, letras prolongadas en armónicas espirales:*

**¡SOMOS FELICES PORQUE COMEMOS MERRYWEATHER!**

*Los niños lo miran con sus grandes ojos azules sobre sus gorditas mejillas. ¿Supersticioso? Por favor, claro que sí. Sir George ha llegado, a veces, a imaginar que los «angelitos» —como él los llama— aprueban sus decisiones comerciales. Los mira y, aunque nunca los oye, puede imaginarlo. George. Te vamos a dar. Una noticia.*

*Hasta hace poco menos de un año, los angelitos y él estaban felices comiendo Merryweather. George se codeaba con los apostadores de Ascot y asistía a carísimos clandestinos que, muchas veces, no podían repetirse con la misma actriz. Pero unas desafortunadas inversiones en Bolsa y la competencia despiadada de otras confiterías han resquebrajado la Gran Galletita sobre la que se apoya el negocio que compró dos lustros atrás a la familia Merryweather de Portsmouth.*

*No hablemos de esa temida palabra.*

*No, aún no.*

*No digamos «ruina». No, George. Todavía lejos de eso. Por Dios.*

*Dos minutos.*

*Podría ocurrir, no es imposible. No sería el primer caso. Un nombre conocido de una familia como la tuya, que de pronto lees en la lista de*



*embargados de la London Gazette. La bancarrota en Inglaterra es un delito. Está prohibido tener mala suerte —¿supersticioso?—, está prohibido fracasar. Muchos arruinados van a la cárcel. Te conviertes en un delincuente leproso. ¡Lo intentará todo antes de que eso suceda!*

*Todo, ¿me oís, angelitos? Todo.*

*Tictac.*

*Las pérdidas empiezan a ser preocupantes —sir George captura una gota de sudor con su pañuelo—, pero nada que no pueda mejorarse con un golpe brusco de timón. Las inversiones fueron nefastas, eso ya no tiene remedio —ahora estoy mejor asesorado, angelitos—. Y todavía le quedan otras posibilidades antes de sumirse en el abismo: vender la empresa, vender esta mansión de Cavendish Square e ir a vivir a la más modesta y antigua casa familiar de las afueras de Portsmouth —lo cual significará, claro, arruinarse de incógnito, lentamente, dejar de figurar entre los invitados a las fiestas, dejar de ser sir George para convertirse en «ese Erpinghal que tuvo que venderlo todo», y aunque no irá a la cárcel por moroso, su nombre será borrado de la dorada lista de los ilustres, y George Erpinghal, hecho a sí mismo, peldaño a peldaño desde sus orígenes de pueblerino, retornará al olvido en los peores años, los últimos, el invierno de su descontento— y, por fin, vender... Vender, incluso...*

*Un minuto. Un minuto para que suenen las malditas campanadas y pueda irse a dormir tranquilamente. Y si se muere, ¿qué? Pues al diablo.*

*No va a ocurrir nada.*

*Solo fue un sueño. Una pesadilla de borracho en un carruaje.*

*Y cree saber el motivo: esa noche había cenado en un club muy privado de Bishopgate con teatreros clandestinos. Sir George es célebre mecenas de compañías artísticas —¿quién lo duda?, mirad cómo ha contribuido para que la compañía Coppelius del Caridad de Portsmouth haga funciones benéficas —, y eso le ha abierto las puertas de los clandestinos. En particular, de quienes compran y venden actores.*

*Y esa noche en Bishopgate quiso enterarse, como de pasada, de cuánto le darían por vender a una de sus hijas.*

*Lo intentará TODO, angelitos. Os venderá también a vosotros si precisa.*

*Todo con tal de no arrastrar su nombre y el de su familia por el barro.*

*Fue un tema muy, muy desagradable. Los teatreros se rifaban a los hijos jóvenes de familias arruinadas. Había demanda, le dijeron, extranjeros que*

*pagaban a precio de oro ver a las niñas de una antigua familia aristocrática inglesa ahora en la ruina participando en obras de marionetistas, arenas, burlesques, vodeviles o bochornos. O cosas peores. Espectáculos «One Day Only» —ODO los llamaban—. Sir George se arrepintió de preguntar la razón de tal nombre. Uno de los teatreros le explicó que, después de un ODO, la actriz ya no podía ser usada de nuevo. Pero solo con ese día se haría rico si vendía, por ejemplo, a la menor —Wendy Erpinghal, doce años —, muy similar a la que en ese momento se mostraba en el escenario del restaurante clandestino al que sir George acudió. El teatrero hizo cuentas. Un ODO con su hija Wendy le permitiría sobrellevar el temporal sin casi necesidad de nada más. No volvería a verla, pero... las tragedias suceden siempre, y esta, además, te haría rico, George. Victoria, de veintidós años, aliviaría sus problemas durante menos tiempo —aunque sería más fácil con ella: siempre había querido ser actriz—. La última opción, Harriet, es más complicada: está casada y le ha dado dos preciosos nietos. Uno de los teatreros había insinuado que una buena jugada con Harriet —nietos incluidos— sería incluso más afortunada que con Wendy. Sería golpear la piñata. Se haría rico de nuevo. La cantidad que oyó quedó flotando en el aire negro del reservado. Una manzana de Tántalo, deseable pero imposible —sí, imposible, angelitos— de atrapar.*

*Al menos de momento.*

*No tenía nada de extraño que, tras esa conversación —fue solo informativa—, regresara a casa borracho y a horas desacostumbradas, tras haberse quedado dormido en el carruaje. Fue cuando soñó — comprensiblemente— con un escenario de telones negros donde una hermosa desconocida se movía... como en una danza. Y la voz que —¿de dónde venía? ¿del escenario?— le anunciaba: «George, te vamos a dar una noticia: mañana por la noche, a las doce, con la última campanada...»). ¿La última o la primera? ¿Qué le dijo?*

*Nang.*

*Empiezan.*

*La primera ya no puede ser, ja, ja, angelitos.*

*El Henri Marc de su escritorio de caoba hace resonar sus musicales campanitas. ¿La primera o la última? No lo recuerda. Fue solo un sueño. Los angelitos también parecen aguardar, con sus ojos grandes. George. Te vamos. A dar. Una noticia. Te. Vamos. George. Te. Vamos. A.*

*... Once... La última...*

*NANG.*

*El tiempo parece cesar. Los latidos. La respiración.*

*Hasta que, al fin, sir George tose.*

*Y le brota una risita.*

*Ríe un buen rato, los ojos empañados. ¿Supersticioso? ¡Desde luego! Y crédulo. La risa le mejora el ánimo. Respira profundamente. Se calma.*

*La hora fatídica ha pasado. Hoy no. Hoy no toca. Todas las dudas se desvanecen. Por supuesto, queda el asunto de la ruina, pero hasta eso tendrá solución, ¿verdad, angelitos? No tendrá que llegar a esos extremos. Nunca vendería a una de sus queridas —hijas— galletitas. Jamás traspasaría ese límite.*

*Sir George, puedes ir a acostarte ya. La hora ha pasado y no ha ocurrido nada.*

*Con una sonrisa de satisfacción por seguir vivo, sir George Erpinghal se levanta del asiento. La mirada grande y fija de los niños del cartel sigue clavada en él, como esperando. Sus boquitas rosadas —jamás las venderá, a ninguna— parecen llenas de dientes. Como si le chillaran, enloquecidos: te vamos a dar una noticia, George:*

**¡SOMOS FELICES PORQUE YA ESTÁS MUERTO Y AÚN NO LO  
SABES!**

# ROBERT



~ 1 ~

ía nublado; por lo demás, ninguna diferencia con los previos. Bueno, sí: él. Porque el señor X de ese día estaba aún *peor* que los anteriores. Al entrar en su habitación por la mañana, la luz me hizo parpadear.

Cortinas descorridas. El primer detalle raro.

El segundo: él mismo. Se aferraba a los gastados reposabrazos del sillón, frente a los rectángulos de la ventana, que lo enrejaban como bajo un tablero de casillas blancas. El ceño muy fruncido, los ojos hundidos bajo sombras. No respondió a mi saludo ni a mis preguntas corteses sobre su estado. En cambio, me hizo una.

—¿Todavía nada?

—¿Perdone, señor?

—Un cadáver.

Y recordé. Habían pasado tres días desde la última visita de Doyle: era la mañana predicha por el señor X para que apareciera una nueva víctima. Por eso había descorrido las cortinas. Esperaba que sus pilluelos le trajeran algún muerto.

Le respondí que no había nada nuevo —ni nada muerto, para el caso—. Retornó al silencio, pero su ánimo empeoró conforme pasaban las horas. Lo hallaba como dormitando, el mentón hundido en el pecho. A veces remontaba su respiración en inmensos suspiros que hacían estremecer todo su cuerpo. Me apenaba, pero ¿qué se le dice a un hombre así? ¿«No se preocupe, pronto aparecerá otro vagabundo destripado»?

Las pocas palabras que me dirigió fueron para pedir —rogar— que viniera Jimmy Piggot. Jimmy vino, Jimmy se fue. Luego supe, por el propio señor X, que le había ordenado rastrear en los periódicos de la tarde. El señor X siempre me pedía que lo dejara a solas con Jimmy, pero no había que ser muy perspicaz para adivinar las noticias, o su ausencia, cuando el joven escribiente salió de la habitación.

—Nada. —Eso dijo el señor X al entrar yo—. Nadie, o sí, un fallecido de tuberculosis, un accidente. Ni un solo mendigo.

Le hice notar que podía aparecer al día siguiente. Me cortó con aquella manera de hablar suya, aunque, por primera vez, levemente salpicada de titubeos:

—Señorita McCarey... —Parecía reunir paciencia cuando empleaba ese tono—. Siete días, tres heridas, un mendigo... Catorce días, seis heridas... Es obvio que el asesino quiere que lo sepamos, es su forma de hablarnos, su mensaje, su código. No puedo estar equivocado. Las cosas poseen simetría, aunque no sepamos cuál ni por qué...

—Eso, perdone, es absurdo. La vida no funciona así.

¿Me enfrentaba por primera vez a su señoría la Inteligencia del Sillón? Pues bien. Y qué. Le vi girar la cabeza como un títere.

—¿Perdone?

—No todo se reduce a dos más dos en esta vida. Las personas, por ejemplo, hacemos cosas inesperadas.

—O ignoramos la causa de ciertas cosas que no esperábamos.

Detuve su veloz carrera hacia la meta de dejarme en silencio, como solía hacer.

—Solo digo que puede no ser como usted dice.

—No, no es eso lo que usted dice, usted dice que es absurdo y que las cosas no funcionan así. Soy yo quien dice que puede no ser como usted dice, señorita McCarey. Si me permite ponerle un ejemplo: es como cuando nos pinchamos y retiramos el brazo. Causa y efecto. ¿Y si cada una de nuestras conductas es nuestra particular respuesta ante pinchazos determinados?

Eso era demasiado profundo para mí.

—Me parece que se dedica usted a complicarlo todo.

—Quizá esa es mi respuesta ante el pinchazo.

—No, es lo que a usted le gusta. Podría gustarle otra cosa, señor, como ver el mar de noche.

—Pero me gusta esa en concreto, e imagino que a usted le gustan otras muchas y no sabe por qué...

Me había tendido una sutil trampa en la que no me importó caer.

—Sí, pero puedo cambiar de opinión. —Y aquí hice una pausa, porque la mente se me había ido a quien ustedes ya saben, mi viejo marinero—. Es cierto que a veces... A veces deseamos algo, o a *alguien*, sin motivo y... Pero podemos dejar de desearlo.

—¿Cree usted?

De repente me enfadé. Estaba recogiendo el gotero de colirio y los vasos de la noche y lo dejé todo en la mesilla.

—¡No sé ni por qué discuto con usted! Yo sé quién soy y lo que soy, sé lo que me gusta y por qué, y sé que puedo cambiar las cosas por mí misma cuando quiera. Usted solo busca confundirme.

Me interrumpió recobrando ese siseo veloz:

—Solo busco resolver un misterio que quizá nada tenga que ver con mendigos, sino con todos nosotros, todos y cada uno de nosotros. Pero una cosa es cierta...

—Va a ponerme un ejemplo —anuncié. No le gustó mi pequeña burla.

—Sí, ¿me deja? Gracias. Una cosa es cierta: todo lo que aparenta ser desorden posee un orden debajo. En las historias de las tribus del Oeste americano, lo que para un vaquero puede ser un incendio para un indio son señales de humo. Hay un lenguaje oculto en todo lo que hacemos, se lo aseguro.

Me estaba mareando. Si había un lenguaje oculto en todo lo que hacíamos, el mío usaba la palabra «estúpida» con muchísima frecuencia, pensé. Y en el señor X, la palabra probable era «locura».

Doyle asomó su resplandeciente sonrisa en ese instante, sombrero en mano.

—¿Interrumpo?

Fue como ver salir el sol entre nubarrones. Se inclinó muy reverencial ante mí —¡me sonrojó!— y apretó con cariño el hombro del señor X. Pero traía las mismas «malas» noticias que a cualquier persona normal nos habrían parecido buenas. Las desgranaba mientras inspeccionaba el ojo de su paciente a simple vista.

—Nada en ninguna parte. He rastreado *El Ojo de Portsmouth*, el *Portsmouth Journal*, el *Southsea Day*... —El ojo de Doyle frente al del señor

X—. Visitas de su majestad, un accidente con un carruaje en los muelles, muertes naturales, el suicidio de un empresario en Londres, un robo en la taberna de... Este ojo está bastante mejor.

—Gracias, doctor.

—No nos deprimamos, señor X, quizá aparezca mañana.

—Quizá.

Ah, así que... si lo decía su querido doctor Doyle, entonces era «quizá». Entre ellos había secretitos, confianzas, confesiones. Yo solo servía para servir. Y discutir.

Intenté —no mucho— que no se notara mi enfado:

—No se preocupen, estoy segura de que pronto aparecerá ese mendigo acuchillado que tanto desean. Y mientras esperan, ¿puedo traerle té, doctor?

Doyle se echó a reír al tiempo que estiraba las mangas de su levita impecable.

—Es cierto que los que nos apasionamos por los misterios criminales parecemos aves de mal agüero, señorita McCarey. Gracias por el té, pero debo ver a otros pacientes. Por lo pronto, una buena noticia es que el ojo del señor X no está peor, y yo diría que hasta un poquito mejor.

Yo lo veía igual, pero no quise contradecirle. Entre otras cosas, al interesado no parecía importarle su propio ojo. Ahora cerraba ambos al hablar.

—Doctor Doyle, debemos encontrar un «sea como sea».

—¿Un «sea como sea»?

—Hayamos errado o no, «sea como sea», ¿qué nos queda, doctor?

—Dos muertos en dos semanas. Dos mendigos.

—Precisamente. Así que es necesario separarlos, identificarlos, aislarlos, averiguar cómo y por qué Noggs y Hutchins fueron elegidos por nuestro criminal, qué los hacía iguales y qué diferentes, qué provocaba la simetría entre ambos, aparte de su condición de mendigos, porque si esta semana el Asesino de Mendigos ha interrumpido su ritmo, no será por falta de materia prima en esta triste ciudad portuaria...

—Desde luego que no, mi querido amigo.

—Por tanto, probemos a averiguar más sobre esos hombres.

Siempre ufano ante lo nuevo, Doyle habló atusándose el bigote.

—Bueno, mi clientela no la forman precisamente los desheredados, pero hay gente que ha vivido en Portsmouth toda su vida y pueden saber algo

sobre Hutchins. Es más: me han invitado a la función de beneficencia del Caridad de St. Mary's este viernes, allí lo conocían bien. Seguro que puedo conseguir información.

—Eso sería extraordinario, doctor. Y ahora, si me permiten, necesito soledad para tocar el violín y pensar. Corra la cortina, señorita McCarey, hoy ya no habrá noticias.

Aunque Doyle se despidió con idéntico encanto —«Me alegro de verle. Hasta pronto»—, al salir de la habitación se volvió hacia mí tan atractivamente preocupado...

—¿Qué ha dicho que va a tocar?

—El violín. —Hice la mímica—: Se pone a mover los brazos así.

—Oh.

—Sí.

El joven médico pareció sopesar la noticia con la expresión de quien descubre un manchurrón en un óleo clásico que, por lo demás, le ha deleitado siempre.

—No sabía que... ¿Lo hace con frecuencia?

—Es una manía. —Y aclaré—: Se trata de un hombre enfermo, ya sabe.

—Sí, es obvio que su mente posee... algunos agujeros.

—Sí, algunos. —Y pensé, aunque no dije: «Es por eso que está ingresado en Clarendon, doctor. Lord Alfred cree vivir todavía en los tiempos del motín de la India, el señor Harper sospecha de todo el mundo, sir Leslie padece sífilis... y el señor X cree tocar un violín irreal y se enfada si no aparecen cadáveres de mendigos cada fin de semana, como quien espera trufas tras las lluvias. ¿Agujeros? Su cerebro es un gruyere». Pero no dije nada, porque el ánimo de Doyle parecía indesmayable.

—No obstante, es una mente muy especial... Yo sigo fiándome de él. ¿Y usted?

Iba a responder... no sé qué. Pero estábamos bajando las escaleras y nos encontramos en ese instante con Jimmy Piggot, que subía.

—No se le puede molestar, Jimmy —le advertí.

—Lo sé, no busco al señor X, señorita McCarey. —Me miró desde su titubeo ruborizado y se llevó la mano al bolsillo de la chaqueta—. Es para usted.

—¿Para mí?

El sobre lo había traído un mozalbete. Llevaba mi nombre. Me puse muy



nerviosa. Doyle y Jimmy se excusaron de inmediato aduciendo obligaciones para dejarme en una intimidad que claramente necesitaba, aunque me hacía casi temblar. Guardé el sobre en el bolsillo del delantal y lo rasgué con dedos trémulos en mi habitación, sentada en la cama, frente al espejo empañado. Cierro los ojos y aún me veo mirándome en aquel espejo tras leer lo que decía la breve misiva.

MI REINA DE LO MAREZ. ESTOI EN PORTMOUT.  
TE DESEO BER EL JUEBES.

DEJA UN MENSAJE AL NIÑO DEL ALMACÉN COTTEREL.

TU CAPITÁN PATA DE PALO

~ 2 ~

No era su letra, nunca lo era —ya lo he dicho—, pero era de él, porque Robert tenía una manera especial de hacer que los demás escribiesen como él me habría escrito de saber hacerlo. Mi primer pensamiento fue preguntarme cómo lo había conseguido: ¿el *Ingrato* estaría atracado en Londres y él había venido desde allí? ¿O en Portsmouth? Lo cierto era que aquí estaba. Pero todavía no me tocaba mi medio día de asueto y, aunque pudiese conseguir que me adelantaran el turno, no sabía si deseaba ver a Robert.

Bueno, *creía* saberlo: no lo deseaba.

Y he aquí lo divertido del asunto. Porque iba a hacer trizas el papel, manchado de la grasa de alguien —¿el chico del almacén Cotterel? ¿Robert? —, pero lo guardé de nuevo en el delantal. No quería pedir favores a nadie, pero salí de mi habitación y le pedí a Susie Trench cambiar su asueto del jueves por el mío del sábado a costa de tareas extra, como bañar a lord Alfred o poner emplastos en sus úlceras. Y cuando cayó la noche me dije: «No le responderé». Pero me senté en la cama con papel y tinta y confirmé la cita añadiendo lugar y hora.

Y todo esto, ¿lo hice como si hubiese recibido un pinchazo?

No lo sé: tan solo decidí que ambos merecíamos otra oportunidad.

Robert me había dado felicidad, la poca o mucha que había tenido en este mundo. También amargura, sí, pero derivada casi exclusivamente de la botella. Ya lo he dicho en esta crónica y aquella noche lo reafirmé: si lograba vivir con él, lo quitaría de la bebida. Lo ayudaría a ser el Robert Milgrew lleno de ideales que se había enrolado en la Marina en su juventud. Y, para conseguirlo, necesitaba tener una casa donde poder cuidarle y algunos ahorros.

Me lo imaginaba en nuestro futuro hogar, abstemio, yo vigilando perennemente su vida. Iríamos al teatro, pasearíamos, quizá hasta pudiéramos viajar a algún sitio juntos. Seríamos muy felices, estaba segura de ello. Era mi deseo más íntimo.

Al día siguiente entregué a Jimmy mi respuesta para el chico del almacén Cotterel. Recurrí de nuevo a Susie, que me recomendó lugares discretos para cenar en el muelle real y, entre cuchicheos adolescentes, exigió un pago: «¿Quién es? Oh, Annie, ¿quién? Annie, Annie, dime». «Un antiguo conocido», dije. Por mi expresión habría podido ser un notario que me iba a leer un testamento. Bueno, ¡ella tampoco me decía con quién salía! No quería darle vueltas —y se las di—, ni pensar en qué ponerme siquiera —y estuve pensándolo hasta marearme, siendo las opciones: 1) Pedir ropa prestada a Susie, o quizá a Jane (menos bajita), 2) Usar la que había traído tras mi impulsiva salida de Londres—. Al fin opté por el vestido malva con el que había venido, que Robert ya conocía y había alabado mucho. ¿Por qué ese vestido precisamente, oh señorita «soy-quien-soy» McCarey? Algo tiraba de mí, evidentemente, algo me llamaba hacia él, con pinchazo o no, algo que me hacía desear gustarle, aunque solo fuese para decirle que las cosas podían hacerse de otro modo, que podíamos hallar una solución entre ambos, porque le quería y soñaba con que viviéramos juntos.

Los días se me pasaron en estas ñoñerías. Ni Doyle regresó en ese tiempo ni mi residente asomó la cabeza del sopor de mentón hundido en el que se hallaba, ni mendigo alguno tuvo la delicadeza de dejarse asesinar por un fantasma nocturno de risotadas escalofriantes. Llegó el jueves, el señor Weedon fue tan amable de adelantarme media paga mensual y a la hora del almuerzo visité al señor X para decirle que me iba a ausentar esa tarde y cedía el testigo a Susie Trench.

Pero no llegué a decirle nada.

Abrí la puerta sin llamar, por si estaba violinizando el aire, y de nuevo mi sombra, como la primera vez, se desplegó como una alfombra hacia el respaldo de su sillón en la habitación a oscuras. Juro que iba a decirle algo. Mis labios se separaron. Mi lengua sostenía las palabras —mañana le veo, señor X, hoy tengo la tarde libre—. Pero desistí en presencia de aquel sillón. ¿Qué iba a decirle? ¿Lo mismo que a mi madre en Londres: «Debo salir, madre»?

Mientras lo pensaba, escuché la voz. Incorpórea, flotando como humo:

—Tenga cuidado con él, señorita McCarey. No es un tipo recomendable.

Ni yo repliqué ni él volvió a hablar.

### ~ 3 ~

Ustedes lo comprenderán o no, pero ya arreglada, con sombrerito, guantes y aquel vestido morado, un chal discreto por encima y mis rasgos más o menos empolvados, lo primero que hice —tras el adiós, pásalo bien, Annie, de las compañeras— fue rodear Clarendon hasta llegar a la fachada posterior, mis botines limpios hundiéndose en la arena. Desde ese lugar podía ver las ventanas de los residentes.

Todas abiertas, cortinas descorridas. Menos una.

Me quedé mirando aquella excepción.

Y me gustó.

Me sentí reconfortada, de algún modo. Vale, lo odiaba a veces, como cuando ofendía a Robert o me «aconsejaba» que lo dejara. Pero ver aquella sola ventana como un párpado cerrado entre tantas miradas abiertas y comunes me gustaba. Una excepción para otra excepción. Quizá todos somos excepcionales, pero pocos se atreven a mostrarlo, o quizá solo hay una cortina cerrada entre dos decenas abiertas en cada lugar.

«Sea como sea», me gusta, pensé.

Volví sobre mis pasos y enfilé la avenida Clarence dispuesta a enfrentarme a lo que fuese. Con ánimo. Pensando que siempre podía regresar a mi cortina cerrada.

—Miren qué tenemos aquí. Mi reina de las Islas Vírgenes. Mi reina de los mares.

Robert se inclinó y me besó las manos enguantadas.

Vaya, estaba igual. Aunque yo no esperaba ningún cambio, había pasado poquísimos tiempo. Lo vi en la esquina de Fratton Street donde habíamos quedado. La tarde era bonita, había viento de mar desmigando nubes en un cielo, por lo demás, aburridamente azul. Y allí estaba él, sombrío, en la esquina. Siempre conseguía llegar antes que yo a las citas —no es bueno hacer esperar a una dama, reina—, y cuando me veía, no se movía. Era yo quien tenía que acercarme. La mayoría de las veces podía verle sonreír cuando me acercaba lo suficiente. Una sola vez, recuerdo, estaba serio. Pero eso solo lo averiguaba de cerca, porque de lejos, con la ajada gorra de larga visera y la barba aquella, sus muecas no decían nada.

Esta vez sonreía. Abrió las manos grandes, rojizas, como esperando un abrazo, pero yo le tendí las mías —estábamos en público—. Las besó, las aparté.

—Robert —dije.

—Me alegro tanto de verte.

—No hablemos aquí. Conozco un sitio, podemos ir a cenar.

—Estoy sin blanca, nena.

Me limité a sonreír. Él ya sabía que invitaría yo.

—Eh, ¿me permite acompañarla, lady? —Su risa era como un conjunto de muchas otras. A veces yo la confundía con la tos. O quizá comenzaba a reír y tosía entre medias. Pero me rozó un brazo y sentí un escalofrío—. Bueno, bueno, bueno, si no quieres hablar, al menos navega, grumete... Tú llevas el timón.

Ese escalofrío me había hecho pensar —sentir— que mi decisión era la correcta. No dije nada, tan solo mantuve una esperanza: trabajaré cuanto pueda, haré cualquier turno, ahorraré. Viviremos juntos. Y caminamos. En Londres era lo que más hacíamos. Él, abriendo las piernas como marinero habituado a equilibrarse en las cubiertas. Venía lavado, no realmente limpio, el *guernsey* «bueno» ajustado al cuello —yo conocía ese *guernsey* : se lo había tejido una mujer «a la que amé antes que a ti», decía—, chaqueta

remendada y pantalones holgados y sucios con botas bajas. De esos hombres que, al verlos de perfil, como en aquel momento cuando íbamos juntos, no te parecen el mismo que de frente. Verlo de perfil me rompía el hechizo, y me preguntaba qué me hacía quererle, desear ese rostro de pasa apretado, casi malevolente, la rojez escaldando sus mejillas. No era guapo de perfil, no. Tampoco de frente. Su nariz bulbosa de bebedor, la barba que ocultaba los labios, los ojos pequeños y divertidos entre arrugas. Desde luego, no como el doctor Doyle, ni tan maravillosamente joven. Pero, para mujeres como yo, hombres como Doyle eran estrellas fugaces para mirar acostadas en la hierba. Robert Milgrew no era guapo, ni tenía clase ni cultura, pero luego se volvía y me miraba.

Me miraba —como ahora— y yo lo veía desamparado.

Necesitado de mí, como yo de él, por causas desconocidas.

Yo no era nada, pero él..., pobre hombre. ¡Cuánto deseaba cuidarlo!

—¿Me llevas a un sitio de ricos? —preguntó cuando cruzamos a pie la estación.

—No, no es un sitio de ricos, Robert.

—Eh. —Quise mirarlo antes de que su manaza tocara mi barbilla, pero llegué tarde. Me hizo girar la cabeza con extraña suavidad—. ¿Qué te pasa?

—Vamos a sentarnos y cenar, y hablamos.

—Sssh. Qué. Te. Pasa. —Me soltó la barbilla, pero ahora estaba serio.

El timón, en realidad, lo tenía él.

—Esta ciudad me trae recuerdos.

—Ya te dije que no volvieras.

—Sí, me lo dijiste.

El nubarrón pasó. En los lugares públicos, el más apocado era él. Yo llevaba las de ganar hasta que estuviéramos en la intimidad —una callejuela, un cuarto—. Rodeado de gente, Robert se sentía inquieto, como culpable de algo. No cobarde. Si lo agredían, puñetazo al canto. Se peleaba contra un oso de ser preciso. Pero la gente, la gente normal, las miradas inocentes, eso no. Contra eso no podía.

Escogí calles concurridas para llegar al South Star, en el viejo Portsmouth, cerca del muelle real, que por suerte estaba abierto y por suerte tenían mesa —gracias, Susie—. Nos dieron una junto a la ventana pero había otras alrededor. Robert quería una bajo la escalera, como a escondidas, pero accedió a sentarse allí. Al lado, cortinajes rojos; sobre ella, una vela como un

«mástil» —dijo Robert—, que derramaba su cera en una botella. Un ventrudo camarero nos recomendó chuletas frescas. Robert añadió una botella de vino —cómo no, pero aquí no me la arrojará a la cabeza, me dije—. Nos quedamos mirándonos por encima de la llama recta de la vela. Mi corazón latía muy deprisa. Él valoraba mi felicidad. Yo sabía que si me veía contenta, se pondría serio y viceversa. Demostrándome: te doy siempre aquello que no tienes.

No supo cómo ponerse esta vez.

—¿Cómo te las has apañado para llegar? —le dije.

—Me he tomado unos días. —Desvió la vista.

—¿Puedes hacerlo?

—Lo he hecho, ¿no? Te he traído una cosa.

Ni siquiera vi de dónde la sacaba, vigilaba su rostro, sus expresiones. Una manaza rojiza avanzó sobre el mantel. Al apartarse, había una especie de... algo. Un medallón, una piedra negra con un ancla grabada en ella torpemente. La cogí, pesaba. «Preciosa», le dije. Era feísima. Curiosamente, tan fea que empezó a parecerme bonita. Y la segunda vez que la alabé fui sincera:

—Es bonita, gracias, Robert. —Lo menos que podía decirse de aquello. Me daba pena aquella ancla feísima. Algo más dije mientras lo sostenía en la palma de la mano—: Es un ancla.

—No, es una piedra con un ancla grabada. No bromees.

—¿De dónde es?

—De Calais.

—¿Ahora solo cruzas el Canal? —A veces me hablaba de lugares exóticos—. ¿No vas más lejos?

Sus hombros se tensaron.

—Mira tú. ¿Has ido tú a Francia alguna vez, listilla?

—No, nunca. —Puse una mirada soñadora, sabiendo que me había equivocado. Era frágil caminar por aquel hielo—. Tiene que ser... maravillosa. Francia, digo.

—Es como Inglaterra. Todo es como Inglaterra.

Robert me hablaba de los Mares del Sur cuando lo conocí. Me dejaba boquiabierta. Yo sabía que existían en algún sitio —indudablemente, al sur—, pero apenas podía creer que hubiese un lugar así en la tierra. Algo como la India, pero más bello y diminuto. Islas que brillaban, espejismos que eran reales. Yo solo había visto cosas similares en el teatro. Robert tampoco había

vuelto a verlas. También él, solo en teatro. Su vida me la contaba fragmentada, un día un trozo, otro día otro, y yo la reconstruía. A los quince años había sido aceptado en la Marina Real, HMS *Gaviota del alba*. Según Robert, habían navegado hasta el Edén, donde ya no estaban Adán ni Eva, pero quedaba la serpiente. Tras cuatro años desempeñándose como grumete, fue expulsado por una riña con sangre debido a la bebida. Desde entonces, aunque había trabajado en barcos, nunca había vuelto a pisar la cubierta de un navío de la Marina. Llevaba en el *Ingrato*, un maltrecho carguero mercante, desde que nos conocíamos.

—De todas formas, no me siento bien en el barco. —Habían traído el vino y se bebió la primera copa antes de brindar, como si fuera aguardiente—. Han ascendido a un cabeza cuadrada que tiembla como una gorda en noche de bodas. Clark. ¡Clark! A timonel de segunda.

—Baja la voz, por favor. —El segundo «Clark» había hecho girar cabezas. Y lo peor era que yo creía recordar esa historia—. ¿No me contaste eso ya?

—Clark... —repitió, ignorándome—. Marinero de segunda, ahora timonel de segunda. Pero, como decimos en la mar: «Yo también tengo mi libro de oraciones».

—No te preocupes por eso. Terminarán sabiendo lo que vales en el *Ingrato*

—No me preocupo. —Y me miró—. Estás muy bien. Buen aspecto. Aire de mar.

Sonreí mientras guardaba aquel pedrusco en el bolso. Justo entonces recordé lo que me había hecho la última vez. Ya no quedaban señales en mi cuello. Ahí ya no.

—No deberías beber tanto...

—A sus órdenes, enfermera. —Apuró la copa, pero luego la apartó de sí con ademán ampuloso—. Puedo dejar de beber si quiero, puedo beber si quiero. Lo sabes.

—Por eso te lo digo.

—Y por eso no quiero que me lo digas. Bebo o no. Puedo bailar mi baile yo solo. Y se me acaba el tiempo para bailar.

—¿Por qué lo dices?

—No tengo la edad de antes.

Sonrió, pero se le notaba abatido. Acaricié —levemente— su áspera mano.

—Nadie tiene la edad de antes. Estás perfectamente. Solo debes... debes

intentar no beber tanto. Y poco a poco lo conseguirás. Cuando vivamos juntos, yo...

Se había quitado la gorra, que colgaba de la silla, y mostraba en la frente un exacto surco con la huella de la badana. Allí puso la mano, haciendo de visera.

—¿Qué veo? Reproches a babor.

—No, no son reproches... Sé que eres capaz de muchas cosas. De todas las que quieras.

—Claro que lo soy, reina de los mares. Soy capaz de tenerte a ti. —Y removiéndose—: Oye, ¿es verdad eso de que hay un loco suelto que mata mendigos?

—¿Puedes hablar más bajo, por favor?

—Lo he leído en los periódicos —dijo, como si eso explicara su tono de voz—. Los destripa en la playa como cerdos. ¡Y tú que querías dejar Londres para vivir en tu pueblecito tranquilo...! —Rio sin sonidos.

—No, no es eso. Yo no quería...

Nos trajeron las chuletas humeantes. Robert atacó la fuente con suspicacia, como acostumbraba. Era como un niño que supiese que no podía mostrarse muy deseoso porque le quitarían el plato si delataba su hambre. Pero yo lo había visto devorar a solas y sabía lo que aquella comida caliente significaba para él. Se entregaba a ella hasta el punto de callarse. Incluso dejaba momentáneamente de beber.

Era el momento adecuado para decírselo, para que entendiera.

Por eso mismo, yo apenas probé bocado, aunque fingía hacerlo. Me puse a jugar con un trozo. Lo partía en dos. Movía la boca. Bebía un sorbo. ¿Por qué me sentía tan emocionada? Dios mío, no quería dejarlo. Y comenté:

—¿Sabes? Me siento muy bien aquí. Contigo. —Di otro paso—: Y en Clarendon he encontrado el trabajo que quería.

Me miraba a mí tras mirar la carne, pero a la carne le dedicaba mucho más tiempo. A mí me lanzaba miradas huidizas. Le hablé de mis maravillosas compañeras, mi maravilloso director médico —era *hombre*, cuidado—, de mi amable paciente (otro *hombre*). Retorné enseguida a mis maravillosas compañeras. Y al maravilloso *sueldo*. Robert había dejado mondos tres huesos de chuletas y rezongó:

—Eso lo has ganado otras veces.

—Pero esto es un sueldo *fijo*, ¿te imaginas? Podremos...



—Hasta que te echen.

—No, no lo harán, he firmado un contrato...

Estaba en medio de un trago. Casi lo escupió.

—¿Has... firmado... qué?

A mis pies se abrió la tierra. Era lo que me ocurría siempre. Me dejaba hablar, cedía terreno, se replegaba, hasta que de pronto yo decía: «He conocido a un caballero muy simpático», o «He decidido marcharme de Londres». Entonces, el cepo.

—Qué. Has. Firmado.

En ese momento, la puerta del local tintineó.

Los perfumes llegaron antes.

Arrebatador aroma fresco a cosas desconocidas. Hasta Robert dejó de mirarme y volvió la cabeza.

Fue todo un espectáculo: encabezaba el desfile un hombre corpulento, patillas negras, larga casaca roja y chaleco con brillos. Detrás, un larguirucho y enjuto individuo de rostro demacrado, sombrero cónico de banda morada y absurda casaca negra. Cerrando la estrepitosa comitiva, una muchacha que yo no pude apenas mirar. No era inglesa, no lo parecía, y no pertenecía al mundo corriente, al mundo de la *decencia* y las buenas costumbres y las aceras y los chales. No puedo describir lo que vestía —algo rojo—, pero sabía que ninguna mujer normal viste así. No caminaba: bailaba sin música. Y el pelo era corto como el de ninguna mujer debería serlo.

Hubo silencio. Salió el dueño, reverencial, los saludó en italiano y abrió la puerta de un reservado. Pensé en la compañía Coppelius, la del Caridad. Cuando volví a mirar, la silueta ondulante se hundía en la oscuridad y se cerraba la puerta. Como un fuego de artificio. Luz, color, olores. No eran ingleses.

Los comensales, como paralizados en un daguerrotipo, reanudaron la vida.

—Teatros —dijo Robert innecesariamente.

Yo tenía la vista fija en el plato. La gente de teatro no me ofendía, en Londres se deslizaban por todas partes, así y más raros, pero me creaban un paréntesis, me dejaban sola en mi lugar. Eran de otro mundo, retornaban a él. Mi hermano había querido ser como ellos, pero al final había recapacitado. Cuando veía a teatros se me venían a la cabeza recuerdos: Andy de adolescente, el teatro mental del doctor Corridge. Todo aquello que no éramos quienes nos sentábamos frente al escenario. Era una visión a la vez

amarga y dulce. Me hacía pensar que, pese a todo, yo era, éramos, Robert y yo, afortunados e infortunados. Ser teatrero era terrible, *escandaloso*, era mostrarte a la vista del mundo, fingiendo o no. Pero ser público te hacía desear ser teatrero.

—Podríamos ir a verlos —sugirió Robert—. ¿Sabes dónde actúan?

—Creo que en el Caridad de St. Mary's. Funciones benéficas. Hay una mañana.

Por fortuna, Robert había olvidado lo del contrato. Por desgracia, no había olvidado sus propias ideas.

—Oh, entonces no podremos. Estaremos de camino a Londres. —Me quedé mirándole, pálida—. ¿Has encontrado ya algún rico londinense a quien cuidar, enfermera? Si lo cuidas bien, quizá te legue algo cuando la palme.

Intenté sonreír. Aún parpadeaba por la visión de los teatreros.

—Clarendon es un sitio muy bueno, Robert, ya te dije que...

—Este curro lo dejas mañana mismo.

Así. Sin más. Palidecí.

## ~ 5 ~

Los teatreros habían dejado caer a su paso una purpurina brillante.

O eso me parecía de repente.

Se había posado sobre los hombros grises de los caballeros. Orlaba los bucles costosos de las señoras y los sombreritos y velos de *decencia* de las señoritas atractivas.

Brillaba, chillona y rojiza, sobre todo aquel mundo de comensales y conversaciones en voz educada y respetable.

Hasta Robert y yo la teníamos adherida. Destellaba sobre nuestra pobre miseria, nuestra miseria pequeñita de seres infelices y corrientes.

—Nena, te he echado tanto de menos... Te necesito tanto... He descubierto que no soy nada sin ti. Solo un viejo navegante sin barco. —Me callé antes de decirle que él tenía un barco. Sabía que odiaba el *Ingrato*—. Estoy vacío sin ti —insistió.

La purpurina desaparecía como rescoldos de hoguera en invierno. Nos había iluminado un poco con su sabor a fiesta. Y ahora estábamos allí, ambos, y yo me preguntaba cuánto tenemos que pagar las personas como nosotros, los «espectadores», el público del gallinero, por ser felices.

Rocé mis dedos con los suyos, pero no supe responder de otra forma.

—Volveremos a Londres y todo será como antes, reina de los mares. Mejor que antes, porque ahora estás sola. —Y entonces su semblante agrietado se deshizo como barro—. Eres mi última oportunidad, nena. Ya no me quedan más. Tú eres lo último y lo mejor que he tenido en mi vida.

Dejó un silencio.

Era como una invitación.

Yo no supe cómo llenarlo.

Veía en ese silencio una habitación a oscuras, un sillón orejero y unas cortinas cerradas.

—Robert... Déjame pensarlo. Acabo de empezar —dije.

Retiró la mano. Como si hubiera recibido un *pinchazo*.

—¿No te enteras? He venido a por ti. Esto no me gusta para ti, reina. Tú te mereces algo mejor. Escucha: sé bien que te hice daño en Londres. —Sus ojos eran brumosos y húmedos, como si hubiera guardado en ellos la niebla de la capital—. Me sentí muy mal después... Pero es que... me enfadó que quisieras irte de allí ahora que, por fin, ya sabes, estás sola... A mí me resulta más fácil verte allí. —Yo escuchaba sin mirarlo, sin comer—. Y este cuchitril, ¿qué es? Medio día libre cada dos semanas es basura. ¿Cuándo íbamos a vernos? ¡No podríamos ni ir al teatro!

—Podríamos... —Titubeé. «Podríamos intentar no vernos durante un tiempo», quería decirle, pero lo modifiqué—. Podría ahorrar, Robert, para comprar una casa...

—¡La maldita casa! —Estalló. Se contuvo—. No, reina, en esta ciudad de mierda de pescadores no tienes nada que hacer. Londres. Allí está tu hermano, el banquero, ¿no? Que te ayude. Conoce a ricos gotosos gordos como sapos. Enfermera privada de rico gotoso. Tiempo libre. Alquilas algo. Y cuando yo vaya, tendré donde atracar mi bote...

—Por favor, Robert... Por lo que más quieras...

Por la ventana pasaba gente. Nos miraban enmarcados en cortinajes rojos, la estrella de South Star bajo el arco del nombre. Como en un teatro de juguete.

—Londres es muy caro. —Lo miré a los ojos. Y él replicó algo, pero mirarlo a los ojos (y volver a sentir sus manos apretando mi cuello) me dio cierta fuerza. Proseguí sin oírle—: Aquí gano más, y creo, de veras, creo que debo...

—Qué te pasa, reina. ¿Te ha conquistado el corazón un médico? ¿O un tarado?

Fue oír eso y desbocarme. Lo solté con furia.

—No podemos vivir con quince chelines a la semana, que es lo tú ganas. Nunca hemos podido, y tú lo sabes y yo lo sé. Vives de mí. —Qué estoy diciendo, me dije, alarmada, qué estoy, Dios mío, pero ya era tarde—. Quiero decir, no me importa, de veras, no me importa, Robert, quiero trabajar... Es decir, quiero que vivamos... que seamos... felices... Por favor, solo te pido...

Ya no sabía por dónde iba ni a dónde quería llegar. En la pausa se instaló cómodamente el jolgorio del reservado. De allí venía el color —rojo de teatrera—, el olor, la purpurina. Robert era todo oscuridad.

—Muy bien. Pues paga, ya que eres rica. —Jamás lo había visto con una ira tan contenida. Corrijo: sí lo había visto—. Vamos, paga.

—Robert, déjame unos días... —Se puso la gorra y se levantó—. ¡Robert...!

—Te espero fuera.

Mientras ponía las monedas sobre la cuenta deseaba algo: deseaba ser aquella teatrera, aquella chica de cabello indecentemente corto, niña o mujer, no lo sabía, pero yo quería ser ella. Tener poder sobre quien me mirase. Un poder rojo. Pero cuando salí y vi a Robert en la esquina, hosca figura bajo la farola ya encendida, me sentí sola y despreciable. Sabía que aún me tocaba pagar más. Hizo lo que solía: caminar para que yo lo siguiera. Sin esperarme. La recompensa era esperarme. Ahora no la merecía. Apreté el paso, pero no lograba igualar sus largas zancadas. Iba sin rumbo. En un charco los bajos de mi vestido se embarraron. Cuando lo llamé, ¡Robert, Robert, Robert! —la tercera vez angustiada—, se paró. Era una sombra.

Yo jadeaba cuando al fin me acerqué lo suficiente para ver su cara.

Sonreía. Eso fue peor.

De un empujón me arrojó contra la pared. Sentí su fuerza poderosa, no menor que el muro contra el que di. No dolor, no. Solo miedo. Pero no miedo

a ningún daño físico, sino a la soledad. Era eso: miedo a que se marchara dejándome allí sola.

—Mañana. —Me tocó el pecho con un dedo—. Tienes hasta mañana para zanjar cuentas con esa residencia. Pasado te largas conmigo. ¿Me has entendido?

—Sí, Robert.

—No vuelvas a hablarme así en la vida. Nunca. Tú no eres más que yo. Somos uno solo. —Emitió unos hipidos. Quejidos. Sollozó—. Yo te quiero, ¿comprendes?

—Sí, Robert.

Pareció calmarse.

—Regresaremos a Londres juntos. Está tu hermano. Te ayudará. —El dedo se convirtió en cinco, en una mano, en un susurro en mi oído—. Nadie te conoce como yo, reina de los mares. Yo sé qué darte. Yo sé lo que darle a este cuerpo. Yo sé qué quieres.

Al soltarme hubo un ruido como de descorchar una botella. Respiré con la boca abierta: en ella cayeron lágrimas. Luego me las tragaría, mis propias lágrimas. Su rostro era grande como una luna en eclipse. Hedía a vino.

—Yo sé lo que te gusta.

Volvió a besarme y no supe, de veras, si me gustaba o no. No sabía nada. Conducta decorosa. Irreprochable. Eso había firmado.

Se apartó al fin.

—Eres un día despejado con viento de popa. Ven, reina, demos un paseo. Quizá podamos ver un clandestino.

~ 6 ~

El Point era el lugar más al oeste del Viejo Portsmouth: callejas tabernarias, neblinosas en invierno, hediondas en verano —e invierno—, prostíbulos, cámaras de clandestinos, los muelles rodeándolo todo, los muelles de los atracaderos, los más antiguos de la ciudad, de donde Portsmouth tomaba su personalidad, su importancia. Tenías la sensación, al pasear por entre aquellos inmensos cascos de barcos, sogas embreadas, oliendo una mezcla de

humo, pescado añejo y aceite, de que allí la ciudad te decía: «Aquí estás, por fin, en lo que soy». Y toda la gente que iba y venía lo sabía. La razón de ser de Portsmouth. El lugar marinero por excelencia, lo cual significaba que era el lugar para las mujeres de marineros. Pero no para las que, como yo, aguardaban al navegante en sus casas del puerto, sino para esas que podían ir del brazo del hombre o de otras mujeres como ellas. Las únicas visitas que yo recordaba haber hecho al Point en toda mi vida eran como las de un gnomo al país de los gigantes. Una niña de la mano de mi padre, que a veces tenía que dirigirse a los atracaderos por su trabajo de escribiente y otras tan solo quería mostrarme los barcos. Pero eran a la luz del día y aun así se me grababan en la memoria con retazos de horror: rostros deshechos, miembros amputados, Hombres-Dulce que yo no podía probar, teatreros que ofrecían a mi padre un clandestino. Me gustaba el mar, no el muelle, que era la forma en que el hombre tendía la mano al primero —que nunca se la estrechaba, solo se dejaba tocar—.

Yo no deseaba ir al Point de noche, pero ¿qué otra cosa podía hacer con Robert? Recorrimos los atracaderos mientras él miraba aquellos monstruos balanceándose en las aguas con ojos fascinados, como si nunca se hubiese subido a uno. Luego, a través de la puerta de St. James, nos introdujimos en las callejuelas. Era un lugar peligroso, pero a Robert le gustaban esa clase de sitios porque allí podía mirar cara a cara a otros hombres como él. De hecho, noté que empezaba a relajarse ante aquellos rostros sombríos, siluetas apenas reveladas. Estuvo parlotando mientras tanto. Cuando fuera viejo —mucho más viejo—, dejaría el *Ingrato* y viviría conmigo. Y yo no tendría que cuidar de él porque, con los años, había aprendido a hacer de todo. Gran ventaja. Sabía coser, desde niño usaba la aguja, era lo primero que te enseñaban en la Marina, «¿Puedes creerte, reina? ¿Puedes creerte?».

Y en las calles más oscuras y solitarias me besaba otra vez.

Pensé que me despedirían si se enteraban en Clarendon de que estaba allí, pero ¿y qué? ¿No me había rendido ya? Robert se dejó seducir por las ofertas, de casa en casa, de cámara en cámara, y optó por *Alicia y la Reina Rompecorazones*, ya que la protagonista era mayorcita y más de su gusto. Me ofrecieron un velo a la entrada, como a las pocas mujeres que íbamos de público a un clandestino. La protagonista bailaba y contaba su historia en un decorado pequeñísimo que imitaba un reino medieval con castillo al fondo. Yo no me enteré de mucho. Había fanfarria final. Telón. La obra era

*escandalosa* , no ya por la desnudez, sino por el texto, muy picante, con palabras groseras expelidas como el sudor o la saliva del cuerpo de la adolescente. Pero eso sirvió a Robert para no hacer nada más esa noche y, sin embargo, creer que había hecho de *todo* .

El regreso fue fatigoso, hasta que al fin llegamos a la Clarence Esplanade, donde Robert consideró que podía dejarme sola.

—Necesitaré dinero. Me pagué el viaje para verte y tengo otros gastos.

—Sí, claro. —Abrí el bolso para sacar lo que me quedaba de la paga de Clarendon, después de abonar la cena y el teatro, pero él mismo lo buscó y lo sacó todo. No nos despedimos: me dijo que pasaría a por mí hacia la tarde y se marchó silencioso, a la deriva, cargado de alcohol y clandestino. Yo di media vuelta y seguí mi camino por la avenida junto al mar hasta avistar Clarendon.

Me pareció que respiraba por primera vez.

Pero respirar dolía.



**CLANDESTINOS**  
**DE PORTSMOUTH**

---

*Alicia y la Reina Rompecorazones.*

*Burlesque* . Cámara clandestina South Point

**¿Qué decir de esta Alicia, una muñeca (Joan Silvestri, veinte años) tirada al suelo por una niña con la que nadie quiere jugar? ¡Lo cual, claro está, produce la consiguiente risa entre los caballeros, porque, mientras canta acompañada de un acordeón, lanza pieza a pieza su fascinante vestuario al público, y la invitación a *jugar* se torna cada vez más evidente! Moraleja final: solo la Reina Rompecorazones (personaje que nunca aparece) mantiene el interés de los niños. Ni con todos sus encantos, la muñeca Alicia (collar, guantes, peinado estrepitoso, botines) puede competir contra el amor. De modo que la muñeca aprende a romper corazones y, ya sin ropa, canta una triste canción de amor...**

**R. Warchaski**



# UN PLAN PELIGROSO



~ 1 ~

uando regresé a mi cuarto de Clarendon esa madrugada no pude dormir.

Temblaba. No sabía si de frío, miedo o amor.

Bueno, descarté el amor. Amar, lo que se dice amar, no debía de ser. Quizá era pasión: algo que sientes en todo el cuerpo y que experimentas raras veces, casi siempre en el teatro. Algo que te obliga y que te arrastra. El clandestino se me había pegado a los ojos y a los nervios, y sentía todo mi cuerpo temblar como si manos invisibles me acariciaran —sé que lo que digo es *escandaloso*—. Al fin caí rendida y recuerdo que soñé con un túnel largo y oscuro, tan estrecho que solo podía avanzar, me era imposible dar la vuelta. Eso me ahogaba. Y lo peor era que no estaba sola, aunque no sabía si aquello que me acompañaba se hallaba delante o detrás. La única solución, la única posible para mí, era avanzar.

Un sueño, a fin de cuentas. Pero al despertar, aún sin luz, lo tenía claro. ¿Quién te ha deseado como Robert? ¿Quién? ¿Quién te ha hecho conocer el mundo, reina? ¿Los Mares del Sur, el este y el oeste?

Una amarga sensación de culpa me abrumó mientras me ajustaba el uniforme, de esa clase que sientes cuando no sabes qué has hecho para sentirla. No hay perdón para esa culpa. Solo cabe entregarte y expiar. Me entrego, me entrego, lo pensaba mientras caminaba por los silenciosos pasillos de Clarendon, alfombrados y quietos.

Me iría. Hablaría con Weedon y el doctor Ponsonby. Renunciaría, regresaría a Londres, con Robert. Sería feliz, después de todo. No iba a tener

problemas, porque otras enfermeras del señor X también habían desistido. Incluso podía achacárselo a...

Pero no. El señor X no era el responsable y no debía usarlo como excusa. De hecho, atender a aquel curioso individuo durante casi dos semanas era lo único que lamentaría perder. Él, sus crímenes de mendigos, su violín. Decidí concederle mi primera despedida.

La habitación estaba a oscuras, como siempre.

Cerré la puerta y hablé mirando hacia el respaldo del sillón.

—Buenos días, señor X, soy yo otra vez. Estoy segura de que no me ha echado de menos ayer. Debo decirle que el sentimiento es mutuo. He pasado doce horas sin hablar de cadáveres acuchillados, lo cual es de agradecer... — Pero la broma se me atragantó. El momento era serio. Digno. Su obstinado silencio parecía requerirlo—. Aunque no sé por qué le hablo... Usted, con sus poderes, ya lo sabe todo, ¿no? Entonces, para qué... Podríamos estar aquí horas y horas, usted diciéndome que soy ese tipo de mujer que... espera que alguien le diga «ven» porque no puede decir «voy»... Tenía razón. Ahora me lo han dicho de nuevo y... No, usted no lo comprendería. Usted solo descubre cosas, pero no las comprende. Y no le importa no comprender. El pinchazo: llámelo así. Me marchó, señor. Dejo Clarendon. Pero debo decirle que... haberle conocido... —Me estaba emocionando. No había pretendido eso. Pero lo que decía era la verdad, y seguí—: Haberle conocido ha sido para mí... Es usted raro, sí, pero... digno de... —Me picaban la garganta, los ojos, el alma. Cosas de esas que no puedes rascarte—. Perdóname..., ¿por qué no me habla...?

De pronto me estremecí.

Tanto silencio. «Le ha ocurrido algo», pensé, espantada.

—¿Señor X? —pregunté, angustiada, secándome las lágrimas mientras me acercaba.

Allí debía de estar: batín, pantuflas juntas, una mano sobre otra.

Pero no había nadie. Monumento a la Enfermera Desconcertada.

Me lo imaginé en lugares ridículos: escondido en el armario, colgado del techo, oculto bajo la cama. ¿En el aseo de pacientes, al fondo? Quizá, aunque sería en contra de toda costumbre, porque lo visitaba muy temprano cada mañana. Le ha pasado *algo* ...

No sé por qué me dio por abrir la cortina y mirar hacia la playa.

Este hombre está loco, pensé.

Pero claro: de eso se trataba todo.

Lo comprendí mientras salía de Clarendon a toda prisa y rodeaba el edificio. Él estaba loco y yo era su enfermera. En eso se basaba aquello, ese era mi mundo —mientras hundía, feliz, mis botines en la arena—, lo había sido desde Asherton —mientras saludaba con el brazo—, yo cuidaba de locos porque necesitaban mis cuidados. Locos que corrían las cortinas por las mañanas y salían a horas desacostumbradas acompañados de otros algo menos locos, pero también.

Doyle respondió a mi saludo y el señor X esperó a que me acercara para lanzar sus sílabas veloces, que no renunciaban a la suavidad ni siquiera ante el ruido del mar.

—Señorita McCarey, bienvenida, ruego disculpe al doctor Doyle por haber tomado prestadas parte de sus atribuciones, pero, en el fondo, la culpa de todo esto es suya, señorita —añadió el hombrecillo, lo cual hizo sonreír a Doyle.

—¿Mía?

—Sí, porque hacerme caminar descalzo sobre la arena el otro día me reveló un mundo de extraordinarias sensaciones. Y, cuando el doctor me visitó muy temprano esta mañana con jugosas noticias, le pedí volver a experimentarlo... Pese a todo, hemos cumplido con el reglamento, ya que el doctor pidió permiso a la señorita Susan Trench antes de salir a pasear conmigo. No me riña, por favor.

—Está bien —dije, fingiendo pensármelo—. Lo malcría usted, doctor Doyle.

—No me ha costado nada. —Al descubrirse ante mí, Doyle casi se golpea la cara con los zapatos.

Tuve que sonreír. Se hallaban de pie en la arena, cerca de la orilla. Como padre e hijo. Doyle, ofreciendo el brazo al señor X y sosteniendo sus botines con la otra mano. El señor X, descalzo sujetando el sombrerito. Dos peregrinos sometidos al vaivén del viento, con sonrisas de colegiales. Bendito fuese el doctor Doyle. Pero fingí rectitud.

—Señor X, me alegro de que la salvaje experiencia de caminar descalzo sobre la arena le haya gustado tanto, pero ya ha tenido suficiente por hoy. ¿Seguro que no le ha dado mucho trabajo con sus caprichos, doctor?

—Al contrario, la compañía del señor X es siempre una recompensa...

—No comparable a sus noticias, doctor —correspondió el aludido.

—Oh, por favor... Mis humildes noticias, por interesantes que le parezcan, no han sido, por desgracia, ni la mitad de lo que...

Y así los dejé un instante. Como dos sabios ejerciendo la cortesía. Yo, ni siquiera alumna, escuchando sin escuchar. La playa me llenaba toda, me daba fuerzas, voluntad. Las olas, poderosas pero no amenazadoras, me buscaban, daban un paso para que yo diera otro, como jugando, como tentándome. Las gaviotas lo celebraban entre chillidos. Tan alegre y luminoso todo como oscuro y triste la noche previa. ¿O sería por volver a ver a mi residente y comprobar que se hallaba bien? Al fin dije:

—No quiero interrumpirles, señores, pero creo que debemos regresar...

—Señorita McCarey, es usted como un dolor en la rabadilla: no importa qué hagamos ni cómo, siempre incordia.

—¡Señor X! —protestó Doyle. Le resté importancia, casi divertida.

—Estoy acostumbrada a sus groserías, doctor, no se preocupe.

El señor X tiraba del brazo de Doyle, que a su vez pareció tirar invisiblemente de mí. Qué carácter, parecían decir las cejas arqueadas de Doyle cuando me miró.

Y allí estaba yo otra vez —¿pueden creerlo?— de vuelta a la habitación —cortinas descorridas— enzarzada en la madeja del misterio, Doyle libreta en mano. ¿Añadiré que estaba muy atractivo? ¿Por qué no? El papel es un espejo que permite el sonrojo íntimo. Siempre lo estaba, pero cada día sumaba un toque personal, una pluma más al ala multicolor: un traje castaño con reloj de cadena dorada, bigotes tan engominados que pensé que me pincharía con las guías... Yo, espectadora abstraída de la historia sin recordar que una hora antes había querido despedirme. Soy así, siempre lo he sido, veleta de cualquier viento.

—A lo largo de estos días he estado como quien acecha una presa. Tenemos a Noggs y a Hutchins... El señor X quería saber qué compartían. Pregunta con muchas facetas, como un buen diamante. La miseria y la bebida, sí. Pero, a la vez, nada.

—Y sus conclusiones... —dijo el hombre del sillón, de nuevo en bata y

pantuflas.

—Permita, señor X, situar a la señorita McCarey en el camino correcto para luego poder guiarla. Fui al albergue de St. Mary's, hablé con el director, con algunos compañeros de las víctimas. Noggs, joven, peleón, carpintero de oficio, era un actor de tercera fila y mercader reconocido de actores infantiles para teatreros clandestinos. Tenía dinero, pues, a diferencia de Hutchins, y pasaba las noches entre reyertas, botellas y mujeres en las calles de los muelles. Era odiado por muchos, no solo por Gary Hiscock: Edith Kendall, la actriz del melodrama del Victory, *Lucy, la abnegada*, se quejaba de que Noggs en una escena le asestaba correazos de verdad... Era un tipo cruel, desde luego: había revelado el historial carcelario de Hiscock para quedarse con sus papeles, forzándolo a trabajar de Hombre-Dulce. Claro, cuando Noggs fue asesinado encerraron a Hiscock de inmediato, ¡y hasta interrogaron a la actriz que lo odiaba!

—Con toda lógica —dijo el señor X—, pero supongo que la muerte de Hutchins los habrá librado de sospechas, al menos al señor Hiscock.

Doyle asintió y gesticuló señalando lugares en la habitación.

—Cierto. Pero coloquemos ahí a Noggs. Y a este lado pongamos a Hutchins.

Los vi. Yo nunca había visto a Hutchins, pero allí estaba, y con mucha más intensidad que todo el clandestino de la noche, que no dejaba nada a la imaginación: barba poblada, mirada bondadosa aunque ebria, harapos tambaleantes.

—Un alma cándida —prosiguió Doyle, maestro de ceremonias de aquel teatro—. ¡Nada más opuesto a Noggs! De esa clase de pobre gente de no mucha inteligencia, pero gran cuerpo y gran corazón. Era estibador en los muelles, pero perdió el trabajo a causa del vicio. En St. Mary's lo adoptaron. Se dedicaba a deshacer cuerda para venderla como estopa. Él decía que eso lo había alejado de la bebida, pero, ay, hace algunos años recayó. Volvió a alejarse de ese demonio, de nuevo, gracias a un oficio: actor en funciones infantiles del Caridad. Los niños lo adoraban. Era torpe, pero le divertía serlo. Cantaba bien. Obviamente, el demonio tuvo la última palabra: seguía bebiendo a escondidas, porque la noche en que Spencer lo vio estaba beodo, como ya...

—¿Qué bebía? —preguntó suavemente el señor X.

—¿Le ruego me perdone?

Estaba claro que a Doyle no le gustaban las interrupciones, pero esta lo desconcertó. Fue cómico verlo mirando al tipo del sillón con el ceño fruncido.

—Le pregunto qué bebía Hutchins, doctor.

—¿Qué bebía?

—Sí, querido doctor, ¿qué bebía el señor Hutchins?

—¿Tiene eso importancia?

—Es trascendental.

—Supongo que... ginebra, ron... —Doyle me lanzó una mirada indecisa

—. ¿Qué importancia puede tener eso, señor X?

—Ya lo he dicho.

—Intentaré... averiguarlo.

—Hágalo, por favor.

¡Era tan encantador ver a Doyle confundido! Sin embargo, había en él un hombre de mundo que podía permitirse aquel estorbo sin recibir la herida definitiva dentro de su ser. Su sonrojo no era el de Jimmy Piggot: en él todo era un mensaje, una postura. Doyle no se acobardaba ante su propio embarazo, pero —a diferencia del señor X, cuya piel marfileña, casi translúcida, no parecía contener sangre— mostraba todos los signos de la incomodidad para regocijo de personas —mujeres— como yo. De nuevo me hizo un guiño cómplice: «Si lo dice el genio, será así».

Y pasó una página del cuaderno.

—He hablado de las apariencias. Noggs y Hutchins, Hutchins y Noggs. ¿Se hace usted una idea, señorita McCarey?

—No puede haber dos personas más distintas —admití.

—Muy bien, pero ahora procederemos a tachar lo aparente y quedarnos con las semejanzas. ¿Compartían el albergue? No. —Hizo el gesto y la palabra quedó tachada en el aire—. Hutchins estaba más en contacto con ellos que Noggs. ¿Compartían amigos? ¿Enemigos? ¡No y no! ¿Edad? ¿Parecido físico? ¡No! ¿La bebida? ¡Sí!

—Pero interesa saber lo que bebía Hutchins —insistió la voz del sillón.

—De acuerdo. Dejemos la bebida a un lado. ¿Qué nos queda?

La pregunta parecía dirigida a mí. De repente lo supe.

—Noggs era *actor* ... Hutchins *actuaba* en el Caridad...

—*Voilà* . —Doyle abrió los brazos—. Debería ser usted líder de las sufragistas.

—Pero Noggs no había actuado en el Caridad —repuse.

—Era carpintero. Ayudaba en los decorados. Y una vez apareció en una obra de la compañía Coppelius, como figurante.

Cuaderno de notas. Doyle pasó otra hoja y allí había una columna izquierda de nombres y otra derecha de números en apretado orden.

—El Caridad no pertenece al albergue, aunque realizan casi todas sus funciones con gente necesitada. Les pagan algunos peniques y la recaudación se destina a obras benéficas. Está dirigido desde hace años por un italiano afincado en la ciudad, Salvatore Pettiroso. —Y aquí llegó mi turno: Oh, sí, creo haberlo visto, dije, y conté la entrada de aquel trío de extravagantes teatreros en el restaurante sin dar detalles sobre mi velada. Cuando describí al tipo de la casaca roja, Doyle asintió—. Ese es Pettiroso. Los demás pueden ser su ayudante, húngaro, creo, y una bailarina de la compañía. Sus montajes gustan. Pero he aquí lo más curioso. Me ocupé de averiguar el calendario de funciones en el Caridad. Llevan dos meses realizando actuaciones benéficas. Y dos de ellas coinciden con las vísperas de los días en que los cadáveres de Noggs y Hutchins fueron hallados. ¡Y ambos actuaron en esas funciones!

—¡Todo encaja! —aplaudí.

Me quedé aplaudiendo sola.

—Modestamente interesante —dijo el señor X—, el conjunto resulta en general llamativo, pero los detalles quedan al margen.

Doyle parecía abatido, pero yo —su adoradora fiel— lo animé con preguntas.

—¿Cree posible que alguien del teatro sea...?

—En cualquier caso, juzgo interesante asistir mañana a la función y echar un vistazo. Se congrega toda la sociedad noble de Portsmouth a un lado y los más necesitados al otro. Es un buen sitio para reunir gente. Me presentaré a Pettiroso y sus actores... —Se mesó las largas guías del bigote—. Pero... La invitación es para dos personas. Conozco damas que aceptarían, aunque... — Y nunca olvidaré cuando dirigió sus ojos hacia mí entonces—... solo una que sabe la verdadera razón por la que voy.

—Iré con usted —dije sin pensármelo—. Será un honor, doctor.

—El honor será por completo mío, señorita.

En esa nube de felicidad la voz del señor X, pese a lo suave, fue casi un trueno.

—No, no, eso queda fuera de toda discusión. La señorita McCarey no irá.

No tenemos ninguna prueba, doctor, ninguna, incluso su presencia mañana es inútil...

—¿Puedo saber por qué, señor? —inquirió Doyle, algo molesto.

—Excepto averiguar lo que bebía el señor Hutchins, lo cual es fundamental, ir al teatro no servirá de nada, por no hablar de que, si está usted en lo cierto y alguien de la compañía está involucrado, el plan podría ser peligroso para la señorita McCarey...

—Ahí admitiré que tiene razón —dijo Doyle. Me faltó tiempo para intervenir.

—¡Oh! Muy agradecida por su preocupación, señores, pero debo decir que, tras casi dos semanas en Clarendon cuidándolo, señor X, la perspectiva de arriesgarme a ser asesinada no me parece ya tan atroz.

Doyle hacía esfuerzos por no reír. Mi residente, en cambio, estaba serio.

—Por favor, señorita McCarey...

—Iré, iré. Aunque necesitaré el permiso del doctor Ponsonby...

—Puedo influir en eso —dijo Doyle.

Me sentía cada vez más feliz. Aquella aventura era todo lo que necesitaba. ¡Y la seriedad del señor X era tan *excitante*! ¿Tendrá celos?, se preguntó una parte —la peor— de mí. Enseguida rectificué: no, es su propia obsesión enfermiza.

—Intentaré que una compañera me sustituya... Creo que puedo pedirselo...

¡Empecé a hacer planes! ¿Y el hecho de ser vista con alguien como Doyle en un teatro público? ¿Cómo se lo tomarían en Clarendon? ¿Qué dirían de mí las enfermeras del té? Pero ¿acaso no acababa de pasear bajo el infierno rojinegro del Point aquella noche? Aún me parecía llevar en la piel el aire pegajoso de los muelles y en la mirada las sombras de amenaza. La solución era fácil: ¡yo misma lo diría! El doctor Arthur Doyle era un recién llegado a Portsmouth, lo habían invitado al teatro y me llevaba a mí por pura cortesía. ¡El cotilleo pierde fuerza si ya no es original! Estaba tan contenta que casi sonreí malvadamente cuando la voz del señor X se hizo suplicante.

—Señorita McCarey, suena ruin que intente comprarla con esto...

Aquel tono nuevo hizo que me acercara al sillón. Pálido y rígido como una escultura de mármol, la mano hurgando en el bolsillo del batín.

—Para usted.

Me tendió un papel doblado. Miré a Doyle, quien sin duda estaba al



corriente del asunto porque sonreía ahora de forma extraña. Me gustaban las sorpresas, pero aquella, fuera la que fuese, superaba cualquier posibilidad que hubiese imaginado. ¿Sería el *secretito* que compartían? Desdoblé el papel y lo leí, desconcertada.

—Es... Es la receta del colirio del doctor Doyle... —dije sin entender.

—Lea el nombre del paciente —pidió el señor X.

Fruncí el ceño. Arriba, Doyle había escrito «dispéñese al señor X», pero alguien había tachado la equis y puesto otro nombre en pulcra caligrafía —la letra parecía de Doyle—, como si la decisión hubiese sido tomada con cierta timidez. Un nombre con su apellido correspondiente. Sonaban raros.

Doyle seguía sonriendo.

—¿Quién es «Sher... Sherlock Holmes»? —pregunté sin comprender nada.

—Es el... nombre del detective que he inventado —dijo Doyle—. El que conté que se parecía al señor X. Se lo dije esta mañana y... Bueno, le gustó. Me pidió permiso para usarlo en privado solo con usted. Lo cierto es que a mí también me agrada la idea... —Se rascó la cabeza—. Incluso he estado pensando estos días que Holmes podría trabajar con un médico... —Señaló hacia sí mismo—. Y tener..., no sé..., quizá un ama de llaves. —Me señaló a mí, como si fuera un juego. Sonreímos.

El señor X seguía serio, sin embargo. Yo me volví hacia él, también seria.

—¿Qué significa todo esto, señor X?

—Es lo que usted deseaba, señorita McCarey.

—¿Lo que yo deseaba?

—La tarde en la playa, ¿recuerda?, cuando prometí concederle lo que me pidiera. Me pidió que tuviera un nombre. Aquí está.

Me quedé absorta con el papel en la mano.

Su nombre, pensé.

Nunca nadie me había hecho un regalo así. Me costaba respirar. Miré la figura quieta en el sillón, una mano sobre la otra, en batín y pantuflas. Un muñeco, me había parecido la primera vez. Pero ahora lo veía distinto. Me invadió una extraña calidez.

—Gracias —dije—. Gracias, señor X.

—«Señor Sherlock Holmes» —corrigió con cierto orgullo.

—¡Oh, nunca le llamaré con este nombre tan ridículo! —Y al percibir el efecto involuntario que causé en Doyle, añadí—: Oh, perdone...

—No, no se preocupe —dijo Doyle—. A mí tampoco me gusta mucho. Quizá lo llame... ¿Heribert LeCoq? Están de moda los nombres franceses...

Guardé el papel intentando que no se notara en mi voz lo feliz que me sentía.

—Así que, mañana, doctor... ¿A qué hora?

~ 3 ~

*Sherlock Holmes.*

Ese mismo día, después de la visita de Doyle y durante la hora del almuerzo de los pacientes, me encerré en mi cuarto pensándolo.

El nombre seguía sin gustarme, pero no era el nombre, era su *regalo*. En el bolso guardaba el otro. Rebusqué en aquel momento y lo saqué. Sólido, firme, oscuro, pesado. El ancla grabada. Lo sostuve en la mano mientras pensaba: *Sherlock Holmes*.

Un regalo me hundía, el otro me hacía flotar.

Le había pedido a Jimmy papel y pluma. Me senté en la cama con ambas cosas, dejé la piedra a un lado y me puse a escribir.

Querido Robert,

Ante todo, te pido disculpas por haberte hablado así anoche. Estoy sola en mi nuevo trabajo y eso me pone nerviosa. Pero te ruego, por nuestro amor, que me permitas unos días más para decidirme. Solo eso. Unos días. Si pudieras quedarte mientras me decido, sería para mí una gran felicidad. Solo quiero que seamos felices. Es lo que siempre...

Llegado este punto, no supe qué más añadir. Me temblaba el pulso.

Tomé la piedra en la palma de la mano y la contemplé. Pesaba, sí, pero era un ancla. Las anclas sujetan cuando todo a tu alrededor tiembla.

Desde la cama podía ver mi rostro en aquel espejo empañado. Mi rostro y mi mano sosteniendo la carta que acababa de escribirle a quien había sido mi compañero aquellos cuatro últimos años.

Me pregunté si mis facciones delataban el cambio. ¿Era más feliz? ¿Tenía más arrugas? Cuatro años desde que lo vi por primera vez. Un año antes mi padre había fallecido, y mi hermano y yo viajamos a Portsmouth para enterrarlo y llevar a mi madre a Londres tras vender la casa familiar, como haríamos con nuestra madre después. La vida con mi madre —debo decirlo— era una especie de estación donde esperar la llegada del tren de la tragedia. Cada día me levantaba diciendo: Hoy, será hoy. La ausencia de mi padre la había dejado hastiada del mundo, tiránica. Pero con mi hermano casado y con hijos, no podía pedirle que se hiciera cargo de ella ni tampoco una ayuda económica por su parte, así que acepté cualquier trabajo. Lo más fácil era cuidar de ancianos con ahorros. En aquella época trabajaba para un tal señor Grossborough. Era pequeñito y amarillento, y al sonreír mostraba dientes afilados. Su calva no lo era del todo y alguna hilacha de pelo le sobresalía aquí y allá como en una calavera. Aunque había hecho cierta fortuna alquilando almacenes en los muelles, vivía muy por debajo de sus posibilidades en el East End. Salía poco, era viudo, diabético, tenía úlceras en los pies y gustaba de ser atendido en casa. A veces se le inflamaba un testículo hasta extremos ridículos y le encantaba que me arrodillase devotamente junto a él a aplicarle compresas calientes sobre ellos. Mientras, me hablaba. Aún recuerdo su apestoso aliento.

—Hazlo mejor, so fea, porque me temo que será la única vez en tu vida que toques de cerca las cosas de un hombre...

Lindezas así me decía. Pero hago constar que nunca me engañó. Al contratarme me dijo que me compraba, «so fea», no para adularme ni tratarme como a una persona, sino como una cosa. Me pagaría lo estipulado y alguna propina, pero se permitiría cualquier comentario sobre mí. Nunca me tocaría, esto también lo dijo. Yo acepté. A veces se ponía a mirarme y le entraban accesos de risa. Le divertía mi rostro de nariz «de bruja» y mentón hundido y ojos pequeños. La risa —debo decirlo— era contagiosa: viéndolo

desternillarse hasta ponerse colorado como un tomate a mí me entraban también risitas estúpidas, inevitables.

Pero no siempre me sentía de humor, y un día que me ofendió especialmente le dije que no volvería a permitirselo. Hinchó sus azulados labios con desprecio mientras hurgaba en el bolsillo.

—¿Quieres largarte? Pues ahí tienes la puerta, so fea. Y aquí... —Y me arrojó un soberano de oro, ¡un soberano!, al suelo—... Aquí estoy yo. Si te vas, no vuelvas. Si coges ese dinero, aguantas. Es justo, ¿no crees?

¡Elegí marcharme!

Qué bien lo escribo, pero qué FALSO.

Quizá la heroína de una novela de amor, pobre pero digna, hubiese hecho así. Yo no era eso. Yo era de carne y hueso y vivía en Londres y cuidaba de mi madre y pagaba un alquiler y me agaché mientras el señor Grossborough se partía de risa. A mí el llanto me afeó más. No lloré por las ofensas, sino porque me parecía que la bajeza de aquel viejo consistía tan solo en decir lo que muchos otros pensaban sobre mí.

Un día que salía de casa del señor Grossborough me detuve ante un espectáculo de circenses. Era una de esas pequeñas compañías itinerantes que actúan junto al Támesis para recibir las escasas monedas del público, pero estos eran asombrosos. Bueno, todos lo son hoy día, pero estos lo eran especialmente: tocaban trompetas curvas que sonaban como berridos mientras un hombre de gabán empapado —Señor Tormenta, rezaba el cartel colgado en su cuello— sacudía un gran cubo transparente lleno de agua casi hasta el borde montado en un carro. Dentro del cubo, braceando, una pálida muchacha vestida solo con la palabra «Confianza», pintada a lo largo del muslo izquierdo —recordé la reciente noticia del hundimiento de un barco llamado así en América—, ni siquiera con vello allí donde las mujeres lo llevamos. Niños pintados de blanco hacían de rayos: cuando saltaban, unos tambores imitaban los truenos. El Señor Tormenta dirigió hacia mí sus párpados de rojo como dobles ojos y sopló hinchando los carrillos.

—¡La *Confianza* se nos ha hundido! ¿En quién confiar ahora? —cantaba.

Y sacudía la cubeta y los niños de plata saltaban *indecentemente* y todas las cabezas miraban a la muchacha del cubo como magnetizadas. Todas menos una.

—He vivido tormentas en alta mar —recuerdo que me dijo mucho después — y ninguna era así de estúpida, créeme.

Robert Milgrew me gustó desde aquel preciso instante: cuando me miró. La *troupe* se alejó y él se quitó la gorra para presentarse. En honor a la verdad, llevaba encima algunas copas de más, pero era caballeroso y su cuerpo parecía tallado en roca. Comenzamos hablando de teatro callejero, luego de teatro en general y por fin de nosotros. Una cosa me agradó: nunca mintió alabando mi supuesto atractivo. Me había visto en el escaparate de las personas y le había gustado, no necesitaba adularme para ello. No había más. Su última mujer acababa de dejarle y eso le hacía —me dijo— beber demasiado. Robert Milgrew, claro que me gustaste. Eras el primer hombre que querías poseerme por lo que yo podía valer ante tus ojos.

Empezamos a quedar antes o después de mis turnos. Él parecía tener todo el tiempo del mundo: el *Ingrato* no se marchaba aún. Y, decía, los marineros, nena, no servimos para nada en tierra. Cuando le hablé de mi trabajo fue cuestión de tiempo que saliera a relucir Grossborough. Robert intentó disuadirme en vano de dejarlo. Se enfadó cuando yo le decía que sí, que lo odiaba y que no, que no lo dejaría. No quería, sí quería. Me parecía odioso pero era mi trabajo. Yo no era enfermera para ser feliz. Yo cuidaba. Y si solo pudiese cuidar a los que se lo merecían, me quedaría en casa cosiendo. Todo esto le decía, pero Robert gesticulaba, furioso: «A ese lo dejas».

Un día me tocaba de tarde y me costó tanto separarme de él —me acompañó a la casa del viejo— que cuando nos despedíamos, el señor Grossborough apareció por la puerta con su bastón, sus pies vendados, su batín. Me miraba echando humo.

—Pero ¿estás aquí todavía, idiota? ¿Es que además de fea eres estúpida? ¿Para eso te pago? ¡Llegas tarde! ¡Entra de una vez!

Mientras yo me disculpaba y entraba en la casa oí que Robert regresaba sobre sus pasos y se le encaraba. Habló con cuidado, casi como si el asunto no le importara, pero yo, que sabía que ese era su carácter cuando se enfadaba mucho, temblaba.

—No creo que la señorita merezca esas palabras. Más bien creo que debe retirarlas y pedirle perdón.

—¡Y yo creo que deberías largarte, gentuza! ¡Apesta a alcohol a diez yardas! ¡Lárgate o llamo a la policía!

Robert, entonces, se calmó por completo. Eso me hizo saber, aterrada, que su furia era ilimitada. «Como los huracanes, reina —me había explicado un

día—: el centro quieto, por fuera un infierno». Le bastó erguir los hombros y cerrar los puños.

—¿Sabe una cosa, señor? La señorita me ha hablado mucho de usted y ahora admito que es casi tal como me lo imaginaba, pero se le olvidó un detalle. Tiene orejas de rata holandesa... ¿Sabe cómo castigamos en los barcos a gente como usted? Nada de azotes, ni palos en los pies, ni tablas para echar a los tiburones. Los colgamos de las orejas. He visto a tipos colgados de las orejas gritar pidiendo que los mataran. No enclenques como usted, gente de mar. He visto lo que les ocurre. Al principio temen perderlas, pero pasa el tiempo y... Bueno, les da más miedo que esos pingajos casi desgarrados sigan aguantando. Enloquecen agitándose para soltarse, sí señor, y cuanto más se mueven más aúllan, o ríen completamente locos de dolor. A juzgar por lo que veo, usted duraría un par de horas... Eso si no se las corto antes.

—¡Caballero...! —murmuró el señor Grossborough con sus labios azulados.

—No lo soy —dijo Robert—. Pero ella sí es una dama. Págueme lo que le debe y añada una buena propina por ofenderla. —Y se volvió hacia mí, ignorando mis intentos de apaciguarle—. Tú ya no trabajas más aquí.

Grossborough salvó su dignidad —y quizá sus orejas— añadiendo despectivamente, mientras me pagaba: «¡Encontraré otra mejor enseguida!». Pero pagó. Por todo.

El ancla.

Durante un tiempo me había bastado. Esa fuerza, esa seguridad. Ahora ya no estaba tan segura. Su iracundia constante, su manera de venir e irse con rapidez tras pedirme dinero, las mil veces que me había jurado dejar de beber... A veces me daba la impresión de que me mentía, de que guardaba algún secreto que no le hubiera importado confesarme llegado el momento. Ya no estaba tan segura con él. Pero tampoco podía abandonarlo. Sencillamente, no podía hacerle daño. Él me necesitaba casi más que yo a él.

Dejé de mirarme en el espejo y los recuerdos quedaron allí. Ya no se me ocurría qué más escribir en la carta, así que la plegué sin terminarla y la guardé en el delantal.

Necesitaba ver al hombre que me había hecho el otro regalo.

Cuando llamé a su puerta oí un ruido. Extrañada, manipulé el picaporte. Allí estaba la habitación a oscuras y el sillón como un muro alto y desgastado.

Sin embargo, había algo más. No podía definirlo. Un olor nuevo. Quizá un movimiento rápido de las sombras. Su voz, con todo, sonaba igual que siempre.

—Señorita McCarey, adelante. —No necesitaba verme para saber quién era—. ¿Cómo se encuentra esta maravillosa tarde?

—Maravillosamente bien —dije sonriendo, y cerré la puerta—. ¿Y usted, señor X?

—Señor Holmes —advirtió—, me llamo Sherlock Holmes.

—Como quiera, pero dígame cómo se siente, sea quien sea.

—Soy el mismo de antes y me siento igual de bien o de mal que estos últimos y decepcionantes días, lo único que ha cambiado es mi nombre, señorita.

—Ya veo. —Me encogí de hombros—. En cualquier caso, he apreciado el detalle.

—Usted lo pidió.

—Por eso lo aprecio.

—Muy amable por su parte.

Era cierto. ¿Y qué si quería llamarse Holmes, Hamlet o como fuese? En Asherton conocí a tres Napoleones, cinco Césares, doce Gladstones y un Charles Dickens —hay muchos menos locos lectores—. Era su obsequio lo que me emocionaba.

—Pero si cree que con eso me va a comprar para seguir a oscuras... ¿Lo he interrumpido en su violín? —Me encaminé hacia las cortinas.

—No.

La breve respuesta me detuvo.

—Oh, entonces estaría usted pensando en asesinatos.

—Lo cierto es que tampoco, señorita McCarey, estaba dialogando.

Lo miré, ceñuda: en su postura de siempre, una mano sobre la otra, los ojos bicolors abiertos. Un nuevo peldaño en el descenso a la locura, pensé.

—Oh, por favor, señor X...

—Holmes, se lo ruego.

—Como guste. ¿Estaba usted hablando con alguien *invisible* ?  
Enseguida sonrió.

—Todos dialogamos con alguien invisible, señorita McCarey, creo que usted pregunta si dialogaba con alguien *irreal* , y, aunque la respuesta también podría depender de según qué circunstancias y definiciones, desde luego, en este caso, hasta los más devotos alienistas convendrían en que mi interlocutor reúne todas las características que exige el mundo de los cuerdos para sellar con su tampón la existencia de las cosas... —Iba a decirle que no entendía nada cuando agregó—: Oh, vamos. Sal.

Oí un ruido a mi espalda. Me volví. La cortina crecía.

~ 6 ~

Fue otro de esos momentos de la vida enloquecida del señor X. Otro de esos.

Existen —lo he comprobado— nudos en el cerebro, como en el estómago. A veces nos cuesta tragar y a veces pensar, por similares motivos: se enredan unas cosas con otras y el resultado es un atasco. Yo vi aquella cortina creciendo y ni sé lo que imaginé.

El Asesino.

El Pestillo toma forma.

Pero enseguida mi balanza retornó al fiel. Aun antes de que acabara su saludo.

—Ho-ho-hola, se-se-señ...

~ 7 ~

Danny Waters sonreía de oreja a oreja, pero sus ojos mostraban temor. Así lo recuerdo ahora, mientras escribo.

Sonreía, y anunciaba, con aquella sonrisa, que había un mundo mejor reservado para todos, hasta para niños como él, pero por ahora tendríamos



que contentarnos con vivir en el valle de sombras de su mirada y dejar que el sol de ciertas sonrisas se ocultara. Ambos dijimos «lo siento». Fue —ahora que recuerdo— una escena un tanto cómica, aunque la haya descrito de forma inquietante. Danny y sus harapos, su pelo dorado bajo la suciedad, los arañazos en las piernas, las ojeras de cansancio y hambre, pero, sobre todo, aquella sonrisa que decía: «Soy yo, señorita McCarey, nada de qué asustarse».

Comprendí que era a él a quien había oído escabulléndose cuando llamé.

—¿Dónde... Dónde están tus amigos? —Me llevé una mano al pecho (siempre lo hacemos, como si temiéramos que el corazón huya por ahí) y todavía intentaba calmarme. Lo peor era ver que Danny también parecía asustado con mi susto.

—No han venido, solo he avisado a Danny —dijo el señor X.

—¿Avisarle? ¿Ahora les avisa usted?

—En casos excepcionales sé cómo encontrarle. Jimmy Piggot no tiene que ir muy lejos para hablar con chavales que también pelean en arenas y citarlo.

—Se ha arriesgado mucho viniendo a estas horas. —En efecto, la tarde aún llevaba luz consigo. Caí en la cuenta de que la silla no estaba colocada tras la puerta.

—Precisamente vino a estas horas porque tiene función esta noche y..., sí, gracias, señorita McCarey, hace bien en montar nuestra pequeña alarma con la silla, y ahora escuchemos a Danny, que me estaba contando su amistad con Elmer Hutchins, ¿puedes hacer un resumen para la señorita, Danny?

Yo propuse otras cosas.

—¿Quieres beber un vaso de agua antes, Danny? ¿Comer algo?

—Señorita McCarey, no tenemos tiempo de...

—Por favor, señor. —Mientras abrazaba al pobre chaval y lo conducía hacia la mesilla con la bandeja de té de la tarde y pastas, fulminé al señor X con la mirada. Tan listo que era ¿y no se percataba de cómo los ojos de su pobre informador iban de él a la bandeja y de esta a mí, sometidos a tres tentaciones cuya prioridad nunca nos iba a contar el propio interesado?—. Come lo que quieras, Danny. Y aquí tienes agua y té.

El señor X cayó en su silencio culpabilizador. Era un silencio muy hábil: Danny comía —pobre pequeño—, bebía, pero cada vez más deprisa, sintiéndose solo y molesto en la habitación callada. Yo procuré, sin embargo,

servir de contrapeso ofreciéndole más y dejando espacio para sus respuestas sinceras.

Al fin estuvo listo. Y cuando se plantó frente a nosotros y empezó a contar su historia, comprendí algo sobre Danny Waters.

Ya he mencionado su belleza, pero había otra cosa, algo que pasaba desapercibido cuando Mosca y Telaraña rondaban a su alrededor y se erigían, así, en protagonistas involuntarios. Pero ahora, a solas, supe que Danny era un chico distinto a ellos. Sus amigos podían ser niños de la calle, y no quiero decir que la vida de Danny fuese mejor, pero cuando tomaba las riendas, como ahora, y aunque tartamudease, se convertía en un único y muy selecto centro de atención.

Danny era un niño de teatro.

Su físico, su porte. ¿Cómo explicarlo? Si ustedes ven teatreros —y los habrán visto alguna vez, sospecho, no importa de dónde procedan ustedes y en qué época lean esta torpe historia— sabrán entenderme. Danny no era muy alto, pero sí proporcionado. Y hasta su propia suciedad no parecía sino un disfraz como otros tantos que usan los teatreros, no solo en los escenarios. Aparentaba ser a la vez frágil y fuerte, débil y saludable, emocional y frío. Voluntarioso, sobre todo. Cuando lo dejabas a su aire —más o menos— te percatabas de que esa voluntad iba abriéndose paso bajo cada sílaba rota, y su figura, la armonía de sus brazos, piernas, gestos, se quedaba en los ojos. Yo había creído deducir, la primera vez que lo vi, que luchaba en arenas por «los arañazos de las piernas», pero ¡oh, impresión necia y apresurada! ¡Qué niño de las calles no los tiene! Lo que había percibido, en realidad, era justo lo contrario: su superioridad ante cualquier herida física, su inmensa armadura de belleza bajo aquellos cabellos rubios cortados estilo albergue. Su arte.

Danny era teatrero. No podía evitarlo. Saben mostrarse. Saben gustar. Y, con todo, el drama que narraba resultaba abrumador.

La historia fue apareciendo, la vi desfilar a trompicones ante mis ojos como quien espera con calma el paso de alguna comitiva de caballos viejos.

Había conocido a Hutchins en el Caridad, pero sus papeles allí se limitaban a aparecer de figurante. Tuvo, pues, que ganarse el sustento como tantos otros en clandestinos, casi siempre arenas. Es cierto que no era un trabajo tan innoble como se creía. Las luchas en las arenas no son tales, están ensayadas, son «artísticas», muchas parecen danzas misteriosas en las que el cuerpo, cubierto con exiguas prendas o, más frecuentemente, desnudo de niños y

niñas o adolescentes se muestra en posiciones y gestos que, en definitiva, resultan, para cierta clase de público, excitantes de contemplar, por el *escándalo* que despiertan esas presas, ese ballet de piel entrelazada donde, a veces, se producía verdadero daño por accidente... o por más dinero.

Danny era actor de arenas. Un mundo que, tras bastidores, era otros muchos mundos distintos y aún más oscuros. Porque ¿qué actor infantil de arenas no ha hecho de todo? Sin embargo, su sueño —Dios mío, el sueño de aquel pobre niño, despuntando con esfuerzo, como el sol en invierno, ¡tanto me recordó a mi hermano!— era ser actor. De los de comedia y tragedia, dijo, y aquí ocurrió una especie de milagro: porque esta frase le salió sin tartamudeos, en una sola línea, y mientras la decía puso ambos rostros. Sonrió de oreja a oreja al decir «comedia», torció las comisuras hacia abajo con «tragedia», y pensé que, quizá, era un truco para distraer su penosa lengua y hablar así con normalidad. No me equivocaba. Enseguida, tras decir ambas palabras, soltó una sola frase larga y sin interrupciones:

—¡ElseñorHutchinsmedijoqueyopodíaahablarbiensinopensabamucho!

Hutchins se lo había enseñado, sí.

Fue el peor día de su vida, y el mejor. Ocurrió durante un ensayo en el que ambos participaban. La insistencia del chico había logrado que Pettiroso le adjudicase un brevísimo papel de doncella en una obrita infantil. Solo debía atender la llamada de una puerta, abrir y decir: «La señora ha salido». Solo eso. Tan solo. Podía hacerlo. Una frase. La repetía tanto los días previos al ensayo que incluso se quedó dormido mientras la pronunciaba. Laseñorahasalido... Laseñorahasalido...

Llegó el temido —y sin embargo tan deseado— momento. Pettiroso le ordenó aparecer. Y allí fue Danny: lo imaginé tan erguido, tan nervioso recorriendo la escena hacia la falsa puerta, observado por cien ojos ávidos que sin duda deseaban que se equivocara y solo un par de ellos bondadosos que nunca se habían fijado en él hasta ese día y ahora lo animaban en silencio...

Danny habló. Pero no terminó de hacerlo.

La-la s-s-s-s-se-señ-seño-seño-o-o...

A estas alturas aún seguiría diciendo alguna sílaba de aquella única, eterna frase, de no haber sido porque Constantine, el ayudante de Pettiroso —que, según la descripción que oí, bien podía ser el escuálido de sombrero cónico del restaurante—, interrumpió la ristra con un tremendo bofetón. Danny, más

dolorido por dentro que en la mejilla, más colorado de vergüenza que de golpes, huyó del escenario perseguido por las carcajadas de los demás chicos y las maldiciones de Pettiroso, y no habría parado de correr hasta el centro de la tierra, de haber encontrado el camino, si no lo hubiese sujetado antes una manaza fenomenal, un brazo enorme y un hombretón de barba nevada en la cúspide que lo miraba bonachonamente.

Elmer Hutchins le había dicho que no debía preocuparse de nada. Que hablaba bien, que solo tenía que querer hacerlo. Buscar sus trucos.

—Te he visto ahí arriba, chico, tienes madera de actor de texto, créeme.

Elmer Hutchins le dijo que Julio César era tartamudo.

Elmer Hutchins le dijo que Napoleón era tartamudo.

Cuando Danny negó conocer aquellos nombres, Elmer Hutchins le dijo que su majestad era tartamuda. Eso ya interesó algo más a Danny, aunque en realidad nunca había oído hablar a la reina, pero tampoco había oído que nadie dijera que era tartamuda. ¿Y cómo había logrado superar el defecto? Con fuerza de voluntad, según Elmer. Pensando en otra cosa.

—Si no piensas en lo mal que haces algo, lo harás bien. —Danny no se convencía, y entonces Elmer le reveló su secreto—: Yo antes era tonto, Danny. Me decían: «Bebe, Elmer», y bebía. Me decían: «Aguanta, Elmer», y aguantaba lo que me dieran. Entonces llegué al albergue. Allí me pusieron con la cuerda. Y es un trabajo tan aburrido, pero tan aburrido, que cuando llevas medio día haciendo eso se te olvida hasta tu nombre... Es como vivir, Danny, pasan los días, y así hasta que dices: Caramba, esto es la vida. Esto es vivir. A mí no se me olvidó el nombre, pero se me olvidó pensar que soy tonto. Desde que no pienso que soy tonto me he vuelto listo, Danny.

A Danny Waters aquello le pareció magia. Elmer le enseñó eso y a hacer muecas para olvidar que era tartamudo. Comedia. Tragedia. Y a respetarse a sí mismo y no aceptar nunca, nunca, aquello que fuera por completo contrario a él. Las arenas no eran su meta, pero en ellas no había nada real y mostrar sus movimientos, aunque fuese fingiendo que se enfrentaba a otro chico de once años como él, aferrándolo y girando en armónicos gestos, llegaba a agradarle por la técnica que aprendía. Pero nunca aceptaba cosas como, por ejemplo, bochornos realistas.

Había uno en una cámara de Landport con una familia entera arruinada apellidada Wesley, nos dijo, titulado *Restos familiares*, que era más que un clandestino: era un prohibido realizado a espaldas de la ley —pero todos

sabemos que los prohibidos se hacen y que, mientras sean secretos, a la ley no le importa—. A Danny le habían propuesto hacer cosas con el señor o la señora de la familia, unos minutos solo, minutos de los cuales podría comer durante meses, pero no aceptó. El señor Hutchins habría estado orgulloso de él, dijo, y el llanto, ahora, lo estorbó más que la tartamudez. No era que él no hubiese hecho antes esas cosas, o peores, pero cada vez que se negaba a una se sentía como superando un trecho más de la larga carrera que Hutchins le había propuesto hacia su propia dignidad.

—Serás un gran actor, Danny, te lo aseguro —le dijo—. Algún día. Yo no lo veré...

—¡Comedia! ¡Tragedia! —saltó Danny de inmediato—. ¡SíloveráseñorHutchins!

—Pues a lo mejor sí —decía Hutchins, riendo con él—, porque ni por todo lo que valga el tesoro real me perderé ese día... Esté donde esté, estaré allí, Danny, aplaudiendo en primera fila.

—Y yo lo veré a usted, señor Hutchins...

Esto último lo dijo sin tartamudeo y sin trucos previos, con una rápida transformación que enterneció a Hutchins, sin duda, como lo hizo conmigo. Pero entonces todo se desplomó en él y el recuerdo de su amigo arrugó su rostro.

—¡Y... y... y... aho... ahora...!

—¡Deje que se vaya ya! —dije, angustiada, al señor X mientras abrazaba al niño—. ¡Ha contado todo lo que usted quería!

—Al contrario, no ha contado nada, señorita McCarey, esto era solo un preámbulo emocional, inútil para mí, porque lo único que me interesa es saber qué bebía el señor Hutch...

~ 8 ~

Fue entonces cuando.

Sí. Fue entonces.

El grito nos dejó paralizados un instante.

Resonó en toda la habitación, ensordecedor:

—¡Cállese ya!

El grito lo había dado yo.

Yo no soy teatrera, como ya ustedes saben, y por eso no grito nunca, y las pocas veces que lo hago me sale mal. Danny, por ejemplo, sollozaba y se asustaba con estremecedora hermosura. Pero a mí me brotó un graznido. Un algo irrepetible e inimitable que lo rompió todo, la armonía, la literatura, la belleza de la escena. Y fue —me sonroja, pero a la vez me complace decirlo — *indecente y escandaloso* .

Peor aún, ya que, cuando grito —en contadas ocasiones, nunca hasta entonces a un hombre, casi todas a mi madre—, tengo la desgraciada costumbre de explicarme. Es como rasgar un cuadro y tirar del trozo.

—¡No le soporto! ¡Usted y sus obsesiones! ¡No puedo! ¡No puedo...!

Me aparté temblando. Tras un silencio breve, la voz del sillón regresó.

—Muy bien, Danny, ¿me escuchas...? Danny, no te preocupes de la señorita McCarey, es una mujer, ya las irás conociendo... Dime, ¿me escuchas?

—S-s-í, se-señor.

—Pon toda tu atención en responder esta pregunta, ¿cuándo fue la última vez que viste a Elmer Hutchins con vida?

—D-dos se-se-semanas, se-señor.

—¿Y qué bebía por entonces? ¿Qué bebía Elmer Hutchins?

La pregunta convirtió los bellos ojos de Danny Waters en dos círculos tan perfectos como su boca asombrada.

—¿Qué... be...?

—Sí. Qué bebía. ¿Aguardiente? ¿Ron? ¿Vino? ¿Cerveza?

El crío intentaba dominarse para responder tan absurda, inconcebible cuestión. ¿Cómo advertirle que aquel individuo no estaba en sus cabales? Su tartamudez volvió a atraparlo en medio del viaje y las sílabas capturadas no se movieron.

—«Comedia, tragedia», Danny —dijo aquel tirano antes de que yo pudiese intervenir—. «Comedia, tragedia», por favor, Danny, vamos.

Danny ajustó las muecas a las palabras.

—¡Comedia! ¡Tragedia! ¡Nada señornobebía habíadejadodebeber!

—¿Nada?

—¡Nada! —Y Danny evitó el tartamudeo creando la «nada» con aspavientos.

—Es muy *importante* , Danny —insistió aquel obseso—. ¿Nada?

—¡Na... na... nada!

Danny lo conoció ya sobrio. Nunca había vuelto a beber. Lo juraba.

Yo estaba en aquel instante apoyada en un lado del sillón y pude percibir el cambio que aquello produjo en el señor X, casi imperceptible: fue una leve tosecilla. Pero una servidora llevaba tratándolo dos semanas y, lo crean o no, jamás le había oído toser, ni, por lo que sabía, estornudar, roncar o producir ningún otro ruido con su cuerpo que no fuesen sus sedosas palabras. Casi me asusté.

—Danny, gracias, has sido de mucha ayuda..., ejum..., la señorita McCarey será tan amable de vaciar el contenido del jarrón y dártelo, hay galletas y dinero..., ejum..., os quiero aquí dentro de dos días si hay un nuevo cadáver.

Cuando cerré la ventana ya anochecía. Quizá fue al encender la lámpara de la repisa, pero lo cierto era que el semblante del señor X parecía una máscara de cera.

~ 9 ~

Le pedí disculpas por el grito. Hizo un vaivén.

—No se preocupe, señorita McCarey, fue comprensible, dada su copiosa emotividad. —Y tosió otra vez.

—¿Se siente usted mal?

—No. Ejum. Esto suele acontecerme cuando resuelvo un problema difícil...

—¿Se resfría usted cuando piensa?

—No, al contrario, usted siempre entiende las cosas al revés, me resfrío cuando dejo de pensar brevemente, debido a que he resuelto un confuso problema en el que he estado pensando días y noches. La tensión de mi cuerpo desaparece y eso me deja débil e indefenso ante cualquier molestia.

—¿Y ha resuelto usted algo?

—Como ve, así es. Y ahora, ¿me permite seguir tosiendo un poco más? Gracias.

Yo me sentía culpable ante mi exabrupto innecesario. Le había gritado como a un ser humano, pero eso era, en cierto modo, igual de injusto y cruel que su supuesta falta. Superior o inferior, lo cierto era que aquel individuo en el eterno sillón estaba hecho de unos mimbres que no eran los comúnmente usados en la construcción de sus congéneres. ¿No lo había dicho la señora Murray nada más verlo? ¡Cuánta razón tenía!

Era especial. Pequeño. Cabezudo. Especial.

—Siento haberle gritado —repetí.

—Ya lo sé. Ejum, ejum.

La respuesta me dejó sola. Me dediqué a mirar la ventana que acababa de cerrar, por la que había volado nuestro pequeño actor. El mar, ya oscuro, a lo lejos. Varios barcos como cerrando el horizonte. Todo era bonito y feo.

Tantos años, pensé, tantos años de vida para llegar a saber que, en efecto, mi cuerdo hermano menor tenía razón y las oportunidades ya han pasado y solo nos queda alegrarnos de la buena o mala cosecha que nos toque, porque ya no vamos a poder sembrar de nuevo. Esa seguridad, esa certeza tan firme como el mar. Robert era mi vida, mala o buena, de repente lo comprendía: su ancla, no aquel otro regalo, aquel nombre ilusorio, el espejismo del señor del sillón. Y nada nos permite eludir la vida ni cambiarla por otra. Yo había dejado que entrara en ella —ese era el error: elegir—, de igual forma que mi hermano Andrew se había cerrado la puerta en las narices a lo de ser actor. Y ahora sumábamos el total. Y con eso —así estaba dictado desde los siglos de los siglos—, con eso teníamos que vivir. Porque no contamos con otra cosa mejor, aunque siempre, siempre podemos contar con otra cosa peor.

—Y, sin embargo, puede usted cambiar.

—No lo creo —dije.

Justo entonces me di cuenta de que estaba hablando con alguien que no era yo.

Giré cuando el señor X decía:

—Si no lo cree, no podrá.

Y se sumió en la tos.

No le pregunté cómo lo había sabido. Ya no le preguntaba eso. En cambio, aquella tos repentina me preocupaba.

—Permítame. Quizá tenga fiebre. —Le puse una mano en la frente inmensa, pero no lo noté muy caliente. Saqué mi reloj de enfermera atado por cadenilla con los útiles en el delantal y busqué su pequeña muñeca izquierda.



Por un momento mi dedo índice rastreó en vano, como un invitado nuevo que recorriera cauto la casa desconocida, pero al fin hallé algo que parecía pulsar bajo la yema. El picoteo del dulce pájaro de la vida. Justo en la yema del dedo. Solo tenía que esperar unos quince segundos y multiplicar por cuatro para calcular sus pulsaciones. Eran fuertes.

—¿Tiene sed? —pregunté.

—Va a tomar usted la decisión correcta.

—¿Perdone?

Sus ojos de dos colores no me miraban. *Sesenta y ocho.*

—El problema es que se ha dejado influir por la opinión de los demás toda su vida, señorita McCarey.

*Setenta y dos.*

—Pero... déjeme decirle esto..., no veo inconveniente alguno en que usted encuentre a alguien que la quiera de verdad y como usted merece, porque es usted bella...

*Setenta y cinco. Ochenta.*

—... Bella y valiente, aunque no feliz... —Ahora sí me miraba, rojo y azul — ... Pero solo porque no ha querido serlo, señorita McCarey.

*Ochenta y...* Fue entonces cuando me percaté, alelada, de que el pulso que sentía en la yema de mi índice era el mío. Bajo aquel imperioso martillo apenas resonaba el suyo propio, como un cauce subterráneo, lentísimo, casi ausente.

Aquel hombre parecía no tener vida, quizá por cedérsela a quien estaba con él.

Dejé su manita colgando del aire, sin saber qué decir.

—No se preocupe por nada —dijo el señor X y cesó de mirarme—, mi resfriado no es tal, sino el efecto físico de hallar la verdad, cosa siempre costosa; pero merecedora de un poco de malestar, y, en cuanto a esto que le he dicho, es parte de esa verdad, porque creo haberle advertido ya que este misterio de los mendigos nos atañe a todos, no menos a usted. Así que no saque conclusiones precipitadas, señorita McCarey, ya que, sin duda, como mujer, imaginando hallarse en una escena romántica, estará usted reclamando alguna conclusión... Pero decir que es usted bella y valiente es solo hacer constar evidencias objetivas.

Se calló al fin, tras varios amagos de ataque por parte de su tráquea. Yo no me había enterado de nada, aún sumida en la confusión, con el reloj

estúpidamente en la mano funcionando estéril porque, sin que el reloj lo supiera, el tiempo ya no existía. Pero, como siempre, los últimos en enterarse de esto son los relojes.

*Bella .*

—Yo... Le... le traeré una infusión mentolada, señor X —dije.

—Holmes... ejum —corrigió.

Antes de salir lo oí de nuevo.

—Cuidado en el teatro... Ejum... Correrá peligro.

No volvió a hablar. Cuando regresé con la infusión, tocaba el violín.



RESTOS FAMILIARES. BOCHORNO REALISTA.  
TEATRO DE CÁMARA CLANDESTINO  
DE LANDPORT. PORTSMOUTH

(Este programa será devuelto de nuevo a la salida del teatro).

La familia W: tres hijas, un niño, la madre, el padre. ¡Bailes! ¡Payasadas! ¡Bromas! ¡Tres damitas, un señorito, los señores de la casa! Los padres, como mayordomo y doncella, estarán enmascarados y atenderán las peticiones de bebidas del público. Los hijos más pequeños los secundarán, en uniformes de Adán y Eva. Las dos hermanas mayores harán juegos de circo, acrobacias, concursos de resistencia, lucha y pruebas ecuestres, vestidas con mallas de bailarinas al comienzo, aunque podemos asegurar que mucho antes del final su vestuario en nada se diferenciará del de sus hermanitos o el de nuestra primera madre en el paraíso. ¡Ocho horas y dos descansos con la familia W! ¿Quién quedará en pie tras el juego de la silla? ¿Quiénes tomarán té con la señora de la casa o convertirán a la Hija Mayor en caballito? ¡Verdadera familia! ¡Pedigrí comprobado! ¿Cree usted conocerse bien a sí mismo? ¡No se conocerá hasta que no se mire en nuestro espejo!

¡*Restos familiares*, el bochorno realista del año!

**SEÑOR:** rubio, alto... Cuarenta y dos años.

**SEÑORA:** pelirroja, ojos verdes... Treinta y nueve años.

**HIJA MAYOR:** rubia, delgada... Veinte años.

**HIJA MEDIANA:** pelirroja, ojos verdes... Quince años.

**HIJA MENOR:** rubia, delgada... Diez años.

**HIJO:** rubio, ojos azules... Cinco años.

**VERDUGOS, SECRETARIOS, AYUDANTES.**



# CRIMEN INMINENTE



~ 1 ~

la mañana siguiente busqué a Nellie Worrington. Era la más adecuada para sustituirme por la tarde y tenía veteranía de sobra para lidiar con los caprichos del señor X. Nellie —creo haberlo dicho— era alta, espigada, muy seria. Para mí representaba un puente entre el muro de la jefa Braddock y la jovialidad de Susie y Jane. Era una mujer equilibrada, con experiencia en pacientes físicos y mentales, formada en nuestro gran Royal Portsmouth Hospital. Nellie reaccionó como esperaba: no había problema alguno en sustituirme, pero respecto de la obra y la compañía del doctor, ajeno a Clarendon, tendría que consultarlo con la jefa. Braddock estaba ocupada en aquel momento, de modo que le dejé el aviso y regresé a mi habitación antes de comenzar del todo la jornada. Allí saqué la carta de Robert del delantal y la hice pedazos. Tomé papel.

Querido Robert,

Necesitaré algunos días para dejarlo todo listo. Unos cuantos, hasta el fin de semana, o más... Seguro que comprenderás...

Me detuve. La releí, la rompí y añadí sus pedacitos al anterior grupo, como copos de nieve sucia. Formaron una pirámide en el taburete que hacía las veces de mesilla de noche, junto a la piedra del ancla. Tengo poco mentón —

lo he dicho ya— pero lo erguí como pude, apretando los dientes. Tercera hoja:

Robert,

Necesito días para pensarlo. Es una decisión muy importante para mí y quiero estar segura. Si no puedes esperarme, regresa a Londres.

Esta era mejor. Más decisiva. La revisé y añadí:

Y si crees que mi decisión debe ser forzosamente obedecerte, entonces debo decirte, con gran pena, que lo nuestro ha . Guardaré en mi memoria los momentos felices. Gracias por todo.

Annie

Aguardé titubeante en el espacio blanco detrás de «ha». La punta entintada sobre aquel vacío, como si me dispusiera a firmar una sentencia. Un contrato final con un nuevo futuro. Entonces hice descender la pluma y escribí la última palabra. Esta sí. Esta era. Todo habría terminado. ¿Por qué las cosas terminan? Todas terminan. Nacemos creyéndonos inmortales, y mira. Cada pequeña o gran cosa tiene la palabra «fin» escrita encima. Robert Milgrew me había dado algo —golpes, felicidad, dependía del momento—, pero, fuera lo que fuese, su pozo ya se había agotado. ¿Fue al arrojarme aquella botella en Londres? ¿O cuando quiso estrangularme? ¿O en Portsmouth, dos días antes, cuando insistió en que abandonara mi trabajo? No lo sabía, no importaba. Las cosas pasan y, al pasar, caen en la bolsa de los sueños. Ahí se quedan, y más vale que, cuando miremos dentro de esa bolsa, solo veamos felicidad.

Estaba guardándola cuando llamaron a la puerta. Eran los ojos azules muy abiertos de Susie Trench. Su voz, más afilada que de costumbre:

—¡Annnieeee! ¡No me habías dicho nadaaaaa! ¿Es él? ¿Es él?

Sabía a lo que se refería. Susie era la que nunca decía nada. Tenía una rara habilidad para hacer que todas le contáramos todo sin que ella soltara prenda. Su truco eran sus frases inacabadas: «¿Así que vas a...? Me parece que ya... te entiendo... Creo que... ya sabes...». Y todas picábamos, al menos una vez, rellenando los espacios.

En esta ocasión no quise caer en aquella inocente trampa.

—¿Te refieres a...? —dije.

No le sentó bien su propia medicina.

—A... él.

—Él...

—¡El doctor Doyle! —dijo en un cuchicheo estrepitoso, cediendo al fin el terreno.

Le quité la idea de la cabeza: Doyle tenía dos entradas para el Caridad de esa tarde y me había pedido acompañarle excepcionalmente. Claro está que, debido a las visitas que realizaba al señor X, había acabado por otorgarme cierta confianza. ¿Qué tenía de malo? ¡Nada!, se apresuró a decir Susie mientras me acompañaba escaleras abajo. Lo que ocurría era que... ya sabía...

Lo que «ya sabía» me estaba aguardando con los brazos gordezuelos cruzados al pie de la escalera de servicio.

—Me han contado tu plan, Anne. Nada que objetar sobre cambiar el turno antes de tu próximo asueto. En cuanto a la obra y a la compañía masculina, no sé cómo ha podido ocurrírsete que te iba a dar permiso.

Era difícil averiguar por el semblante si la jefa Braddock sonreía o se hallaba indignada. Ya he dicho que sus rasgos se apretaban en el centro de un rostro carnoso donde felicidad, amargura, burla e irritación convivían sin problemas. No ocurría lo mismo con sus intenciones cuando nos ordenaba o prohibía algo. Y en este caso, estaba sinceramente *escandalizada*. Me pregunté si su rechazo procedía más de la clase de obra o del tipo de compañía masculina. Y en este último caso..., ¿eran celos?

No quiero hablar mal de Mary Braddock, pero ya había sorprendido en ella miraditas de devoción al joven Doyle.

Sin embargo, había un detalle que ella misma ignoraba.

—Por favor, señorita Braddock, ¿me permite consultarlo con el doctor Ponsonby? Solo le pido eso.

Me miró entornando los ojos —lo que en ella era una mirada cruel—, pero agregó que no veía inconveniente. Su tono era de suficiencia, como si una niña de colegio le pidiera a otra compañera permiso para contarle lo prohibido al profesor más temible.

La acompañé por el pasillo de despachos y solo me detuve a entregarle el sobre para Robert a Jimmy Piggot, con destino al chico del almacén Cotterel. Juro que fue un alivio: como si aquella carta llevara consigo mis últimos recuerdos, dudas, vacilaciones. Ponsonby —gracias a Dios— ya había sido convenientemente informado por Doyle, como este me había dicho que haría, algo que, como yo imaginaba, la jefa ignoraba por completo.

—Ah, es una obra benéfica —dijo Ponsonby desde su escritorio—. No hay ningún problema en que asista, señorita. No digo que este sea siempre el caso, pero el doctor Doyle es buena compañía. Por cierto, ah, se llevan bien el señor X y él... Eso he oído.

—Ya lo creo, doctor —asentí, en tono animado, pero cautelosa.

Braddock me miraba —o yo intuía que lo hacía— seria, silenciosa.

—¿Qué aficiones comparten?

Ponsonby aguardó la respuesta arrugando todo el rostro, como solía, sobre todo cuando de dicha respuesta dependía la estabilidad del pilar que sustentaba Clarendon. Ni por un instante me planteé la posibilidad de decirle la verdad —que investigaban los crímenes de mendigos—. De todo, dije. Curiosidad científica, dije. Eso le agradó.

—Auguro un gran futuro a ese hombre, Doyle... Ah, no quiero decir que esté seguro de ello, pero cuenta con probabilidades... Es un caballero educado, riguroso, gran profesional. Me gusta eso. —En su mirada detecté que lo relacionaba en gran medida conmigo, lo cual le hizo añadir—: Disfrute del teatro, señorita.

A la salida, Braddock se me acercó.

—Te quiero aquí después, Annie —dijo—. Recuerda que no es tu día de asueto.

No era una mujer mala, ya lo he dicho: estaba sola, envuelta en su propio mundo aislado, y era buena guardiana de Clarendon.

¡Todo perfecto!

Salvo *él*. Como la espina en la pata del león.

Yo esperaba que volviera a aconsejarme no ir. No lo hizo. Al menos, confiaba en que hablara de lo que me había dicho la tarde anterior.

*Bella .*

Pero tampoco. Permaneció sumido en la melancolía de su habitación a oscuras y sus irreales violinazos. Ya no tosía, al menos.

No obstante, me sentía feliz. Todo iba lo mejor posible. Subí a mi cuarto con la certeza de que ya tenía algo que contarle a... Bueno, a mis sobrinos cuando fuera vieja. ¿O quién sabe si a un nieto? Tarde ya para los míos, quizá, pero ¿hijastros? ¡Desde luego! ¿Y por qué el espejo de mi habitación no estaba empañado? Brillaba todo él, mágicamente... Vale, admito que no brillaba. Pero sí que es cierto que me veía con más nitidez, distinguía mejor aquellos rincones que nunca quería mirar de mi rostro, ahora acicalados. Le pedí prestado un sombrerito a Susie Trench: casaba con mi modesto vestido. Y todo esto, ¿lo hacías, Annie, porque ibas a salir al teatro acompañada de un hombre apuesto, aunque fuese en misión investigadora? No: lo hacías, Annie, admítelo, porque un enfermo bajito y cabezudo, pero con innegables dotes para conocer a las personas, te había dicho con sinceridad que te veía —que eras — bella y valiente.

Me encontré —sí, digámoslo— bastante bien.

*Bella .*

—¡Está...! ¡Annie! ¡Ya está...! ¡Ha venido! ¡Abajo...!

Los grititos contenidos de Susie me precedieron. ¡Qué oronda me sentí, como si fuera a casarme! Más oronda que la propia Hettie Walters, espiando —¡uuuuuh!— desde la escalera de residentes mientras yo, sujetándome la falda y con Nellie, Susie y Jane detrás, como comitiva, bajaba por la de servicio. Hettie lloraba y reía, como cuando vio el cadáver de Hutchins. Creí distinguir, con el rabillo del ojo, el rostro redondo, pálido y arrugado de la jefa Braddock desde el pasillo de los despachos. Me apené por ella.

El vestíbulo de Clarendon se hallaba más iluminado —esto sí es verdad— con Doyle, que había llegado puntual como siempre, blandiendo una chistera, con un chaqué azul oscuro de príncipe azul claro y hasta bastón. Me hizo una reverencia y, por si fueran pocas emociones, alabó también mi aspecto.

—Permítame decirle que está usted muy hermosa.

Cortés antes que profundo, a diferencia del señor X. Otra clase de dulce.

Nos marchamos, pero yo no del todo. Mi mente seguía allí, en aquella habitación en penumbra, viendo sus ojos grandes, distintos, iguales, mirándome y viéndome.

*Bella .*



—¿Ha ido mucho al teatro, señorita McCarey? —preguntó Doyle.

Contesté algo así como «no mucho, pero lo suficiente». Caminábamos por Fratton Road entre un jolgorio de polvo y coches, parejas lentas, muchachas con trajes decorosos y velos de *decencia*, obreros tiznados, niños descalzos y comerciantes de largos delantales que se asomaban para ver pasar todo lo que pasaba. La recuerdo como una tarde magnífica, de brisa y nubes. Yo ceñía el brazo del joven médico, que se dejaba llevar por el ímpetu de su propio tema.

—El teatro es el otro mundo, mi querida señorita. Y en nuestra Gran Bretaña tenemos tanta necesidad de él como de los sueños. Mire a su alrededor. Observe este ir y venir de gente, trabajadores esforzados, oficiales de Marina, buhoneros, pequeñas partes de un todo, obreras en la colmena social. Pudibundos de día y soñadores de noche. ¿Qué deseamos? ¿Qué hay tras esos rostros aparentemente sinceros? Y una pregunta aún más interesante: ¿a dónde vamos?

—Al teatro —respondí, por broma.

Y fue bien recibida. ¡El doctor no era el señor X!

—Cierto. —Su risa cristalina—. Pero yo preguntaba en general.

—Lo sé, era una broma tonta, perdone.

—Las bromas tontas son propias de personas inteligentes. —Enrojecí. Mis «gracias» corteses fueron desestimadas con un gesto. Me pregunté si me habría bendecido un hada por la noche. ¡Tantos halagos en los últimos días! —. Yo hablaba del futuro, señorita McCarey. ¿Es usted optimista?

—Lo soy. Creo que vivimos mejor de lo que nunca hemos vivido... Conocemos muchas cosas... Es todo tan hermoso: ciudades, campos... El futuro será luminoso...

—Es posible. Pero yo, por desgracia, tengo algo menos de confianza en lo que hemos conseguido.

—Es curioso, doctor, siendo usted científico.

—Precisamente. Vea esta época con mis ojos, señorita McCarey. ¿Qué estamos haciendo? Nos vestimos de pies a cabeza hasta para lavarnos, pero

en el teatro nos lo quitamos todo...

—Nosotros no —le corregí, *escandalizada*—. Los teatreros.

—Ah, pero ¿qué son los «teatreros»? Los llamamos así, pero ¿qué son?

—Gente que... se dedica al teatro —dije, pero el doctor negaba.

—No, señorita McCarey. ¡Somos nosotros mismos usados por los demás!

—Y se puso a enumerar—: Drama, comedia, musicales, *burlesques*, melodramas, operetas, arlequinadas, magias, *tableaux vivants*, juegos de ajedrez y damas vivientes, circenses, búsquedas del tesoro, arenas, bochornos realistas... ¿No se da cuenta?

Yo, que recordaba a Danny Waters, lo miré.

—¿De qué, doctor?

—De que hemos confinado la brutalidad, el horror, el deseo, la *indecencia* y el *escándalo* en suma, en los teatros, donde los menos pudientes se humillan para que soportemos la vida... Pero un día... ¡Ah, señorita McCarey...! Un día el teatro saldrá de su encierro. Un día ese Behemoth antiguo, lleno de vicios y lascivia que hemos creado, saldrá bufando fuego por las narinas y buscando víctimas...

—Dios, me aterra usted —murmuré con sinceridad. Pero volvió a destellar su sonrisa mágica.

—Mi querida señorita, lejos de mí preocuparla... Por el contrario, es una buena noticia. Porque, cuando eso suceda, conoceremos nuestros límites. ¡Es lo que nos queda por conocer! Copérnico dijo que no somos el centro del universo. El profesor Darwin ha dicho que somos un animal más... ¿Qué nos queda? Conocer nuestro interior. Créame si le digo, señorita McCarey: en el siglo que se avecina, el teatro saldrá a la calle con toda su violencia. Será espectacular. Será terrible. Pero será muy, muy revelador.

—No sé si estoy de acuerdo, doctor... El teatro debería quedarse donde está.

—Oh, por supuesto. Hablaba científicamente. En todo caso, el teatro sigue donde está, incluso el clandestino. Y no ponga esa cara. ¿Me va a decir que nunca ha ido a un clandestino? Oh..., perdone la pregunta.

—No se preocupe. —Sonreí—. He ido, pero no me han gustado.

Era falso, pero ¿qué mujer educada admitiría lo contrario ante un caballero?

—Si no le han gustado, es usted una excepción.

—Conozco otra —dije tras pensármelo.

Doyle, siempre a punto, siempre observador, rio enseguida.

—¡Nuestro común amigo, sí! Pero es una excepción, como usted dice. Único en su especie. —Y tras una pausa, añadió—: Yo lo haré más humano.

—¿Perdone?

—Mi detective. Sherlock Holmes. Aunque a usted no le gustaba el nombre...

—Sí, me gusta —me apresuré a decir—, está bien, es sonoro...

—Gracias. A mí, el señor X me ha servido de inspiración. Yo había construido mi personaje, le confieso, con aires similares a un maestro que tuve durante mis estudios de medicina, gran observador, el doctor John Bell. Pero el señor X es justo la clase de personaje que necesito. Lo del violín es extraordinario. Los niños de la calle que lo ayudan... ¡A quién se le hubiera ocurrido eso! Solo tengo que hacerlo más humano. Más... ¿Le ocurre algo? ¿Quizá la he molestado?

—¡No, en modo alguno, doctor!

—Oh, vamos, señorita McCarey, yo no percibo tanto como nuestro «detective», pero aún soy capaz de ver cómo ha reaccionado ante mis palabras hace un instante.

Me sentía mal ocultándoselo, pero tampoco quería herirle. Medité mi respuesta.

—Creo... creo que el señor X es *humano*, doctor.

—¡Líbreme el cielo de decir lo contrario! Solo quería...

—Sé lo que quiere decir, pero creo sinceramente que tiene un corazón, como usted o yo, pero su vida ha sido muy desagradable, aislado de todo, sin amor, sin comprensión... Ha tenido que construir una fortaleza para resistir.

Doyle me dio una palmadita en el brazo mientras sonreía.

—Mi querida señorita, verá: al decir «más humano», me refería a que mi personaje no será tan pasivo. Le pondré un ejemplo: el teatro.

Vuelta al teatro. Era algo que no fallaba en casi ninguna conversación. Pero Doyle hablaba tan bien que lo escuché satisfecha.

—Señorita, somos espectadores o actores. En la vida no cabe otra cosa. Los espectadores miran, los actores hacen. Unos se quedan quietos mientras otros se mueven. El señor X parece encajar dentro de los primeros, pero ¿qué es lo que mira allí, a oscuras? Es por eso que digo que mi personaje será algo más... activo. Más actor.

Era todo demasiado profundo para mí. Por lo general, no habría replicado

nada, pero algo acudió de repente a mi memoria.

—Nos mira a nosotros.

Doyle se detuvo en medio de una palabra.

—¿Perdone?

—El señor X me dijo un día que él no se sentaba a ver la obra, sino... a vernos a los demás. Su obra somos todos.

Eso dejó a Doyle admirado y pensativo. Fue entonces cuando lo percibí...

Me había parecido... Era solo una sensación, en realidad no había visto nada. O no directamente. Pero, con el rabillo del ojo, en una esquina frente a la acera por la que íbamos, había creído ver una sombra que se retiraba.

### ~ 3 ~

Fue como si alguien no hubiese deseado ser descubierto cuando yo moví la cabeza en esa dirección. Miré.

Carruajes. Transeúntes dispersos. Niños correteando.

Claro que nos miraban. ¿Quién no mira en Portsmouth a otros y, a su vez, es mirado? Allí iba yo, del brazo de aquel joven tan apuesto, envueltos ambos en nuestra aura de intimidad. Había miradas, y cuanto más las devolvías, más obtenías. Como diría Doyle: espectadores o actores.

Pero no era eso lo que yo había creído percibir.

—¿Qué sucede? —preguntó Doyle, siempre atento.

Volví a rastrear, sin resultados. ¡Quizá había sido solo mi imaginación!

—No, no es nada... —dije—. Estoy algo nerviosa, seguro.

—Yo también, un poco. Quizá porque mañana se cumple.

—¿Qué se cumple?

—Otra semana.

—Oh. —Comprendí a qué se refería y me estremecí—. Pero la anterior no...

—Cierto, no hubo víctima, pero mañana, ¿quién sabe? Ojalá tampoco. Con todo, aunque esa teoría de la simetría de nuestro amigo no me gusta, quizá el asesino no pudo cometer el crimen anterior por alguna razón, lo cual no impide que cometa el próximo.

—Así que piensa usted que el crimen es inminente.

—Ya le digo: me fío del señor X.

—¿Y qué piensa acerca del... «fantasma»?

Me miró casi burlón.

—Soy un médico del siglo XIX , señorita McCarey. Los fantasmas están bien para los cuentos. O el teatro. Y, a propósito, estamos llegando al Caridad. Debemos fijarnos en todo. Noggs y Hutchins hicieron obras con la compañía Coppelius, eso es incuestionable. En el entreacto nos presentaremos al señor Pettiroso. Debemos estar atentos a cualquier detalle sospechoso...

¿Que nos estén siguiendo, por ejemplo?, pensé. Volví a mirar atrás, alarmada.

~ 4 ~

¿Por qué la arquitectura caritativa es siempre triste? Como si la construyéramos para emular la desgracia de sus ocupantes. O quizá para que no se sientan inclinados a envidiar lo que no pueden poseer. «Te invitamos —les dicen—, te acogemos, te damos techo, agua y comida, no esperes que además te alegremos la vista. Porque esto no es tuyo, es un préstamo, y para ti siempre será un palacio en comparación con tu vida sin hogar». El edificio del albergue no era una excepción: gris, de pequeñas ventanas y patio empedrado. En cambio, el teatro de Caridad había sido reformado y no parecía relacionado con la beneficencia. Se hallaba a dos portales del albergue, y su fachada en pico estaba decorada con un zodiaco. Nos incorporamos a la fila de buena gente de Portsmouth, formada sobre todo por uniformes de la Marina. Las damas, en mi opinión, intentaban imitar la moda londinense; las más jóvenes y bellas llevaban los vestidos de *decencia* típicos de la capital. La policía vigilaba a los vagabundos, floristeras, mujeres con bebés y niños que alargaban las manos, manos abiertas de todos los tamaños, algunas sin los cinco dedos usuales, otras hasta con seis y en ocasiones solo muñones. Caridad en el Caridad. La autoridad mediaba entre el jaleo de pedir

y dar. Doyle sacó algunas monedas. Las manos se cerraron, alguna boca se abrió agradecida.

El cartel de la obra, enorme, sobre un atril de cuatro patas, casi estorbaba el paso. Me quedé mirándolo mientras desfilábamos.



El teatro de

**CARIDAD DE ST. MARY**

presenta a la Compañía

**COPPELIUS**

en:

**EL TERROR  
DEL TEATRO**

Burlesque histórica y ritual del arte del teatro

(Mímica. baile. música. canciones)

SEGUIDA DE LA GRAN TRAGEDIA:

**JULIO CÉSAR**

De W. Shakespeare

Versión del señor S. PETTIROSSO



Abajo, una mención en otro pequeño letrero, como pegado a última hora: «En memoria de sir George Erpinghal (1820-1882)».

—Está claro que no nos aburriremos —dijo Doyle.

Fue lo último que pudo decirme en privado.

Había una mesa en el vestíbulo donde una mujer de mediana edad y un caballero —voluntarios, sin duda— intercambiaban entradas por dinero tras acreditar la debida invitación. Y aquí pude comprobar la fama de la que ya gozaba el joven doctor. Los responsables de las entradas lo conocían, y con ellos, al menos una tercera parte del público que se aglomeraba en la puerta. «Doctor Doyle», o «Doctor», o «Eh, Doyle», por todas partes y, aunque nunca supe cómo lo hizo, el joven médico alcanzó a devolver cada saludo como un político famoso. Al principio —dicho sea en su honor— hubo una intentona de presentarme. «Mi enfermera y ayudante». Pero pronto las manos, las sonrisas y las ceremonias sobrepasaron su capacidad de tenerme en cuenta. Mejor así.

Nada como los saludos sociales para que la gente común pasemos desapercibida.

Volví a echar un vistazo a mi espalda. Entraba más público, pero ya no sentía que me observaban. No obstante, Doyle no me olvidó del todo. Su mano aferró mi brazo. Cruzamos como Moisés en medio de un mar hendido de cortesías.

—Es usted famoso —le susurré.

—Por obligación.

La sala a la que accedimos era más pequeña de lo que hacía pensar toda aquella muchedumbre. Público apretado frente al telón rojo en un escenario curvo. Olor a madera y tabaco rancio y gentes del mar con luengas patillas y pipas curvas. Creo que levantamos a medio Portsmouth para llegar a nuestros sitios y Doyle no pudo evitar nuevos saludos —señor Hammersmith, capitán Trelawney— que no parecían sino forcejeos. El más llamativo: un cura católico de immaculado pelo blanco y negrísima sotana que removiό su achaparrado cuerpo sonriendo con toda su tez colorada.

—¡Padre Philipotts, qué agradable sorpresa! —dijo Doyle.

—Bueno, para mí también... —Rieron, pero enseguida el cura mostrό seriedad—. El padre Evans iba a venir, pero no mejora. Y cuando decliné la invitación en su nombre, el Caridad me respondiό invitándome a mí. ¡No



podía decir que no! —Regresó a la jovialidad, pasado el momento sombrío—. ¿Sigue usted intentando ganarme, doctor?

—¡Siempre, padre!

—Le daré la revancha con un par de partidas. ¿Este martes, a eso de las cuatro?

—Será un placer. —Atrapada entre ambos hombres, sonreí. Doyle no tuvo más remedio que presentarme—. Es el padre Charles Philipotts, una amenaza con las blancas. No tanto si lleva las negras. —Rieron. Las cejas espesas del padre Philipotts eran como torundas de algodón al enarcarse.

—Somos despiadados oponentes, pero solo en ajedrez. Luego podemos tomarnos un té juntos y charlar como amigos. —Se oían ruidos tras el telón. Doyle se despidió:

—Me alegro de que haya venido. Iré el martes y le echaré un vistazo al padre Evans. Si nos disculpa...

El cura nos dejó paso, dos butacas nos esperaban con la boca abierta. Allí nos dejamos caer y casi enseguida comenzó la primera obra.

## ~ 5 ~

Digo esto porque se alzó el telón, sin más. El lugar mantenía la costumbre de permanecer con la sala iluminada. Las luces, por otra parte, eran de gas, no los arcos eléctricos que ya estaban de moda en el Savoy o el Haymarket de Londres. Tales innovaciones no habían llegado a Portsmouth, o al menos al Caridad. A ello se sumaba que el público no paraba de hablar en voz alta, aunque esto también ocurría en muchas salas de la capital. Entraron dos tipos —mendigos, sí, Doyle me dio un codazo— tocando el tambor —pum, pum, purrumpúm—. Otros —más mendigos— con sacabuches y cornetas —buuu, buuuuu—.

El decorado era el interior de un vagón de tren. ¡Muy bien hecho! ¡Por la ventanilla se movía el paisaje! La audiencia lo celebramos —ooooh, aaaah—. Compartimentos a uno y otro lado, el central iluminado. Asientos donde los actores se recostaban como muñecos. Entre ellos, un hombre orondo. Lo reconocí enseguida, aunque llevaba barba negra y sombrero y levita morados.

Era el del restaurante, el señor Pettiroso. Estaba repantigado junto a dos tipos vestidos de gris. En el costado de la maleta colocada en el suelo, muy grande, se leía: «COMPañÍA COPPELIUS».

El señor Pettiroso era buen mimo: se estiraba panza arriba, daba a entender «tengo sueño», «me duermo». Todo se llenaba de humo. ¿El sueño de Pettiroso, el director de la compañía? Un flautín sustituyó a los tambores y entonces...

No sé si ustedes, que leen esto, están acostumbrados a las sorpresas del teatro. ¡Aquí hubo una buena! La maleta se abrió y de ella salieron *personas*. ¡Lo imposible, porque en su interior, con ser grande, solo cabría un niño o un enano! Al principio fue un color rojo sangre. Luego plumas y velos del mismo color. Detrás figuras, fantasmalmente rodeadas por el humo que ahora lo llenaba todo. ¡Me aferré, temerosa, al brazo del doctor! Un hombre y una muchacha muy joven. Él, vestido como un extraño sacerdote de túnica roja, maquillado y también con barba, pero me pareció, por su complexión, que podía ser el cadavérico acompañante del sombrero cónico que iba con Pettiroso. Y ella... Supongo que ustedes lo adivinan. Era difícil saber con qué estaba vestida, si lo estaba. Ceñidas piezas de gasa en un cuerpo blanco de gestos serpentinos. Detrás de ellos, arlequines que me hicieron pensar en un circense. Más exclamaciones, más brazos masculinos ceñidos por manos femeninas.

La muchacha no bailaba. Se retorció entre el humo como si el espacio fuera muy estrecho para ella. Era una visión hipnótica. Los tambores y las flautas no parecían seguir el baile, tenían su propio ritmo. No sé si era un error, pero contribuía al caos.

Yo estaba asustada. El doctor Doyle disfrutaba.

—El teatro... —Había encendido una pipa y cruzaba las piernas mientras daba jugosas caladas—. ¿Ve? Nació como ritual religioso y orgiástico... Tras los misterios medievales retorna en el Renacimiento... Se engrandece en nuestro país. Esa debe de ser la reina Isabel... —Coronaban con peluca a la muchacha. Los bailarines rodearon al hombre escuálido, que ahora llevaba jubón y calzas negras y mostraba una calavera en la mano, lo cual hizo reír al público, que al fin comprendíamos algo—. Shakespeare escribiría obras basadas en esas danzas y rituales inmemoriales...

Pero hasta Doyle tuvo que callar cuando los tambores aceleraron el ritmo y me perdí en la barahúnda de colores. Ya no había tren. ¡El decorado ahora era

de fantasía, con un suelo de baldosas rojas y blancas! La muchacha llevaba una boa de plumas rojas a juego y giraba mientras, convertidos en caballeros de la actualidad, los comparsas de la compañía saltaban en los asientos; por las ventanillas, con frenesí, fluía de nuevo el paisaje, ahora demoníaco. Flautines y tambores daban todo de sí. Estalló un coro:

*¡El mundo es un escenario,  
hombres, mujeres: actores,  
va, viene entre bastidores,  
es EL TERROR DEL TEATRO!*

El corro ocultó a la danzarina: volaban plumas rojas como si el círculo de hombres se las arrancara. Pero cuando se detuvieron al fin y se apartaron, lo que había en medio del círculo era el hombre oculto tras una máscara diabólica: su flaco compañero. El coro se repitió, estruendoso. A la vez, el supuesto vagón pareció detenerse. El paisaje cesó su vuelta sin fin. Traca ensordecedora durante la cual algún bailarín resbaló y algún mendigo de tambor dio un salto amedrentado, provocando risas nerviosas. En la ventanilla, el letrero de «PORTSMOUTH». Quedan los actores del comienzo, Pettiroso despierta. Como si el tren hubiese llegado, con su bárbara locura, a la ciudad, al igual que la compañía Coppelius y Pettiroso lo habían hecho años atrás.

El telón cayó.

—Curioso —juzgó Doyle—. Es la historia de la compañía, su travesía hasta llegar a Portsmouth, pero, a la vez, es la historia del teatro hasta nuestros tiempos... Muy raro. ¿Le ha gustado? —me preguntó mientras regalábamos aplausos.

—No sabría decirle.

Estaba estremecida, sí, pero ¿qué opinar de todo aquello? Yo no era buena opinando sobre arte. Doyle, en cambio, parecía feliz. Me invitó a acompañarle. El padre Philipotts también desfilaba meneando la cabeza.

—Increíble. Fantástico. Grandioso. Pero no me he enterado de nada.

Doyle le brindó su risa cristalina y a mí el brazo.

—Venga conmigo. Conoceremos las entrañas del monstruo.

Me condujo hacia una pequeña puerta lateral que daba a los bastidores. ¡Nunca había estado allí! Era un gran espacio oscuro con olor a madera y

hierro habitado por poleas, andamios, tornos y armazones. Se oían ruidos propios de estos objetos, pero también otros más extraños. Por ejemplo, un llanto de bebé. Una mujer grande le daba de mamar sentada en un rincón oscuro. Había pordioseros, algunos lisiados, que se afanaban cambiando la cinta del paisaje de vagón por otro decorado. Apreté el brazo de Doyle, que parecía divertido. A mí no me divertía en absoluto. La magia puede ser terrible, pero también maravillosa. El truco, en cambio, solo es terrible. Para mí representaba como descubrir que las escasas felicidades de tu vida, vistas por detrás, poseen cuerdas, poleas y tablas que sujetan una pared falsa.

Enseguida vimos a Pettiroso. Ya no llevaba barba y se había puesto su casaca carmesí: una de las bailarinas estaba con él, pero se apartó al llegar nosotros. «Enhorabuena, maestro», dijo Doyle, presentándonos. Pettiroso hinchó el pecho. Tenía los ojos encerrados en grandes bolsas de carne, pero tras aquellos dobles párpados su mirada era penetrante. Lampiño, parecía ajeno al mundo y a las cosas, pero, a la vez, más real. Comprobé que aquella sensación inquietante que producía mirar el escenario por detrás incluía también a las personas. Tendí una mano temblorosa. Hizo algo insospechado: posó su mano sobre la mía envolviéndola por completo y con la otra cerró las rendijas. Tenía manos gruesas, casi esponjosas.

—Así que enfermera... —Su tono era susurrante pero grave, como el de un trombón. Su inglés, extraño, pero desenvuelto—. Maravilloso. El dolor humano. La compasión. ¿Le ha gustado nuestra primera obra?

—Sí —me apresuré a decir con mi mano derecha cautiva. Mientras la tuviera de rehén, contestaría que sí a todo lo que quisiera.

Al fin la soltó. No dejaba de mirarme. ¡Nunca había visto a un actor con experiencia tan de cerca! Mi hermano, que había pedido autógrafos a Macready y a Henry Irving, me aseguraba que eran otra clase de personas. Habían dado un paso hacia el mundo de lo desconocido, me decía, y no se parecían a ningún otro ser humano.

Pero me pareció que exageraba. Pettiroso era, simplemente, un hombre robusto.

—Somos compañía pequeña —explicaba—, pero hemos hallado aquí nuestro nido. Al principio éramos de tren.

—¿De tren? —pregunté.

—Itinerantes, se refiere usted —contribuyó Doyle.

A eso se refería. El tren: de ahí el decorado de la pieza que habíamos visto.

Una historia —dijo Pettiroso— que era a su vez la de su compañía vagabunda y la del «arte sagrado» —así lo llamaba—, siempre de un lugar a otro. Eso era lo que más les había gustado de Inglaterra: el tren. Nos agrada este país porque es muchos países, creo que dijo. Y en el Caridad le daban trabajo a los necesitados. ¡Todo el mundo se beneficiaba!

—¿Como esos pobres, Hutchins y Noggs? —precisó Doyle, enarcando una ceja.

El abanico de la gran expresión de Pettiroso, desplegado en infinitas armonías de tristeza y recuerdo.

—Sí, pobres gentes. ¿Quién habrá podido ser tan cruel con ellos?

—Es lo que todo Portsmouth se pregunta —dijo Doyle.

—Ojalá atrapen al miserable que así les hizo. —No era un inglés perfecto, pero le sobraba expresión, y sus manos se cerraron en sendos puños al decir esto.

Nos condujo por el tinglado, yo a la izquierda, Doyle a la derecha, y bajamos al subsuelo donde nos mostró cómo hacían salir personas de la maleta mediante una plataforma con palancas que subía y bajaba. ¡Fascinante! Pero aquel lugar era irrespirable y agradecí volver a la primera planta. Entonces algo atrajo mi atención: una pequeña cámara de madera que sobresalía de la pared. De su puerta salió alguien que pareció llevarse un susto no menor que el mío. Se trataba del ayudante y actor de aspecto cadavérico, el del sombrero cónico. El húngaro, me dije. Su rigidez, su mirada de carbones encendidos y su mueca me dijeron: ¿Qué hace aquí esta? Rápidamente cerró la puerta por la que había salido. Pero detrás salió la muchacha. El hombre le dijo algo, ella me miró y cerró bruscamente la puerta. Algo había ocurrido con ella. Y, cuando observé mejor al hombre flaco, también con él, aunque en menor medida.

Pettiroso los llamó. «Constantine», dijo. Se acercaron ambos.

—El doctor Arthur Doyle y su enfermera y ayudante, señorita Anne McCarey. Ellos, Constantine y Abigail. —Mencionó apellidos, pero no logré recordarlos, y dudo que hubiese podido pronunciarlos en aquel momento—. Vienen de Centroeuropa.

Me hallaba tan asombrada que apenas pude asentir con la cabeza.

En el escenario eran un príncipe de la muerte y una danzarina de rituales prohibidos. En el restaurante también resultaban magnéticos, tentadores.

Pero ahora, allí, delante de mí, tan cerca que podía tocarlos...

... eran un chico flaco y...

... una muchachita tan joven y escuchimizada, de pelo corto, que podría haber sido una trabajadora tísica en una fábrica de telares y no me hubiese fijado en ella dos veces. Él era un mozalbete de piel algo pálida, pero con acné. ¿Dónde estaban «el hombre del sombrero cónico» y «la bailarina de rojo»?

No podía ser.

—¿Le sucede algo, señorita McCarey...? —Enarcó una ceja Pettiroso.

—Yo... no me los imaginaba así.

Hubo una risa general en la que —para mi vergüenza— Doyle participó.

—Es la primera vez que conoce a teatreros fuera del escenario —dijo Doyle a modo de excusa.

—Oh, ya entiendo. —Y Pettiroso tradujo en un idioma incomprensible hacia los dos jovencitos, que volvieron a reír—. El teatro nos transforma, *madamina*.

En ella la transformación iba más allá de todo lo que yo podía comprender. Aquel pelo corto no parecía ahora tan... tan extraño. Sus curvas ondulantes al caminar apenas se notaban en el cuerpecito ceñido por un vestido blanco simple, sin detalles anatómicos notorios, que hacía pensar en una edad no mayor de trece años. Y, sin embargo, más intrigante aún —lo pensé después—, ¿qué fue lo que me hizo saber, sin lugar a dudas, que *ella era* la muchacha del restaurante y de los bailes? ¿La mirada, que, como la de Pettiroso o Constantine, permanecía fija, brillante al fondo?

—Disculpen —murmuré—, me siento como si hubiese visto fantasmas.

—Es que ha visto fantasmas —dijo Doyle—. Lo que había en el escenario eran espectros creados por usted. —Pettiroso y sus compañeros escuchaban y asentían—. La gente piensa, equivocadamente, que ver el truco o conocer al teatrero sin maquillaje tranquilizan la conciencia, y es todo lo contrario. Saber que el misterio depende de dobles fondos o personas corrientes nos perturba más allá de lo soportable, porque nos demuestra que todo objeto y toda persona llevan teatro dentro. Que solo se necesita una madera pintada o un gesto para... para que surja el milagro.

En medio de los asentimientos y comentarios sobre la opinión de Doyle, señalé la pequeña puerta por la que habían salido Constantine y Abigail.

—¿Qué hay ahí dentro? —pregunté en tono casual.

—La función se reanuda, siento —dijo Pettiroso apresurado, sin dar

muestras de haberme oído. Tomó mi mano de nuevo—. Manos de enfermera. ¿Comadrona?

—Enfermera de asilo —espeté.

—Oh. —Y me soltó.

Mientras salíamos miré atrás: el enjuto ayudante nos observaba.

La siguiente obra fue más larga, más febril, pero más comprensible. César tenía barba, pero no vi razón alguna para que no la tuviera. El coro de actores lo rodeó en un momento dado empuñando cuchillos. Cada cuchillada, un golpe de tambor. Instintivamente, tuve que ofrecer mis manos temblorosas al brazo firme de Doyle. *Siete días, seis heridas, dos mendigos*: eso era lo que mi memoria me repetía cuando la figura barbada cayó, la toga llena de heridas.

Me sabía el final. César muere, Bruto y Casio también, el listillo de Antonio, no.

De regreso a la residencia inspiré profundamente la noche marina. Me sentía mareada y me apetecía pasear. Nuestros pasos resonaban en la calle desierta. Y el clic clac del bastón de Doyle, que seguía preocupado al verme preocupada.

—¡Nosotros, que conocemos el verdadero terror del teatro de la vida, el hospital! ¿Por qué vamos a inquietarnos siquiera en ese mundo de luces de gas y disfraces? —dijo.

—¿Qué habría tras esa puerta? —pregunté como para mí misma.

—¿Qué puerta?

Le conté a Doyle la aparición del hombre escuálido y la chiquilla, y su extraña prisa por cerrar aquella puerta al verme.

—¡El aseo de caballeros! —Doyle celebró a solas su broma—. Perdone mi humor inapropiado: seguramente, un clandestino.

—¿Hay clandestinos en el Caridad?

—Los hay en todas partes. Nosotros, los ingleses, los necesitamos más que nadie. Pero, si le parece, indagaré más en ese. Seguramente, gracias a él consiguen los beneficios que no les concede el Caridad. En todo caso, no me ha parecido que Pettiroso haya mostrado inquietud al mencionar los nombres de Noggs y Hutchins...

Escuchaba a medias las disquisiciones del doctor, porque me volví a mirar los solitarios callejones. La sensación de que alguien nos seguía retornó con intensidad.

Una sombra. Un ruido. Lo achaqué al espectáculo que habíamos visto... Y se esfumó cuando llegamos a la zona iluminada de la Clarence Esplanade: a un lado, la sombría fortaleza; al otro, el muelle, y en medio, los tejados holandeses de Clarendon. Doyle fue tan gentil de acompañarme hasta allí. Nos separamos en la cancela, nos despedimos —«Una noche inolvidable. Es usted muy gentil, doctor»— y lo vi cruzar la avenida y perderse por Victory Road.

La noche estaba fresca y húmeda, el mar bramaba como concentrando fuerzas para algún ataque. Pero no podía acostarme ahora. Todas aquellas emociones juntas y como epílogo el teatro... Porque recordarán ustedes que aquel era el día en que me había despedido para siempre de Robert Milgrew —a esas alturas ya habría leído mi carta— y, por si fuera poco, había asistido a un espectáculo de Coppélius y descubierto una puerta oculta y misteriosa y conocido a actores desencarnados de los espectros del escenario. ¡Todas esas emociones juntas!

¡Y, por último, pero no menos importante...!

*Bella .*

¿Eso me había dicho? Quería recordar las palabras exactas, como de niña cuando saboreaba con la boca vacía después de comer una galletita Merryweather para intentar capturar ese último punto, la mota final de la golosina perdida.

~ 6 ~

Hice lo que solía. Ya era un hábito en mí. Rodeé el muro de Clarendon, entré en la playa, hundí los zapatos en la arena. El mar, de noche, como una bestia oscura festoneada de blanco. Hacía casi frío, pero era la naturaleza, compensando la atmósfera neblinosa y murmuradora del teatro. Miré hacia la fachada posterior.

Ventanas abiertas, otras no. Pero la única que tenía corridas las cortinas era aquella. El único párpado cerrado.

Pura cortesía, Annie.



No, no era un hombre acostumbrado a las cortesías. Él me *veía* así. La Comadreja estaba asombrada: sus ojos pequeños no debían de ser tan pequeños, después de todo. Su mentón hundido era un mentón hundido, sí, pero el conjunto podía resultar agradable. Y llorar no me afeaba: llorar entristecía a quien me apreciaba.

Yo no era lo que me habían enseñado a ser, lo que siempre habían dicho otros que era. Nunca somos eso.

En dos semanas en Clarendon mi vida había cambiado. Había acompañado a un joven muy atractivo y elegante al teatro, y otro hombre muy inteligente —loco—, con problemas mentales, sí, pero el *más* inteligente de todos —loco—, había alabado mi aspecto. Y colaboraba en investigar unos crímenes, no lo olvidemos.

Esa era la noche. Se suponía que, de haber seguido el ciclo, esa noche habría otra muerte.

Me volví y divisé el lugar desde donde se suponía que Quentin Spencer y su pecaminoso amor, ocultos, vieron a Hutchins borracho, oyeron y sintieron cosas raras. Estaba oscurecido por los árboles y una luna casi llena orlaba de plata las copas. Un sendero como un espejo en la tierra conducía hacia allí.

Todo aquello me intrigaba. ¿Quién —o qué— lo había asesinado sin apenas dejar más rastros que una risa y un leve frío, y había arrojado el cuchillo cerca del cuerpo? ¿Cómo era posible que ni Spencer ni su dama vieran nada?

Parecía algo sobrenatural, en efecto.

Me acerqué levantándome los bajos de la falda. Recordé la posición del cadáver, tal como la había vislumbrado desde Clarendon: allí debía de estar. Un rincón solitario a esas horas. ¿Cómo iba a imaginar el asesino que habría dos testigos en las proximidades, entre los árboles? Pero ni siquiera ellos habían visto nada: Hutchins vivo, Hutchins muerto. ¿Por qué? ¿Cómo era posible? Era un truco, un doble fondo. Y el pobre señor X —a quien solo obsesionaba ser llamado Sherlock Holmes y averiguar «lo que Hutchins bebía» (¡Dios mío!)— ni siquiera mencionaba tal posibilidad. Como si creyera en verdaderos fantasmas. Pero tenía que ser un truco.

Algo que, visto de cerca, resultaría tan incomprensible como Constantine y Abigail. El secreto debía de ser algo común y corriente, pero ¿qué?

¡Las ansias investigadoras del señor X —o de Sherlock Holmes— me poseían!

Me introduje en el pequeño grupo de árboles cercanos a la avenida. Buen lugar para esconderse. Desde donde estaba veía la playa interrumpida por los troncos. Quizá el asesino se ocultaba en...

Uno de los troncos a mi izquierda se movió.

El corazón me dio un salto.

No había nada, solo árboles quietos, agujas de pinos. Por entre ellos, la mole del edificio de Clarendon, a lo lejos.

Sin embargo, no me tranquilicé. Prueben a estar en un lugar oscuro y aparentemente deshabitado y comprobarán que tan solo *pensar* en la simple posibilidad de que haya alguien puede convertirse en puro terror. De repente los árboles dejan de ser árboles. Como Constantine y Abigail: cosas que, de lejos, parecían otras. Los árboles eran solo actores en escena. Ahora ya se marchaban. Se movían. Se quitaban el disfraz entre crujidos. Ya no eran árboles, sino otras cosas...

Regresé sobre mis pasos diciéndome: Estoy nerviosa.

Tan solo.

Clarendon se hallaba a unas doscientas yardas. Era fácil llegar hasta allí.

Atajaría por la avenida en vez de recorrer la arena. En la avenida había más luz. Cuando cambié de rumbo algo se abalanzó sobre mí y, con la horrorosa fuerza del empujón, me hizo caer de espaldas. Dios impidió que hubiese un árbol en medio para golpearme en la nuca. De modo que solo encontré arena blanda y matorrales, pero cuando supe qué estaba ocurriendo ya era tarde.

~ 7 ~

Arriba, a infinita distancia, abierto de piernas, esperó a que me levantase.

—Acabemos con esto —dijo, la voz rasposa—. Coge tu maleta. Nos vamos ahora.

Jadeaba mucho más que de costumbre, aún más que cuando estábamos en la intimidad, pero sospeché que era la fogosa caldera del alcohol que lo quemaba por dentro. Sonaba a laringe achicharrada.

Miré a mi alrededor mientras me incorporaba, sujetándome el sombrerito de Susie. Estábamos solos. Nadie iba a vernos, nadie acudiría, nadie me oiría

si gritaba. Robert y su *guernsey* viejo, su rostro encendido por la gloria infernal del aguardiente. Lucifer de los borrachos. Hacía muecas —las hacía cuando el alcohol lo poseía y me miraba con ojos achinados mostrando los labios por entre la barba. Como si me dijera: Mira lo horrible que puedo llegar a ser—.

Me tomó del pecho del vestido y esa vez sí grité. Un BROOOOOJJJSCCH del mar se llevó mi grito mientras me empujaba contra un tronco.

—No podía creerme... tu mensaje... Tú, mi... mi reina de los mares. —Hipó—. No pude creer... lo que... Y acerté. No eras tú. Es el señooooor caballerooooooooo. Elegantón. Joven. Es él. Por eso quieres quedarte. Por eso me pateas.

Pensé: la sensación de que nos seguían. Se había apostado en Clarendon —bien lo conocía— y me había visto salir con Doyle. Se habría pasado toda la tarde siguiéndonos y reuniendo carbón para la gran caldera. Sus hipidos casi lo levantaban del suelo y, atada a él por su mano en mi pecho, me levantaban a mí.

—Y mira cómo soy yo, en cambio, reina... hic... Te lo perdono. Todo. Ahora ve a recoger tus cosas.

—¿Me... me has estado siguiendo? —dije la pregunta obvia para la respuesta obvia. Y me mareó con su aliento.

—¡Claro que te he seguido, zorra! ¡Vine a Clarendon a verte! ¿Y qué me encuentro a la salida? ¡Tú, del brazo de ese tipejo! ¡Has dado el paso! ¡El paso! Y no está mal, ¿eh? De marinero de segunda a timonel de segunda. ¡El pobre carcamal de Robert Milgrew nada tiene que hacer ante el grumetillo Arthur Connor Doyle! —No le importó equivocarse, yo no lo corregí—. Ah... ¿Te sorprende? ¿Creías que no iba a enterarme de quién se llevaba a mi amor del brazo? En el mar decimos: «Yo también tengo mi libro de oraciones», reina. ¡Fue fácil! ¡Todo Portsmouth conoce a ese tipejo!

—Es solo un amigo...

—¡Un amigo con quien te fuiste al teatro después de decirme: Robert, lárgate!

—No grites.

—¿Qué?

—No grites. —Pero eso, pensé, era estúpido—. O hazlo. Grita. Oh, por Dios...

—No gritaré. Vete a recoger tus cosas. Si no sales en...

—No.

La gran calma —ojo del huracán— lo poseyó. Sus hombros parecieron arriar velas.

—Perdone, enfermera. ¿Puede repetir lo que ha dicho?

Se acercó. Su hedor me emborrachaba. Le tenía miedo, claro que sí. Lo único que había cambiado era la relación que sentía entre ese miedo y mis decisiones. Miedo sumado a Robert ya no era igual a obediencia.

—Por favor...

—Eso está mejor, reina. «Por. Favor». Sigue.

—No quiero dejar este trabajo... Podemos hablarlo otro día...

—Vaya, el grumetillo te ha llegado al corazón.

—No, ¡no, no es...!

Me detuve a mitad de camino. El horror de que supiera, acaso de forma indirecta, de la existencia del señor X me impidió seguir. De hecho, improvisé. ¡Grandes actores todos, cuando la situación lo requiere! Lo miré a los ojos.

—¡Sí, él es *mejor* que tú!

No quería involucrar a Doyle, que ninguna culpa tenía, pero mi terror helado lo hacía resbalar todo peligrosamente hacia el señor X. Y ese nombre no podía pronunciarlo —no, NO— delante de Robert. Si Robert llegaba a saber algo sobre aquel pobre ser escuálido y quieto en el sillón, lo mataría solo a gritos. No podía.

Dejé que sus celos ardieran. A esa distancia casi oí el chasquido de la ignición.

Calma. Mirada quieta. Sonrisilla.

—El guapito, ¿eh? Un doctorcito recién llegado a Portsmouth. ¿Crees que siente algo por ti, reina? ¿Un tipo con esa posición, tan joven y atractivo? ¿Crees que una vieja enfermera con una jeta como la tuya puede importarle un maldito pimiento? ¡Te está utilizando para conocer la ciudad! ¡Baje de la nube, enfermera McCarey, te estoy haciendo un favor, incluso!

Llorar —me afeara o no—, lloraba. Pero no por los insultos. ¡Quizá los merecía! Con su verdad no me insultaba. Con mi mentira, yo sí a él. Ciertamente, en un platillo una y en el otro la otra, yo era la más culpable. Y él nunca me había producido más compasión que entonces. Me sentí, en verdad, una zorra. Y conocía mi forma de expiar.

Apenas había espacio entre el árbol y él, pero me arrodillé como pude.

Acosé las perneras de sus pantalones. Sus sucias botas de media caña, donde mi frente golpeaba.

—¡Robert! ¡Robert, déjame quedarme! ¡Volveré contigo! ¡Rompe la carta! ¡Lo siento! ¡Déjame quedarme y ven a verme cuando quieras! Pero... no... no voy a irme... No... No... ¡NO! —El dolor, ese gran monólogo. Hablando hacia sus botas. Intentando complacer su dignidad indignamente. Una forma como cualquier otra de ser cobarde y protegerme—. ¡Eso no! ¡Pero si me dejas quedarme...!

Podía darme una patada, no habría sido la primera vez. Mi esperanza: que mi llanto, de alguna manera, penetrara en su niebla.

Se tomó su tiempo en la respuesta. Cuando habló —yo no podía verlo, seguía con la cabeza apoyada en sus botas— se mostró torpe, como si al fin, despojado de rabia, asomara la borrachera con sus orejas de burro.

—Así que... qui-quieres quedarte... ¡Pu-pues venga, quédate! A fin de... —No llegó a decir «cuentas». Se apartó de mí, tambaleándose—. Sigue aquí, en tu agujero de mierda... Eso sí, cuando venga, cuando yo venga, reina..., me dedicas el tiempo a mí... —Eructó—. Necesitaré dinero pa-para el regreso... Estoy sin blanca...

Alcé la cabeza. Lo miré.

Arrodillada, sucia de arena, entre los árboles, bajo la sombra del viejo pirata.

Pata de palo.

Lo miraba como si fuese algo desconocido. Una especie de escena bíblica, una revelación, un regalo al que hubiese que observar con detenimiento.

—Vamos, tonta, levanta. —Se apoyaba en un tronco—. Y quédate con tu... guapito.

Aquel gran conocimiento que de repente recibí, aquella lengua de fuego, me hizo erguirme como un árbol más. Mirándolo.

—Nunca me has querido...

Como si lo viera por primera vez.

—¿Qué te pasa ahora?

—Te da igual que me quede o que me vaya. No es eso lo que te importa. Lo que quieres, lo que has querido siempre, es que te *mantenga* .

Me miró con leve asco y leve interés. No tenía la cabeza limpia para inventar excusas, así que no las inventó.

—Vamos... ¿Qué dices ahora? ¿No querías quedarte? ¡Te lo permito!

¡Quédate!

—Todos estos años...

—¡Que te quedes! ¡Te lo estoy *permitiendo* !

—Vete de mi vida, Robert.

El mar fue nuestra respiración un instante. Él se agitó como para responder, pero no le di tiempo.

—Vete de mi vida y no vuelvas.

Al fin la bruma que lo entorpecía se apartó lo suficiente como para hacerle saber que mi seriedad era un camino angosto en un solo sentido.

—Estás loca... Estás completamente zumb...

Se acercó.

—¡Vete de mi vida! —aullé. Pero no fue el aullido, fueron las palabras que reescribo. *AHORA*.

*VETE*

Y lo empujé.

*DE*

Yo misma.

*MI*

Nunca le había puesto la mano encima a un hombre, salvo para cuidarlos o complacerlos.

*VIDA* .

Nunca, que Dios me perdone.

Complacerlos. Cuidarlos.

Con Robert imaginaba que jamás podría superarlo en fuerza. Era una roca. Sería como intentar mover una estatua de tamaño natural, pensaba.

Pero me equivocaba.

Resultó que mi empujón lo hizo retroceder varios pasos y casi lo derribó.

Resultó que no era cuestión de fuerza, o no de fuerza física, de la cual él presumía. Era cuestión de voluntad.

De eso podía presumir yo también.

Claro que enseguida vino la respuesta. Tienes redaños para decir, pero... Las consecuencias me embistieron. El golpe de mi espalda contra el árbol me hizo vibrar y a él conmigo, casi cómicamente, y creí que me había roto las vértebras. El sombrerito de Susie salió volando. Pero aún no sentía miedo ni dolor. No todavía. Quedamos cara a cara. Él resoplaba una ola de cerveza agria y yo la inflamaba con fuego.

—¿Empujarme? ¿A mí? ¿Quién diantres... te crees? —gruñía, sonreía—. ¿Eh...?

—¡Déjame...! —Manoteé, pero era como acertar a una mosca en pleno vuelo.

Me sujetó con facilidad. Con todo su peso apoyado en mí. Su lengua, como un perro enorme, resbaló por mi cara. Borrándome. Desprendiendo mi belleza. Yo era *bella y valiente*, pero la lengua de Robert lo borraba todo.

—¡Miren la gata furiosa! ¡Yo sé lo que te gusta, reina de los mares...! ¿Te lo doy? Puedo darte lo que te gusta... —Forcejeó con mi falda, aplastó la barba en mi boca—. ¡Yo te lo doy, soy el único que te...!

El golpe lo echó a un lado como una pelota, incluso rodó por la arena.

—Deje a la señorita o la próxima vez no lo golpearé con tanto remilgo.

Robert aún se palpaba la cabeza, como si se asombrara de tenerla. La gorra había volado, bateada. Se dedicó a buscarla. Yo recogí el sombrerito.

—¿Se encuentra bien? —Doyle, que seguía esgrimiendo su bastón, me tendió la mano y la acepté, dejé que me acogiera y me abrazara, solo para que Robert lo viera, quería que lo viera. Alzó su bastón de nuevo, amenazador—. Eh, borracho, no sé quién es usted ni me importa, pero si vuelve a acercarse a la señorita, se arrepentirá.

—Déjelo, doctor —pedí.

Robert Milgrew, marinero de segunda, se encaró con él.

—¡El doctorcito de gran ciudad con su bastón! ¡Vamos, deja el bastón! ¿O solo eres hombre con él?

Con el ímpetu de los desafiados frente a una mujer, Doyle ya se disponía a aceptar cuando lo abracé.

—¡Por favor, doctor Doyle, si me aprecia en algo, déjelo!

Cambiamos de rumbo, yo abrazada a él. Robert, a nuestra espalda, envalentonado por la retirada, pero vigilado por Doyle, alzaba el puño.

—¡Lárgate, cobarde! ¡Sé dónde vives, Arthur Doyle! ¡Iré a tu consulta! ¡Hablares de igual a igual entonces, doctor! ¡Esa mujer es mía! ¿Me oyes?

Era imposible no oírle. Lo oía probablemente todo Southsea. Alguna ventana se encendió en Clarendon, pero no la del párpado cerrado.

Robert y el mar, compitiendo.

—¡Yo te amo, Annie!

BUJJJJJR, el mar.

—¡¡... amooo!!

BEUUUUUJJJJJS.

—¡¡Annie!! ¡¡Annie...!!

Ganó el mar. Mi nombre se disolvió en las olas como la sal.

Cuando volví a mirar, ya solo quedaba la noche.

—Por suerte, regresé por otro camino —explicó Doyle en la cancela de Clarendon—. Eso me permitió ver a ese tipo saliendo de una esquina y siguiéndola a usted sigiloso hacia la playa. Me asusté. Ya sabe que hoy, en teoría..., es la noche del...

—Sí, ya sé.

—Me acerqué con prudencia. Les oí discutir. Al parecer, usted lo conocía. No quería entrometerme, pero entonces vi que él la agredía y... ¿Quién era ese tipo, por amor de Dios? ¿Qué quiere?

Un amigo, le dije. Ya no. Lo había sido. Un marinero. Había venido desde Londres, pero ya no volvería a molestar. Yo estaba segura de eso.

—Con amigos así... —dijo el caballeroso Doyle—. Esta vez no me marchó hasta dejarla dentro de la residencia.

Me hizo sonreír.

El mar repetía mi nombre en la oscuridad de mi dormitorio mientras lloraba.

Pero al fin dejé de oírlo y me dormí. En paz.

Ignorante del horror que se nos avecinaba.





# EL OJO DE PORTSMOUTH

---

COLUMNA TEATRAL

---

**El terror del teatro y Julio César**  
***Burlesque* y gran tragedia**  
**Compañía Coppelius, director S. Pettiroso.**  
**Teatro de Caridad, St. Mary's, Portsmouth**

¡Misteriosa y terrible fábula la primera obra! Un escenario de vagón de tren: la compañía viaja para llegar a nuestra ciudad y durante el trayecto su director (el propio señor Pettiroso) tiene un sueño en el que se entremezcla la historia del ritual órfico y músico del teatro... ¡Bailes tentadores, visiones mágicas...! El *Julio César* también ha resultado innovador. ¡César parece reclamar su propia inmólación...! ¡Gran compañía Coppelius! ¡Gracias al muy añorado sir George Erpinghal, su principal patrocinador...! El suicidio de este gran hombre ha dejado profunda huella en nuestra ciudad... ¡Los niños menesterosos le estarán agradecidos...!

Edmund Hammersmith

# BURLESQUE PARA DANNY WATERS

Las burlesques son como trampantojos de sentimientos: crees que habrá risas,  
y descubres dolor...

T. ROBERTSON, *Teatro de variedades  
en Gran Bretaña (1856)*

*El niño menesteroso Danny Waters es feliz.*

*Por fin ha llegado la hora.*

*Ya podrá demostrar al mundo que es buen actor. No importan las cosas de las que uno carezca, siempre pueden compensarse con energía y voluntad.*

*El telón aún cerrado, más allá el silencio, pero Danny sabe que le aguarda un público atento y receptivo. Ha estado preparándose para este instante.*

*¿Por qué todo lo grande, lo decisivo en nuestras vidas, depende de unos cuantos segundos fortuitos?, se preguntaría Danny si pudiera poner en tales palabras lo que ahora mismo se pregunta. Fama o fracaso, líneas dispares que parten de un solo punto. En ese punto se encuentra ahora. Mordiéndose las uñas.*

*Bueno, mentalmente. No quiere mordérselas de verdad, eso no es propio de un actor, ni siquiera de un luchador artístico en una arena.*

*Permanece de pie frente al telón oscuro. Al otro lado, el público.*

*¡Ha llegado la hora, Danny Waters!*

*Siente frío. Un hormigueo que se extiende desde sus pies descalzos a su estómago, como una parálisis. Su buen amigo Elmer, Elmer Hutchins, le decía que los nervios no son nada si dejas de pensar en ello. ¡Para Elmer era tan sencillo dejar de pensar! Ojalá pudiera estar aquí su amigo, con él, y aconsejarle cómo controlarse.*

*Tiene miedo, sí.*

*Le han dicho que es la prueba DEFINITIVA, Danny, no puedes fallar.*

*Comienza justo a las doce de la noche, con las campanadas.*

No puedes fallar, le han dicho, porque no tendrás otra oportunidad. El público carece de paciencia. Será cuestión de hacer lo que sea y hacerlo rápido. Luego, ya entre bastidores, llorará un poco por su amigo Elmer, que le prometió estar en primera fila durante su noche de triunfo, pero que, por desgracia, no podrá cumplir su promesa.

Porque ha muerto.

Ahora Danny no quiere acordarse de eso.

De su inmenso cuerpo arrojado a la arena. De los detalles en los que tuvo que fijarse para contárselos a ese extraño «señor X». No lo recordemos.

¡Elmer le había ayudado tanto! Antes de conocerle, Danny era el Tartaja, y solo subía a escenarios clandestinos para «luchar» contra otros que tampoco hablaban. Y las luchas, bien lo sabe él, no son tan inofensivas como algunos piensan. Te llevas golpes, por mucho que estén ensayadas como si de una danza se tratase. Y no es que eso le importe. Ojalá todo fuera sufrir unos cuantos moratones o salir sin ropa a escena. Pero es que eso no es ser actor. Elmer se lo había dicho. Él podía dominar sus defectos y ser actor de comedia — mueca de risa — o tragedia — mueca de dolor — . No tenía padre para mostrarles sus triunfos, pero se los mostraría a sus amigos. Sus verdaderos amigos creían en él, ¡vaya que sí!

Ruidos en el telón. ¡Ya! Danny se prepara. No oye los murmullos del público. Es una audiencia concentrada, o quizá escasa. Campanadas. Tres... Dos... Uno.

El telón desaparece. No se levanta. Es como si no existiera.

La sala es mayor de lo que Danny había pensado —NO PUEDES FALLAR—, tan grande y oscura como la noche en el mar.

Silencio absoluto.

Danny Waters está sobrecogido. No puede moverse. No lo conseguirá.

Pero entonces ve algo inesperado.

En primera fila, como había prometido. Su barba algo sucia, su cuerpo lleno de manchurriones rojos, sus ojos en blanco, pero con una sonrisa paralizada y un gesto aprobador. Adelante, muchacho.

Su buen amigo Elmer, animándolo, fiel a su promesa. Danny puede ver su cuello, abierto como otra sonrisa, donde menudean los gusanos.

—SI NO PIENSAS QUE ESTÁS MUERTO, DANNY, NO LO ESTÁS—le dice Elmer, y de su boca negra sale un coágulo de cosas horribles.

¡Qué alegría, el señor Hutchins allí! ¡Danny, es tu momento! ¡Danny, lo

*vas a hacer bien! ¡Comedia! ¡Tragedia!*  
*Y Danny ríe y comienza la función.*

# SHERLOCK HOLMES EN EL PALACIO DE CRISTAL



~ 1 ~

Aquel día no lo olvidaré mientras viva.

Desperté con dolores por todo el cuerpo, en particular en la espalda, donde me había golpeado con los troncos. Y algo mucho peor, una sensación casi nauseosa de vacío. Me miré al espejo y fue como si este me dijera: «¿Qué esperabas, Annie?».

Pero ¿acaso había esperado algo con Robert en algún momento? Quise pensar que alguna vez le atraje, le hice feliz, como él a mí. Hubo un momento, un día, unos cuantos días al principio. ¿Y luego? Supuse que por mi culpa. ¿Cuántas veces me había ocurrido eso? Los hombres no necesitaban decir: te amo, reina de los mares, sino tan solo «ven», así era. Y yo iba.

Pero esta vez no había funcionado.

Aún escuchaba su «¡Annie!» desgarrador mezclado con el oleaje.

Me sorprendía a mí misma lo poco que me importaba recordarlo.

Para bien o para mal, con mi cuerpo maltrecho y dolorido, yo era otra.

~ 2 ~

Me preocupaban más las palabras que me había dicho otra persona.

Entré cuando ya habían servido los desayunos, pero su bandeja, en la mesilla frente al sillón, estaba intacta. Incluso antes de saludarle escuché su voz.

—Ha hecho muy bien en romper con él, no era un individuo de fiar.

—Buenos días. ¿No tiene usted apetito? —dije, en lugar de seguir con el tema.

—¿Podría descorrer las cortinas, señorita McCarey?

Lo hice, pero no quise abandonar el diálogo absurdo que manteníamos.

—No había ningún peligro en el teatro —dije mientras parpadeaba ante la luz.

—Sí, el teatro, ¿podría hacerme un resumen?

Era obvio que estaba nervioso. Esperaba a sus chicos, sin duda, pero en su semblante, ahora bajo la luz, había algo nuevo, un punto de ansiedad diferente.

Le hablé de Pettiroso, de sus ayudantes, los jóvenes Constantine y Abigail, y me detuve morosamente en la puerta cerrada. Esa era, de algún modo, la meta a la que quería llegar. Había una puerta cerrada, ¿sabe? Insistí en que Constantine se inquietó cuando miré hacia allí, hacia la puerta cerrada. Me escuchó en silencio. El desayuno seguía intacto. Cuando hice una pausa para ver qué opinaba, dijo:

—No se preocupe más de esa puerta, lo que me interesa son los invitados.

—¿Los invitados?

—Sí, supongo que el doctor conocía a mucha gente y usted habrá sido presentada a algunos, cuénteme lo que recuerda.

No recordaba mucho, y solo un nombre le sonó: el señor Edmund Hammersmith, al parecer, director del periódico *El Ojo de Portsmouth*. A veces hacía reseñas teatrales. La anécdota del cura católico jugador de ajedrez, el padre Philipotts, también le divirtió. Sobre todo, lo de que el cura invitado originalmente no era él, sino el padre Evans, que estaba enfermo. ¡Eso —Dios sabía por qué— le hizo hasta sonreír!

—Este misterio es tan increíble... Cada día aparecen nuevas cerraduras, y cada vez estoy más seguro de que se abren con una sola llave.

—No entiendo nada —declaré—. Pero, hablando de cerraduras, yo diría que ha descartado usted demasiado pronto lo de la... puerta cerrada.

—No se preocupe más de esa puerta ni de esos jóvenes extranjeros, solo necesito un crimen más, es injusto que el asesino no me lo ofrezca, le costaría

muy poco, un mendigo más, mi reino por un mendigo, un mendigo y tendré algo, algo sólido, porque por ahora la realidad es agua y nosotros somos manos abiertas...

—Desayune ya de una vez, me está poniendo enferma. Parece usted un buitre.

Y, en efecto, mientras hablaba, su gran nariz aguileña planeaba cual pico sobre la bandeja de huevos y beicon y té fuerte. De este último bebió un sorbo.

—No tengo apetito, alguien debe venir con una noticia primero, todo es correcto si no hay errores, perdone la obviedad. ¿Le hizo mucho daño el tronco en la espalda?

Dejé de frotarme la espalda, pero juro que me hallaba detrás del sillón. Sus habilidades no cesaban de sorprenderme.

—Respóndalo usted, que tanto sabe —repliqué groseramente. Enseguida me arrepentí—. Lo siento. Me duele aún, pero se me pasará. Como lo otro.

—¿Lo otro?

Creí que necesitaba aclarárselo.

—Tiene usted razón: lo he dejado.

—¿Qué?

—A... A ese hombre.

—Oh, ah, ya, de eso estaba seguro.

—¿Lo estaba?

—Sí, es usted una mujer inteligente, eso es terreno sembrado, lo demás consiste en esperar. La paciencia lo es todo.

—Aplíquese la frase.

—Lo mío no es impaciencia, es vivir en el futuro de los hechos.

—Mi terreno no está tan sembrado como para entenderle...

Oímos pasos.

—Ahí viene el futuro de los hechos —dijo el señor X.

Golpecitos en la puerta.

—Bien —dijo el señor X.

Era Jimmy Piggot, no enrojecido esta vez, sino pálido como un muerto.

—Ha aparecido otro mendigo. Al pie de la fortaleza... Un hombre joven.

—Muy bien. —Se frotó las manos el señor X.

Así lo sorprendió la siguiente frase de Jimmy:

—Y *otro* más en las barracas del incendio... —Tras una pausa, su voz se

hizo un susurro—: Este no le va a gustar tanto, señor.

~ 3 ~

Las barracas del incendio. Así se llamaban. Recibían tal nombre porque un fuego las había hecho arder diez años antes. En Portsmouth nunca nos hemos caracterizado por una gran imaginación para los nombres. Se trataba de antiguos cobertizos militares, porque todo lo notable en mi ciudad es así, naval o militar, todo defensivo, amurallado. Habían sido abandonados hacía años y, como para nada servían, allí se quedaron las que ardieron, negrísimas y solas. La madera no se había consumido del todo debido a la humedad y ahora constituían un escenario para búsquedas del tesoro juegos de niños. Una casa de fantasmas.

Con un fantasma dentro esta vez.

A Danny Waters lo encontraron niños como él.

Y fue puro azar que lo hallaran, porque estaba tirado como un despojo en el fondo de una barrica usada por los vagabundos para apoyar cabos de vela o quinqués. Me lo imaginaba... No, no podía imaginarlo. No podía pensar en él: pensaba, más bien, en los niños que se habían asomado a esa barrica. Quizá jugaban a ser señores de un misterioso castillo. Alguno vería la barrica y querría usarla como mesa. Veo sus cabezas mirando hacia esa boca negra sin dientes, sus cabezas erguidas y quietas. Mirando.

Llegaron policías, llegó público —siempre ávido de lo atroz—, y por la tarde, el carruaje que transportaba a un irascible Merton y su tranquilo sargento Jameson.

Lo que no habían conseguido dos desheredados de la fortuna a quienes se tachaba de borrachos lo consiguió, por sí solo, el pobre Danny.

Al fin famoso —ruedan mis lágrimas mientras lo escribo—, al fin con público, como él soñaba.



Portsmouth entero se alzó en pie de guerra.

Las barracas del incendio volvieron a incendiarse. Allí se había congregado la ira de la ciudad. No pude evitar pensar que los ojos que ahora lloraban y las bocas que se abrían en gritos clamando justicia pertenecían a las mismas personas que probablemente habían ignorado a Danny cuando extendía su mano en busca de comida o aplauso. Era como si el asesino hubiese matado una parte de todos nosotros.

La policía prohibió los espectáculos al aire libre. Una búsqueda del tesoro con una teatrerilla inexperta de corta edad —que se había quitado su vestido rojo para hacer de tesoro, pero lo había dejado por error cerca de su escondite entre las rocas de la fortaleza— tuvo que ser cancelada. Varios buhoneros que hacían farsas de crimen fueron arrestados. Tanto conmocionó lo de Danny que lo de David Taylor pasó casi desapercibido. Taylor tenía veinticinco años y una pierna más corta que otra, pero sus brazos poseían mucha fuerza y había estado trabajando como tramoyista en el Caridad. Precisamente lo habían descubierto los más madrugadores entre los participantes en la búsqueda de la niña. Habían visto algo rojo en las rocas, en efecto, pero no era el vestido de la novatilla. No se prohibió todo el teatro, sin embargo, y algunas compañías se apresuraron a pescar en río revuelto. El Terrance tuvo un éxito inmenso cuando repuso, esa misma noche, el gótico *Asesinato en el infierno*.

Aunque no se había confirmado aún, la opinión general de aquella tarde —Nellie y Hettie, en mi caso— era que se trataba del mismo asesino. ¡Dos en una sola noche! La mecha de la noticia prendió de tal manera que el doctor Ponsonby tuvo que hacer un recorrido especial por las habitaciones de sus residentes para intentar calmarlos. También dedicó unas palabras al personal. Recuerdo a Susie Trench y Hettie Walters llorando, la señora Gillespie desmayándose más de una vez, Jane Wimpole y Nellie Worrington abrazadas, Jimmy Piggot cabizbajo. Hasta el señor Weedon permanecía serio y silencioso y la jefa Braddock alzaba las cejas.

Curiosamente, no recuerdo el discurso del doctor Ponsonby.

Pero, sobre todo, recuerdo al señor X.

Se habían servido ya las cenas cuando me acerqué a su habitación. Desde la puerta venía un gemido escalofriante. Una especie de llanto agudo, casi afilado.

Jamás había oído llorar al señor X. En realidad, nunca le había oído —ni visto— expresar emociones de ningún tipo, salvo que las tosecillas, las exclamaciones apenas un tono más alto del habitual o las curvas de las comisuras de los labios puedan entenderse como tales. Sentí horror. Más: incluso pánico. Sabía que, en el fondo de su corazón, aquella escultura pintada tenía sentimientos, pero lo que oí no lo esperaba.

Abrí sin llamar. O lo intenté: un obstáculo lo impedía.

—Es la señorita McCarey, chicos —dijo la voz del sillón fríamente—. Que pase.

Telaraña apartó la silla. El aire de mar me dio en el rostro. La ventana estaba abierta. Los dos niños al lado, junto a una de las lámparas encendidas. Puse de nuevo la silla contra la puerta y corrí las cortinas. Aún me duele recordar aquellas caras trémulas, apenas lavadas por el llanto. Mosca era quien más lloraba: de él provenían los gemidos. Me reproché en silencio haber llegado a pensar en algún momento que eran de mi residente. En cuanto a este, ¿los consolaba de alguna forma? No les censuraré si creen que la respuesta a esa pregunta es afirmativa. Ustedes lo habrían intentado, yo también, cualquier persona normal, incluso anormal... Pero no *él*.

—¿Las heridas de Taylor...? —decía, como prosiguiendo el examen interrumpido.

—Una sola en el vientre, señor... —dijo Telaraña—, y... la del cuello. El cuchillo, a veinte pasos...

—Una sola —murmuró nuestro hombre—, muy bien, y en cuanto a Danny...

Telaraña bajó la cabeza. Mosca seguía echando mocos.

—No... quisimos... ir a verle, al... Tarta —dijo. Lo abracé.

—No importa, *El Ojo de Portsmouth* las detalla todas —dijo el señor X—: Danny tenía dos en el vientre, además del degüello, curiosas variaciones...

—Por favor, le suplico, ¿quiere callarse? —dije mientras abrazaba al niño. Mi residente me ignoró.

—¿Cuándo visteis a Danny por última vez?

—Por la noche, poco antes de las doce. —Telaraña, obviamente, era el único que podía contestar. El pobre Mosca temblaba en mis brazos.

—¿Cómo sabes que era «poco antes de las doce»?

—Porque nos preguntó la hora. Estábamos cerca de la estación donde dormimos y se la preguntamos al Inocente.

—¿Al Inocente?

—Es un guarda de la estación que siempre nos defiende cuando sus colegas quieren pegarnos por dormir allí. Dice: «Son solo niños inocentes». Lo llamamos así.

—Comprendo. ¿Qué hizo Danny cuando supo la hora?

—Dijo que tenía que hacer algo y se marchó a toda prisa.

—¿Qué llevaba cuando se fue?

—El saco con sus cosas. Como... como si hubiese quedado con alguien.

El señor X asintió despacio, casi con severidad.

—No podéis estar en la ciudad, tenéis que marcharos. —Mosca se desprendió de mi abrazo enseguida.

—¡Pero... Pero...! ¡No podemos dejar solo al... Tart...! ¡Es nuestro amigo!

—Danny está muerto, idiota —dijo Telaraña dándole un codazo a su compañero.

Eran tres voces incalificables. Tres tonos distintos, desde el hieratismo del señor X hasta la angustia de Mosca. Telaraña mostraba una calma dolorida, humana.

—Tenéis que marcharos, os daré dinero...

—¡No podemos!

—¡Cállate, nos van a oír!

—Mosca. —El niño se quedó mirando a mi residente—. Danny ya no está, y, de hecho, te aseguro que no estaba cuando le hicieron eso .

—¿Y por qué se lo hicieron... si no estaba? —razonó Mosca.

—Porque su cuerpo sí estaba, pero su mente se había marchado a otro lugar.

—¿Cómo lo sabe? —inquirió el niño restregándose la sucia nariz.

—Porque lo sé, deja de preocuparte por Danny, no sufrió.

—Si estuviera en algún lugar, regresaría —dijo Mosca poco convencido.

—No puede, mataron su cuerpo, él no puede volver.

Tras pensarlo, el niño bajito habló como para sí mismo.

—Yo puedo prestarle mi cuerpo... Podemos vivir los dos en él.

Telarañatomó la palabra ignorando la descabellada idea de su amigo.

—¿Por qué cree usted que... debemos largarnos, señor?

—Se va a armar un buen jaleo, la policía querrá interrogar a todos los amigos de Danny y no será agradable. Desde Londres se exigirán resultados, la máquina de la ley se ha puesto en marcha y suele arrollar todo lo que encuentra a su paso.

—También podríamos irnos al lugar donde está el Tart... Danny —sugirió Mosca.

—Cállate ya y larguémonos.

Pero Mosca no se movió. Ahora no lloraba, sin embargo. Le ofrecí comida y agua en vano. Su expresión era desvalida y apenas estaba dejando que la mano de Telaraña lo arrastrase cuando la voz del sillón dijo:

—Eh, Mosca, tocaré el violín para ti.

Mosca miró a su amigo y ambos aguardaron parpadeantes.

La «interpretación» no fue la de siempre. La mímica era igual de mala, todo temblores que hubiesen resultado divertidos de no darse el caso de que se trataba de un enfermo mental. Sin embargo, esta vez sucedió algo nuevo: porque, sin alterar el semblante, el señor X parecía esforzarse, su alta frente se humedeció de sudor, la vena en la sien abultaba más que nunca. Para los niños tuvo que ser un espectáculo terrible.

—¿Te ha gustado? —dijo cuando bajó los brazos.

El niño asintió como hipnotizado.

Yo misma volqué el jarrón con el dinero que mi residente había guardado. Mosca seguía en un silencio maravillado. Su compañero tuvo que tirar de él, pero se detuvo antes de salir por la ventana cuando el señor X lo llamó.

—Voy a destruir a quien hizo esto, os lo juro —dijo.

Aquello sonaba a locura, pero Telaraña asintió muy serio, como si lo creyera.

—¿Cómo ha podido decirles eso a esos pobres chavales? —pregunté cuando se marcharon, mientras corría las cortinas—. ¿«Destruirlo»? —No respondió. Se repantigó en el sillón como si el «violín» hubiese exigido de él todas sus fuerzas—. En primer lugar, ¿está seguro de que es el mismo asesino? —pregunté.

—Es el mismo, ignoro si también ha aparecido el arma en el caso de

Danny, pero apostaría a que sí.

—¿Y cómo se las ha arreglado para cometer dos asesinatos en dos sitios opuestos?

—Porque es muy hábil.

Por un momento no supe qué decir. ¿Quién podía ser capaz de algo así? ¿Un verdadero fantasma? Aquello, a mi entender, no tenía relación con un odio irracional a los mendigos o venganzas personales. Yo había conocido a algún asesino perturbado en celdas especiales en el asilo de Asherton y, aunque no los había cuidado personalmente —se encargaban los guardas—, había visto sus manos como garras arañando las mirillas de sus celdas y sus ojos desorbitados, y conocido sus historias: actos salvajes, inimaginables, por las causas más absurdas. Pero sus crímenes eran torpes, dejaban huellas por todas partes, alguien les oía o veía, se delataban a sí mismos. El asesino de Portsmouth no parecía terrenal. Sentí verdadero miedo.

Iba a comentárselo cuando empezó a hablar. Su voz era como una columna de humo de pipa alzándose del sillón.

—En la residencia de Oxford... —murmuró con voz átona, como si empezara a dormirse—. ¿Recuerda que le dije que un día le daría detalles? Bien. En Oxford no hice tanto como se supone, señorita McCarey, pero obtuve mucho, lo menor de lo cual no fue cierta amistad con cierta persona que estaba en apuros, otro escritor... Siento afinidad por ellos, ya ve. Pero, en este caso, el problema lo planteaba él. No necesitó alcohol: era tan reservado que cuando decidió confiar en mí resultó desbordante. Casi todo era plomo, pero a ratos caían perlas y a mí me divertía crear un collar. Entonces conocí la existencia de algo que no debe usted repetir si quiere mantenerse viva, sana y cuerda. Supe de los Diez.

—¿Los Diez?

—No vuelva a repetirlo —me amonestó seriamente.

—De acuerdo.

¿Qué era aquello? ¿Otra locura? Así sonaba, pero escuché.

—Era un hombre de gran fantasía, pero solo en el papel. Ni por un momento se me ocurrió creer que aquello fuera otra de sus invenciones. De hecho, él mismo ignoraba sus identidades, pero sabía que ninguna autoridad de este mundo podía detenerlos. Porque su poder estaba fuera del alcance de cualquier ley o gobierno.

—¿Qué poder es ese?

—El teatro.

Ahora sí que estaba segura de que el señor X deliraba.

—Oh, por favor —dije.

—Este escritor del que le hablo había visto ciertas cosas que ellos hacían relacionadas con el teatro.

—El teatro no es magia ni brujería, señor X. Todo teatro tiene truco.

—No hablo de magia ni de brujería, señorita McCarey, hablo de un poder específico frente al cual no hay defensas: el placer. Es obvio que el teatro produce placer, de ahí que sea el entretenimiento favorito de nuestro mundo. Pero... imagine por un momento un teatro que produjera *infinito* placer. ¿Qué cosas no podría lograr?

Pensé en aquella posibilidad, pero no llegué a ninguna conclusión. Me pareció una idea típica de loco.

—No puedo imaginar, señor X...

—Señor Holmes.

—Señor Holmes, el placer es más del diablo que de Dios. Y nunca es infinito. Usted... Bueno, usted quizá no lo sabe, pero créame. Dura poquísimo.

—No es necesario que sea infinito. El placer está en nuestra mente, señorita McCarey, y quien lo controle puede manipular esta última.

—Habla usted de los mesmeristas, los hipnotizadores...

—No, no, todo lo contrario. El *quid* de la cuestión estriba en eso: los señores de ese grupo no manipulan la mente para controlar las emociones... Manipulan las emociones para controlar la mente. Es justo la dirección inversa. Pero en esa dirección se esconde lo terrible. Mi amigo no lo sabía con certeza, pero yo estoy seguro de que ciertos teatros producen tanto placer que obligan a las personas que los contemplan a realizar cosas.

Recordé algo de súbito.

—Espere un momento. El doctor Corridge, con quien trabajé en el asilo de Asherton...

—¿Sir Owen Corridge, se refiere usted?

—Sí, trabajé a sus órdenes.

—Era el alienista que trataba a mi amigo, el escritor de Oxford..., curioso y curioso. Pero prosiga, por favor.

Tras aquella «curiosa» expresión juntó los índices en la barbilla, escuchando.

—El doctor Corridge nos decía que ningún teatro mental puede... «manipular la voluntad de nadie hasta el punto de obligarle a hacer cosas en contra de sus principios». —Lo repetí de carrerilla: era algo que Corridge nos decía con frecuencia.

—Puede ser. Pero el teatro mental es una forma de hipnotismo, señorita McCarey. Como ya le digo, lo que hacen estos individuos es otra cosa. En cualquier caso, el escritor al que ayudé había oído por azar una conversación sobre un proyecto de los Diez: y de nuevo hago hincapié en que jamás repita esto. Habían decidido enviar a alguien a «actuar en Portsmouth» este verano. Lo llamaban «señor Y». Mi amigo el escritor no sabía nada de él ni de lo que pensaba hacer, pero yo supuse que, tratándose de los Diez, no sería nada bueno, y no había que imaginar robos o asesinatos sin más... Fue eso lo que me hizo pedir el traslado aquí. Me he servido del buen Jimmy y de los chicos..., pero he cometido el error de subestimar al enemigo.

Recordé la frase de la señora Murray: *Está esperando algo*. Era cierto. Había estado esperándolo desde el principio.

Pero ¿había que creerle? Aquello seguía desprendiendo un tufo a locura.

—Si sabía todo eso, ¿por qué no alertó a la policía?

—No es algo que la policía pueda solucionar, señorita McCarey. No creo que el inspector Merton concediera mucho crédito a la declaración de un escritor nervioso...

—¿Y cómo se encuentra su amigo ahora?

—Hasta cierto punto, bien, pero si hago fracasar los planes del señor Y...

«El señor Y». Sonaba hasta divertido. Señor X, señor Y. Típico del delirante. Como de costumbre, mi residente pareció leerme el pensamiento.

—Señorita McCarey, antes de juzgar, recuerde el teatro mental... ¿Lo conoció?

—Asistí a alguna sesión.

—¿Puede contármela?

—No puedo darle nombres ni ningún detalle específico.

—Así y todo, cuénteme lo que pueda, se lo ruego.

En realidad, no olvidaba nunca aquellas experiencias, pero no entendía en qué se basaban. Conté brevemente —y con gran reluctancia, porque no quería recordarla— la sesión con un viudo melancólico grave tras la muerte de su mujer. Había un decorado negro y un ataúd en un podio con uno de los costados abierto, de modo que podía observarse quién yacía en su interior,

que no era otra que la actriz cubierta por una sábana. Siempre eran mujeres muy jóvenes o niños. Cuerpos no definidos, ágiles, casi siempre desnudos, cuyos gestos y voces podían moldearse, según Corridge, de ahí la edad elegida. La actriz de aquella sesión fingía «resucitar», salía de la caja y realizaba una danza mientras recitaba algo escrito especialmente por un dramaturgo de teatro mental —recuerdo que, en aquella sesión, era el señor Peter Harville—, basado en párrafos escogidos de las cartas de amor que la fallecida enviaba al paciente cuando se conocieron. La danza era chocante, en mi opinión hasta aberrante, y —de no haberse tratado de una terapia médica — incluso obscena, pero era teatro mental, no artístico. El teatro mental era considerado una técnica médica, tan *indecente* o *escandalosa* como desnudar a un paciente para operarlo.

—¿Y el paciente? —preguntó el señor X cuando acabé mi relato.

—Mejóro. Se reconcilió con el recuerdo de su pérdida.

—Entonces es cierto que existe un tipo de teatro que manipula nuestra mente...

—Pero nunca puede ser empleado para obligarnos a...

—Eso es discutible, ya le dije, y dependerá del grado de placer. ¿No ha oído decir «todo hombre tiene un precio»? Le aseguro que toda voluntad también, más allá del cual hasta el anacoreta más férreo acaba cediendo a la tentación.

—Pero el Asesino de Mendigos no tiene nada que ver con un espectáculo —dije—. Los cadáveres aparecen en distintos lugares, siempre solitarios, y ese testigo, Spencer... dijo que no había nadie más aparte de Hutchins y esa presencia que reía...

—Como ya le digo, todo en este misterio es magnífico, pero solo me falta una pieza para resolverlo.

—¿A qué se refiere?

—A la existencia de esas dos semanas de intervalo entre los últimos asesinatos. Es la clave final. —Y entonces agregó algo inconcebible—: Ya la *conozco*, pero necesito recuperarla, así que me iré ahora mismo al Palacio de Cristal.



No creí haber oído bien, me alarmé.

—No puede usted salir de Clarendon sin autorización de...

—No pretendo salir de Clarendon. Ni siquiera de esta habitación.

—Pero... ha dicho que se va...

—Sí, me voy. Será solo un rato. Quédese o márchese.

Nunca sus ojos de dos colores me habían parecido tan dignos de lástima. Me acerqué y hablé ante ellos como ante ventanas cerradas, en la esperanza de que me oyera quien vivía dentro.

—¿Qué quiere decir, señor X? ¿Qué es eso de que se va a...?

—Soy Sherlock Holm...

—¡Llámesese como quiera! Juegue a ser policía si quiere... ¡Pero, por favor, no mezcle sus fantasías con... con esto...! ¡No podría soportarlo!

Torció los labios en una de sus levísimas sonrisas.

—¿Por qué teme tanto que yo pueda estar loco, señorita McCarey? Usted fue contratada para cuidar de un loco.

—Yo... no temo...

—Cálmese. El Palacio de Cristal no es ninguna alucinación. Es el lugar donde lo guardo todo: lo que percibo, lo que intuyo, los residuos que el océano arroja a mi modesta orilla. No puedo trabajar con todo eso, así que lo guardo, y cuando quiero recuperar algo solo tengo que entrar y buscarlo.

—¿Entrar... dónde?

—En el Palacio de Cristal, dónde va a ser —repitió con paciencia obstinada—. Soy un buhonero de la realidad, señorita McCarey: lo que se cruza en mi camino lo recojo, porque todo puede servir. En el palacio ninguna puerta es lo bastante opaca como para no permitir el paso de cualquier cosa, y la vida de un hombre adulto se prolonga lo suficiente como para reunir una colección que envidiaría el Museo Británico.

—¿Desde cuándo... hace eso?

—Desde niño, por supuesto. Cuando decidí que sabía demasiado y que la mayor parte no quería saberlo, porque me molestaba. Fue entonces cuando usé el violín por primera vez y su música me permitió entrar en el palacio...

—Un momento... —Me dolía decirle eso, pero creí que debía hacerlo—. Su música... no existe, señor... señor Holmes. Su violín no existe. —Se

quedó callado. Las lágrimas rodaban por mis mejillas mientras hablaba—. No existe ese violín ni usted toca nada... Quizá nadie se lo haya dicho antes, porque... ¡lo han dejado *solo* , a usted! ¡Su familia paga por sus residencias y eso les basta! ¡Sus doctores y enfermeras le soportan por el mismo motivo, pero usted nunca le ha importado a *nadie* ! Bueno, salvo a mí. —Me sequé las lágrimas—. Lo siento.

—¿Por qué llora? —preguntó suavemente.

—Perdóneme. Limpiaré la alfombra luego.

—No le he preguntado *sobre qué* , sino *por qué* .

—Me... Me he emocionado.

—¿Y por qué se ha emocionado?

Sorbí por la nariz preguntándome a dónde pretendía llegar ahora aquel pobre ser.

—Porque no quería herirle, señor Holmes, pero sentía... Tenía que decírselo.

—¿No quería *herirme* ?

—¡Sí, porque... usted es lo único que tengo, lo único que me queda! —Me senté en la silla, abrumada. El ancla, pensé. Ya no la tengo—. ¡No puedo soportar que me diga esas cosas de violines y de... «señor Y»...! ¡Usted no puede...! ¡Debe ver la realidad!

—De nuevo me entiende mal, señorita McCarey. Respire hondo, cálmese y responda a esto: dice que no quería herirme. ¿Con qué? ¿Tiene un cuchillo?

Lo miré desconcertada.

—¿A qué viene eso ahora?

—Se lo pregunto de nuevo: ¿tenía usted intención de dañarme con algo?

—No. Me refería a que no quería herirle con... mis palabras —respondí titubeante.

—¡Sus palabras! ¡Oh! —Pareció asombrado—. ¿Por ventura sus palabras tienen punta o filo? ¿Pueden tocarse? ¿Pueden ser tocadas?

—Por supuesto que no, pero...

—Pero se puede herir con ellas, profundamente.

—Sí, claro. Pero no son heridas reales.

—Pero provocan dolor.

—Mucho —admití.

—Y en algún caso, la muerte.

—Sí.

—De modo que deben ser reales, aunque sean invisibles. Se pueden producir heridas con cosas que no podemos ver ni tocar, o música con un violín que nadie ve. Podemos emocionarnos sin palabras, matar sin asesinos, viajar sin movernos de nuestra silla... Usted, anoche, sufrió por algo que no podía ver ni palpar ni percibir con ningún otro sentido, pero que le dolió más que el golpe contra los troncos. La realidad cuenta siempre la misma historia, pero de mil maneras distintas: yo leo más realidad que usted, tan solo. —Me quedé mirándolo. No se me ocurrió qué decir. Prosiguió—: No dispongo de mucho tiempo. Voy a irme, le pido que se quede. A veces es doloroso para mí, pero tengo que ir en busca de algo muy concreto.

—Me quedaré —dije sin pensarlo—. Me quedaré todo lo que usted diga. Sonrió y alzó los brazos.

Estábamos allí, en la semipenumbra de la lámpara encendida y las cortinas cerradas, sus manos pequeñas de dedos finos tocando su absurdo violín.

—¿La oye? —preguntó en un momento dado.

—No —confesé.

—Ya la oirá, Moscala oyó enseguida.

Yo lo dudaba, pero no transcurrió mucho hasta que sus ojos se alzaron.

—El Palacio de Cristal... —murmuró—. Oh, señorita McCarey... ¡Si pudiera usted verlo! ¡Gozarlo en todo su esplendor...! —Su mímica ya no era la del violinista, sino la de un director de orquesta. Movía ambos brazos con lentitud, como marcando un compás. Era una auténtica locura. Miraba el techo con sus ojos de dos colores—. Es tan grande... Tan... vasto... ¿Siente vértigo?

—Un poco —dije con toda sinceridad.

—No se preocupe si no lo ve. Es de cristal, y el cristal solo se ve cuando tiene cosas encima que *no son* cristal... Pero el Palacio es *solo* cristal.

Asentí entre sollozos, sin poder hablar.

Pasó un tiempo indeterminado moviendo los brazos y mirando al techo. Entonces lo vi temblar como presa de un ataque de fiebre. Murmuró:

—Esta escalera... ¿Por aquí? No, no quiero subir por aquí... Dios mío, tengo que encontrarlo... por Danny...

Su tono se había hecho bajo y angustiado como el de un niño abandonado. Comprendí que eso era lo que siempre había sido, lo que ocultaba bajo aquel muro de hielo y genialidad. El señor X no tenía nombre porque apenas había nacido. Era una criatura sin amor, condenada por la humanidad a una soledad

infinita. Me eché al suelo y apoyé la cabeza en el sillón y las manos en él, intentando tranquilizarlo torpemente, decirle que yo estaba allí, que no lo dejaría nunca. No volvió a hablarme: se quedó como dormido, pero de vez en cuando se sobresaltaba.

No supe qué rezar. De modo que, al fin, me decidí por pedir: *¡Dios mío, cúralo a él o cúranos a todos los demás!*

Así, abrazada a su sillón, me sorprendieron el doctor Ponsonby y Mary Braddock.



TEATRO  
mental

Hombre de cincuenta años. Lo llamaremos G. No encontraba motivos para vivir, estaba sumido en el hondo fango de la melancolía. Para G la muerte era una liberación. Nuestro teatro mental representó la muerte para él como lo contrario: una amenaza y un fin para su felicidad. El cerrado ventanuco del sótano de su vida se abrió y la luz entró en su tiniebla, purificándolo. No obstante lo cual, por desgracia, la parca se cobró su deuda apenas un año después: cuando su casera logró que la policía echara abajo la puerta, vieron el cuerpo de G balanceándose de una sogá... Repetimos: de igual forma que el teatro mental no puede impedir en todos los casos un destino fatal tampoco puede forzarlo. Pensar que el teatro mental puede obligar a un ser humano a hacer algo contra su voluntad es absurdo.

Sir Owen Corridge,  
*Algunas precisiones sobre teatro mental* (1870)

---

# LA FAMILIA DEL SEÑOR X



~ 1 ~

Desde cuándo está así el señor X?

—¿Perdone, doctor?

Nos hallábamos frente a frente, en medio el escritorio con el cráneo dividido en números, pero permanecíamos de pie, Braddock como tercer vértice del triángulo.

O debería decir cuadrilátero, porque no faltaba la señora Murray en su rincón junto a la ventana, tejiendo, tejiendo y escuchando.

Y comiendo: tendía la mano hacia un plato de pastelillos de la señora Gillespie. Lo cual no le impedía estar muy pendiente de la conversación.

—Ya me ha oído. Hablo claro. Ah, no digo que siempre hable claro, pero ahora hablo claro.

—Sí, doctor.

—Entonces responda. ¿Desde cuándo está así? No pretenda ignorar lo que le pregunto, señorita. El otro día, unos chiquillos de la calle burlaron nuestra seguridad y penetraron en el recinto. Y sir Leslie oyó un llanto infantil hoy en la habitación del señor X. Sir Leslie podrá tener cualquier cosa, pero no suele oír llantos infantiles sin una buena razón. Por último, la señorita Braddock, aquí presente, afirma que, cuando los niños entraron en Clarendon, el doctor Doyle y usted se hallaban... nerviosos.

—Más ella que él, doctor —precisó Braddock.

—Ya te avisé, Ponsonby: ese hombre es especial —dijo la señora Murray, y zas, otro pastelillo.

—Por favor —pidió el doctor, pero solo Braddock se disculpó.

Yo me sentía extrañamente en paz. Cabeza, corazón fríos. Si iban a despedirme, que lo hicieran. Sabía que había cometido una falta y sabía que no había cometido ninguna falta. Quizá ustedes no me entiendan, pero bueno. No sé explicarme mejor.

Ponsonby me miraba con severidad.

—Le preguntaba desde cuándo está así: hablando con unos y otros, posiblemente hasta con niños de la calle, en complicidad con ese doctor y, aún peor, con usted.

—Yo no le he visto hablar con ningún niño de la calle, doctor —mentí con desparpajo—. Ignoro qué hace cuando yo no estoy. Y el doctor Doyle no es cómplice de nada, hasta donde sé. —Me asombraba a mí misma la naturalidad con que embaucaba. ¿Tanto había cambiado? ¿Él me había hecho cambiar así?

—¿Y hoy? Tras la queja de sir Leslie, la señorita Braddock me alertó de que estaba usted encerrada en la habitación con el señor X. Llego, ¿y qué me encuentro? ¿Qué hacía usted allí junto al sofá, con...? —Aquí su pensamiento se enturbió. Buscaba palabras inútilmente—. No digo que en una postura inapropiada, pero...

—Lo siento, doctor... —No sabía qué decir—. Me pareció que el residente se encontraba nervioso. Intentaba tranquilizarlo.

—No he terminado. —Al erguirse, Ponsonby logró el milagro de dirigir la punta de la perilla hacia mí—. El señor Weedon no para de quejarse de que su ayudante, Jimmy, hace continuos recados para nuestro residente. Y, por último, aunque no menos importante, coincidiendo con estos dos crímenes lamentables, nuestro residente se niega a comer. ¿Lo sabía usted?

—Lo de la comida, sí. Supongo que le han afectado las noticias...

—¿Afectado? ¡Todos estamos afectados, Portsmouth entero está afectado! ¿Tiene el señor X el privilegio de los afectos? O quizá..., ah... ¿Quizá se trata de su obsesión con los delitos? —Si el despacho del doctor Ponsonby fuera una caverna, aquella frase habría provocado ecos. No dije nada. ¡Culpable!, me señalaba aquel silencio, pero yo misma lo reconocía—. ¿Otra vez anda con ese tema?

No pude contestar. Braddock y la señora Murray lo hicieron por mí: «Por supuesto», «¿Acaso lo dudabas?».

Sacando pecho, mi director médico resolvió:

—Déjenme un momento a solas con la señorita McCarey.

Braddock se movió sin ruido, como solía, como si flotara con su cuerpo de boya en algún mar invisible. Tenía un tic. Era solo en el párpado derecho, pero hacía temblar todo su rostro apretado. Lo dirigió hacia mí en aquel momento mientras desfilaba bajo la inmensa cofia. Me produjo compasión. Pobre mujer, pensé. Al menos yo había tenido a Robert, pero ¿a quién podría haber tenido ella? Seguro que el doctor Doyle le gustaba, por eso había hecho que Ponsonby se presentara en la habitación. Habría deseado decirle que el joven doctor apenas era cortés conmigo y que su intención al acompañarme al teatro era bien distinta de lo que ella imaginaba. Pero no la censuraba por sus celos. Se hallaba tan sola como yo, encerrada en una cárcel de carne que sufría.

La señora Murray salió detrás, abrazada al plato de pastelillos como a un salvavidas, dirigiéndonos miradas de desaprobación.

Ponsonby esperó largo tiempo antes de volver a hablar. Pensé que hasta la puerta se habría olvidado ya de haberse cerrado cuando oí de nuevo su voz.

Lo curioso fue que yo esperaba un tono implacable, pero comenzó con suavidad.

—Escuche. Como usted sabe, o debería saber, su experiencia en un asilo inclinó mucho la balanza a favor de contratarla, señorita. —Se ajustó el corbatín y jugó con los botones de su chaleco—. Con otros residentes no tenemos esos problemas, pero el señor X es... Bueno, ah, un residente difícil. Y debo reconocer que con usted ha experimentado algún cambio... Ah... No quiero decir un cambio profundo ni deseable del todo, pero sí un cambio, por pequeño que sea, y ciertamente más deseable que lo contrario. Está más activo, más feliz. Sale a la playa. Todo eso me parece bien. No obstante, quedan flecos. Y debo prevenirla, señorita...

—McCarey —apunté.

—McCarey. Debo prevenirla.

Y le vi llevar la mano a una gaveta del escritorio. Pensé que había llegado el gran MOMENTO. Ese que constituía la meta, el objetivo de todos sus circunloquios. Me había llevado allí para que viera *eso* —mi despido, quizá—, y *eso* era un papel rectangular perfectamente plano y perfectamente blanco. Parecía, a la vez —y en la medida en que un objeto puede parecer tal cosa—, completamente inocente y completamente peligroso. Lo dejó sobre la mesa, a mi alcance, como un jugador de cartas haría con el naipe triunfador, mientras hablaba.



—La familia del señor X no lo ha olvidado por completo —dijo. Yo miré el sobre y lo miré a él sin entender—. Sí, ya sé —admitió—, le dije que lo habían hecho ingresar en residencias desde niño y no habían vuelto a preocuparse por él, pero se preocupan. Más que nada porque lo conocen. Y ahora desean que esté aquí, a nuestro cuidado. Y yo deseo que sigan deseándolo. Ah... La familia del señor X contribuye de forma muy generosa al sostenimiento de Clarendon, aunque, a la vez, exigen ciertas condiciones. A mí me quedaban claras cuando el señor X ingresó aquí, pero la visita del inspector el otro día y las noticias que he ido recibiendo de parte de la señorita Braddock han reavivado mis temores... El inspector, incluso, ha optado por dirigir preguntas directas, sin informarme, a la familia del señor X, y eso, claro, no ha gustado mucho a esas ilustres personalidades. He recibido esta carta. Ah, no contiene nada comprometedor... No quiero decir que absolutamente nada, quiero decir que no contiene ningún nombre, pero sí información útil. Le pido que la lea aquí y ahora, en voz alta, con gran atención.

Saqué del sobre —dedos temblorosos— un papel doblado por la mitad. Pasabas el dedo y notabas extrañas rugosidades. Al desdoblarlo comprendí por qué: estaba escrito con una de esas máquinas americanas que empiezan a usarse en nuestro país para documentos oficiales, pero a las que yo, particularmente, no encuentro futuro —solo a un americano se le ocurriría escribir con una máquina, donde la bella caligrafía, la personalidad de las palabras, los dibujos de las ideas se evaporan por completo—. ¿Cómo podía alguien redactar una carta acerca de un ser querido con una máquina espantosa? Eso decía mucho —y nada bueno— de aquellas «ilustres personalidades».

Pero el contenido era aún más increíble.

La leí como se me había pedido, en voz alta, mirando de vez en cuando a Ponsonby para asegurarme de que aquello no era una gran broma.



## INSTRUCCIONES SOBRE EL MODO DE PROCEDER CON EL SR. X

(ÚSENSE SOLO POR PERSONAL ESPECIALIZADO)



Al tanto como está esta familia (de ahora en adelante llamada «señores F») de las molestias que la conducta del señor X, antiguo miembro de los señores F, está produciendo en su actual residencia (de ahora en adelante llamada «R»), los señores F tienen a bien enviar al personal de R estas normas, que regirán a modo de instrucciones (de ahora en adelante llamadas «I») sobre la forma de tratar al señor X con respecto a tales molestias. Las susodichas I se llevarán a cabo puntualmente en la R desde el momento de su recepción. Y constan de los siguientes apartados:

1º) El señor X padece una enfermedad mental (de ahora en adelante llamada «EM»). No es competencia de los señores F determinar qué clase de EM padece el señor X, pero los susodichos señores consideran oportuno que el personal de la R directamente implicado con el señor X esté de acuerdo en este punto de las I, sin el cual, las siguientes I no tendrían efecto.

2º) Una de las obsesiones (de ahora en adelante llamadas «O») de la EM del señor X consiste en querer opinar sobre todo caso legal, misterio sin resolver o suceso de tipo criminal (a partir de ahora llamados «SC») que pueda llegar a sus oídos o aparecer fortuitamente en los periódicos del momento.

3º) No debe, bajo ningún concepto, animarse, alentarse o alabarse al señor X por ningún tipo de razonamiento, conclusión, sugerencia o aparente descubrimiento que el susodicho señor pueda realizar en relación a los SC, por tratarse de parte de sus O debidas a su EM.

4º) El violín del señor X...

Aquí tuve que interrumpirme y mirar al doctor Ponsonby, que permanecía erguido, como escuchando el himno.

—¿El... violín del señor X? —repetí, confusa.

—Prosiga —dijo Ponsonby.

4º) El violín del señor X (de ahora en adelante llamado «V») será tratado con cuidado, sin brusquedad, con amabilidad y pulcritud, como objeto importantísimo y frágil. Aunque los señores F de sobra saben que el V es otra O de la EM del señor X, no se les oculta tampoco el efecto beneficioso y tranquilizador causado en el susodicho señor por su uso imaginario.

5º y último) Conscientes de las O de la EM del señor X, los señores F quieren que en la R se sigan estas I. Caso contrario, las O derivadas de un SC (exceptúese V) serán causa de traslado inmediato del señor X a otra R, en perjuicio de todos.

(Sin firma). MFDAD SEÑOR X

Busqué los ojos del doctor Ponsonby y ambos parpadeamos.

—Esto último no lo he entendido —dije.

—«Mantener Fuera Del Alcance del Señor X» —tradujo Ponsonby—. Ya me lo han escrito en otras ocasiones. ¿Qué le parece?

—No sé qué decirle... Yo... Yo les daría un sobresaliente. Es como un examen.

Ponsonby no sonrió. Frotó los dedos como si hiciese el gesto de «dinero».

—Admito que les falta... Ah... Ciertamente, se echa de menos algún

tonillo de afecto, no digo del todo, pero algo sí. Aunque hay que tener en cuenta que la familia del señor X está muy ocupada. Mucho. Alguien diría que eso no es excusa, pero yo creo que sí lo es, al menos lo suficiente como para disculparles por no entrar en el mundo emocional de lleno. Imagine el sufrimiento que les supondrá tener a un familiar de estas características.

—Me hago cargo, doctor.

Ponsonby se quedó mirándome mientras tomaba la hoja de mis manos y la doblaba sin esfuerzo, porque casi se dobló sola y retornó con idéntica educación al sobre perfecto. No sé qué vio en mis ojos, pero estoy segura de que no fue ni la mitad de lo que yo estaba sintiendo. Se dirigió con pasos calmos hacia la puerta.

—Señorita, cuando la contraté, pensé que había tomado una de las mejores decisiones de los últimos años para Clarendon. No haga que me arrepienta. A partir de ahora, no dé pábulo a las obsesiones detectivescas del señor X. —Asentí con humildad y cuando ya me iba, me detuvo—. Ni a ninguna otra obsesión de ningún tipo.

—Sí, doctor.

Pero tuve que refrenar la cólera mientras me alejaba por el pasillo. Aquella carta me había hecho cambiar, pero no en el sentido que pretendían su redactor o redactores, fueran quienes fuesen. ¿Cómo era posible concebir una familia así? ¿Cómo podía escribirse un documento tan frío en relación con un ser querido enfermo, recluido en residencias desde que era pequeño? ¿Quién o quiénes eran los «señores F», aparte de desalmados, calculadores, absurdos, gélidos? Sentí ganas de llorar. Pobre señor X. Todos los defectos de su carácter me parecían explicables, y casi lógicos, después de leer aquella cosa. Fueran cuales fuesen los objetivos de aquel clan tan desprovisto de emociones, cuyos recuerdos había encerrado el señor X bajo llave en su «Palacio de Cristal», habían conseguido conmigo justo lo contrario.

Ahora estaba decidida a ayudarle a atrapar al Asesino de Mendigos.

Pero algo insólito vino a estorbar mi plan la mañana siguiente: el propio señor X. Ya la criada que había ido a servirle el desayuno me lo advirtió: había caído en uno de esos períodos de desinterés y soledad, con cortinas cerradas y prohibición de visitas. Cuando entré, tenía el mentón hundido en el pecho y no me habló. Ponsonby prefirió respetar su decisión, como siempre hacía con los deseos más o menos admisibles de todos sus pacientes.

No obstante lo cual, me constaba que había una excepción: Jimmy Piggot sí lo visitaba. Varias veces al día.

El doctor Doyle, que vino esa misma mañana, no pudo verlo.

—A mí tampoco me habla, doctor —le dije en el vestíbulo—. Y ha perdido el apetito.

—Nuestro querido Sherlock... —Sonrió con un suspiro de tristeza—. Debe de sentirse responsable de lo ocurrido con ese pobre chico...

—La última vez que hablé con él ayer mantenía la ilusión de atrapar al criminal...

—Pero ¿sigue investigando?

—No hace nada ya. Se queda en su sillón, no quiere ver a nadie.

La excepción era Jimmy, claro, pero yo no sabía a qué se debían sus visitas. Quizá le llevaba periódicos o cartas, o bien el dinero familiar. Me había propuesto averiguarlo. Y me había propuesto también otra cosa y necesitaba a Doyle para ello.

—¿Y tiene alguna teoría? —inquirió Doyle.

Hubiese querido contarle todo lo que el señor X me había dicho, pero no sabía ni por dónde empezar. Y me daba hasta vergüenza hablar de esa historia sobre el teatro de infinito placer, que me recordaba a los taumaturgos, los «teatros brujos», una fábula creada para asustar a los niños, pero que mi pobre residente, al parecer, tomaba en serio. Me hubiera dolido que Doyle comprobara lo enfermo que estaba.

—Tiene demasiadas. Habló de otro enfermo, en Oxford, que le contó cosas sobre una especie de... de grupo, o secta. Una locura. Y sigue obsesionado con el teatro.

Doyle se masajeaba la cara.

—Ya veo. Puede que algunas cosas sean producto de su locura, pero no hay duda de que el Caridad relaciona a las víctimas de algún modo...

De repente recordé algo.

—¡Taylor trabajaba de tramoyista y Danny hizo pruebas en el Caridad!

—Coppelius y Pettiroso otra vez... —Doyle asintió y sus ojos azules brillaron.

—Todas las víctimas han pasado por ahí... ¡Eso es una realidad, doctor!

—Un asesino loco en la compañía Coppelius, Dios, suena periodístico... Pero sin pruebas no podemos ir a la policía. Y quedan cuatro días para el... o los siguientes.

Al fin me atreví. Bajé la voz.

—Doctor, ¿recuerda la puerta cerrada detrás del escenario?

Se acordaba. Fue sorprendente lo rápido que me contestó.

—¡Sí, usted me la señaló! Probablemente es un clandestino, señorita McCarey, no creo que tenga nada que ver. Muchos teatros tienen cámaras tras bastidores donde realizan pequeños espectáculos para un público seleccionado. Viven de eso antes que de las obras comunes. De hecho, así financian sus grandes montajes. Pero no creo que tengan relación... —Se quedó mirándome—. Aunque quizá, uno de sus clientes...

Yo conocía bien los clandestinos, al último había ido con Robert unos días antes. Eran *indecentes*, salidos del horno infernal de la imaginación, pero nada tan grave como un asesinato. Producían *placer*. Lo cual me hizo recordar las ideas fantasiosas del señor X: ¿existiría un teatro capaz de producir tanto placer como para obligar a alguien a hacer algo contra su voluntad?

—Perdone la pregunta, doctor... —Enrojecí—. ¿Podría usted conseguir que yo...?

Doyle me escrutó y terminó asintiendo. Eso me hizo enrojecer más.

—Sé lo que intenta proponerme, señorita McCarey. Podría arreglarlo, sí. Pero debo advertirle que son espectáculos impropios para una mujer...

No me importaba la *indecencia*. Quería saber qué ocultaba Coppelius.

—Quiero ir —afirmé—. Pero necesitaré decirle algo al doctor Ponsonby.

—Lo más fácil es que yo hable con él. Tengo cierta influencia, porque algunos de los pacientes que trato son futuros candidatos para Clarendon.

Mientras despedía a Doyle, vi bajar por la escalera a Jimmy Piggot. Entró en el despacho y salió calándose el sombrero. Nos saludó al pasar. ¿A dónde iba? ¿Qué manejos se traía con mi residente? Ya me las veré contigo, pensé.

Algo me hizo casi reír: de algún modo yo estaba adoptando el papel de investigadora, el mismo que el señor X parecía haber abandonado.

A Jimmy Piggot lo atrapé al día siguiente. Me había levantado muy temprano adrede y lo vi bajar a toda prisa de nuevo. Entró en el despacho de su jefe —a esas horas Weedon aún no había llegado— sin notar mi presencia. Mi teoría era correcta: casi todas las tareas del señor X las realizaba lo más temprano posible, con el fin de que Weedon estuviera presente. Me acerqué y asomé la cabeza. De nuevo cogiendo el sombrero, a punto de salir. Casi le da un infarto.

—¡Por favor y por todos los cielos, señorita McCarey! ¡Qué susto me ha dado...!

—¿Otro recadito del hombre del sillón, Jimmy?

Eché mano de un papel y lo guardó en el bolsillo.

—No sé a qué se refiere, señorita.

—Me refiero a que últimamente solo trabajas para él. Supongo que te paga más que en Clarendon. ¿A quién le escribe?

—Por favor, ya sabe que el señor X no quiere...

—Y tú sabes que yo soy su enfermera, Jimmy. El señor X es un insano.

—No, él no...

—No sé qué demonios ha podido meterte en esa cabeza, pero, por listo que sea, necesita ayuda. ¡Y no precisamente la de seguirle la corriente! Dime a quién escribe.

Casi me daba pena. Jimmy, desesperado, miraba al suelo.

—No puedo hablar de eso...

—Yo sí puedo —repliqué—. Puedo hablar con el doctor Ponsonby, por ejemplo. Acerca de las cajas de galletas y los mensajes. Perderé el empleo, pero no seré la única.

—¡Señorita McCarey, por favor...! ¡Usted no me hará eso!

—Si me dices lo que quiero saber, lo olvidaré todo.

En el rostro de Jimmy Piggot parecieron luchar el mal y el bien, o la astucia y la torpeza, o quizá el sentido común y la necedad. Sea como fuere, optó por la solución más práctica. Estaba deseando soltarlo, después de todo.

—¡Está loco, sí! —espetó—. ¡Pero me paga mucho por cosas fáciles! Me hace leerle los periódicos... Ejemplares atrasados del *Ojo de Portsmouth* ... ¡Y ahora se cartea con un cura católico del distrito de Gosport! Mensajes

secretos en una especie de clave... ¡No entiendo nada! ¡Por favor, que no se entere de que se lo he contado...!

No me esperaba aquello. ¿Qué cura...? Entonces creí recordar.

—¿El padre Philipotts?

—El mismo. ¿Usted lo conoce? Un cura católico de la parroquia de Gosport. Ahora estamos llenos de católicos con la inauguración de esa catedral...

Se refería a la catedral papista de Portsmouth. Era un precioso edificio y habría una gran ceremonia para su inauguración, prevista en agosto.

—Creo haberlo conocido —dije—. ¿Qué mensajes son?

—¡El diablo los entiende! Le leo las respuestas y me dicta las suyas.

—Pero ¿qué dicen?

—Le juro que no lo sé. Está su nombre... y otras letras y números.

—¿Su nombre?

—Equis. En algunos mensajes hay una equis. Será su nombre, digo.

—¿También hay una «Y»? —pregunté, pero Jimmy negó.

Era evidente que el señor X había perdido el juicio por completo, pero ¿y el padre Philipotts? ¿Por qué le acompañaba en aquella locura?

—Le suplico, señorita McCarey —rogaba Jimmy—. Me hizo jurar que no lo diría...

—No te preocupes, Jimmy, guardaré el secreto... si tú haces lo propio con esta conversación.

Jimmy era como yo siempre había sido: de esa clase de seres que aún creían en las palabras, en que el mundo tendía objetivamente hacia el bien, en que lo único que nos impedía a todos ser amigos de todos era que no hablábamos entre nosotros lo suficiente. Le bastó con mi consentimiento y mi promesa y volvió a ser el Jimmy confiado y feliz. Pero yo estaba preocupada. Escribir aquellos mensajes a un cura a quien no conocía era llevar sus absurdos fuera de las paredes de Clarendon. Y estaba la carta de su influyente familia. Una cosa eran sus delirios privados —los «Diez», los «taumaturgos», el «señor Y», el violín— y otra muy distinta la realidad que podía desplomarse sobre todos nosotros, Jimmy incluido, y quizá también sobre el pobre doctor Doyle, si provocaba algo grave con sus trapicheos.

Daba igual lo que ocurriese conmigo, pero no quería perjudicar a nadie.



Entré aquella mañana en su habitación esperando encontrarme el mismo ambiente mustio del día previo, pero me tenía deparada una nueva sorpresa: se hallaba de buen humor. Incluso alegre. Las cortinas descorridas, su voz suave de siempre.

—Oh, señorita McCarey, cielo despejado, ejum, qué providencial visita, están tardando en servirme el desayuno, ejum, ejum... Sería conveniente que animara un poco a la señora Gillespie, tengo un hambre de lobo, ¿haría eso por mí? Sé que lo hará, usted es la mejor enfermera que he tenido jamás, ejum...

—Tiene usted tosecilla —dije—. ¿Ha descubierto algo?

Sonrió sin responder y tosió ligeramente. Tenía su bastón en la mano y le daba vueltas una y otra vez mirando hacia la ventana. ¿A qué venía todo aquello? Decidí bajarle un poco los humos.

—El doctor Ponsonby ha recibido carta de su familia —dije. Hubo un silencio tras el sillón. Proseguí—: El inspector Merton se quejó a ellos, al parecer. Y reprochan a Ponsonby que usted se dedique a investigar los asesinatos de mendigos.

—¿Y usted qué opina, señorita McCarey? —dijo al fin.

—Le seré sincera, aunque no quiero ofenderle. Opino que esa carta no es normal. Si su familia es así, yo... Bueno, le comprendo a usted más que antes.

—Ah, ya he dicho: es usted maravillosa... —Y tosió.

—Pero eso no quiere decir...

—... que me crea —interrumpió el señor X—, claro que no, y tampoco los juzgue a ellos demasiado mal, no han tenido tiempo para el afecto ni han sabido cómo producirlo, lo cual, en parte, me gusta, porque dejan a un lado las emociones y lo reducen todo a razonamientos y consecuencias lógicas.

—Como usted.

—No, en modo alguno, yo me dedico a intuir, ya se lo he dicho: solo con razonamientos y lógica no puede entenderse nada, hay que añadir un poco de locura...

—El doctor Ponsonby cree que está añadiendo demasiada —repliqué.

—El doctor Ponsonby se preocupa tan solo por el buen nombre de Clarendon, eso le procura los clientes que necesita, pero me soporta porque mi familia paga, y bien.

—Y le ayudan a usted en cierto modo.

—Para ellos no supone esfuerzo alguno... Sus asignaciones mensuales me permiten una vida desocupada, que es todo lo que necesito. Bueno, y a usted.  
—Hizo una pausa, tosió dos veces más y dejó el bastón a un lado—. Este mundo es una oscuridad completa, pero usted es una de esas pocas y afortunadas luces.

Fingí restar importancia al halago. Evitando —sí, con gran esfuerzo— emocionarme pensé que otro tanto podría haber dicho yo de aquel sujeto. Loco, pero extrañamente perspicaz. Frío, pero extrañamente tierno. Una mezcla misteriosa de ingredientes únicos. Tuve la certeza de que, si alguna vez alguien —el doctor Doyle, por ejemplo— escribía sobre él, lo llamase Sherlock Holmes o como fuera, tendría que realizar una proeza extraordinaria, digna de un Shakespeare o un Dickens. ¿Qué era, en verdad, el señor X? ¿Loco o cuerdo? ¿Frío o sentimental?

—Ambas cosas —dijo de repente.

Me estremecí.

—No, otra vez no... —murmuré, incrédula—. No puede usted saber lo que *pienso* ...

—Y no lo sé, créame, pero se quedó usted en silencio largo rato, señorita McCarey, y cuando pensamos largo rato en algo siempre valoramos entre dos opciones. La solución en casi todos los casos es una mezcla de ambas. Las opiniones opuestas son solo ingredientes para fabricar la verdad: ley de Holmes, puede llamarla. La verdad siempre es una mezcla, y eso es válido también para este gran misterio.

—¿Ha hecho algún avance con el Asesino de Mendigos? —pregunté.

—Ciertamente sí, señorita McCarey, ciertamente sí, este misterio es prodigioso y nuestro asesino, un astuto y habilísimo jugador, pero el jaque mate se halla próximo.

—Discúlpeme si le digo que no entiendo nada.

—Si la razón no le sirve, déjela aparte. Necesito relajarme ahora, ¿me daría mi violín, por favor, señorita McCarey?

Tendía las manos pequeñas de dedos finos en el aire.

Nunca me había pedido tal cosa, y no sé por qué se me ocurrió pensar que

por eso precisamente me lo pedía ahora: era un paso más en nuestra confianza mutua. Una especie de prueba que esperaba resultados, como la que me había hecho cuando los niños se disponían a entrar en la habitación la primera vez.

Sentí vértigo al responder.

—¿Dónde... Dónde está?

—En la mesilla.

Su tono era como si señalara un hecho obvio.

En la mesilla solo había un vaso de agua, claro. Pero cuando caminé hacia ella pensé algo: la mímica solo era necesaria —si lo era— cuando me volviese hacia él —porque le daba la espalda en ese momento—, pero decidí que eso sería como mentirle. De modo que manipulé el aire intentando imaginar la madera barnizada, las cuerdas tensas, los ornatos artesanos. Eso me hizo recordar un punto de la odiosa carta familiar: tratar el violín con cuidado. Frágil. Haciendo como que sostenía algo; me volví hacia él.

—Pesa muy poco —dije.

—Es que es de buena calidad, gracias, señorita McCarey.

Mis manos se acercaron a las suyas y fue como si traspasara mi locura a él.

—Tocaré algo para usted.

Estuvo un rato moviendo los brazos como siempre, en aquella ridícula parodia. Pero, mirándolo, me dio por pensar que nadie, nunca, había tocado algo tan bello para mí. Nunca en mi vida. Lo cual era al mismo tiempo verdad y mentira.

Diré que, cuando bajó las manos, hubo *silencio*. Me creerán loca, pero juro que sentí la diferencia con el silencio anterior. *Si la razón no le sirve, déjela aparte*. Y en pleno acceso espiritual —o de locura— en que me encontraba, oí de nuevo su vocecilla:

—No olvide avisar del desayuno, ejum.

Quizá el señor X tenía razón después de todo, y la perfección se hallaba en aquella confusa mezcla de cosas. Ley de Holmes.

No le dije nada, por supuesto. Era mi plan. Imaginé, de todas formas, que él ya lo sabía, o lo intuía, con su capacidad sobrenatural para averiguar cosas en otros. Y si así era, no intentó desanimarme, lo cual interpreté como señal de que deseaba que investigase, ahora que sus niños-espías no podrían hacerlo. Doyle había hablado con Ponsonby por su parte y, tal como había predicho, no tardó en conseguir su permiso. El problema vino de una dirección insospechada: mis compañeras. Nellie Worrington y Jane Wimpole tenían mucha tarea y no querían asumir al señor X. Mi esperanza era, de nuevo, Susie Trench, pero se daba el caso de que era el medio día de asueto de la jefa, y eso significaba que Susie tendría que ocuparse personalmente de toda la residencia. Imposible pedirselo a ella. Pese a todo lo hice, aunque recibí la respuesta que esperaba. Lo lamentamos ambas —Susie era sincera, yo lo sabía—; aun así, mi compañera no renunció al cotilleo.

—¿Te ha pedido salir de nuevo...? —Y cuando asentí—: Esto va en *serio*

...

—No es lo que piensas, te lo juro.

Soltó su risita incrédula justo cuando Braddock salía del cuarto de lord Alfred con una bandeja de gasas usadas, espantándonos como a palomas en un alféizar.

—¿Qué ocurre aquí? ¿Tramando algo?

El corazón me dio un vuelco y no pude ni moverme. Susie tampoco. Pensé que Susie se quedaba no solo por la jefa sino por mí, para apoyarme, pero lo cierto es que consiguió justo lo opuesto, pobre Susie, porque con ella presente no tuve ningún deseo de mentir. Fue fácil que terminara confesando que el doctor Doyle me había pedido acompañarle esa tarde de nuevo al teatro.

Tras un breve silencio, la miré. Braddock mostraba el desprecio estampado en el rostro con el que parecía haber nacido. El tic lo deshacía. Adiós a mi permiso, pensé.

—¿Nos disculpas un momento, Susie? —dijo. No teníamos ningún sitio «privado» donde hablar, así que nos retiramos al rellano—. Crees que estoy en tu contra desde lo de Ponsonby, Annie.

No era una pregunta, pero la respondí con una mentira cortés.

—No, no, en modo alguno, señorita Braddock.

—Tienes tus razones para pensar así —dijo como ignorándome—. Pero, me creas o no, me tomo Clarendon House y mi trabajo muy seriamente. Y

aunque, por un lado, pienso que le has hecho algún bien al señor X, por otro, no estoy tan segura. Te has implicado demasiado... Déjame terminar. Es un individuo muy astuto, consigue lo que quiere de los demás, ahí sentado en su sillón... Cuando crees que se te ha ocurrido algo nuevo para ayudarlo, es porque él lo deseaba así. Te hace pensar que son tus ideas, pero son las suyas. Es un demonio.

—Pero está enfermo, señorita Braddock —repliqué suavemente, pensando: «Tiene razón, y si no admito que la tiene, es por orgullo».

—¿Crees que no lo sé? Tú tendrás experiencia en asilos, pero yo llevo más años que tú en esto. Está loco. Y por eso creo que te implicas demasiado. — ¿Me implico demasiado?, pensaba. ¿En quién? ¿En Doyle o en mi residente? Ahora me duele pensar que sus palabras sonaban sensatas, pero yo, en mi ofuscación, advertía celos detrás—. Os está utilizando, a Doyle y a ti. Utiliza a quien quiere. —La miré con tal expresión que añadió—: Dime si la visita al teatro con Doyle de esta tarde no tiene nada que ver con los asesinatos. Júramelo.

Moví la cabeza, balbucí. Mi «poder» para decir mentiras parecía haberse esfumado ya. Opté por emplear medias verdades.

—El señor X sabe cosas, señorita Braddock. Loco o no, las... las intuye.

—Lo sé.

—Y el doctor Doyle se fía de sus intuiciones...

Asintió despacio y en silencio, desde sus rasgos acumulados en su rostro gordezuelo. Pero la vi de otra forma: empecé a pensar que su trabajo era su vida, como me ocurría a mí. Si había celos, eran como un fuego bajo la tierra. Quizá aún ardían, pero nadie podía saberlo. Ella misma los había ocultado hacía mucho.

—El doctor y el señor X investigan el asesinato de ese rapazuelo, ¿no? —Entornó los ojos desalentando el engaño. Asentí—. ¿Y tú qué tienes que ver en todo esto, Anne?

—Me necesitan... Están tras una pista y me han pedido ayuda.

En realidad, no era del todo así. Yo era quien había pedido ayuda a Doyle. Era algo mío —ni siquiera del señor X—, algo que deseaba hacer por mi cuenta.

—¿No correrás peligro?

Me sorprendió la pregunta, apenas fui capaz de negar con la cabeza.

Braddock se quedó mirando hacia la ventana del pasillo. Sus rasgos

apretados mostraban una rara emoción.

—Los vagabundos son una cosa, un niño, otra muy distinta —dijo—. A mi padre no le gustaban los pordioseros, ni siquiera niños, pero, en mi opinión, un niño pobre es, ante todo, un niño. Quienquiera que haya hecho eso debe pagarlo. Si crees que tu presencia va a ayudar de algún modo, yo me quedaré.

Aquel ofrecimiento inesperado me dejó asombrada.

—¡No! Su asueto... Iba usted a ir al teatro, señorita Braddock...

—Bah, era un melodramade marionetas: *El marinero Pintopp se marcha para siempre*, en el Royal, pero no tengo apenas ganas. Nunca me ha gustado el teatro con personas y a mi padre tampoco, pero hoy ni siquiera las marionetas me ayudarían. Iba a ir con una amiga muy pesada, eso me evitará dos horas de aburrimiento... —Sonreímos—. Ayuda a Doyle, pero no caigas en las redes del señor X. Me quejé al doctor Ponsonby, sí, y volveré a hacerlo si veo que te influye demasiado. No quiero que te despidan, Anne: quiero que te cambien de paciente. Ese tipo es peligroso. Ten cuidado.

Tan sorprendida me dejó que su abrazo, luego, me pareció casi natural. La vi alejarse con su marcha lenta, solitaria, una figura redonda con un cigarrillo encima.

*Ese tipo es peligroso.* Pensaba en eso cuando llegó la hora de marcharme.

Subí a su habitación y desde la puerta le comuniqué que era mi tarde libre. No contestó. Lo tomé como simple desinterés. Debería haberme gustado que no se inmiscuyera en mis asuntos, pero ¡he aquí cómo es Annie! Deseé que me hubiese dicho lo mismo que la señorita Braddock: ten cuidado.

Desde que Robert se había ido de mi vida, necesitaba de otros, era cierto.

A propósito, ¿dónde estaría?, me pregunté vagamente mientras salía de Clarendon. ¿Habría regresado al *Ingrato* ya? ¿Se acodaría en su baranda en alta mar maldiciendo a una enfermera de Portsmouth?

Le deseé todo el bien posible, estuviera donde estuviese.



revista  
**TÍTERE**

**El marinero Pintopp se marcha para siempre.  
Melodrama para marionetas (1882). Compañía  
Harlequin. Teatro de marionetas Royal  
Portsmouth**

Inspirada en la leyenda del Holandés Errante, el espíritu errabundo del marinero Pintopp no cesa de buscar un amor que lo redima. En todos los puertos donde recala solo encuentra miedo, aversión. La gente huye despavorida o lo expulsa con escopetas y palos (aquí los niños ríen ante la pelea de marionetas). Al fin, unos ojos lánguidos se apiadan de él, unos cabellos de esparto. Pintoppida es muy fea, pero muy graciosa. Pintopp se enamora. Pero a última hora, cuando la novia espera en la iglesia, Pintopp decide algo insospechado: ¡lo que más ha amado durante su búsqueda es el camino por donde buscaba! Su verdadero amor es el mar. Y el mar lo ama también. Pintopp abandona a Pintoppida. El mar lo recibe con las olas abiertas. Final... ¿feliz?

**G. H. Morrison**

# MELODRAMA PARA MARIONETAS

Una marioneta es un muñeco que piensa que es humano.

B. V. MORRIS, *Teatro británico  
de marionetas* (1873)

*Robert piensa que no podrá olvidarla. ¿Y por qué no? ¡Oh, vamos, ha habido otras antes que la maldita enfermera, habrá otras después!*

*Cruza la calle hacia la oscura posada donde pernocta. Tendrá que irse. ¿A dónde? Ya veremos: un marinero como él dispone de todo el mundo para vivir. Pero antes debe realizar una pequeña tarea. Fácil de hacer. Será hasta divertido.*

*Ya está viejo. Eso piensa mientras resopla por las escaleras crujientes y estrechas hasta su habitación. Ya no es el que era. Ella tiene la culpa de eso, desde luego. Robert, viejo patán, le has entregado a esa zorra tus mejores años. Bueno, quizá no tanto. Lo que más le irrita es que ahora ella parece pensar por su cuenta. Ya lo advirtió cuando se pelearon por su decisión de venir a Portsmouth, pero ahora es un hecho tan claro como un horizonte en calma chicha. ¿Qué le ha ocurrido? ¿Quién o qué la ha cambiado hasta ese punto? ¿Ese doctorcillo de tres al cuarto?*

*No saber qué la ha podido cambiar tanto lo atormenta. ¡Él es el mismo de siempre, Robert Milgrew! Ha soportado tempestades en mar y tierra, y mírenlo, ¡aquí sigue! Pero ahora... esa maldita mujer —sí, maldita, por quien ha perdido toda su libertad—, esa criatura egoísta que lo ha estado usando para su propio beneficio... ¡Ahora decide que puede prescindir del viejo e inútil Robert! Ya tiene su sueldo, la furcia, ya te puedes largar, Robert. ¿No es verdad que ha perdido y solo tiene que izar velas, dejar que el viento lo arrastre?*

*Por suerte, el barco lo espera.*



*La habitación está a oscuras. Se mueve a ciegas. Amplia, absoluta tiniebla de los océanos en esa diminuta isla del barco.*

*Cuando viajaba, maldita sea, cuando viajaba, cuando era marinero de verdad, mucho antes de conocer a esa mujer ni siquiera atractiva pero bondadosa, eso sí — o al menos eso había creído al principio — , cuando era marinero y sus pies se posaban en el mar, alguien le dijo: Quien ha conocido el suelo del mar ya no puede ser feliz pisando tierra, recuerda eso siempre, grumete. El suelo del mar. Como flotar en el aire, las piernas balanceándose. Robert, aborrecerás la tierra firme.*

*¿Sabes lo único comparable al suelo del mar, Robert?*

*Dos cosas: una es beber hasta reventar. Entonces pisarás el mar incluso en tierra. Todo suelo será tu océano entonces.*

*¿No quieres beber? Aún te queda otra posibilidad.*

*Pensando eso, tropieza con unos zapatos.*

*—Sí, maldita sea, Robert.*

*Reconoce la voz antes de encender la lámpara. La enfermera Anne McCarey está allí, esperándole. Sus ojos sonrían, sus labios lo miran. Es un ser extraño. Se diría que ha cambiado —pero eso Robert ya lo sabía, ha podido comprobarlo desde que está en Portsmouth: ha cambiado. Por completo— .*

*—¿Qué haces aquí? —pregunta él, inseguro.*

*—He descubierto tu pequeño secreto, ya sabes. —Su voz es de sirena.*

*En verdad, ahora que llega la etapa final de su larga travesía en ese barco oscuro, no está mal confesárselo: «De acuerdo —le dice—, quiero ser sincero contigo hasta que la muerte nos separe. Te quiero, Anne, pero no soy hombre que sirva para atarse —qué divertido, justo ahora que quiere soltar amarras— a una sola mujer. Soy libre. Los marineros somos libres. Si no, tú serías la elegida, te lo juro, créeme. Pero ahora...».*

*Música melodramática de piano. Como las de los teatros de marionetas, ya sabes, Robert: con silencios graves entre medias, notas terribles como campanadas.*

*—Ahora ya solo puedo elegir la libertad... —Graves acordes. Campanadas fúnebres—. Vamos, dime... Dime qué otra forma hay de flotar sin estar en un barco y sin beber... Dímelo, Annie...*

*Anne, entonces, se despoja de la máscara. Allí, en la oscuridad de su habitación.*

*Desde luego que HA CAMBIADO. Le aterra verla. Pero siente placer.*

*—Te diré la otra forma de flotar, Robert —murmura esa cosa que parece Annie, pero que no es ella ni nada que Robert pueda concebir—. Puedes flotar como las marionetas, colgado de hilos...*

*Mientras la oye, Robert Milgrew sabe que tiene razón. Sube al galeón, empuja la escalerilla de madera con el pie, suelta las amarras, henchido de felicidad.*

*Y, en efecto, sus pies se balancean como si flotara.*

# TRAS LA PUERTA CERRADA



~ 1 ~

recuerdo la tristeza que envolvía todo Portsmouth cuando salí. El viento era frío como la tarjeta de visita del invierno. Y aunque los teatros seguían llenos, las calles estaban como muertas, y las únicas figuras que sorprendías aquí y allá eran policías, de pie bajo las farolas que empezaban a ser encendidas con las pértigas, o rondando por la entrada de pubs y teatros. La ciudad entera era una cárcel y todos nos mirábamos a través de los barrotes con desconfianza, sin saber dónde se ocultaba el criminal, a quién daría el siguiente golpe. No quiero ni imaginar cómo se sentían los vagabundos, el blanco aparente de aquel despiadado individuo. Salvo unos pocos desesperados, el pánico los había arrancado de las calles y preferían hacinarse en sitios angostos antes que convertirse en la próxima noticia del Asesino de Mendigos.

El doctor había quedado en recogerme en Clarendon, pero salí temprano y decidí encontrarlo por el camino, o incluso en su casa. Estaba nerviosa. ¿Sabía dónde me estaba metiendo? ¡Aquella puerta cerrada podía ocultar una pista sobre los asesinatos, pero también podía ser mortal! Solo me animaba el hecho de saber que se trataba de mi propia investigación. No lo hacía por placer, sino por deber. O eso me decía a mí misma.

Oh, bueno, y porque los clandestinos son siempre una experiencia *escandalosa* .

¿Y a quién no le gusta lo *escandaloso* ? No lo nieguen. El placer, que diría el señor X.

Encontré pronto la consulta de la tranquila y noble Elm Grove. Un modesto edificio, Bush Villas, dos pisos, nada llamativo. La placa en la

cancela decía «Arthur C. Doyle, MD». El timbre convocó al doctor con rapidez, poniéndose la chaqueta.

—¿Qué sorpresa, señorita McCarey!

—Decidí venir a recogerle a usted. Tenía tiempo.

—Y ha hecho muy bien. Perdona si no la hago pasar, todo está patas arriba.

—¿No ha terminado aún de mudarse?

—Sí, pero... —Sonrió de esa forma gatuna mientras cerraba la puerta—. Le confieso que paso poco tiempo en la consulta. Mi trato con pacientes es, más bien, a domicilio, y todavía no tengo la clientela suficiente como para que esto funcione. Bueno, ¿vamos?

Echamos a andar por las callejuelas casi desiertas. Hablábamos de banalidades, como fingiendo una naturalidad que estábamos lejos de sentir.

—Portsmouth parece un cementerio —comenté.

—Es comprensible. La noticia ha aparecido en los periódicos de Londres. El Asesino de Mendigos, el nuevo tema de conversación en voz baja en los corros sociales. Todo el mundo se pregunta por qué un niño. La conciencia social se ha removido con esta cruel novedad. Los mendigos pasaban desapercibidos, pero un niño...

Pensé en el efecto causado en la jefa Braddock.

—Es como si ese demonio quisiera que lo atrapasen.

—Quizá —valoró Doyle—, y lo más triste es que ese mismo niño no importaba a nadie cuando salía en la arena luchando contra otros, que siguen vivos y sin importarnos. Pero, ya sabe usted, en el escenario se admiten muchas cosas que luego, fuera de él, se reprobaban como *escandalosas*. Por cierto, ¿me permite una pregunta personal, señorita McCarey? —Se la permití. Pocas cosas no le habría permitido en aquel momento—. ¿Por qué quiere ir a un clandestino?

—He ido ya a algunos. —Sonreí, pero no quise mencionar a Robert.

—Oh, sin duda, muchas mujeres van, pero ¿por qué a este, precisamente?

—Quiero ayudarles a investigar. Quizá Coppelius tenga algo que ver.

—Pero nunca nos ha hecho verdadero caso. ¿Qué ha cambiado?

Me puse a pensar. ¿Sabía yo misma, en realidad, por qué lo hacía? Se me ocurrió de pronto una respuesta y no deseaba ocultársela al doctor.

—Creo que lo hago por el señor X. —Lo miré de reojo—. Se encuentra solo. Nadie debería estar solo en este mundo, insano o no.

—No conozco a nadie como él, quizá por eso está solo —aprobó Doyle.

—Está enfermo —concluí, aunque me dolía admitirlo.

No mencioné nada sobre las extrañas cartas a Philipotts ni su «Palacio de Cristal», ni volví a hablar de sus teorías sobre grupos secretos y malévolos, pero Doyle pareció entenderme.

—Es un buen caso para un alienista, pero a la vez, una mente brillante, un genio. Mi Sherlock Holmes ha cambiado gracias a nuestro común amigo, no cabe duda de que para mejor. Estoy seguro de que cuando lo publique será todo un éxito. Me gustaría hablar con su familia... ¿Es cierto que han roto cualquier vínculo con él?

—Su familia es horrenda, perdone la palabra. —Hice una mueca recordando aquella carta inconcebible—. Yo no entiendo cómo alguien puede abandonar a un niño a su suerte por insano que sea. No los conozco, pero, por lo que he podido saber sobre ellos, no importa lo nobles o aristocráticos que crean ser, carecen de sentimientos. —Es usted una buena mujer — dictaminó el joven Doyle.

—Gracias, pero he hecho daño a otros. Supongo que como todo el mundo.

—Desde luego. Nadie puede arrojar la primera piedra. A propósito...

—Dígame.

Doyle titubeaba.

—Ese... señor de la otra noche... ¿Ha vuelto a molestarla?

Sonreí tranquilizadora hacia el sonrojado doctor.

—No. No he vuelto a saber de él. Confío en que a estas horas esté ya en Londres. Gracias por su ayuda, doctor.

—Hice lo que cualquier caballero habría hecho en mi lugar. Y no quiero herir sus sentimientos, señorita McCarey, pero ese individuo... no era para usted.

—En parte, también está enfermo y solo. No le deseo ningún mal.

—Lo dicho: es usted honrada. Pero aquí estamos.

En efecto, aquello era St. Mary's Road, con la iglesia al fondo y el albergue cerrado. Pero ¡qué diferencia con la tarde de actuación de Coppelius! No había nadie en la calle, solo un perro ladrando a lo lejos, de esos que siempre ladran a lo lejos para indicar a los humanos lo solitario que está todo. El vaho de mi aliento brotaba como los latidos de mi corazón cuando traspasamos la ahora desierta entrada del Caridad, que creí cerrada hasta que Doyle la abrió sin problemas. Había carteles anunciando otras

producciones de Coppélius, pero el joven médico me llevó directamente a través del vestíbulo hasta la sala del escenario. Todas aquellas filas de butacas con público invisible me sobrecogieron. Como si nos esperasen. Como si fuéramos los actores.

—No se preocupe de nada —me susurró Doyle—. Ya hablé con la compañía. Saben que vengo con usted.

Vislumbré la puertecita lateral entornada tras bastidores. Dos hombres la flanqueaban. Dos desconocidos, por lo que a mí respectaba, y ceñí con fuerza el brazo de Doyle. Nos miraron, Doyle habló con uno de ellos. Mientras lo hacía, aparté la mirada del otro, que me escrutaba con un brillo cínico en los ojos.

El hombre se apartó y su compañero lo imitó. Nos saludaron cortésmente.

Penetramos en el reducto de antes: máquinas, cuerdas, poleas, andamios arriba y abajo. Y la puerta cerrada, que ahora estaba abierta, de donde provenía un resplandor. Sin embargo, no daba a ninguna salita siniestra, sino a unas escaleras estrechas que bajaban a la luz de candiles. Doyle me precedió. Nuestros zapatos producían un estrépito en los peldaños de madera. Al pie de aquellos escalones había otra puerta abierta. Tras ella, un antro que, en principio, me defraudó. Olor a humedad, una decena de sillas incómodas, un escenario pequeño, sin telón y sin decorado, como el interior de una caja de zapatos. A mi derecha, en segunda fila, un caballero; a mi izquierda, en primera, otro. El de la derecha estaba calvo; el de la izquierda era canoso.

Eso era todo.

Ni se volvieron ni hablaron entre sí mientras nos acomodábamos en dos sillas de la última fila, propuestas por Doyle. Parecían sendos muñecos.

Recuerdo el silencio. Un silencio absoluto solo interrumpido por los crujidos de las sillas. «No temas al teatro que se oye como un trueno o deslumbra como un rayo», decía mi hermano, «Teme al oscuro y silencioso».

Iluminado extrañamente por aquellas luces típicas de clandestinos —lámparas de calcio que permitían colorear el fondo— se hallaba el rectángulo pequeño, expectante, del escenario. Nada más. Los clandestinos a los que yo había ido contaban, al menos, con un decorado como excusa. Aquí, solo un fondo de cartón sin dibujos. «¿Se siente bien?», cuchicheó Doyle. «Sí», dije. El hombre de primera fila se removió. Esperamos un poco, pero no vino nueva clientela, y supuse que el espectáculo no sería tan bueno. No sé por qué —quizá por lo nerviosa que me encontraba—, seguía pensando en

Robert. Me lo imaginé apareciendo en el escenario, insospechadamente, ante mí.

Entonces las candilejas se prendieron con pantallas pintadas de un azul turquesa que envolvieron en un resplandor irreal todo el escenario.

De un lateral salió la muchacha.

~ 2 ~

Abigail, recordé su nombre. Llevaba un vestido de frunces en color rosado y calzaba zapatos plateados. Parecía una niña en una fiesta. De hecho, era mucho más niña de lo que yo creía. El pelo recogido en un moño la infantilizaba aún más.

Se sentó en el suelo. Su forma de mirar, con aquellos grandes ojos azules en el resplandor azul, parecía abarcarnos a todos a la vez.

Sonó un piano.

Tenía que provenir de alguien que tocaba en otra habitación. Sus teclas no respondían del todo a los dedos, pero la melodía era simple, como una canción de cuna. Mientras, la niña comenzó a quitarse los zapatos. Así, tal cual, sin buscar gestos bellos, estirando una pierna flaca, luego la otra. Entonces se puso en pie y nos dio la espalda. El vestido se removía. Sabía que iba a quitárselo y que debajo —lo vislumbré con los gestos— no llevaba nada.

Dio media vuelta, aún sujetando el vestido contra su cuerpo. Era, claramente, una niña. No más de doce años. Y bailaba mal. Si es que era «bailar» lo que hacía.

Sus movimientos no seguían en ningún momento el ritmo de la música. Eran como capítulos, no se me ocurre otra comparación: un gesto, una pausa, otro. Se lo tomaba todo con mucha calma. Pero no había calma en su rostro tenso, como esforzado. Era como si todo lo que hacía, cada leve gesto o pausa, fuera importantísimo.

Viéndola, sentí que mis mejillas ardían.

Fue así de súbito.

Empezaba a irritarme, contra ella, contra el doctor Doyle —a quien no me atrevía a mirar—, contra Coppelius. Esto era una tomadura de pelo. ¿Un espectáculo? ¿Cuál? ¡Una estupidez sin sentido, para deleite de quienes gustaban de los cuerpos núbiles!

Las luces, ahora, habían cambiado y tenían una coloración roja intensa. El piano golpeaba dos o tres teclas —las mismas— insistentemente.

La niña, desnuda ya, se colocaba unos mitones en sus flacos brazos. Alzó la vista y me miró. ¿Qué clase de burla era aquella? No tenía ningún sentido. Quería irme. Tenía ganas de decirle: no lo haces mal, pero no representas nada para mí. Solo una niña sin ropa, el cabello rubio recogido en un moño imperfecto. Una niña que me mira.

Ya con los mitones giró hasta dar la espalda.

Ni siquiera me pareció *escandaloso*. No había que pagar ninguna entrada de teatro clandestino para ver a niñas así.

Fue cuando se abrazó a sí misma y separó las flacas piernas de espaldas.

Fue entonces cuando me pareció que todo aquello me gustaba. Mi enojo era debido a la impaciencia que sentía porque comenzase ya a hacer lo que fuera que quisiera hacer con su cuerpo en ese escenario tan vacío como ella, pero ahora comprobaba que ese estado de impaciencia era lo que me gustaba.

Supe, con certeza suprema, algo sobre mí misma. Supe que, de niña, a la edad de tres años, debí hacer una cosa que no hice. El recuerdo fue exacto.

Tenía un muñeco de trapo que mi padre llamaba «oso». No era un oso ni se parecía a un oso, pero mi padre lo había confeccionado rellenándolo de algo y clavándole botones negros como ojos. Yo odiaba ese muñeco. Ahora lo sabía. Lo odiaba. Sin embargo, cuando jugaba con él, sobre todo si mi padre estaba cerca, intentaba superar aquel odio —más bien, asco— y quererlo. Pero, sin que pudiera evitarlo, mis juegos con el muñeco se volvían violentos. En vez de acunarlo o protegerlo, lo usaba para golpearlo contra el suelo. Comprobé que era irrompible, o casi. Eso me resultó provocador, desató mi furia, al tiempo que me gustaba cada vez más. El «oso» pasó a ser mi juguete preferido. Había algo en su fealdad absoluta, en su pavor de cosa hecha de trapos con ojos como botones, en su resistencia a mis frenéticos ataques, que me resultaba desafiante. Mi impaciencia por destruirlo me gustaba, me parecía *escandalosa*.

Lo conservé toda mi vida, lo cuidé, hasta que, con nuestras constantes mudanzas de un sitio a otro y la venta de la casa, lo perdí para siempre.



Ahora lo recordaba, tras tantos años.  
Pero ahora sabía lo que tenía que hacer.  
Mis manos se crisparon como garras.

~ 3 ~

No presumiré de haber conocido muchos placeres, pero nada que hubiese experimentado antes —nada en mi cuerpo, en mi sangre, en mi mente— guardaba remoto parecido con lo que sentí al «destronar» imaginariamente aquel maldito oso. Soñar que lo hacía. Bajo mis uñitas de tres años de edad, pero no a solas: reventarlo frente a mi padre. Un ojo —y mi padre me miraba—, otro —y seguía mirándome—; uno y otro trapo —mi padre fruncía el ceño—; quitarle todo el ser, desnudarlo, hasta la consumación, hasta lo informe, hasta la profanación de todo lo que yo creía sagrado.

Adiós, adiós, adiós. Vete de mi vida.

Aunque me avergüence admitirlo, diré que mi boca se hizo agua. Fue esa clase de placer que no relacionamos con nada concreto, y del cual experimentamos quizá ligerísimas gotas al estirar nuestro cuerpo tras una noche durmiendo en una sola postura o beber agua tras un período de sed. Solo ligeras similitudes. Un placer de saciedad.

La música cesó.

La niña, vestida ahora con un conjunto azul, me miraba sentada en el escenario.

Jadeaba, era claro, pero mantenía la boca cerrada. Luego se levantó ágilmente. Salió por un lateral. Vi la raya armónica de su espalda en un escote pronunciado. Y nada.

Fue entonces cuando escuché el coro.

~ 4 ~

No decían nada comprensible, pero eran voces humanas. Las nuestras.

Respiración. Cuatro respiraciones, tres hombres y una mujer: yo misma.

Pasó un tiempo indeterminado sin que hiciéramos otra cosa salvo respirar. Cuando volví a mirar, ya no estaban los caballeros de las filas delanteras. Miré otra vez y Doyle y yo salíamos por la puerta. Tuve la fugaz visión del rostro de Pettiroso en la oscuridad, sonriente, y, algo más cerca, la lánguida y escuálida figura de su jovencísimo colaborador, el señor Constantine. Salí al aire de la noche, miré el reloj en mi bolso y comprendí, con un primer y súbito chispazo de raciocinio, que habíamos estado en aquella estrecha cámara más de tres horas.

Más de tres horas.

Caminé con pasos cortos por la calle vacía. Iba mirando las estrellas, puntitos difusos en el cielo como si alguien hubiese salpicado tinta blanca en un papel negro. Doyle, a mi lado, como mi propia aunque equívoca sombra. En completo silencio.

Me sentía bien, me sentía desamparada.

Saber que me hallaba tan desamparada y tan bien me pareció algo notable. Completamente abandonada y solitaria y agradecida de estar así y de ser eso.

Al poco tiempo la sensación pasó. Tuvo un ocaso leve, sin violencia, se consumió como las lámparas de calcio de aquel escenario y se marchó aun antes de saber ponerle un nombre o definirla de alguna forma.

Cuando avistamos Clarendon House, a oscuras frente al mar, yo era otra vez yo, o la que siempre había creído ser. Tenía la impresión —cierta, por otra parte— de haber estado sentada en una habitación con olor a sudor y madera vieja contemplando a una niña rubia de bonito aspecto, aunque no realmente hermosa, durante horas, sin verla hacer otra cosa que desnudarse por completo. Y ni siquiera podía recordar cuándo se había quitado la ropa ni qué había hecho con ella, ni cuándo había vuelto a vestirse con otro vestido. Sin baile, sin palabras. Abigail vestida, Abigail desnuda. Había sido tan vulgar que ni siquiera me pareció que pudiera enaltecerlo llamándolo «indecente».

Solo me quedó el recuerdo de ese simple hecho. La sensación había desaparecido. Persistía una extraña resaca, ligeramente desagradable.

De algo estaba segura. Mejor dicho, de dos cosas. Pero le dije solo una al doctor.

—Creo que esto no tiene nada que ver con el Asesino de Mendigos.

—Yo también lo creo —dijo—. ¿Puedo preguntarle, no obstante, por qué?

—Porque... Porque esto es teatro. Como diría usted: otro mundo. Un espectáculo. Raro, sí, pero un espectáculo, a fin de cuentas. Una mentira.

Doyle estuvo un rato asintiendo y sonriendo, como si yo hubiese dicho, en pocas palabras, lo que él había pensado siempre.

—Me ha agradado venir con usted —confesó.

—Y yo le agradezco que haya estado conmigo.

Lo último que pensé antes de quedar profundamente dormida fue en lo otro que no había querido decirle al doctor Conan Doyle.

Y era esto: jamás en mi vida regresaría a un clandestino.

No había sido infeliz ni muy feliz, pero no era para mí. Como el alcohol. Estaba bien marearme un poco en una noche loca en compañía de un caballero apuesto, pero el teatro clandestino era demasiado raro. Mis gustos eran más mediocres.

## ~ 5 ~

En un momento dado debí dormirme, porque soñé con una melodía de violín. No era especialmente bella, pero sí complicada y extraña, exótica como la de un zíngaro, disonante como la de un novato. Lo raro era que todo lo demás resultaba invisible: no estaba el violín, no estaba el señor X, no estaba yo. Solo existía la melodía. Entonces una cabeza asomaba tras un telón: «Todo es teatro, madama», decía.

Era Pettiroso.

Y, tras el telón, que era rojo, se oyeron los alaridos de un niño.

«¡Teatro!», repitió Pettiroso, pero ahora era Robert quien lo decía. Los gritos tras el telón, ensordecedores, se interrumpían con gorgoteos, cosas como burbujas enormes estallando, como carne siendo cortada... «¡TEATRO!», exclamaba Robert y sus cejas se alzaban hasta un extremo imposible: le levantaban el pelo rizado y la frente, como dos cuernos, y se enroscaban sobre sí mismas como gusanos negros. Pero lo peor salía de su boca: una larga, blanda lengua bulbosa de un color repulsivamente blanco — todavía la veo frente a mí, todavía me tiembla el pulso al escribirlo—, que,

sin embargo, me hacía quedarme mirándola con fijeza absoluta. Aborreciéndola. Adorándola.

Desperté, sudorosa, temblando y oyendo fuertes golpes y voces en la puerta.

—¿Anne? ¿Anne? ¡Abre! —Era Mary Braddock—. ¡Es...!

Abrí en camisón y me hallé, de golpe, frente a un hombre, de pie junto a mi compañera. Lo reconocí antes de que hablara.

—¿Señorita McCarey? Inspector Merton, de Scotland Yard, ya nos conocemos. Vístase y acompáñeme. Queda usted arrestada.

## ~ 6 ~

Mis antepasados escoceses habían llegado a Portsmouth con el fin de emigrar a América, me contaba mi padre, pero nosotros veníamos de la rama de los McCarey que decidieron quedarse en una tierra intermedia, a punto de marcharnos definitivamente, pero sin permanecer del todo. Mi hermano y yo, de alguna forma, también habíamos emigrado sin irnos por completo. Al parecer, los McCarey no acababan bien las cosas. Seguíamos perteneciendo a aquella pequeña sociedad de minuciosos trabajadores del mar, picudos tejados de iglesia, casitas en fila de largas chimeneas, muelles y fortalezas. Andy y yo éramos de Portsmouth. O, al menos, yo lo había sido hasta ese día. Emigrantes de todas partes, pertenecientes a un lugar que era un sitio de paso, pero al menos ya convertido en algo nuestro.

Sin embargo, mientras caminaba por la vereda de Clarendon House escoltada por el inspector Merton y dos policías aquella inolvidable mañana, supe de repente —aún demasiado horrorizada para llorar, demasiado aturdida para comprender— que ya había sido expulsada para siempre de la ciudad. Pasara lo que pasara.

Todo el personal se había congregado para sentenciarme, flanqueando el estrecho sendero. Allí estaba Weedon, parpadeante y blancuzco, como si su trabajo lo hubiese convertido en un papel más, mirándome con ojos entornados. No había querido perderse el espectáculo, aunque tuviese que dejar por un instante sus informes. Tras él, la pobre frustración asombrada del

rostro de Jimmy Piggot. Me dolió mucho su expresión de «Pero... ¿usted?». Un grupo de compañeras se arremolinaba al final de aquel angosto camino — que me recordó tanto al sueño del túnel donde solo podía avanzar—, y en su honor debo decir que Mary Braddock, Susie Trench y Nelly Worrington me miraban con diversos grados de dolor y hasta de piedad. Acaso excitación — yo era ahora su teatro—, pero no advertí en ellas el desprecio de los transeúntes que contemplaban mi desfile de ignominia, algunos tras hacer un alto en su paseo o con sus bicicletas. No faltaba la señora Murray, con su aguanosa mirada de pez, la única que no parecía sorprendida. Y, último, pero no menos importante: el doctor Ponsonby al final, en la cancela. Solitario, quiero pensar que confuso, pero con un brillo acerado en sus ojos negros y una perilla como un puñal dirigida hacia mí.

¿Qué clase de expresión debía poner yo para arreglarlo todo? ¿Existía una expresión así, para usar cuando, en un pueblo atemorizado y vengador, la policía te hace salir de tu casa y te lleva a una comisaría? Tenía ganas de llorar, pero pensé que eso era dar pie a la crueldad. Y si me mostraba muy tranquila, ¿no podía ser indicio de culpa? Tanto si miraba a los ojos de los demás como si no, ¿me libraría de ser mirada y enjuiciada por sus miradas?

Recuerdo que al final solo me quedó un lugar donde refugiarme.

Fue cuando me subían al carruaje que esperaba en la puerta, el sargento primero, yo detrás alzando los picos de mi falda, el inspector el último. Tuve entonces el súbito recuerdo del párpado cerrado de Clarendon.

Desde esa fachada no podía verse, pero sabía que seguía allí, detrás, y contenía la visión más hermosa de todas, la que más seguridad me daba.

—¡Fea! ¡Bruja! —gritaron unos chavales cuando ya se sintieron seguros de mi presencia dentro del carruaje. Eso animó a otros chicos y pronto hubo una algarabía más chillona que las gaviotas—. ¡Bruja nariguda! ¡Asesina! ¡Bruja fea!

Yo no sonreía, pero pensaba en él. No podía explicar la increíble confianza que me daban sus ojos, el recuerdo de su pequeña mano cuando le tomé el pulso y, sobre todo, sus palabras. *Bella y valiente Anne*. Quizá yo ya no pertenecía más a Portsmouth, pero tenía otro lugar en el que residir.

Allí donde él estuviera, allí viviría, en su Palacio de Cristal. Porque no pertenecemos a los lugares, sino a las personas. Nuestros lugares se mueven, se extienden hasta llegar a donde quiera que vayamos nosotros.

Mi carruaje partió llevando mi lugar dentro de mí.

La comisaría de Victoria Road estaba asediada por periodistas libreta en mano. Gritaban alzando cabezas y llamando al inspector, pero los uniformados los empujaban para abrirnos paso. El vehículo se detuvo y cuando salí, sentí algo que no podía explicar: compasión por todos. Cuánto esfuerzo, pensé, cuánto sufrimiento en todos nosotros. En las caras había preguntas, ansiedad, pero también miedo y, en general, cansancio. No sabía de qué se me acusaba, y me trataban sin miramientos: aferrándome de los brazos y arrastrándome al interior del edificio, ignorando los gritos —«¡Soy del *Ojo de Portsmouth*, inspector!»—, pero apenas pensaba en mí misma y mi destino. Porque dentro de la atestada comisaría todo cambió para mí. Yo no había hecho nada malo, o eso creía, pero en aquel lugar de papeles, olor a tinta, carpetas mohosas, tabaco fuerte y sudor, presidido por un retrato de su majestad, me sentí culpable.

La culpa, como el decorado, lo impregnaba todo.

Casi en volandas me trasladaron a un pequeño despacho. La puerta se cerró dejando la algarabía atrás, y Merton y el sargento me rodearon. Percibí que estaban a punto de todo o de nada. Aquello iba a acabarse ya y solo necesitaban mi colaboración para zanjarlo. Eran ciudadanos en un pueblo de pescadores y marinos paletos, y querían marcharse a sus casas londinenses e informar a los jefes de que todo había sido resuelto. No hubo introducción ni pausa alguna. Nadie me ofreció nada de beber. Tenían prisa.

Merton puso un papel en la mesa, ante mí.

—¿Reconoce esa letra?

Estaba arrugado, sucio de algo, pero supe qué era aun antes de leerlo.

Robert,

Necesito días para pensarlo. Es una decisión muy importante para mí y quiero estar segura. Si no puedes

esperarme, regresa a Londres. Y si crees que mi decisión debe ser forzosamente obedecerte, entonces debo decirte, con gran pena, que lo nuestro ha terminado. Guardaré en mi memoria los momentos felices. Gracias por todo.

Annie

—¿Reconoce la letra? —volvió a preguntarme Merton.

La boca no me obedecía. Estaba seca, inerte. Yo toda estaba húmeda, salvo ese centro, esa angosta cueva. El resto era sudor.

—Repito: ¿reconoce la letra? —Merton golpeó el papel ante mis ojos y salté.

sí.

—La respuesta que di no merece ni guion ni mayúsculas—.

—¡Pues diga de quién es, demonios! —Risas detrás.

mía.

Ahora había más gente a mi espalda. Pero yo ya no podía pensar con claridad.

—¿A quién estaba destinada?

—Ro... Robert Milgrew —respondió otra voz por mis labios resecaos.

—¿Qué relación mantenía con el señor Milgrew?

Era buena pregunta. ¿Qué relación mantenía? Era mi oso de trapo de ojos negros, quise decir, pero yo lo destruí. Creí que me haría las necesidades encima.

—Es... era... mi... amigo.

—«Era». —Merton sopesó la palabra mirando su propio bigote de púas, como si allí la tuviera ensartada—. ¿Ya no lo es? —Negué con la cabeza—. Muy bien. *Pero ...*

—¡Siempre hay un pero! —exclamó el sargento Jameson detrás, tomando notas.

—Pero eso... ¿cómo se traduce, señorita McCarey? ¿Fueron amantes?

Las preguntas de Merton eran como disparos a un ciervo que huye. Solo luego, al bajar los cañones, daban lugar a pausas de comprobación: si había sangre o no, si el animal cojeaba o escapaba ileso.

—Rompimos hace dos semanas —dije—. ¿Le ha pasado algo a Robert...?

Merton se inclinó tanto hacia mí que creí que iba a golpearme.

—Señorita McCarey, ¿nos deja hacer nuestro trabajo?

—Perdone.

—¿Cuándo vio al señor Milgrew por última vez?

—Hace casi una semana, en... en la playa.

—¿La noche en que fueron asesinados David Taylor y el niño Danny Waters?

Asentí.

—¿Por qué se encontraba usted a esas horas en la playa? Usted trabaja de enfermera en Clarendon House...

—Había salido a refrescarme un poco... Me dolía la cabeza.

—¿Le dolía la cabeza después de asistir con el doctor... —revisó un papel—... Doyle al teatro esa tarde?

Era inútil ocultar nada. Volví a asentir.

—¿Y antes de lo de la playa? ¿Cuándo se vieron?

Me pareció que ya lo sabían y solo esperaban que yo cayese en la trampa de mentir. La mención del restaurante me llevó a pensar en Abigail. La niña abrazada a sí misma. —Su cuerpo como una línea central y un volumen de carne simétrico a cada lado—. Yo no quería recordarla, pero su imagen estaba clavada dentro de mí.

—Pero, si no quería volver a verlo, ¿por qué lo vio en la playa luego? Conté que Robert me había seguido cuando salí al teatro aquella tarde.

—¿Discutieron?

—Sí.

—¿Sobre qué?

—Quería que yo dejara el trabajo en Clarendon.

—¿Por qué?

—Para que me fuera a Londres con él.

—¿Es que vivían juntos?

—No. Pero... él... dijo que prefería Londres.

—¿Iba a vivir con usted?

—No.

La expresión de Merton era socarrona. Se cruzó de brazos.

—Así que usted iba a dejar su trabajo aquí para vivir *sola* en Londres porque él se lo decía...

—No. Le dije que no me iría.

—¿Por eso le envió esta nota? —Asentí—. Pero ¿cuál era el plan? Se



querían, según parece. Y él le decía que se marchara a Londres...

—Quería que yo viviera allí para estar más tranquilos cuando... viniera a verme.

—Cuando viniera a verla. —Merton asintió—. ¿En qué trabajaba el señor Milgrew?

—Es marinero en un barco comercial, el *Ingrato*.

Merton se había quitado la chaqueta y ahora se sentaba en la mesa, eligiendo un borde, para que no diera la impresión de que quería estar cerca de mí. Las manos en los bolsillos siempre. Con mi última respuesta, miró al sargento. Su rostro afilado y rojo de funcionario con sobrecarga de trabajo no era el del Merton triunfal que un mes antes había llegado a Clarendon desde Londres para preguntar por el asesinato del vagabundo Hutchins. Se había hecho más duro. La responsabilidad había petrificado sus rasgos.

Jameson hizo un gesto ambiguo. Merton volvió a mirarme.

—¿Cómo lo sabe?

—Él... me lo decía.

—¿Y qué más le dijo?

—Que había venido a Portsmouth para verme.

—Para verla —repitió Merton como si mis respuestas fueran increíbles.

—Sí.

—¿Sabe en qué posada se hospedaba?

—No.

—¿Le contó alguna vez su vida de vagabundo en las calles de Londres?

Lo miré confusa.

—¿Robert...? No, él...

—Usted le reprochaba no tener dinero para vivir juntos, ¿correcto?

—Yo...

El bigote de Merton se hizo diabólicamente enorme al inclinarse.

—¿Correcto, señorita McCarey? ¿Acaso no lo despreciaba usted por ser un miserable? Las mujeres suelen odiar a los hombres incapaces de mantenerlas...

—Yo... no... no lo despreciaba.

—Pero cuando él venía, le pedía dinero a usted.

Percibí algo. Como cuando tienes la piel sensible y alguien te roza. Un súbito relámpago. Lo supe al mirar a Jameson, que engordaba las mejillas

mientras apuntaba, observando a su idolatrado inspector. Todo colorado. Como un preámbulo en el aire lleno de tensión.

—Sí —contesté, sintiendo que iba a llorar.

—Se enfadó mucho en Londres al enterarse de que usted quería venir aquí. Él despreciaba esta ciudad, llena de viejos marineros vagabundos que le recordaban su propia e indigna vida... Pero usted, con sentido común, práctica como todas las de su sexo, lo despreciaba a él por vivir en la miseria... —Yo lloraba, incapaz de decir nada. Merton siguió mirándome un instante y luego alzó la vista. Fue como la señal acordada.

Las risotadas a mi espalda tendrían que haberme tranquilizado —nadie podía ser culpado de algo grave ante tales risas—, pero lo cierto es que me inquietaron más.

—¿Puedo tomar un vaso de... agua? —dije entre el estrépito. Merton me ignoró.

—A las furcias, al menos, se les paga por recibir clientes —añadió hacia su gente—. Esta señorita le pagaba a él. Lo cual la convierte, además, en estúpida.

Las grotescas carcajadas derivaron en aplausos. Parecía un teatro lleno a la caída del telón. Y, de hecho, Merton hacía una reverencia.

—Estúpida de rigor —dijo—. Lo supe la primera vez que la vi. —No me miró al decirlo, no por respeto, sino porque yo había dejado de interesarles.

~ 7 ~

Toda la comisaría lo ovacionaba de pie. A lo lejos, ante un cordón de policías de Portsmouth entrenados para ejercer fuerza, los periodistas gritaban o levantaban sus sombreros. Pero la voz imperiosa de Merton se impuso a todos, con ambas manos abiertas, las palmas hacia delante, un orador pidiendo pausa.

—¡Señores, la ciudad de Portsmouth está a SALVO!

Otra vez se desató la alegría. «Ha sido un camino duro —parecían decir—. Pero hemos llegado». La exaltación contenida de Merton frente a los de

Portsmouth, que seguían adorándolo, la volcó de nuevo en mí, provocando una de esas pausas en la juerga donde el más ebrio es el más oído.

—¡En cuanto a usted, que me lleven los demonios, espabile, diantres! ¡No tiene usted la belleza de las tres Gracias, pero no lo empeore siendo, además, necia! ¡Ande, lárguese de mi vista!

Ya se habían olvidado de mí. Lo cual era lógico porque yo no era —no había sido— otra cosa que información. Concluido mi papel, todas las miradas, atentas momentos antes, ahora se desviaban de la mía y me costó esfuerzo caminar hacia la salida. Un policía me empujó con el hombro para pasar y le toqué el brazo.

—Perdone, ¿puede decirme qué le ha pasado a Robert Mil...?

El policía continuó su camino. Probé con otro, rechoncho, que me miró como si mi pregunta le ultrajase y me apartó de un empujón. Era importante ser visto por Merton en ese instante. Todo aquel a quien Merton bendijese con su mirada podía, quién sabe, ser ascendido, acaso trasladado a Londres en un día propicio. Yo nada tenía que ver en el asunto. Pero quería saber qué había pasado con Robert. Ya no lo amaba, pero su destino me importaba porque alguna vez lo había amado, y él a mí, aunque fuese al principio.

En la puerta, los fuertes brazos de los agentes apenas podían contener el asalto de las bocas vociferantes, los bigotes crispados, las ansias de noticias de los periodistas famélicos. Quedé frente a ellos y se produjo una espantosa inversión de funciones: la que hice las preguntas fui yo; los que respondieron, ellos.

—¿Alguien puede decirme qué ha pasado con el señor Milg...?

—¿Qué se siente al haber sido amante de un asesino? —gritó uno. De repente empezó a abrirse camino en mi cabeza la espantosa verdad, como un roedor negro.

—¿Sabía usted algo?! ¡¿Era su cómplice?! ¡¿Señorita McCarey?! ¡¿Es verdad que es usted ENFERMERA?! ¡¿Ayuda a los enfermos criminales?! ¡¿Dice que no?! ¡Pero está LLORANDO! ¡¿Por qué llora, señorita McCarey?! ¡¿Por el Asesino de Mendigos?! ¡¿SEÑORITA McCAREY?!

Una manga.

Eso vi.

Una manga de uniforme extenderse como una cuerda o una red, como si poseyera la capacidad de expulsar voces y personas de mi alrededor. Tiraba de mí. Me hizo cruzar entre libretas y bocas abiertas y ensordecedoras.

—Déjenla en paz —decía el dueño de aquella manga—. ¡Déjenla en paz! ¡La señorita está libre de cargos! ¡Déjenla!

En la calle, un carruaje se materializó ante mí. La manga que me sostenía me hizo mirar un rostro. Era un policía joven, de bigote rubio. Me miraba con el mismo desprecio que los demás, pero en su rostro había cierta comprensión.

—Se ahorcó anoche en la habitación de su posada, el Peacock's Inn, en el Point... —me dijo con rápida desgana—. Dejó una declaración escrita de su puño y letra junto con la carta que usted le envió, confesando todos los asesinatos. Vivía en Londres, trabajando como temporero en los muelles, no en un barco, y por eso no quería que usted viniera aquí. El inspector cree que pasó muchos años de vagabundo, y que el hecho de que usted quisiera alejarse de Londres lo enloqueció, haciéndole pensar que usted lo odiaba por su pobreza. Llegó una semana antes que usted y empezó a matar a quienes le recordaban lo que él había sido: vagabundos. Váyase a casa y, la próxima vez, elija mejor a sus amigos.

La manga me entregó al carruaje. Se cerró la puerta.

Tenía una duda, solo una. Por favor, quise preguntar...

¿Una carta *de su puño y letra*? Robert apenas sabía escri...

~ 9 ~

Retornó la pesadilla, a la inversa. Vereda de Clarendon. Entrando en el vestíbulo. Sin querer pensar, como si la memoria tuviera también una espalda y no fuese capaz de ver aquello de lo que se aleja. Avanzando con trémulos pasos, sabiendo cuál era mi meta sin que nadie me lo dijera, y desde luego mucho antes de que el señor Weedon —quiero entender que con cierta pena — me anunciase que el doctor Ponsonby me esperaba en su despacho.

Todo lo que ocurriera sería poco, pensé. Todo sería poco para mí y lo sucedido.

Esta vez el doctor Ponsonby me invitó a sentarme.

Esta vez el doctor Ponsonby recordaba mi nombre.

Yo ya no lloraba. No sentía nada, en realidad. Me encontraba sometida a un cloroformo emocional, dulce casi. Veía a Ponsonby ir y venir —él no se sentó—, también borroso, indefinido, atenuado por mi anestesia. A ratos le escuchaba.

—... durante años... ¡Es algo que he intentado mantener, señorita McCarey, a toda costa! ¡Porque dependemos de nuestro nombre! Ah, no digo que eso sea todo lo que tenemos en Clarendon, pero... ¡aquí no quitamos verrugas ni ayudamos en los partos ni operamos vesículas! Esto es una residencia privada para endebles nerviosos, pero respetables, de familias nobles...

Me contemplé las manos mientras hablaba. Era cierto. Yo no había ayudado en ninguna operación. Mi compasión y experiencia se habían extendido solo a los locos. Solo había dado cobijo en mi corazón a locos y criminales. Yo no era digna, no era necesaria. Los insanos vivían encerrados. El señor X vivía encerrado. ¿Por qué nadie iba a necesitarme? ¿Qué hacía yo, en realidad? Apiadarme. Yo era solo compasión. Y, como bien me había dicho el señor X una vez, solo me compadecía para recibir un poco de lo mismo. Necesitaba de la piedad de otros.

—... lo cual, no podemos permitirnos, repito, porque está en juego nuestra reputación. Así que hará las maletas y se marchará mañana a primera hora. Sin derecho a paga. Y no espere de mí carta de referencia alguna. De hecho, si por mí fuera, se marcharía hoy mismo, pero el señor X...

Aquel nombre fue como una llamada en la puerta. Desperté de mi sopor y miré a Ponsonby.

—... se ha negado a admitir que se marche usted hoy. Quiere que se vaya mañana.

—¿Qué? —murmuré como en sueños.

—¿No me oye? El señor X también quiere que se marche, no desea tener como enfermera a una mujer de su calaña. Pero lo hará mañana. No es usted de Clarendon. No es usted enfermera. No tiene ningún derecho y me ocuparé personalmente de que así se sepa en el mundo médico de este país. —Seguí mirando mis manos, una y otra, apoyadas en mi regazo. Pensaba en aquellas

cruelles palabras: «El señor X también quiere que se marche»—. Parece que ha sorteado usted sus responsabilidades penales... Hablé con el inspector Merton esta mañana. Me dijo que, aunque la interrogarían rutinariamente, parecía casi probado que usted ignoraba lo que hacía ese salvaje... *Complex ignorantia!* Eso ha sido afortunado para usted, no digo que muy afortunado, pero sí afortunado, porque, en caso contrario, ¡habría dado con sus huesos en la cárcel! Está usted salvada ante la ley, sí. ¡Pero, ante los ojos de los caballeros respetables, las damas dignas, la dignidad misma, ha sido usted condenada! Solo queda limpiar el buen nombre de Clarendon. Ahora, haga el favor de quitarse de mi vista. Mañana al amanecer la quiero fuera de esta casa. Eso es todo.

Y me quedé tontamente allí sentada, sabiendo que el viento me arrastraría fuera.

## ~ 10 ~

Otras manos me vistieron, no las mías.

Aparecieron ante mí, habilidosas, cansadas de repetir siempre los mismos gestos. Otros ojos me miraron al espejo. Allí estaba mi rostro, mi nariz abultada, mi mentón pequeño, casi inexistente. Mis ojos demasiado juntos. Las manos extrañas me coronaron con la cofia de enfermera por última vez. Era lo que se esperaba de mí.

Entonces comencé a desplazarme. Salí de mi habitación, recorrí el pasillo, atravesé la cocina donde la señora Gillespie me observó un instante, el vestíbulo donde Hettie Walters me había hecho pasar el primer día, y donde ahora parecía querer hallarse presente para despedirme, sonriendo y llorando a la vez.

Yo me había convertido en un *escándalo*. Una desgracia. La desgracia tiene su propia carroza que todo el mundo admira. Pasos medidos y lentos. Las manos cruzadas sobre el vientre, como si hubiese recibido una herida mortal y me desangrara.

No podía detenerme.

Subí las escaleras como flotando sobre los peldaños. Mary Braddock bajaba, y ni siquiera ella me habló. En el pasillo se asomaba el señor Conrad H., pero cerró la puerta al verme. Heredé su paranoia: quizá hasta él lo sabía. Seguí hasta la última puerta, la abrí. Y, por fin, me detuve.

~ 11 ~

Todo parecía seguir igual, y ya nada era igual.

—Tenga confianza, señorita McCarey —dijo la voz desde el sillón orejero. Pero no me conmovió.

—Usted también —repuse—. Me iré mañana a primera hora, señor, como es su deseo, no se preocupe. ¿Puedo preguntarle por qué me necesita hoy?

Se me trababan las palabras, como si hubiese bebido el agua infernal de ese demonio que había sido mi —*amante, Ann*— pareja durante años. Pero ni siquiera eso dolía tanto como el desinterés del señor X.

—Hay algo que quiero que haga —replicó—. Ya se lo diré. Mañana se irá. Por no volver a sollozar, me aparté y fingí ocuparme de mis tareas.

No duele tanto, pensé. Es doloroso, sí, pero no tanto, y si razones, Annie, concluirás que es la decisión más sensata que cualquier persona tomaría respecto de ti, sí, incluso alguien como el señor X, de quien creíste, durante un estúpido momento, que podía interesarle tu compañía y que te comprendía mejor que tú misma. Pero estás estigmatizada. Distes cobijo y dinero al Asesino de Mendigos. Ofreciste tu cuerpo y tu alma al diablo. Ni el señor X puede admitir eso. Muy sensato.

Solo me interrumpió para hacerme una pregunta en su tono suave de siempre.

—¿Fue muy duro el paso por la comisaría esta mañana?

—Un poco.

—Habría periodistas... —añadió, vagamente—. ¿Estaba *El Ojo de Portsmouth* ? ¿Hizo muchas preguntas? —Dije que sí a ambas cosas (recordaba bien al periodista aquel) y replicó algo como para sí mismo—: Claro, ahora carecían de información...

No entendí lo que quiso decir y no volvimos a hablar.

No podía seguir trabajando junto a él. Encontré cualquier excusa para ausentarme y atender a otros residentes, que por fortuna pensaban menos, o no lo hacían en absoluto, y ni siquiera sabían la gran noticia de mi relación con el Asesino de Mendigos —que a esas horas estaría siendo vociferada por los vendedores de periódicos, también en Londres—. Pero tuve una extraña impresión, que se reforzaba cada vez que regresaba a la habitación del señor X: este se hallaba en un estado distinto al usual, y eso lo percibí a pesar de mis sentidos embotados. A ratos le oía, incluso, tararear una cancioncilla que ni siquiera reconocí. Está contento porque mañana me marcho, pensé, aturdida. Dios mío. Era algo tan hondo y terrible que saqué fuerzas de eso para resistir, como se extrae lo putrefacto de un pozo. Para erguirme y ofrecer resistencia. Mi residente, por otra parte, ignoraba aquellos desvelos. Apenas comió y se dedicó a trazar arabescos con su violín irreal, hasta que, poco después de mediodía, unos golpecitos en la puerta anunciaron la llegada del doctor Doyle, que introdujo primero la cabeza, sonrió con toda la dentadura y luego hizo aparecer el cuerpo de un saltito.

—¡Buenas tardes a esta bella y agradable asamblea! ¿Cómo está usted, querido mozalbete? ¡Veo que mucho mejor! ¡Más cosas aún que celebrar! Señorita McCarey...

Traía una caja bajo el brazo. Reconocí el nombre de una de las mejores licorerías de Portsmouth.

—¡Aseguran que es el mejor champán francés de importación...! Mis queridos amigos, ¿no dicen nada? Supongo que, aunque aquí están desterrados los periódicos, viven ustedes en el mundo... Al menos, confío en usted, señorita McCarey, porque ya sé que nuestro sagaz Sherlock se halla en una estrella lejana... ¡Por Dios! ¿A qué vienen esas caras mustias? ¡Lo han *atrapado* ! —Abrió los brazos esperando una reacción, pero interpretó mal nuestro silencio—. Bueno, digamos que, en efecto, no ha salido a pedir de boca... Nuestro querido y maldito criminal se nos adelantó y le aguó la fiesta a la justicia. Imagino que sospechaba la que se le venía encima. Porque ya saben que lo han encontrado muerto en la posada Peacock... —Dubitativo entre ambos, eligió mirarme a mí—. Aún no ha salido en los diarios de la



tarde, pero... me han dicho que era... un... un marinero de... Oh, Dios mío... —Palideció—. ¿Él? ¡Estúpido de mí...!

Su alegría se quebró de tal manera que me apresuré a sonreírle.

—No se preocupe. Ya me ha dado tiempo para... para admitirlo —mentí.

Doyle había dejado caer los hombros, abatido. Tomó mi mano entre las suyas.

—Oh, Dios, Dios mío... Oh, por favor...

Fue tal el agrado que sentí al ver que había alguien, *alguien*, un ser humano, que realmente me compadecía, alguien que no deseaba que me marchase de su vida, ni hoy ni mañana, que me derrumbé. Los brazos del doctor me acogieron.

—Señorita McCarey... Anne... Dios mío, cuánto lo siento...

—Ya... Ya no hay que temer por él —murmuré en los brazos de Doyle—. Me... mintió. Me dijo que seguía trabajando en un barco, pero hacía años que no conseguía trabajo alguno... Por eso no quería que me marchara de Londres... Malvivía allí con lo que le daba yo. A mí solo me quería para que le diera dinero... ¡Y todo eso habría podido perdonárselo...! —Se me quebró la voz, mi llanto me avergonzó a mí misma y eso me hizo llorar más (y afearme)—. ¡Pero los crímenes, no! ¡Por mucho odio que tuviera dentro... hacia la vida... hacia mí...!

—Oh..., señorita McCarey —me consolaba el buen doctor con un abrazo fuerte.

—¡Por lo que le hizo a Danny Waters ojalá arda en el *infierno* ! — exclamé, y pude entregarme, por fin, a la rabia, maravillosa forma de secar cualquier lágrima. Créanme.

—Usted no fue responsable —dijo suavemente el señor X.

Eso me hizo volver a llorar, pero ahora apartada de los brazos de Doyle.

—¡Lo fui, por no escucharle a usted! ¡Usted me lo advirtió, me dijo que tuviese cuidado con él! ¡Fue lo primero que me dijo! —Y la furia regresó con su fuego desecante—. ¡Y de todas formas..., qué le importa a usted si fui o no responsable!

Me desmoroné en un llanto sin lágrimas. Pero ahora no me lamentaba por mi relación con Robert: era la inconcebible frialdad del hombre al que había creído yo tan especial, tan superior, lo que me hería mortalmente. Mi párpado cerrado. Mi bella y valiente... Estúpida. Cayendo en las redes de un loco después de haberme dejado poseer por otro. Esa era yo.

Doyle me puso una mano en el hombro y me habló como Dios desde el cielo.

—Un paciente fue el primero en contármelo esta mañana, me dijo que era un marinero y ni se me ocurrió pensar... ¡Qué necio soy! —Yo lo tranquilizaba a él, me apenaba ver su juvenil alegría tan derrotada en plena victoria—. Ese hombre cruel... la ha estado engañando todo este tiempo... Ha tenido que ser terrible para usted...

—Cada uno de nosotros carga con su propio terror a costas —dijo el señor X.

Doyle se lo quedó mirando y luego me lanzó una de sus miradas de «hombre genial y críptico».

—Bueno, ya veo que el ambiente no está para champán —dijo—, pero, aun así, sigo alegre. Porque nos hemos quitado de encima una bestia enferma... Disculpe que hable sin tapujos, señorita McCarey... —Hice un gesto para indicarle que estaba bien todo lo que dijese—. Ese hombre estaba loco, obviamente. Para usted ha sido un alivio y para Portsmouth, el fin de una pesadilla... Sobre todo, teniendo en cuenta que hoy era el día.

—¿El día? —dije.

El señor X intervino:

—Hoy se cumple exactamente una semana desde la muerte de Danny Waters.

La noticia me estremeció. En parte, compartía la alegría de Doyle, pero la forma en que el señor X había dicho aquello me produjo un extraño resquemor. No lo había dicho en tono aliviado, sino con un aire implacable, como un péndulo que marcara el tiempo ominosamente.

—Sí, yo también lo pensaba —admitió el joven médico—. Y es por ello que creo que tenemos algo que celebrar... Quizá sus teorías... Nuestras teorías sobre el criminal no eran correctas, pero... Bueno, no se ofenda, querido amigo: Sherlock Holmes solo existe en mi imaginación. ¿No se unen conmigo en un brindis, señor X?

—Yo le pediría posponerlo, querido doctor Doyle —dijo el aludido.

—¿Por qué?

—Porque debemos celebrar mi victoria, pero más tarde. No ha llegado aún.

—Le juro que no lo entiendo.

—No hay nada que entender. Es tal como lo digo.

Yo los escuchaba, pero me había quedado mirando por la ventana. A lo

lejos, más allá de los árboles, se movía el mar, grisáceo, intangible. Recordé a Robert gritando que me amaba desde aquella misma playa. Robert y sus mensajes escritos por otras personas. Pero el policía que se había dignado a explicarme lo sucedido había dicho que había dejado una carta «de su puño y letra». Jamás habría podido hacer eso, menos aún explicando algo tan enrevesado. Eso no era propio de él...

Sentí un leve estremecimiento, como si la frialdad del mar viniera hacia mí tan solo con mirarlo, como una especie de espectro.

¿Debía atreverme a contar ese detalle? ¿No parecería, quizá, que intentaba defender *in extremis* el recuerdo del asesino, cuando ya nada ni nadie podían hacerlo?

Pero decidí que no estaba ante dos hombres cualquiera, así que me dispuse a decirlo, y había abierto ya los labios cuando se oyeron nuevos golpes en la puerta. El señor X sonrió y pareció animarse en el sillón.

—¡Esta es, si no me equivoco!

—¿Quién? —preguntó Doyle con su típica ingenuidad.

—¡Pardiez, mi victoria! ¡Ha llegado ya! ¿Tendría la bondad de abrir, doctor?

Hubo un instante de absoluto silencio y absoluta sorpresa cuando Doyle abrió la puerta. Entonces la voz resonó, campechana.

—¡Bueno, bueno...! ¡Le he escuchado desde afuera! ¿Así que cree que hoy ganará, señor Holmes? ¡Permita que lo dude!

Reconocí al hombre robusto de pelo blanco y sotana negra abotonada de pie en el umbral. Era el padre Philipotts.



julio 1882

# Fuego de San Telmo

REVISTA CATÓLICA DE PORTSMOUTH

## ¡LA IGLESIA CATÓLICA DICE «NO» A LOS CLANDESTINOS!

Nadie habla de ellos en público. ¿Se avergüenzan acaso el señor Dickens, el señor Tennyson, el señor Thackeray de visitarlos? ¡Oh, inenarrable repugnancia moral! ¡Oh, degeneración de insólito sello, esas tablas pisadas por pies descalzos a veces infantiles, esas locuras de perversión y tentación acertadamente denunciadas por nuestro cardenal Mons. John Henry Newman, antiguo anglicano...! ¡Pero ahora, con la catedral de San Juan Evangelista, santa morada, que será dedicada y bendecida el próximo agosto, los católicos ingleses debemos, una vez más, reflexionar sobre el diabólico enemigo...! Una puerta cualquiera, una ciudad cualquiera... Oscuridad... Contraseña... Unas escaleras que conducen, casi siempre, hacia salas muy pequeñas... Otras, en cambio, son enormes como Leviatán... ¿Qué rumor sobre lo que en ellas sucede puede no ser cierto? ¡Cuerpos imberbes bailando o luchando en espectáculos demenciales! ¡Familias arruinadas forzadas a humillarse en escena! Que conste que quien esto escribe nunca los ha visitado y conoce tales detalles solo de oídas. ¡Nunca los visitaría! ¡Y nuestro pueblo de Portsmouth, que acaba de sufrir

**el espanto del Asesino de Mendigos, debería seguir mi ejemplo!  
¿Acaso ese criminal de Robert Milgrew —el Señor guarde para  
él el peor de los pozos del infierno— no gustaba de los  
clandestinos? ¿Acaso no fueron esos teatros depravados los que  
le hicieron enloquecer? ¿Hasta cuándo, Señor, soportaremos la  
inmoralidad del teatro...?**

**P. Clifford Evans**

# LAS JUGADAS FINALES



~ 1 ~

doctor Doyle, usted también aquí! ¡Vaya sorpresa!

Al pronto, Doyle y yo no pudimos reaccionar. Pero el cura parecía a sus anchas y, tras saludar a Doyle y cabecear en mi dirección, echó un vistazo al champán y rio.

—¡Vaya! ¡Champán francés! ¡Una celebración prematura, señor...! Usted debe de ser el señor Sherlock Holmes...

—Encantado de conocerle, padre. —En contra de su ancestral costumbre, el señor X estrechó con entusiasmo la gran mano que el cura le tendía. Doyle y yo estábamos anonadados—. Gracias por venir.

—Bueno, caballero, gracias a usted y a su agresividad. ¡Hoy correrá la sangre, señor Holmes, si Dios no lo remedia!

—Y que lo diga.

—Será mejor que pongamos manos a la obra si no quiero perder el último ferri. El viajecito desde Gosport no es cosa menuda. —Había traído una pequeña maleta y estaba sacando de ella una caja y un recio tablero de madera de casillas blancas y negras. Entonces se percató de nuestro silencio confuso—. Oh, pero me temo... ¿No les ha dicho nada el señor Holmes?

—Es que no sabía si iba usted a venir o no —explicó el señor X—. Pedí a Jimmy que solicitara permiso al doctor Ponsonby y se me concedió.

—Bueno —dijo el robusto cura, instalando el tablero en la mesa, de la que convenientemente había quitado la botella de champán—. Pensé que el señor Holmes les había contado que mantenemos una disputa por correspondencia desde hace unos días... Apenas siete jugadas, pero ya ha habido víctimas.

El señor X asintió complacido.

—Le escribí al padre Philipotts que ya no podía soportar más esta tensión: tenía que terminar hoy la partida, como fuese. Por suerte, consintió amablemente en desplazarse hasta aquí. Aunque, me temo que, cuando vea los resultados, deseará no haberse movido de su parroquia en toda la tarde.

—Señor, no crea que no estoy preparado para la derrota. —El cura volvió a reír—. Pero aún reservo algún truco que otro en la manga...

—Eso espero, y confío en que sus piezas se entreguen a la lucha con tesón.

—Disculpen... —Doyle habló al fin, algo torpe, tan asombrado como yo —, pero... ¿desde cuándo se conocen ustedes dos? El señor..., eh..., Holmes no me dijo nada...

«Por carta» y «Por correspondencia» fueron las respuestas. El señor X, que había dado la primera, matizó.

—¿Recuerda, señorita McCarey, cuando me habló del padre Philipotts y su afición por el ajedrez? Descubrí que podría ser un rival digno. A fin de cuentas, el doctor Ponsonby quiere que me distraiga, ¿no? Que no piense más en mis obsesiones...

El cura contribuyó asintiendo.

—Tengo experiencia con jugadores de otras ciudades que me proponen partidas. Pero este señor me ha dejado sin palabras... Hace unos días me escribió presentándose y me retó a una partida rápida, con jugadas casi diarias. Los pobres mensajeros han sufrido las consecuencias, vaya que sí. Pero ha valido la pena.

—Yo pienso lo mismo, padre —dijo satisfecho el señor X mientras el cura desplegaba las piezas en el tablero en la posición que mostraba un papel.

—El doctor Doyle bien puede hablarle de mi peligrosidad —dijo Philipotts.

—No tiene que hacerlo, me lo ha demostrado usted sobradamente, padre. Creo que hemos dejado nuestro combate en un punto de tensión que puede resolverse de una u otra forma, pero en el que tengo considerable ventaja por mi parte, y les aseguro a ustedes que voy a explotarla al máximo hasta barrer a mi oponente del juego...

—Muy confiado le veo. —Sonrió de buena gana el párroco—. No digo que no, nunca lo he negado. Pero, repito, creo que cuento con algunas ventajas. ¿Comenzamos, si ustedes no tienen inconveniente?

El señor X interrumpió:

—Perdone, padre, ¿sería mucho pedirle que moviera mis piezas por mí? Padezco una pequeña debilidad que me produce temblores si manejo objetos pequeños.

—No hay ningún inconveniente.

¿Qué debilidad era esa?, me pregunté. Le había visto manipular cubiertos y vasos sin titubeos. ¿Era algo que estaba padeciendo últimamente? A mi pesar —y por mucho que me desagradara el señor X en ese instante—, sentí preocupación y lástima..., pero me duraron bien poco cuando escuché lo que dijo a continuación:

—Y otra cosa, señorita McCarey, por favor: anote usted *exactamente* nuestras jugadas, ya le dije al padre Philipotts que esta partida será inmortal y merecerá ser recordada para siempre. ¿Lo hará, señorita McCarey? Si es que no le importa...

Lo miré atónita: su sonrisa, su placidez ante las piezas en sus casillas. ¿Para eso me quería? ¿Para eso deseaba que me quedase un día más con él? ¿Para anotar un maldito juego? Juro que le habría pegado un bastonazo con su propio bastón.

En cambio, dije con sequedad:

—No sé cómo anotar eso. No conozco el juego, señor.

—Oh, pero no hay inconveniente alguno —replicó feliz el hombrecillo—. Usted anote las jugadas tal como las iremos dictando el padre y yo, ¿le importa, padre?

—¡En absoluto!

—Pues adelante.

Cruzando una mirada de pasmo con Doyle, saqué mi propia libreta y un lápiz del delantal y, así, de pie, tensa por aquella desfachatez, me preparé para copiar al dictado.

—Voy con mi jugada —dijo Philipotts, adjudicándose las negras—. Alfil dos caballo dama.

Anoté aquella cosa y pronto caí en la cuenta de que la «clave misteriosa» que el pobre Jimmy enviaba y traía eran las jugadas de aquellos dos insólitos personajes.

Nos sorprendió que el señor X contestase en ese mismo instante.

—Peón cuatro torre rey.

—Interesante. —El cura movió la pieza indicada—. Se lo ha preparado. Veamos. ¿Qué me dice a esto? Peón cuatro alfil rey...



—Le digo: alfil dos dama...

—Su retirada, caballero, no presagia nada bueno. Me tiende usted una trampa...

Yo anotaba. Estúpida, rápidamente. Eché un vistazo al tablero: aun ignorando las reglas del ajedrez, advertí que todavía quedaban en activo la mayor parte de las piezas. Eso podía significar, quizá, horas enteras de partida. Miré al doctor con el mismo asombro consternado que él me devolvía.

—Creo que, al final, tendré que tomarme yo solo el champán —dijo Doyle.

—Por cierto, ¿qué celebramos? —dijo Philipotts, reflexionando sobre el tablero—. Si es que puedo preguntar...

—Han atrapado al Asesino de Mendigos —contestó Doyle, y le agradecí que no diera más detalles.

—¡Oh, sí, cierto! ¡Qué cabeza la mía! ¡El padre Evans, que ya se ha repuesto bastante, me dijo que tenía pensado publicar algo al respecto en nuestra revista *El Fuego de San Telmo!* Es para celebrarlo, sí, me han llegado rumores. Veamos... Peón cinco alfil dama... ¡Me he atrevido a romper sus defensas! Su turno, Holmes.

—Dama tres alfil rey...

—Implacable. —El cura enrojeció—. Pero solo tengo que hacer esto: caballo tres alfil dama.

—Y yo, esto: dama tres rey...

—Le estoy bloqueando. Mi peón de rey es invencible, señor X.

—Nada hay que sea invencible —contestó sosegadamente el señor X—. No tomaré alcohol, doctor Doyle, lo siento por su champán, pero aceptaré un vaso de agua.

—Claro, el vicio ante todo —ironizó Doyle, yendo a por la jarra de la mesilla.

—Yo se lo sirvo, doctor —me ofrecí.

—No se preocupe. Usted es más necesaria para anotar la partida «inmortal».

Philipotts hablaba en dirección al tablero.

—Desde luego, me alegro de que atraparan a ese criminal... No le deseo el mal a nadie. Todos somos dignos de compasión ante Dios, y solo el Todopoderoso puede castigar... Pero después de lo que le hizo a ese niño...

En fin, que el Señor le perdone... Señor Holmes, ¿tiene algo que decir antes de morir? —Sonrió haciendo su jugada—. Alfil cuatro caballo dama.

—Oh, es poderoso, pero no me rendiré sin pelear: caballo cuatro alfil dama...

—Oh. Oh, oh. Esto ha sido un pellizquito donde la espalda pierde su honesto nombre. Disculpe mi lenguaje, señorita...

—Está usted en familia, padre —dijo el señor X, bebiendo un sorbito de agua del vaso que Doyle le había entregado.

Yo miraba a Doyle con una expresión tan diáfana que el joven doctor no pudo sino tratar —difícilmente— de reprimir la risa. Sin embargo, a la vez, parecía admirarlo más. Me susurró:

—Es un individuo fascinante. Nunca he conocido a nadie como él, señorita McCarey. A nadie. Extravagante, pero único.

—Peón seis torre dama...

—Oh. —Y Philipotts canturreó—. Creo que eso ha sido un fallito, estimado señor... Caballo come peón torre dama.

Y se apropió de la pieza con otra. El señor X torció el gesto.

—Vaya, es el sino de este juego. A veces uno tiene un buen plan, pero descuida una pieza. Y esa pieza que falta se vuelve decisiva. Por fortuna, es posible rescatarla. Y cuando así sucede, el adversario haría bien en temernos. —Sonrió—. Torre come caballo.

—Extraña forma de «rescatar» la pieza que falta, querido amigo... Dama come torre. Reitero que ha fallado...

Doyle fue el primero en desistir.

—Lo siento, señor Holmes, pero creo que las cosas no pintan bien para usted. Me iré, con el permiso de ustedes, porque no deseo ver su inmolación. Y porque dos pacientes me aguardan, tensos y malhumorados. Regreso luego, si es que desean mi compañía, y espero por su bien, Sherlock, que siga aquí porque será señal, quizá, de tablas... Padre, apiádese del señor Holmes.

Eso hizo gracia a Philipotts que, en efecto, parecía estar viviendo su mejor momento ajedrecístico.

—Hijo, yo solo me sacrifico por el prójimo, no por el oponente. —Doyle rio con el cura—. En verdad, el señor Holmes es magnífico, pero me he visto en peores situaciones.

—Pueden quedarse el champán, pero prohibido abrirlo hasta mi vuelta. Señor Holmes, señorita McCarey.

—Doctor —dije.

—Aquí estaremos —canturreó el señor X—, y abriremos ese champán para celebrar mi *verdadera* victoria. ¿Seguro que no desea cambiar su último movimiento, padre?

—¿Por qué tendría que hacerlo? —Frunció el ceño Philipotts.

—Porque si come mi torre, tengo la partida ganada.

El cura pensó un momento.

—¡Oh, imperdonable! ¡No he visto la trampa con el alfil! ¡Quitar mi dama despeja el terreno! ¡Oh, oh, imperdonable...!

—Su religión enseña a perdonar, no se preocupe. Retire usted esa jugada y continuemos, y usted puede tacharla, señorita McCarey.

—Señor, es usted un rival digno —respondió el párroco con suficiencia deshaciendo la jugada.

Doyle se marchó tras arquear cómicamente las cejas en mi dirección. «Es usted la enfermera —parecía decir—. Sufra por mí».

~ 2 ~

No sufrí, al menos al principio —luego sí, en lo que constituyó la noche más espantosa que había vivido hasta entonces—, y ver a aquella extravagante pareja y anotar sus crípticas jugadas hizo que me distrajera de mi propia pesadilla. El hombre del sillón dictaba sus jugadas, tan contento. No parecía haber en él el menor atisbo de preocupación ante la expectativa de que yo me marchase al día siguiente —de hecho, quería que me fuese—. Pero, y yo, ¿qué esperaba? ¿Su compasión? Quizá se trataba, simple y llanamente, de que el señor X, alias Sherlock Holmes, era insoportable. Su familia, todos sus seres queridos, lo habían apartado de sus vidas. Ahora se me brindaba a mí la ocasión de hacer lo mismo. ¿Por qué me costaba tanto? ¿Qué me unía a aquel hombrecillo cabezudo, salvo unas cuantas cosas irreales, entrecomillables — un «violín», un «palacio», un «grupo secreto», un «teatro de placer»—, y... unas cuantas palabras?

«Alfil cinco caballo dama».

Me había encontrado *bella* . Eso era, Anne McCarey. A sus ojos, eras hermosa. Era la primera vez que alguien me decía eso. Por mucho que mi razón advirtiese que había sido solo un cumplido, había percibido sinceridad...

«Dama tres torre dama».

—Su forma de acercarse alejándose es cuanto menos curiosa, hijo... Me tiene, me tiene, pero no acaba de rematar. ¿Qué pretende? Probemos con esto...

—Si me perdonan —dije entonces, súbitamente harta—. Señor X... Señor Holmes.

—¿Sí, señorita McCarey?

—Siento interrumpirles, pero debería ir a ver a otros residentes.

Había decidido que las úlceras de lord Alfred C. se me antojaban más distraídas.

—¡Pero, por supuesto, señorita McCarey, usted está aquí para eso, y añadiré que no debe preocuparse, porque el padre Philipotts y yo podemos tomarnos un descanso! ¿O no está de acuerdo conmigo, padre?

—Un descanso fue adecuado hasta para el Señor el séptimo día. Pero le ruego, señorita, que regrese antes de siete días... El último ferri...

—Regreso enseguida, padre —dije, incapaz de soportar un minuto más.

Cuando volví tras cambiar vendajes, tomar temperaturas y dar medicamentos, la tarde se había hecho más oscura. Ambos hombres se hallaban enfrascados en una conversación de la que apenas oí unas palabras.

—Oh, curioso —decía Philipotts—. Pero su familia tuvo derecho a... Pero ¿qué le ocurre, caballero?

Me volví y vi que el señor X estaba temblando de pies a cabeza. Entonces su pequeño cuerpo se arqueó con un grito agónico. Fue una contracción tan violenta que las piernas golpearon el tablero y las piezas volaron por los aires en todas direcciones, como si algo dentro de él hubiese explotado.

El sacerdote y yo solo pudimos, durante un momento, protegernos de la lluvia de piezas. Pero tengo conciencia de haber corrido hacia él aun antes de que el último de tales objetos golpeará el suelo.

—¡Se está ahogando! —dijo Philipotts a mi espalda.

Vi su torso hincharse buscando aire, el cartílago de la laringe temblar sin recibirlo, y oí el más atroz de los estertores saliendo de sus labios.

Estaba convulsionando, era cierto, pero aún respiraba. Una hilacha de vómito se derramó de su boca, claramente bilis, mientras yo le colocaba la cabeza de lado intentando ser fría, por favor, y recordar, al menos, Annie, estúpida, los primeros auxilios... Bajo mis firmes manos, todo su cuerpo eran contracciones de animal salvaje. Parte del pelo cayó por mi frente. Ahora sí, Annie. Ahora es convulsión, no violín. Ahora no es música, antes tampoco, pero... Le mantuve la cabeza ladeada y me aseguré de que respiraba. Mis manos, húmedas de su vómito, se me resbalaban de su mentón. No, por favor, pensé. Lo estás haciendo mal, Annie. No. Así no. Las contracciones cedían, pero sus ojos eran dos semilunas blancas y su cuerpo ofrecía dureza de mausoleo. La espuma colgaba de sus labios. Busqué su pulso en vano.

—Madre de Dios... —decía alguien a mi espalda, no sé quién, lo había olvidado.

—Ayúdeme... —pedí a quienquiera-que-fuese—. Ayúdeme a llevarlo a la cama.

—Enseguida.

Unimos fuerzas, la voz y yo, en un mundo borroso como un cristal en invierno. Pero no era necesario. Apenas pesaba. Su cuerpo era liviano, casi despreciable. Podría no existir y no lo notaríamos, pensé.

Pero hice la mímica. Oh, por Dios, la hice. Lo llevé con todo mi cuidado y delicadeza, aquella frágil filigrana humana, con mucha precaución, y lo deposité lentamente sobre las sábanas.

—¿Qué ha podido pasarle...? —decía la estúpida voz junto a mí—. ¿Tiene pulso?

—Llame al doctor Ponsonby —murmuré. Los dedos en su cuello no despertaban ecos. No sonaba nada en su interior—. Lla... Llame a...

Apoyé la oreja en su pecho tras abrirle el pijama. La música tenía que existir, pero yo no la escuchaba. Era defecto mío. Yo era sorda a su música pequeña. Ahora lo comprendía. Vamos, vamos, música. Tomé sus piernas y las alcé sobre su cabeza. Luego apliqué los labios a sus labios yertos. Le abrí

la boca y soplé aire de vida. Mi vida por la boca muerta. Deseaba morir yo y cederle aquello, fuera lo que fuese, intangible, invisible, que me movía y me hacía latir, mi violín, mi preciado violín de vida, para que fuese suyo.

La voz regresó con varias voces más. No sé cuántas, no miré a nadie. Tampoco recuerdo lo que decían. Solo tenía oídos para el silencio de su cuerpo, solo tacto para sus arterias quietas. Pero una de las voces, al fin, se impuso. Como si tirara de mí, arrastrándome fuera de él, de la oscuridad donde se encontraba hacia el mundo de la luz. La única voz que tenía tal poder después de la suya propia.

—Apártese, señorita McCarey, por favor.

El doctor Doyle me tomaba suavemente de los hombros, pero le dije que no con la cabeza. ¿Por qué tenía que hacerlo? No podía. No podía irme sin él.

—Anne... —Era ahora la jefa Braddock—. Por favor, deja que el doctor...

—Annie... —Susie gemía a su lado.

—Señorita McCarey...

Noté como si me desprendieran. Era doloroso. Jadeante, el doctor se agachó. Aquel era mi mundo: la chaqueta oscura del joven Doyle, sus costuras. Más allá, el rostro blancuzco y perdido de un cura cuyo nombre yo ya había olvidado.

—¿Desde cuándo está así? —preguntó Doyle.

El cura y yo hablamos casi a la vez. Era fácil de explicar, había sucedido apenas un minuto antes. O quizá quince, o diez, o menos. Doyle no decía nada. Escuchaba como un joven profesional. Lo adoré. Deposité en él todo mi amor y mi fuerza.

El doctor pidió el fonendoscopio de Ponsonby. Mary Braddock corrió al despacho del segundo.

—Por suerte, yo aún aguardaba para que el señor Weedon me resolviera un papeleo —dijo Doyle.

Veía la obra sin participar. Era una tragedia. Veía desarrollarse ante mis ojos aquellos gestos enormes, imborrables. Oía un tictac proveniente de algún lugar y una conversación como ensayada de antemano entre dos personas, médico y cura. ¿Cómo sucedió? ¿Dice que vomitó? Sí, ¿verdad, señorita...? Pero ¿está...?

—Sigue vivo —dijo entonces Doyle, y entre sus manos tenía el fonendoscopio, como si el tiempo hubiese saltado hacia delante sin pausas—. Pero agoniza.

—¿Y llevarlo al hospital...? —dijo tímidamente el hombre vestido de cura.

Doyle tomaba de nuevo su pulso, luego le movió la cabeza a un lado, a otro. Tras una pausa, se incorporó. Examiné fijamente un punto en el suelo. No podía ni imaginarme qué hacía allí aquel objeto: era la cabeza de un caballito de madera.

—Hay que traer a Ponsonby —dijo Doyle.

—Vive en las afueras —dijo Mary Braddock—. En North Road. Pero no podemos abandonar la residencia. Cuidamos a otros pacientes y a estas horas solo estamos...

—Yo no me moveré de aquí —dije con absoluta seguridad.

—No se preocupen, iré yo —acotó Doyle—. Padre, le llevo. ¿Viene?

—Eh... No... Creo que no —dijo el cura (Philipotts, ahora recordaba su nombre)—. Creo que me quedaré.

—Puedo llevarle a Gosport, padre.

—No, me quedo...

—Como quiera. ¿Qué hora es? ¿Tengo bien mi reloj? —«Casi las once de la noche», dijo alguien—. Escuchen: voy a ir a por Ponsonby. Ustedes, las enfermeras, márchense, salvo la señorita McCarey. No hay nada que hacer, y es preciso que no permitan que otros pacientes entren y estorben.

Era un temor sensato: el señor Conrad H. ya se asomaba por el pasillo, igual que sir Leslie, el sifilítico sonriente. Nada hay más atractivo que la muerte ajena. Como si la husmeáramos de lejos. Carroñeros acercándose al cuerpo que va a efectuar el tránsito.

—Comprendido, doctor —dijo Mary Braddock tomando las riendas.

No olvidaré que ambas, antes de salir, se acercaron a consolarme de algún modo. La que más cariño mostró fue Mary Braddock, con su rostro siempre despectivo en medio de sus redondas facciones. Pensé en ese momento que era una mujer buena. Me tomó la mano, la apretó. Hice un gesto de asentimiento y vi pena en sus ojos.

—¿Molesto si me siento aquí, junto a él? —dijo el padre Philipotts, que había estado (costosamente, a juzgar por sus jadeos) recogiendo poco antes las piezas de ajedrez dispersas y colocado el tablero sobre la mesa. Ahora acercó la silla a la cama para sentarse en la cabecera. Mis compañeras trajeron otra silla para mí—. Pobre hombre... ¿Qué ha podido ocurrirle...? ¡Tan bien que estaba!

Doyle se volvió hacia mí.

—Señorita McCarey, traeré refuerzos. Cuide el castillo en mi ausencia.

Entonces —en ese «entonces» que pudo durar un segundo o quizá más de un minuto entero— mirar los ojos de Doyle me hizo recordar algo.

~ 4 ~

—¡Doctor! ¡Espere!

Lo llevé aparte, lejos de Philipotts, pero el pobre cura tampoco parecía interesado en oírnos y ponía una mano sobre la mano inmóvil del señor X.

—Prepárese para lo peor —decía Doyle—. No creo hacer bien dorándole la píldora...

—Lo sé, solo dígame...

—Ignoro qué ha podido ocurrirle —cortó, presuroso, calándose el sombrero y anticipando una supuesta pregunta—. Podrían ser muchas cosas. Es un hombre débil y mayor. Me inclino por una apoplejía, pero...

—No, no, no es eso lo que quiero saber. Escuche, por favor.

Se lo conté con rapidez y cierta coherencia: estaba acostumbrada a hacerlo en situaciones de intenso agobio —no como esta, no, nunca como esta—. Le dije que había escuchado parte de aquella conversación tras la puerta el día en que el señor X y él se conocieron, y lo que había dicho el primero sobre un «secreto» —así dije— que yo «no debía saber nunca». Sonreí tratando de infundirle valor también a él.

—Es una enfermedad, ¿verdad? El señor X padece una enfermedad grave, ¿no es cierto? —Me miraba desconcertado. Lo atribuí a que juzgaba inconcebible que yo le pidiese traicionar una confesión médica. Me arrodillé a sus pies—. Doctor Doyle, le imploro... Sé que no es lo correcto, pero necesito saberlo y quizá ya no haya otra oportunidad... Se lo suplico. Dígame lo que sea, estoy preparada...

Y pensé: estoy preparada. Fuera lo que fuese aquello que quisiera ocultar el hombre que halló belleza en mí. El hombre que me consideró hermosa.

Fuera lo que fuese.

—Oh, ¿no lo sabe usted aún? —dijo Doyle casi anecdóticamente—. Disculpe, pensé que a estas alturas... En fin, no va a creerme, pero...



—¡Se está despertando! —llamó el párroco.

Corrimos hacia el lecho.

En efecto, se había movido.

Una pequeña contracción, un gesto del cuello o del torso. Como un ascua en la ceniza humeante. «¿Señor X?», lo llamamos a la vez Doyle y yo. «¿Quién es el “señor X”?», preguntaba Philipotts desconcertado. Volvió el médico a tomarle el pulso. Fruncía el ceño. Estaba acostumbrada a la paciencia con los doctores, pero ¡cuánta necesidad tenía ahora de que dijese algo esperanzador!

Tras una pausa insoportable, alzó la mirada.

—Falsa alarma —dijo—. Su corazón late, pero muy débil. Debo apresurarme, Ponsonby dispondrá lo que hacer.

Se volvió una vez más al llegar a la puerta y me señaló con mano temblorosa.

—Escuche, ¿hay llave de la habitación? —Le contesté que yo tenía una y había una copia en el despacho de Ponsonby—. Perfecto. Cierre con llave. No deje que nadie entre hasta que yo regrese. Mientras no sepamos lo que le ocurre, es mejor mantenerlo aislado. Vendré cuanto antes. No lo deje.

—Nunca.

Tras cerrar con doble llave y regresar al lecho, fue cuando caí en la cuenta de que Doyle había olvidado contármelo.

El *secreto* .

~ 5 ~

—Disculpe, señorita, pero yo lo conozco —dijo el padre Philipotts.

—¿Perdone?

—Ese secreto. —El cura sonrió.

Me quedé petrificada.

Ocurrió con el joven doctor ya ausente, después de que tomé la otra silla y me senté junto al lecho dispuesta a velar. A proteger. Entonces el sacerdote, sentado frente a mí, me dijo aquello:

—Tendrá que perdonarme —continuó—, pero no he podido evitar oír cómo le preguntaba al doctor por el «secreto» del señor Holmes. —Asentí sin saber muy bien a qué se refería. Su presencia allí, en aquel momento trascendental, era tan extraña que apenas podía entenderla, pero aquello de que conocía el «secreto» del señor X me dejó aún más confusa. Debió de percibir algo en mi expresión, porque se apresuró a agregar—: Oh, no es una confesión, puedo contárselo. Él no me prohibió expresamente que lo hiciera, aunque, claro está, me rogó discreción... Y yo no soy indiscreto, líbreme Dios, pero... Se la veía a usted tan angustiada hace un momento, ahí, de rodillas ante el doctor... —Se ajustó el alzacuellos, que solo revelaba del todo cuando levantaba la papada—. No es nada grave, a fin de cuentas.

Pensé: «Aquí todo el mundo sabe el maldito secreto menos yo». Frente a frente los dos, iluminados por la pequeña lámpara sobre la cabecera, en medio la figura quieta, parecía que Philipotts esperaba de mí alguna señal, alguna clase de licencia. Se notaba que era hombre acostumbrado a esperar mensajes en las cosas.

—Padre, haga lo que le dicte la conciencia —murmuré.

Se acarició el rostro, como intentando palpase la conciencia allí y averiguar qué le dictaba. Tras un instante de reflexión, me sonrió.

—Verá, cuando usted se fue, antes de que le... diera esto, me hizo un resumen de su vida que, supongo, usted conoce a grandes rasgos: ingresado en residencias desde niño, solitario... Muy triste todo. Pero, fíjese. —Y alzó un grueso índice—. Me dijo que había aprendido a ser fuerte gracias a su familia.

—¿Su... familia? —Lo miré atónita.

—Sí. Al parecer, son gente bondadosa, todo corazón...

—Oh —dije.

—Y entonces me reveló algo que, dijo, no quería que se divulgara, porque a nadie le importa realmente, y tiene razón. —El sonrosado semblante del padre Philipotts se conmovió y bajó la voz. Me incliné—. Está bautizado en la fe católica. ¿Lo sabía?

—No.

—Su familia es católica. Pero con discreción. —Bajó la voz más, me incliné más—. Al parecer, los Holmes ocupan puestos relevantes en la nobleza y no desean...

—¿Los... Holmes?

—Es el apellido familiar, ¿no? Él se llama Sherlock. John Sherlock, en realidad, desde que lo bautizaron...

—Ah —dije.

Suspiré y miré con algo de reproche la quieta figurita que yacía entre nosotros. Vaya sabandija, pensé sin encono. Había estado burlándose del pobre cura. O quizá realmente se creía Sherlock Holmes, lo mismo que creía que su familia era «bondadosa» y hasta «católica». Quién podía saberlo. Estaba loco.

—Se marchará en paz —dijo el sacerdote, palmeando la mano pequeña sobre la cama—. Yo he decidido quedarme por... En el peor de los casos, digo —agregó hacia mí.

Empecé a entender lo que quería decir el padre Philipotts con su lenguaje sosegado. Concluí que resultaba admisible. Ningún daño le haría que lo confesase, y acaso fuera católico realmente. El señor X era raro, era cínico, era muchas cosas. Podía ser católico. Y broma o no, al padre Philipotts ya le había hecho un pequeño bien: su rostro gordezuelo y bondadoso se mostraba satisfecho. Se sentía útil, necesario, hasta podía ser que aliviado por no tener que perder la partida.

Nos callamos y volvimos a vivir nuestro drama íntimo. Me dediqué a despejar los escasos cabellos de su frente, siempre bien recortados. Su piel estaba fría. Moriría, en efecto. Pronto. Lágrimas suaves me acariciaban las mejillas. Señor X, pensé. Pero no con tristeza. Lo pensé como quien acepta un destino. Con exaltación de mártir. Mi destino era estar junto a él en aquel último viaje. Pasé mi mano por su rostro: nariz aguileña, pómulos marcados. Recordé haber hecho lo mismo con mi padre agonizante. Poco antes de perder la conciencia y sumirse en un pantano de respiraciones finales, mi padre me había dicho: «¿Sabes lo que más me gusta, Annie? Saber que he sido un hombre bueno», y yo no pude sino asentir, aunque no sabía si lo había sido o no —mi padre era un enigma, una incógnita para mí—, pero aprobé lo que dijo. Porque lo quería.

Ahora hice lo mismo, como si una voz del pasado me dijera eso del señor X.

Era extravagante, posiblemente estaba loco y mentía flagrantemente cuando le interesaba. Pero era un hombre bueno. Había querido enaltecerme. Había querido que yo fuese quien me mirase con belleza. Me había alabado para que yo me alabara. Me había creado el amor, aunque él mismo no me

amase. Amor mío hacia mí. Sus ojos habían sido espejos que me reflejaron en dos colores. Me había regalado algo maravilloso, el mejor y más importante regalo que una persona puede ofrecerle a otra.

Me había regalado a mí misma.

—Mire, mire... —El sacerdote señalaba la pequeña mano del moribundo, que ahora se posaba en la suya grande, con manchas de vejez y tupida de vello blanco—. Creo que quiere confesarse ya... Hijo, ¿me oyes? ¿Te arrepientes de tus pecados?

Yo le dejé hacer. No era católica, pero sí creyente y estaba segura de que el destino del señor X, o de Sherlock Holmes, era estar en el seno de Dios.

«*Ego te absolvo*», canturreaba el padre Philipotts mientras hacía la señal de la cruz.

## ~ 6 ~

Luego regresó el silencio, terco, posándose con atea majestuosidad. No importaba en lo que creyéramos, anglicanos o católicos, el silencio siempre volvía.

No sé cuánto tiempo pasó hasta que percibí —oh, Dios— un cambio en el moribundo.

No en él en realidad: en sus ojos. Algo allí dentro, una sombra o una luz, o ambas. El padre Philipotts se hallaba inmóvil ahora, una especie de escultura, como si, cumplida su función, ya no viera necesidad alguna de seguir siendo humano. Quizá dormitaba y, por tanto, no había visto lo que yo. Si es que había algo que ver.

Me incliné.

Los ojos del señor X seguían entreabiertos. No parecía haber nada raro en ellos.

Me incliné más. Fijé la vista en el azul. El iris era singular, y desde tan cerca lo vi a la perfección. Arcos cerúleos tejidos en toda su circunferencia y concentrados en un punto pupilar, un precipicio redondo. Un pozo.

En cuanto al ojo enrojecido, era una boca abierta. Un volcán.

Entonces lo oí.

Por un instante no pude reaccionar. Sentí pavor.

—¿Oye eso? —pregunté al padre Philipotts sin aliento.

Al alzar la cabeza, el sonido disminuía. Volví a inclinarme.

No me equivocaba: provenía de sus ojos.

Era una melodía de violín.

Sonaba en mí, a mi alrededor. Se extendía desde aquellas oquedades, aquellos ruedos de sus ojos, y le daba una nueva forma a todo. Puentes, escalinatas, torreones, almenas, profundidad y anchura, vértigo inmenso, ordenado dentro de un caos laberíntico. También bajo mis pies, donde la silla había desaparecido. Cristal puro; columnas que, como telescopios, se expandían por sí mismas. Todo del color de su iris azulado, un tono pálido de cielo de amanecer. El color de un recuerdo del mar. Yo era pequeña, minúscula, insignificante, alrededor de aquel mundo transparente. Miré hacia abajo y un mareo me hizo trastabillar.

Entonces lo vi. Me hallaba de pie apoyada en una balaustrada de vidrio a través de la cual podía ver mis propias manos, me incliné sobre ella y lo sorprendí, a inmensa distancia, mil pisos más abajo, con su violín.

El señor X dejó de tocar un instante, me miró y sonrió. Entonces se llevó el dedo índice a los labios, como indicando silencio, y siguió tocando.

Su violín —por fin lo veía— era una hermosa criatura viva y transparente de color rojo, como extraída del fuego. Supe que, tan solo si parpadeaba mirándolo, se evaporaría debido a su absoluta fragilidad. Quise no parpadear, pero no pude impedirlo. Una sola vez. Sonó una campanada y el violín, y con él todo el palacio, se convirtieron en granizo. Figuras de ajedrez cristalino, una lluvia de gemas rojas y azules sobre mí en forma de peones, torres, alfiles. Mientras, desde las alturas, la voz de Dios resonaba: «¡El secreto! ¡El SECRETO!».

Retornar a la habitación fue como caerme al revés.

Desperté aún mirando sus ojos, de modo que me pareció que salía de ellos, impulsada hacia atrás desde la profundidad de sus pupilas. Comprendí que me había dormido en algún momento y había tenido aquel sueño extraño. Las campanadas procedían del reloj de la planta baja. Daban las doce.

Pero mi brusco despertar no fue lo que me hizo gemir de espanto: fue ver lo que estaba sucediendo.

La habitación era la misma, el señor X seguía en el mismo sitio, pero el padre Philipotts había cambiado de una forma terrible.

Todo su rostro ahora era de un blanco marmóreo, y su expresión se había petrificado hasta parecerse a una máscara de yeso de sí mismo.

Había algo en él que no había cambiado, sin embargo: su mano seguía bajo la pequeña mano del señor X, que ahora, abierta en garra, parecía sujetarla con fuerza.

El horror —aún no sabía exactamente horror a qué— me impidió hacer otra cosa que levantarme y retroceder. Estaba contemplando, comprendía, una especie de pugna. El sacerdote tiraba para liberarse y la mano del señor X presionaba cada vez más para mantenerlo aferrado. Poco a poco, sin embargo, ganaba el primero. Llegó a levantarse, como yo. La silla cayó hacia atrás del brusco tirón. Aun así, ambos seguían unidos por aquel cordón umbilical de dedos. Era increíble la fuerza que debía de estar ejerciendo el señor X, o lo que fuese la energía que lo poseía, para mantener aún bajo control la mano robusta del cura. Lo más espantoso era que este seguía con los ojos cerrados, de la misma manera que el señor X continuaba con los ojos abiertos, ambos en silencio, aunque temblando, uno por el esfuerzo de soltarse, el otro por el de impedirlo.

Entonces me fijé mejor y comprobé que, entre ambas manos, había algo.  
Sangre.

En aquel momento empezó a gotear sobre la sábana en densas hilachas.

Nunca había contemplado algo más atroz que aquella escena muda.

—¿Padre...? —gemí—. ¿Padre Philipotts...? ¿Señor X...?

Con un súbito esfuerzo, la estatua que era el padre Philipotts giró la cintura y retrocedió un paso, ya libre. Trastabilló, pero no cayó al suelo.

Entonces —solo entonces, jamás lo olvidaré— el señor X se incorporó del todo en la cama como un resorte, los ojos bien abiertos y una expresión tal en su rostro que casi me aterró más que la idea misma de su muerte.

—¡Señorita McCarey, salga de esta habitación enseguida! —gritó—. ¿Me oye? ¡SALGA DE AQUÍ y cierre la puerta!

Nunca le había oído gritar. El señor X nunca gritaba. Ese hecho hubiese colmado mi horror por sí solo, de no haberlo sobrepasado el mirar al padre

Philipotts.

Porque lo que vi contorsionándose en medio de la habitación no era el padre Philipotts. Semejaba una especie de muñeco de tamaño humano que, sin nada que lo sujetase, se agitaba de pie en horrendo silencio, una marioneta cuyo dueño hubiese enloquecido. Lo vi alzar la mano que el señor X había estado aferrando —la derecha—, convertida ahora en un puño cerrado, y descargarla con una fuerza increíble sobre sí mismo. Se asestó varios golpes en el costado izquierdo de la sotana. Pensé en una especie de acto de contrición delirante, pero iba más allá de eso. Ritmo mecánico y exacto. Los golpes retumbaban como tambores. De no ser porque el señor X volvió a gritar, aquellos golpes se habrían oído en todo Clarendon:

—¡No puede hacerse daño YA, no se preocupe, señorita McCarey! —Y el señor X alzó su propia mano ensangrentada: destelló una hoja de acero pequeña pero afilada, una especie de abrecartas—. ¡LE HE QUITADO EL CUCHILLO! ¡VÁYASE DE UNA VEZ!

Yo quería obedecer, pero algo me mantenía petrificada contemplando al sacerdote. Concluida aquella serie de golpes, alzó la misma mano y la pasó por su cuello en un gesto terrible, un degüello inmaterial, exactísimo, como el de un prodigioso actor fingiendo su muerte.

Y cayó al suelo.

~ 8 ~

En ese instante, la puerta se abrió y se cerró.

Era Doyle. Su rostro reflejaba una fascinación absoluta. Se volvió hacia mí y me hizo el mismo gesto que yo había soñado que me hacía el señor X con el índice en los labios. Silencio.

Era fácil obedecerlo: yo no podía articular palabra. Ni moverme.

El señor X había dejado de prestarme atención, como si hubiese interpretado que el ruido de la puerta lo había hecho yo al salir, y había saltado fuera de la cama, donde había quedado el mortal cuchillo ensangrentado. Se hallaba junto al cura que, ahora, sentado en el suelo

ridículamente, meneaba la cabeza, los níveos cabellos revueltos. Sus mejillas recuperaban a toda prisa el color rojizo del buen bebedor y el buen pecador.

—Tranquilo, padre... —decía el señor X poniendo su mano no herida sobre los anchos hombros—. Ya ha pasado todo... Cállese.

—¿Qué... qué ha ocurrido? —dijo el cura con su voz de siempre—. ¿He hecho algo?

—No, usted no ha hecho nada, padre —dijo el señor X.

La expresión del padre Philipotts, ahora, producía compasión: era de absoluto desconcierto, aunque teñido de rubor culpable. Como si hubiese sido sorprendido en algún acto vergonzoso.

—Perdone si he podido molestar...

—No se preocupe. Pida a las enfermeras abajo quedarse en Clarendon hasta que se abra el ferri a Gosport. Procure descansar. —El señor X estaba de espaldas a Doyle y a mí, ocupado solo en atender a Philipotts—. Le devolveré mañana sin falta el tablero y las piezas. Hasta pronto, padre. Gracias por venir.

Y, diciendo eso, se dirigió a su sillón predilecto y desapareció de nuestra vista, oculto por el respaldo. El cura ya se había puesto en pie con normalidad y se calaba el sombrero. El horror de tan solo unos minutos antes parecía ahora una pesadilla irreal, de no ser por la sangre y el cuchillo, a los que Philipotts dirigió una mirada neutra, como si no entendiese —ni le importase— su presencia en la cama.

Luego nos sonrió con afabilidad, pero habló hacia el señor X.

—No tenga prisa por el tablero y las piezas, tengo otro de repuesto... A propósito, no recuerdo que hayamos terminado la partida...

—Sí, ha terminado, padre —dijo la voz del sillón con firmeza—. Del todo.

—¿Y... quién... quién ha ganado?

—Yo, sin duda —dijo el señor X.

—Le felicito. En fin, creo que he hecho bien en haber venido...

—Ha sido la mejor decisión de su vida, créame.

—Si usted lo dice... —El padre Philipotts se rascaba la sien—. Es curioso que no... Buenas noches.

—Buenas noches, padre —dijo la voz del sillón.

Doyle le abrió la puerta al sacerdote, que nos saludó con un gesto modoso antes de salir. Luego la cerró. Oí el clic de la llave y supuse que había cogido



la copia del despacho de Ponsonby. Iba a preguntarle por este cuando el propio Doyle habló:

—Vaya, vaya, qué ha pasado aquí...

—Contárselo sería redundante —dijo la vocecilla del sillón—. Igual que si usted me contara lo que se dispone a hacer a continuación. —Doyle soltó una risita extraña que compartió conmigo, como si volviera a pensar: «Qué hombre admirable, qué genio». Entonces la voz del sillón añadió, en tono plácido—: Pero disculpe si no lo he saludado aún: bienvenido, señor Y.

# TERCERA PARTE

## ESCENA FINAL



**¡Cuánto se parece el final de una obra de teatro a la muerte!  
¿Acaso aplaudimos porque es otro quien ha muerto? ¿Acaso  
celebramos que nos hemos salvado por esta vez?**

**Sir Henry George Bryant,  
*Estudio sobre el teatro inglés* (1871)**

# LA TRISTEZA DEL MUERTO

*El muerto pasea por el salón, inquieto. El señor Levram no ha venido hoy.*

*El señor Levram —un nombre curioso, sin duda, pero hay muchos nombres curiosos en el mundo, el muerto lo sabe— es su único amigo en el más allá. Siempre viene a visitarlo a horas precisas, no todos los días a la misma hora, sino siguiendo una especie de ciclo, variable pero bastante exacto, que sin duda tiene que ver con las posibilidades que ofrece este mundo, que para el muerto ya no es el otro.*

*Hoy se retrasa, sin embargo.*

*Tampoco viene el grupo, sobre todo esa... ¿niña?, ¿muchacha?... hermosa bailarina que se mueve sin ritmos, en un baile que nunca sigue ningún compás, pero que el muerto no puede dejar de mirar.*

*Esa danza. Extraña, sí, pero fascinante.*

*Ya vendrá, se dice. Levram es hombre de palabra. Hasta ahora ha cumplido todo lo que le ha prometido, salvo un pequeño detalle: aún no tiene compañía.*

*La soledad entristece al muerto un poco. El día que se lo reprochó, Levram dijo:*

*—No te preocupes por eso. A ti te va estar solo. Tendrás más tiempo para tu afición favorita... Y yo te ayudaré con ella... Te contaré cosas sobre un sujeto muy especial que te gustará conocer... Quizá en su momento lo conozcas...*

*Recordando eso, el muerto se sienta a la mesa, coge su plumín y sigue haciendo lo único que hace, salvo comer y dormir, desde que está muerto en esa granja vacía.*

*Escribe.*

# JAQUE MATE



~ 1 ~

Recuerdo que todo, a partir de ese momento, transcurrió con rapidez pasmosa.

O quizá era mi mente, testigo de lo sucedido hasta entonces en aquella habitación en cuestión de pocas horas —el ataque de apoplejía del señor X, ahora milagrosamente recuperado; las horribles convulsiones del padre Philipotts, ahora milagrosamente concluidas—, la que marchaba con lentitud pasmosa: hay nudos en el cerebro como los hay en el estómago, creo haberlo dicho ya.

Fuera como fuese, me convertí en espectadora de un diálogo absurdo, con Doyle como principal protagonista, porque, si bien las intervenciones del señor X no escaseaban, se realizaban en un tono y maneras típicas suyas, suaves como telarañas, mientras que las de Doyle me resultaron fascinantes por lo ajenas a él que parecían. De hecho, este nuevo Doyle —tan distinto al joven doctor que creía haber conocido— fue quien me mantuvo clavada en el sitio, muda, sin interrumpir. Cambió tanto que hasta me pareció que tenía otro semblante, como si el gato de aquel cuento cuyo autor yo no recordaba se hiciera borroso hasta dejar solo su sonrisa.

Lo primero que hizo, no lo olvidaré, fue dar un pequeño saltito, quitarse el gabán y doblarlo sobre la cama, cuidando de no rozar la sangre aún fresca del señor X, cuyo brillo bajo el quinqué yo contemplaba con incredulidad. Tras esto, se atusó el bigote y empezó a hablar. Pero no en el tono juvenilmente ingenuo con que acostumbraba. Por el contrario, el nuevo Doyle hacía gala de una seguridad y madurez asombrosas.

Digamos que, en cuestión de segundos, había ganado cinco años de experiencia médica, particularmente en quirófanos. Porque ahora me recordaba más a un cirujano que otra cosa: firme, práctico, todo manos y dedos.

Y habituado a la sangre.

—Mi querido señor X, mi querido señor X... ¿Cuándo acabará usted de asombrarme? Dígame algo, aunque sea, revéleme algún truco... ¿Cómo pudo fingir que agonizaba? Soy médico realmente y lo examiné. ¡Por Júpiter, su pulso, su respiración, la temperatura...! ¿Practica usted teatro?

—Dominar el cuerpo es mucho más fácil que dominar la mente —respondió la vocecilla del sillón—, y usted necesitaba creer que su veneno había surtido efecto.

—¿Y cómo pudo saber que trataría de envenenarlo?

—Era obvio, cuando usted vio al padre Philipotts aparecer, aunque, naturalmente, no creí que estuviese dentro del champán: eso hubiera sido arriesgarse a que Philipotts o la señorita McCarey se envenenaran también, y tres muertos sería comprometedor, de modo que opté por pedirle a usted un vaso de agua y funcionó...

—¡Vaso de agua que usted, entonces, no probó, aunque está medio vacío!

—No soy muy dado a beber arsénico, señor Y.

Doyle escuchaba al señor X con obvio placer al tiempo que buscaba algo en un bolsillo del gabán. Sacó un par de guantes de piel de una hechura maravillosa, de esa clase que se adquieren en ciertas tiendas de Londres y que, al ponértelos, te hacen pensar que la felicidad depende tan solo de que tus manos estén protegidas. Eran de color gris paloma. Los dejó sobre la cama, juntos, como buenos hermanos.

—Y por fin —dijo—, ¿cómo supo que Philipotts sería la próxima víctima?

—Eso era elemental.

—¡Oh, vaya expresiones...! ¡Hace usted gala de poderes sobrenaturales...!

—¿No ha pensado, señor Y, que quizá sus poderes son infranaturales?

—Lo he pensado del resto del mundo, pero nunca me he incluido. —Doyle cogió el guante de la mano izquierda y empezó a ponérselo separando bien los dedos, con una morosidad que semejaba la de un amante intentando complacer a cinco damas—. Pero, le suplico, dígame lo de Philipotts, y lo de saber que soy el señor Y...

—Ya me habían advertido sobre usted y su grupo.

—Sí, sé que conoce nuestra pequeña sociedad...

—No puedo señalar ninguna identidad concreta aparte de la suya, pero se trata de mi única ignorancia, y en cuanto a usted, supe que no era quien decía ser desde que me examinó por primera vez...

—¿Desde «estudio en escarlata» y «estudio en negro»? —Doyle me miró haciéndome el mismo guiño: «¡Qué hombre!»—. ¿Y por qué me siguió la corriente?

—Porque el verdadero Doyle está vivo, sin duda.

Esto hizo que el médico abriese mucho los ojos y silbara.

—¿Cómo pudo saber que suplanto a alguien real?

—Usted llegó a Portsmouth hace unos meses para montar este teatro, pero necesitaba una identidad, porque, cuando el teatro acabara, necesitaría largarse sin dejar rastro, y ¿qué mejor que tomar prestada una identidad real?

—De acuerdo, pero ¿por qué no matar al verdadero Doyle sin molestarme tanto?

—Porque Doyle seguirá teniendo familiares que le escriben, gente que lo conoce y que podría venir a verle de forma inoportuna si no diera señales de vida...

—Cierto. Está vivo. Pero al menos admita que le engañé durante un tiempo.

—Por el contrario, su parodia de un doctor inocente era ridícula.

—¡Qué maravilla! —dijo Doyle, mirando al habitante del sillón—. Debo reconocer que cuando me hablaron de usted vagamente por lo de Oxford le resté importancia: ¡un insano mental investigándonos! Ahora creo que ha sido su insania lo que le ha permitido traspasar el mundo de lo aparente y llegar a nosotros. ¡Qué afortunada coincidencia que me pidieran examinarle a usted justo cuando yo planeaba presentarme!

—Las coincidencias son causas desconocidas, señor Y.

La risotada de Doyle me asustó. Era como si hubiese encerrado aquel estrépito en su garganta todo el tiempo y ahora abriera la jaula.

—¡Desde luego, disfruté inventando teorías sobre los asesinatos con usted!

—Me halaga, pero dígame, ¿se encuentra bien el doctor Doyle?

—Oh, perfectamente. Vive en el campo. Una granja al nordeste, en Crossing. No hace mucho ejercicio, eso no. Se dedica a escribir sobre Sherlock Holmes. Es él quien inventó el personaje en realidad..., aunque, modestamente, yo he contribuido... Me gusta escribir también. Doyle ha

usado las notas que he tomado sobre usted. Es una pena que él nunca vaya a publicar nada.

—Es usted un escritor frustrado, señor Y, ¿verdad?

La forma en que Doyle miró hacia el sillón entonces me produjo pavor.

—Bueno, hago mis pinitos. Doyle lo hace algo mejor, tan solo. Pero...

—¿Y qué clase de cosa le han hecho para tenerlo tan quieto?

Eso devolvió el humor a Doyle.

—Demasiadas preguntas a cambio de una respuesta suya, señor X.

—Mis respuestas valen mucho más que las tuyas, señor Y.

—¿En razón de qué, mi admirado mozalbete?

—En razón de que todo lo que usted me diga nunca se sabrá, teniendo en cuenta sus planes para conmigo, y, en cambio, lo que yo le conteste le resultará muy valioso, ya que así podrán corregir errorcillos en el futuro...

—No lo negaré —dijo Doyle, alzando el guante derecho—. Aunque «errorcillos» ha habido pocos. Pero le contestaré. El doctor Doyle está bajo los efectos de un hermoso e inquietante teatro llamado de Acteón. Es el nombre que le dan ciertos alienistas. Nosotros lo llamamos de la Transformación. Se opera solo a nivel mental, no hay cambios obvios de apariencia. Obvios —repitió.

—¿Y en qué se ha... transformado?

—Cree estar muerto. De ese modo no sufre, casi no habla, no hace ruido, no pretende escapar. Conozco esposas a las que les vendría muy bien un teatro así. Escribir, sigue escribiendo, y no me sorprende: es lo que quieren todos los escritores, seguir escribiendo después de muertos. *Voilà*.

—Así que, en efecto, el teatro es capaz de controlar la mente...

—Mi querido señor, el teatro es la magia de la realidad. Puede lograrlo todo.

—Incluyendo que la víctima acceda a acuchillarse a sí misma...

—Por supuesto, a la hora y en el lugar que dicte, como un muñeco de cuerda. Se llama teatro de Esfinge o de la Pregunta Sin Respuesta. Tenemos chiquillas muy entrenadas en realizar los gestos precisos. —Dicho aquello, comenzó a ponerse el guante de la mano derecha y, mientras lo hacía, me dirigió una mirada divertida, como diciendo: «¿Le está gustando? ¿LE ESTÁ GUSTANDO?». En ese momento ya no tuve ninguna duda. Sus gestos, sus muecas, su porte... ¿Cómo no lo había sabido antes?

Me estremecí al pensarlo.

Doyle, mi admirado y joven médico, era un teatrero.

~ 2 ~

—Su turno, señor X —dijo Doyle—. ¿Cómo supo lo de Philipotts?

—Mi querido señor Y, saber que Philipotts era la próxima jugada requería solo conocimientos básicos de ajedrez, así como la pertinente información de que Coppelius invitó primero al padre Evans, pero cuando este tuvo que declinar por enfermedad, se apresuraron a llamar a Philipotts, ya que necesitaban un alfil negro, claro. A lo cual se añade que su nombre de pila tendría que comenzar por C, lo cual ocurre con ambos: Charles Philipotts, Clifford Evans...

—¡Aun así, impedir que se matara fue una casualidad, señor X, admítalo! ¡Insistí mucho al cura para que viniera conmigo, pero quiso quedarse con usted!

—Le conté una pequeña mentira: le dije que era católico. Estaba seguro de que, si me veía agonizar, se quedaría.

—¡Ja, ja! —dijo Doyle, como si le hicieran cosquillas—. ¡Basta! ¡Usted lo sabe todo!

—Solo lo importante, señor Y. Por ejemplo, que Coppelius invitaba a posibles víctimas bajo sus instrucciones, usted las elegía y, luego, con cualquier excusa y la ayuda de Pettiroso, las llevaba a la cámara tras bastidores para hacer ese teatro.

—Por favor, no me llame más «señor Y». Ese es solo mi *nom de guerre*. Soy el doctor Henry Marvel *junior*, para servirle.

—Perdone si le digo que no quiero conocer a Henry Marvel *senior*.

—Lamentablemente, no podría aunque quisiera, ya que pasó a mejor vida, y ahora me refiero a la mejor *mejor*, no a la que lleva Doyle. —Doyle se calzó el otro guante y realizó la misma operación: movió los dedos ante su rostro mirándolos con intensa fijeza, como asegurándose de que se portarían bien—. Aunque tengo un maravilloso hermano con quien podría usted apañarse...



—No siento ningún interés por la familia Marvel, pero intuyo que acabaré conociendo a su hermano, tarde o temprano.

—¿Por qué? —preguntó Doyle intrigado.

—Porque será el único de ustedes dos que quede vivo después de hoy.

—¡Eso ha tenido su gracia! Mañana continuará el juego y usted se lo perderá.

—De hecho —repuso el señor X—, el juego acabará mañana.

—¿Ah, no me diga? ¿Por qué?

—Demasiadas preguntas, doctor Marvel, mi turno: ¿fue a usted a quien se le ocurrió la genial idea de celebrar un teatro con un juego de ajedrez humano *a distancia*?

—Me alegra que le guste. Verá, los juegos de ajedrez o damas con seres humanos en trance son demasiado comunes y costosos. Llevamos montándolos varios años. Hay un público selecto e internacional que paga por asistir. Y pagan mucho, podrá imaginar. Pero, qué duda cabe, no son precisamente baratos, a pesar de que el gasto en vestuario para las piezas es nulo (permítame la broma): un escenario enorme para dar cabida a veinticuatro jovencitos de ambos sexos y un público muy nutrido, transporte desde remotos confines del mundo... Yo sugerí que todo eso podía cambiar con un ajedrez por correspondencia. En lugar de limitarnos a eliminar solo a las piezas comidas, cada jugada sería un asesinato...

—Es una idea excelente, desde luego —dijo el señor X—, la partida podría ser seguida telegráficamente desde cualquier lugar, y mediante un periódico local como el *Ojo de Portsmouth*, que era el único que detallaba el número de heridas y las posiciones..., sin duda sobornado por usted..., sería sencillo enviar la información. El código de juego es fácil de inventar, cualquiera sirve, permítame que le diga el mío...

—Por favor —animó Doyle.

—Una línea imaginaria, quizá trazada desde su consulta en Elm Grove, dividiendo este y oeste, los lados donde aparecían los cadáveres, blancas y negras respectivamente, clases sociales para las piezas: los mendigos, peones; curas católicos, alfiles; caballeros de alta sociedad, caballos...

—Las torres serán empleados de la fortaleza de Southsea —siguió Doyle, como recitando una letanía—. Y las damas... ¡Oh, lástima no haberlas movido aún...!

—Y las iniciales de los nombres, las columnas: Edwin Noggs, Elmer

Hutchins, columna E del rey, C de alfil dama... Los cortes en el vientre, el número de casillas.

—¿Y el degüello? —Era como si Doyle estuviera examinando a un alumno brillante y quisiera ponerle trampas.

—La firma. No solo no podían ustedes arriesgarse a que la víctima quedara viva, sino a que alguien que no fuera una pieza muriera a cuchilladas por azar... Tenían que dejar un signo de que el muerto era de la partida. Se mataban tras oír las campanadas de las doce, eso se les había ordenado, después de caminar por un lado u otro de la playa.

—¿Cómo descubrió usted todo eso?

—Por usted.

Aquello no hizo ni pizca de gracia a Doyle.

—¿Por mí?

—Naturalmente, querido doctor Marvel: su narración de lo que vio Quentin Spencer, ¿recuerda...?, decidió contarla añadiendo risas «fantasmales» y «sombras» para distraer mi atención, de igual manera que ordenó a Hutchins sacarse sus propios intestinos para que el crimen fuese diferente, pero luego repitió lo que había dicho el testigo sin censurarlo: que vio a Hutchins tambaleándose con *una botella en la mano*. Supe de inmediato dos cosas: ese detalle era verdaderamente de Spencer, no invención suya, porque es usted un pésimo escritor y un detalle tan natural no lo habría inventado jamás. Y supe que esa era la clave de las muertes, porque no se encontró ninguna botella junto al cuerpo, en eso se habían fijado mis pequeños espías, aunque sí el arma homicida, como siempre. Por lo cual, me interesó saber qué bebía Hutchins. Danny me dijo que no bebía, como yo ya suponía, así que me pregunté: ¿qué otra cosa puede brillar bajo la luz de la luna que haga pensar a un testigo casual que es un vidrio?

—Puede haber varias. —Doyle, ahora, estaba serio.

—Sí, pero ¿cuál sería la más *probable* si Hutchins se hallaba solo cuando se cometió el crimen y el cuchillo sí había *aparecido*? Cuando pensé que era el propio Hutchins quien podía haber llevado el cuchillo en la mano, todo se deslizó con suavidad: aparecen cerca de las víctimas porque ellas mismas los arrojan lejos al matarse... de ese modo alejaba usted también la sospecha de que lo hubieran hecho ellos mismos..., aunque reconozco que me parecía increíble esta solución: ¿cómo podía alguien hacerse eso a sí mismo bajo la orden de otro? Entonces recordé que en Oxford me dijeron que su grupo

poseía poderes muy especiales relacionados con el teatro, y todas las víctimas estaban involucradas con el Caridad. Lo demás fue tan solo atar cabos.

—Palos de ciego, señor X. —Esto hizo reír de nuevo a Doyle.

—No obstante, usted cometió otro error, doctor Marvel: el día en que me dijo la noticia del empresario suicidado en Londres...

—Eso no fue un error. Quise brindarle una pista que usted no aprovechó. Me gustan los desafíos.

—Cierto, doctor, yo buscaba solo mendigos... Era la pieza que faltaba. La había olvidado. Pero cuando la encontré en mis archivos mentales, hice venir a Jimmy Piggot con *El Ojo de Portsmouth* de esa semana y la noticia saltó por sí misma: sir George Erpinghal, dueño de las galletas Merryweather, oriundo de Portsmouth y mecenas del teatro de Caridad, se había suicidado en su despacho de Londres con su propio abrecartas: dos cortes en el vientre, un tercero en el costado izquierdo... Caballero al este de Portsmouth, tres heridas, última a la izquierda... Caballo blanco tres alfil rey.

—Es usted fascinante... A Erpinghal fue fácil drogarlo tras una cena con nuestros teatreros y llevarlo a una cámara en Londres para darle instrucciones. Era una víctima creíble: su negocio estaba en bancarrota y se hallaba a punto de vender a sus hijas.

—El cambio en el número de heridas y de clase social fue lo que me hizo pensar en un juego de ajedrez —prosiguió el señor X—, juego que me gusta especialmente y del que albergo muchas partidas en la memoria... Recordé una muy célebre: entre el joven Morphy y el conde Isouard, hace veinte años, defensa Philidor: la horrenda muerte de Danny Waters, peón blanco de dama, era la siguiente jugada detrás de Taylor...

—De nuevo acierta: sí, era una mera reproducción de la partida de Morphy... Este juego es solo de prueba, para convencer a nuestros clientes de que puede desarrollarse una partida así...

—Y era preciso contar con Robert Milgrew para desviar la atención de la policía.

—Al menos, temporalmente. Una cosa son tres mendigos muertos y otra, curas, funcionarios, damas... Tenía que encontrar un «culpable», y ese torpe borracho, el marinero amante de nuestra enfermera, me vino de perlas... El pobre idiota celoso me buscó al día siguiente y quiso asaltarme en mi consulta... Fue sencillo «convencerlo» de que se ahorcara. Yo mismo escribí su carta deformando la letra...

El señor X suspiró.

—La pérdida del señor Milgrew es soportable, pero elegir a Danny Waters fue un detalle desalmado, doctor. Por eso voy a matarlo en vez de entregarlo a la justicia.

Doyle volvió a reír, ahora brevísimo.

—Oh, gracias por la aclaración, pero discrepo: un niño pordiosero es aún más insignificante que un viejo marino, y agradézcame haberle ahorrado una vida de tormentos en las arenas. Además, lo necesitaba: tenía que crear cierto terror en la comunidad para que mi chivo expiatorio funcionara mejor... ¿Qué mejor que anunciar dos jugadas al mismo tiempo, una de ellas con uno de sus... niños?

—Merece usted un monumento a la cobardía.

Eso hizo reflexionar al hombre a quien yo llamaba Doyle.

—Teniendo en cuenta que la valentía suele morir olvidada... En fin, reconozco que lo ha resuelto todo de manera admirable, querido insano...

—Cuando se elimina lo imposible, lo que queda, por improbable que parezca, ha de ser la verdad, doctor.

Doyle abrió tanto los ojos que pensé, horrorizada, que los dispararía al aire como perdigones. Pero lo que hizo fue sacar su cuaderno.

—¡Dios mío...! Permítame...

—Anótela, doctor, ya haré que el verdadero Doyle la herede cuando usted muera.

Doyle sonrió exageradamente. Serían mis nervios, pero recuerdo que, tras guardar el cuaderno, su bigote y las comisuras de sus labios se estiraron como los de ese gato fantasmal del cuento, y mostró una dentadura mucho más variada que la normal.

—Me temo que, en lo que a morir respecta, le toca primero a usted... —Se acercó al sillón con las manos alzadas.

—Le ruego que satisfaga antes una pequeña curiosidad por mi parte, doctor.

—¿Usted, con dudas? Dígame.

—¿Hacen todo esto solo por dinero? Ya son ricos. Tienen ustedes un poder asombroso. ¿Qué más buscan? ¿A qué más se puede aspirar?

—Eso es fácil de responder, señor X, me decepciona usted. Queremos placer.

—Ya obtienen placer —dijo el señor X.

—Exacto. Por eso queremos más.

~ 3 ~

Entonces otra transformación prodigiosa hizo que las facciones de Doyle quedaran sin expresión, mustias, casi aburridas. Abrió la boca como un niño idiota, vi brillar la saliva en su interior. Habló con inmensa —y terrible— lentitud.

—El placer... de hundirnos... en nosotros mismos y buscar en ese... fango, gracias al teatro... —Se recobró y volvió a sonreír—. ¿Usted no busca placer?

—Sí, pero me placen cosas distintas.

—Ahí se equivoca, perdone. El placer de todo ser humano es el mismo, solo varía su grado. Nuestras piezas de ajedrez se mataron en medio del éxtasis, ¿lo sabía? Hasta Danny tuvo un orgasmo. Envídielas, no las compadezca. Este juego me abrirá las puertas, señor X... El viejo profesor ya se ha fijado en mí... Puedo asegurarle que pronto seré maestro de festejos de los Diez al sur de Inglaterra...

—Oh, le felicito. A propósito, ¿quién es el viejo profesor?

Doyle lo miró cómicamente desconcertado.

—¡Es usted increíble! ¡Saber quién es el señor M es estar muerto, señor X!

—Pero, según usted, yo voy a pasar a ese estado enseguida. Puedo saberlo.

—¡Oh, no pretenda subir al Everest tan pronto...!

—Yo no pretendo hacer eso, por quién me toma: yo estoy a su altura, solo tengo que caminar hacia él. Deme tiempo y le aseguro que terminaré llegando.

—Tiempo es justo lo que no le voy a dar... —Doyle avanzó hacia el sillón. Fue entonces cuando se oyeron los golpes en la puerta.

—¿Doctor? ¿Doctor Doyle?

¿He dicho antes que yo estaba escuchando todo aquello? ¿He dicho que aquello era la realidad y no una prolongación del sueño extraño que había tenido cuando creí que el hombre del sillón agonizaba? ¿He dicho que me sentía a la vez aliviada por la resurrección del señor X, confusa por la mancha de sangre y el cuchillo y asustada por las muecas que hacía un Doyle que parecía no ser Doyle ni llamarse así?

Si no he dicho algo de lo anterior, o la respuesta a alguna de esas cuestiones no ha quedado clara para ustedes, me felicitaré, porque se habrá cumplido mi propósito de contarlo todo tal como lo viví, y en aquel momento yo estaba absolutamente confusa sobre lo que sucedía. Me movía en un estado entre realidad y sueño, una línea como la que separa el escenario del público en el teatro. O, al menos, así creía hallarme justo cuando oí aquellos golpes en la puerta y alguien preguntó: «¿Doctor?». Porque reconocí la voz de Mary Braddock, la jefa de enfermería.

Y esa voz fue la que me dijo: Anne, yo soy la realidad y estoy llamando a tu puerta. Está sucediendo algo grave que quizá aún no seas capaz de comprender del todo, pero créeme, es grave para ti y para quienes te rodean. Debes reaccionar. Pero ¿cómo? ¿Pidiendo ayuda a la jefa? Ayuda... ¿para qué?

Quien habló, aunque en voz baja, fue el señor X.

—Vaya, han llegado los refuerzos —dijo en tono divertido desde su sillón, de espaldas a la puerta y a mí—. ¿Cómo va a explicar mi muerte ahora, doctor Marvel? ¿O acaso dispondrá del destino de todas las enfermeras de guardia en Clarendon House?

—No será preciso —dijo Doyle—, solo necesito a la señorita McCarey.

Sentí frío en el inmenso silencio que siguió a esa frase.

Era como si el ocupante del sillón hubiese desaparecido.

—¿Doctor? —repitió Braddock llamando de nuevo—. ¿Doctor Doyle...?

—¿Puedo contestar? —pidió Doyle, mirando hacia el sillón—. Gracias. —Y alzó la voz—: Perdone por no responder, enfermera Braddock, estoy ocupado. El señor X se encuentra igual que antes, si hay cambios, la llamaré. No interrumpa ahora.

—Oh, no quería... —dijo Mary Braddock tras un titubeo—. Disculpe, pero es que no he visto llegar al doctor Ponsonby aún y...

—Ya lo avisé. Vendrá cuanto antes. —Al tiempo que contestaba esto Doyle me hacía gestos, como pueden hacerse a los niños: «No diga nada, quédese ahí, no toque la puerta, no intente nada de nada».

Mary Braddock se despidió y escuchamos sus taconeos. Me quedó claro que Doyle estaba mintiendo y no había ido a por Ponsonby. Bien por ti, Annie, al menos tienes clara una cosa... Pero entonces el silencio se rompió con la súbita voz del señor X, que apenas podía disimular la angustia:

—Señorita McCarey... ¿Estaba usted... ahí...? ¡Le dije que se marchara...!

—Lo... siento —musité y empecé a temblar sin control.

—Bah, no dramaticemos —dijo Doyle—. Además, piense que ahora tiene ventaja, señor X: antes iba a matarlo a usted. Ahora haré algo mejor.

De dos zancadas se me acercó, me ofreció el brazo y me acompañó con galantería hasta el sillón. Me moví sin miedo ni convicción, mecánicamente, como en un vals. Señaló alternativamente al sillón y a mí, como para que me percatase de algo.

Pero yo no estaba en mi momento más perspicaz, así que optó por decirlo.

—Si grita o intenta algo, lo mato a él. Si él intenta algo, la mato a usted. Equilibrio de fuerzas. *Quid pro quo*. Oh, pero mírelo...

Me volví hacia el sillón, donde por fin pude ver al señor X.

Ojalá no lo hubiese visto. No temblaba, no se movía, pero de algún modo había experimentado un cambio. Y no para mejor. Ahora parecía lo que quizá siempre había sido: un pobre enfermo de frente abultada, ojos bicolores y cuerpo de niño. Su mano izquierda —la que estaba herida, recordé— protegida por el pequeño brazo derecho.

—Doctor Marvel —dijo con voz neutra—, escuche...

—Oh, ya ha perdido todo su aplomo, señor X... Un pequeño fallo en su plan y, zas... No se puede confiar en las mujeres. Pero no se preocupe. ¿Cómo puede pensar que le haría daño a una dama tan amable, tan buena y dulce como la señorita McCarey?

Y ciñó mi cuello con ambas manos y empezó a estrangularme.

Robert, pensé.

Todo esto había comenzado para mí con un estrangulamiento. Terminaba con otro. Era justo.

Dejé de respirar enseguida. Me —casi— morí enseguida. Deseé —sí— decir al señor X que no se preocupara —en vano—, pero no podía hablar, solo intentar respirar —en vano—. Era —Robert— Doyle. Estaba —estrangulándome— asfixiándome. Su fuerza era inmensa. Puro nervio, músculo, concentración, frialdad...

Pero, sobre todo, ojos.

Ojos.

Azules —ninguno rojizo—. Ojos sobre un mostacho en el rostro de un hombre que yo había creído que se llamaba —Doyle— de otra forma, mucho más desiertos que los ojos azul y rojo que casi nunca me miraban al hablar. Tampoco eran los de Robert, donde destellaba la furia: por su expresión, el propietario de estos ojos podía estar pensando que no hacía nada más interesante que cerrar una espita de gas. El aire se perdía. El aire es algo que mantiene la cabeza en lo alto, como un globo, y mi cabeza se desinflaba...

Pero la voz del señor X me ahogaba más que los guantes de Doyle.

—¡Doctor Marvel, le suplico, seguro que podemos llegar a un acuerdo...!

La presión cedió y tomé una bocanada. Quedé ciega de lágrimas rojizas, luminosas. Resbalé hacia el suelo, a los pies de aquel falso Doyle.

—¿De modo que ya se acabó el juego de las «preguntas por preguntas»? Me estaba gustando. Permítame que lo continuemos un momento... —La voz del falso Doyle me llegaba desde las alturas, más allá de su cinturón, los tirantes, el cuello almidonado, el bigote. Era la voz de Dios—. Veamos dónde me quedé... Ah, sí. Mi turno. Me ha amenazado varias veces esta noche con matarme. Sé que usted es un enano cabezudo y enfermo, pero no es tonto. ¿Qué carta guarda en la manga, querido enano...?

Doyle me levantó de un tirón. El collar de piel —diez collares entrelazados— volvió a ceñir mi cuello sin presionar. Yo tosía.

—Doctor... —Oí la súplica del señor X de lejos, como la respuesta de Doyle.



—No me haga hacer esto, de veras, señor Enano... ¿Cuál era su jugada secreta de ajedrecista? ¿Ha llamado a la policía? No: es demasiado listo... ¿Quién va a creerle en Scotland Yard? Es usted un loco oficial... ¿Entonces? ¿Un amigo? Me consta que los tiene, desde lo de Oxford... Soy médico, señor, puedo presionar la laringe de la señorita y matarla al instante, o asfixiarla lentamente...

—¡Por favor, doctor!

—De usted depende.

—Tengo unas notas.

Mi verdugo lo miró.

—¿Unas notas?

—Un cuaderno de notas. Ahí está todo lo que sé sobre el Asesino de Mendigos. Si me pasara algo, Jimmy Piggot tiene instrucciones de llevarlo a la policía.

—De todas formas, no lo creerían. Pero quiero asegurarme. ¿Dónde lo guarda?

—Bajo el jarrón de la cómoda, y ahora déjela irse, por favor.

Tras una pausa, el falso Doyle apartó las manos de mi cuello.

—Conozco sus trucos, señor X, no intente engañarme. Disculpe que la moleste, señorita McCarey, ¿puede traer ese cuaderno, por favor? Debo advertirle que la puerta está cerrada con llave. Si corre hacia ella, o grita o hace algo que no me guste, la alcanzaré. ¿Me ha entendido? Quiero oír si me ha entendido. Ah, veo que no puede hablar. Bueno, el mundo no pierde gran cosa con eso. Ahora, vaya a por el cuaderno.

—Señorita McCarey, todo saldrá bien... —dijo el hombrecito del sillón mientras yo pasaba a su lado.

Tosí de nuevo, con una mano en el cuello.

Querría haberle dicho: «Me alegro de haberme quedado. Quería quedarme. Es usted quien me echaba, ¿recuerda? Es usted quien dijo que yo debía marcharme al día siguiente. Pero yo no quiero irme. Nunca me iría de su lado. Porque he visto su Palacio de Cristal. He oído la música de su violín. Jamás me iría de su lado».

Eso quise decirle, pero con aquella voz ronca apenas sabía cómo.

Lo que sí sabía era que nos quedaban —a ambos— pocos minutos de vida.

Me tambaleé hacia la cómoda, junto a la cama, y al pasar, mis ojos se posaron en el gabán de Doyle, la sangre...

—Por favor, señorita, el cuaderno —dijo Doyle—. Es para hoy.

Conforme me hablaba, yo estaba arrojándome sobre la cama.

—¡Oh, qué necia! —dijo la voz a mi espalda.

Algo tiró de mí, de mis pies, de la cama, del suelo. Inicé un grito quebrado por un fuerte golpe. Mi cofia se inclinó ridículamente. A veces, cuando me pegaba, Robert me decía que, si me hubiese portado mejor, se habría puesto un guante, pues creía que con ellos los golpes dolían menos.

Falso. El impacto del revés del guante de Doyle me dejó sorda, aturdida.

—... se... no... basta... —oía.

Dos seres monstruosos y familiares regresaron a mi cuello y lo rodearon con cinco serpientes cada uno. Volví a oír.

—... mala, señorita McCarey... Tendré que matarla, esta vez de verdad...

Entonces moví la mano derecha, oculta a mi espalda.

La mano con la que había logrado coger el pequeño cuchillo, pese a todo.

## ~ 6 ~

Yo me llamaba Anne McCarey y era enfermera. Nunca le había hecho a sabiendas verdadero daño a nadie. Ni siquiera a aquellos que, como Robert Milgrew o el viejo señor Grossborough, me lo habían hecho a mí.

Pero algo había cambiado en mi interior desde que había empujado a Robert.

Para siempre.

No obstante, fui la primera en ceder cuando comprendí lo que había hecho. Tiré de aquella especie de abrecartas con rapidez horrorizada, y mi ángel bueno me felicitó mientras mi ángel malo se burlaba. Doyle se miró la simple herida bajo la chaqueta, a la altura del bazo, con expresión de galeno: sobreviviría, decidió. Entonces volvió a golpearme y pateó el cuchillo fuera de mi alcance. Sangrábamos. Quizá él más, aunque lo disfrutaba. El señor X decía algo, pero su voz no servía para imponerse al torbellino.

—¡Vaya con la señorita McCarey, la puta del marinero! —dijo Doyle y se montó a horcajadas sobre mí (qué indecente, qué *escandaloso*) y aferró mi pelo (desnudo de cofia, que a saber dónde había ido a parar). Ya no era el

encantador de serpientes, el acróbata-gato, sino una bestia, un jabalí cuyo rostro (ahora sí) semejaba el de Robert, porque llega un punto en que todos los hombres se parecen entre sí, sea por la bebida, la brutalidad o ambas. Gruñía—. ¡Vaya con nuestra querida enfermera! —Me revolví bajo su peso, quise morderle, volvió a golpearme—. ¡Le diré lo que va a pasar, señor X! ¡Voy a matarla a ella y luego usted hará uso del cuchillo consigo mismo! ¡Si tengo que ayudarle en tal tarea, lo haré con gusto! ¡La policía dirá que su enfermedad le llevó a asesinar a la señorita y suicidarse! A fin de cuentas, es usted un loco... Lo cual... me hace recordar algo... El secreto, ¿eh, señorita McCarey...? —Y tiraba de mi pelo—. ¡El secreto! ¡Quería usted saberlo! ¡El SECRETO de este enano...!

—¡No, por favor, doctor, eso no! —Era la súplica, lejana, del señor X.

Yo tenía los oídos como cubiertos de algodones sangrantes. Me dije: tampoco quiero saberlo ya. No me importan sus secretos. El rostro del No-Doyle era una máscara con bigote de guías que desplegaba el abanico pintarrajeado de una sonrisa.

—¡Oh, será lo único que se lleve a la tumba esta furcia! Quiere saberlo, ¿verdad, señorita Furcia? —El rostro alzado sobre mí estaba hecho de sangre, pero en gran parte era mía—. SU SECRETO, ¿EH? ¡¡No va a creérselo!! ¡¡Él...!!

Entonces hasta yo, que estaba sorda, lo escuché.

Un ruido en la ventana. Muy fuerte. CLAC. Un golpe en el cristal. Un objeto, quizá un guijarro.

El falso Doyle volvió la cabeza, frenético, mientras el señor X gritaba:

—¡Mosca! ¡Telaraña! ¡Llamad a la policía!

—¿Ha hecho venir a esos sinvergüenzas...? —dijo el falso Doyle, incrédulo. Me soltó y me desplomé—. *¿Ha llamado a esos pillos?*

Pasó sobre mí como una exhalación y se asomó a la ventana cerrada. El cristal estaba empañado por el calor de la habitación y el frío exterior. El falso Doyle lo frotó con un guante, no pareció quedar satisfecho y aferró el picaporte, comprobó que se trababa y forcejeó. Y, justo en el instante en que el picaporte cedía —desde el suelo pude verlo todo—, con la exactitud de un jugador de billar o un ajedrecista ante una pieza, el bastón del señor X lo empujó por la espalda.

Un suave, pero preciso movimiento hacia la derecha.

CHAC, esta vez. Luego nada.

Lo siguiente que sentí fueron las dulces y pequeñas manos del señor X ayudándome a incorporarme. Yo seguía tosiendo, pero ya era una alumna aventajada en respirar.

—¿Se encuentra bien?

—No se preocupe... —dije con voz enronquecida—. Me estoy acostumbrando... a que me estrangulen... Tiene usted sangre en la mano.

—Y usted en la cara... —dijo acariciando mi rostro—. Pero, en cuestión de sangre, nos gana el doctor Marvel...

—¡Oh...!

Esto lo exclamé al volverme. Porque allí estaba, de pie, el falso Doyle. Claro que no en una situación ventajosa para él. Sin embargo, aún se retorció.

—El Pestillo Asesino ha hecho justicia —dijo el señor X contento—. No lo toque. Tampoco lo mire mucho, no es muy agradable. Pero es que no quiero acortar su sufrimiento. Tardará todavía algo en morir, desangrado o ahogado en sangre, ya veremos. Y quiero que sienta cada segundo que le quede. Por los mendigos. Por Danny. Hasta por Robert Milgrew... —Su rostro se ensombreció—. Pero, sobre todo, por usted.

La clavija del pestillo se hundía tanto en su garganta que desaparecía dentro de la carne. Fluía sangre de la pequeña herida, pero nada en comparación con la que derramaba por la boca. En efecto, se estaba ahogando. Luchaba por liberarse, pero los esfuerzos le hacían desangrarse más y le restaban fuerzas. Era como un gran insecto bajo un alfiler. Me miró con ojos implorantes, cada vez más turbios. Por la ventana abierta se oía el mar y entraba el viento. Mi querido mar de Portsmouth. El señor X se acercó.

—Y lo que el doctor Henry Marvel jr. se llevará a la tumba es esto. Me tomé la libertad de dictar a Jimmy ayer una nota para el director del *Ojo de Portsmouth*, el señor Hammersmith, que sin duda aceptó el soborno a cambio de mencionar en su periódico el número y lugar de las heridas de cada víctima, y la de mañana era la del padre Philipotts en Gosport; pero yo escribí otra y él la publicará si no quiere que su cabeza ruede por su implicación, ignorante pero fatal, en todo esto: la muerte de un tal «señor Y» *degollado*, sin más. Siendo usted el rey negro, eso significará que ha caído. Las negras se rinden. —Le dio una palmadita al casi cadáver y regresó a su sillón, arrellanándose como para disfrutar del espectáculo. Sentí pena por aquel hombre, fuera quien fuese, pero de todas formas estaba a punto de morir, y con toda seguridad Danny Waters había sufrido mucho más. Y Robert—.

Llame a sus compañeras, señorita McCarey —me advirtió el señor X—. La policía no tardará en llegar.

Iba a hacerlo cuando recordé algo. Tuve que esforzarme para hablar, pero sabía que necesitaría usar mucho la voz antes de que aquella noche concluyese.

—El ruido, en la ventana... Él y yo lo oímos... ¿Los niños...?

El señor X esperaba la pregunta. Movi6 su pequeña mano en el aire.

—Mosca y Telaraña siguen a salvo, confío, y muy lejos de aqu6. Pero cuando un hombre estrangula a una mujer..., digamos que ambos suelen estar concentrados en la tarea. Es f6cil que no adviertan ciertas cosas...

Mir6 a mi alrededor.

Lo descubri6 en una esquina del suelo, donde hab6a rebotado. Un objeto peque6o.

El rey blanco.

—Jaque mate —dijo el se6or X.

CONFIDENCIAL



CARTA PRIVADA



... y estoy en condiciones de asegurarle que el placer que siente el sujeto bajo la acci6n de teatros como el de la Pregunta Sin Respuesta lo fuerza a realizar cualquier cosa, incluso da6o a s6 mismo o a los dem6s. El placer permite el control. Ofrezcalo a peque6as dosis, como el l6udano, y el mundo acabar6 a sus pies [...] ¿Puede creerlo? Las claves

se hallan en el teatro de Shakespeare [...] Me gustaría conocer su explicación...

Señor M. (1880)

# UNA EXPLICACIÓN



~ 1 ~

Desfilaron con cara de público.

La cara del público es muy variada, como mil caras en una sola: el público casi siempre actúa mejor que el actor.

Esto lo sé porque, como la mayoría de las mujeres, en muchas escenas desagradables he desviado la vista hacia la audiencia.

Susie Trench y Mary Braddock ponían esa cara al entrar en la habitación. Como algo que no quisieran ver y se murieran por ver. En particular, Susie estaba fascinada. Se acercó al —ya cadáver— tipo de la ventana mientras yo explicaba. Pero da igual lo que digas en esos momentos. Alargó su cuello pequeño como una tortuga tímida, los bellos ojos azules saltones, mientras una cosa que no era sonrisa ni susto ni dolor ni tristeza ni risita, pero que tenía un poco de todo eso, asomaba a sus labios viendo al falso Doyle.

—Ah... —dijo. Y luego—: Oh... ¡Ah!... ¡Ih!... ¡Eh... jem!

Vocalizando su fascinación como una cantante en un ensayo. Por su rostro pasó el pudor, el horror, la exultante y fiera alegría del espectador.

—Está muerto, ¿verdad? —dijo.

—Sí —dije.

La jefa Braddock no movió un músculo. Delegaba tal responsabilidad por entero en Susie.

—Susie, ve a la comisaría —dijo al fin, echando un vistazo a la mano del señor X.

Mientras Susie Trench corría, Mary Braddock y yo nos dedicamos a vendar la mano herida del señor X. El corte había sido profundo, pero solo en

la palma. Hasta cuanto alcanzaba mi conocimiento, concluí que podía recuperarse por completo dejando, acaso, una fea cicatriz.

—¿No era Doyle, dices? —Recuerdo esta pregunta de la jefa Braddock.

—No..., ejum..., era... otro...

—Tendrás que explicármelo mejor, Annie. Dios, cómo tienes la cara...

—Sí..., ejum... —Yo me preguntaba si las infusiones de té y miel serían buenas para los estrangulamientos recientes.

El señor X se dejaba hacer sin poner demasiado interés, como si, tras derrotar al señor Y, hubiese perdido la energía que lo animaba. Aún se hallaba así cuando la habitación se llenó de policías. Merton penetró dando zancadas, alerta, atraído como los demás por el cadáver de pie y clavado a la ventana y exigiendo también una explicación. Como el señor X no hablaba, procuré ofrecérsela yo, pero todo era muy complicado para mí, por no mencionar el estado de mi garganta.

Entonces recordé el cuaderno. Me dirigí al jarrón y lo levanté.

No había nada.

—¿Qué significa esto? —barbotó Merton.

—No lo sé —admití.

Las huellas de los dedos del falso Doyle en mi cuello y en mi rostro eran muy visibles, y creo que esa medalla al mérito de mi supervivencia fue lo único que impidió a Merton arrestarme de nuevo. Su rabioso, híspido bigote, erizado hasta límites casi ridículos, se alzaba hacia mí. La expresión de su rostro era como si hubiese tenido el único objetivo vital de descubrir al gran culpable y hubiese decidido en ese instante que era yo. Muy lejos de aquel primer Merton pagado de sí mismo que habíamos conocido un mes antes, incluso del segundo Merton que me había interrogado y humillado el día anterior, el nuevo era todo cólera rojo púrpura, de esa clase que siempre hace sentir más lástima por el encolerizado que por sus supuestas víctimas.

Resultó afortunado que ese fuera el momento que eligió el doctor Ponsonby para aparecer, acompañado de Weedon, Jimmy Piggot, Hettie Walters —que ofreció la única vocal que le faltaba a Susie, prioridad suya: ¡Uuuuh! — y hasta la señora Murray, córvida y ominosa. Ponsonby se plantó en medio de todos y gesticuló apaciguando los ánimos.

—Inspector, señores, calma. Acabo de recibir un telegrama urgente de la familia del señor X, sin duda informada con antelación por el susodicho señor... Caballeros, nuestro paciente ya hizo algo parecido en una residencia



anterior. Es costumbre del señor X resolver algún misterio de vez en cuando. No cuesta mucho consentírselo. Ah..., no digo que no cueste nada —agregó, mirando el cadáver clavado en la ventana—, pero no mucho... Solo le ruego, inspector, un poco de tiempo, tranquilidad, calma. Al final habrá una explicación. No digo que una explicación de todo, pero...

Merton se ahogaba en su propia ira.

—Querido doctor Ponsonby... Le *ruego* que me presente las credenciales que le otorgan el poder de decidir qué hacen o no las fuerzas del orden en esta ciudad...

Era puro cinismo, pero, increíblemente, Ponsonby se lo tomó en serio.

—Se las presentaré enseguida si tiene la amabilidad de acompañarme un instante.

El Merton que regresó minutos después nos mostraba otra faceta de su cambiante personalidad. No era del todo desagradable ahora: se trataba del empleado ducho en su trabajo, que, aun sin comprender lo que ocurre, sabe cuándo cumplir con su deber sin invadir otros terrenos. El eterno encogimiento de hombros del soldado y el oficinista: «Esto es lo que me han dicho que haga».

¿Qué clase de familia tenía el señor X?, me pregunté. Una, por lo menos, capaz de domar el ímpetu de un inspector de Scotland Yard en cuestión de minutos. A partir de ese momento, todo transcurrió con fría disciplina. Fue entonces cuando aquella pequeña gárgola del sillón habló por primera vez.

—En una granja en Crossing hallarán al verdadero Doyle y yo sugeriría ir cuanto antes, inspector, porque tan solo *crea* estar muerto, no sea que su fe se haga milagrosa realidad. —Luego desvió el rostro hacia Ponsonby—. Perdone, doctor, ¿podemos ir a su despacho la señorita McCarey y yo? Recuerde que tiene que despedirla.

~ 2 ~

Tras coger su inseparable bastón y aferrar mi brazo, el señor X siguió los pasos del doctor por las escaleras ayudado por mí. Las miradas interrogativas

que le lancé durante el trayecto fueron inútiles. No iba a decirme nada. Estaba obcecado con aquella idea, de algún modo. Quería perderme de vista.

Ponsonby, ya instalado tras el escritorio y también inseguro sobre lo que pretendía su residente, le lanzaba miradas parpadeantes y fugaces como señales de socorro que no obtenían respuesta. Al fin, tragó saliva ostentadamente evaluando la situación con una ceja enarcada de autoridad y otra derrumbada de fracaso, tras lo cual derrumbó ambas. Luego me miró a mí. Yo estaba tan confusa como él.

—Ah... Creo que podemos cambiar de decisión respecto de la señorita McCarey... Me temo que ayer me apresuré a juzgarla.

—Aun así, insisto: debe despedirla —dijo el hombrecillo.

Algo en su tono no debió de gustar a Ponsonby, que empezó a enviar frenéticos mensajes taquigráficos tamborileando con los dedos sobre el cráneo.

—No nos apresuremos..., eh... Todos vivimos momentos de tensión ayer... Y el buen nombre de Clarendon House es, ya lo saben, muy... importante. Pero... la señorita McCarey ha demostrado su... su valía... No quisiera que, por un malentendido...

Su incomodidad me hizo reaccionar.

—No se preocupe por mí, doctor... —comencé, pero el señor X me interrumpió.

—El malentendido es conmigo, doctor Ponsonby, usted la despidió y despedida queda, así que solo resta que le pague los días que le debe y añada un pequeño plus por las ofensas graves que le dirigió ayer...

—No es preciso... —dije, pero mi residente prosiguió imperturbable.

—... A todo lo cual me gustaría que añadiera una disculpa, tanto por escrito como de palabra, a dicha señorita, por los ultrajes, calumnias y faltas absolutas de decoro y respeto que tuvo para con ella, en un tono que hizo que fueran oídas por todo el personal de Clarendon, aunque, por supuesto, si está usted esperando que delate al que me las repitió, pierde el tiempo.

—¿Puedo hablar, señor X? —me interpuse, tensa, enronquecida—. No es preciso que el doctor se disculpe por nada. Si alguien tiene que disculparse por algo es usted, que apenas puede ocultar sus deseos de que me marche...

—Se me quebró la voz. Como el señor X no respondía, me dirigí a Ponsonby —: Pido permiso para retirarme, doctor, debo preparar mi maleta.

—No es necesario, señorita McCarey —dijo el señor X—. Nos iremos en

unos cuantos días. Aún no.

«Nos iremos», había dicho. Lo miré... Lo miramos, Ponsonby y yo, confusos.

—Señor X... —murmuró, trémulo, el médico.

—No es culpa de Clarendon —dijo mi residente, alzando su mano vendada —, pero deseo cambiar de aires y visitar a un viejo amigo, el mar ya no me agrada, me trasladaré a una residencia del interior dentro de una semana, mi familia está avisada y usted recibirá el correspondiente finiquito en estos días.

—Señor X... —insistió Ponsonby. Se esforzaba por elegir sus palabras y reprimir su emoción—. Si en algo nos hemos equivocado en Clarendon...

—Repito, doctor: soy yo quien deseo cambiar. Salvo de enfermera, porque, por supuesto, la señorita McCarey vendrá conmigo. He decidido que sea mi enfermera particular de por vida, y como usted ya la había despedido ayer, no tendrá inconveniente alguno en prescindir de sus servicios. Por descontado, ofreceré las mejores referencias sobre Clarendon, siempre y cuando se satisfagan todas mis condiciones.

—Gracias, gracias, señor X —susurró un reverencial doctor Ponsonby.

—Huelga añadir que pagaré por el tiempo extra que me tome aquí antes de irme, y no insistiré en que abone a la señorita McCarey más de lo acordado, ya que he decidido incluir en la indemnización parte del sueldo que ganaría durante los días que quedan hasta nuestra partida.

Ponsonby se inclinaba.

—Es usted un dechado de amabilidad... Mi gratitud...

—Su gratitud va a comenzar, aquí y ahora, con la disculpa de palabra a la señorita. —Esa declaración nos inmovilizó. Al ver la mirada parpadeante y dolida de los ojos saltones del médico, me sentí casi indignada.

—No es necesaria ninguna disculpa —dije.

—Insisto.

—Y yo insisto en que no. Pero hay algo que sí es necesario —añadí—. Usted no dispone de mí y de mi futuro, señor X. ¿«Enfermera particular de por vida»? Enhorabuena. ¿Ya lo ha decidido usted solo? ¿No ha olvidado el pequeño detalle de saber si acepto o no?

—¿Acepta o no?

—Eh..., sí. Acepto.

—Gracias. Y ahora, doctor, su disculpa.

Ponsonby nos miraba como dispuesto a ofrecerse al martirio por una causa

superior. Durante el tiempo que habló, estuvo acariciando el cráneo como un Hamlet envejecido.

—El... El señor X tiene razón, y mi comportamiento ayer con usted sobrepasó todas mis atribuciones, señorita McCarey. Por lo visto, según me cuentan las enfermeras, ha ayudado usted, incluso, a... a detener al verdadero culpable. Ah, no digo que solo yo le esté agradecido: todo Portsmouth se lo agradecerá eternamente, pero... yo le estoy agradecido también... Es usted una enfermera magnífica y yo fui muy torpe como jefe y descortés como caballero. No diré que en su momento no creí todo lo que dije, pero... Por todo ello, le ruego que acepte mis más sinceras disculpas.

—Gracias, doctor —dije—. Están aceptadas.

La vocecilla del señor X volvió a tintinear.

—Perfecto, y habiendo terminado los trámites, ¿tendría la bondad, doctor, de trasladarnos a otra habitación si es posible? Traslade también mi sillón, de ese modo dejaremos que la policía complete su labor en paz, y el inspector Merton podrá irse pronto a descansar.

### ~ 3 ~

Ignoro si Merton logró descansar. Quien sí lo hizo, y más de lo que yo había visto en ninguna otra persona, fue el señor X. Pasó los dos días siguientes en la nueva habitación, en el segundo piso, echado en la cama en el estado letárgico que adoptaba cuando dormía: ojos cerrados, manos cruzadas sobre el pecho, boca arriba. A ratos se removía para comer algo, apenas unos bocados. Era como si hubiese realizado un esfuerzo inmenso y su frágil cuerpo le exigiera pagarlo con sueño.

En cuanto a mí, todo lo que ocurría me parecía, como siempre desde que conocía a ese hombrecillo, fulgurante, asombroso, extraño y horrendo. Acabé concluyendo que al señor X no le gustaba el teatro porque él mismo era espectador y espectáculo. «Enfermera personal de por vida», me repetía a mí misma. De algún modo, me agradaba.

Al tercer día recibimos una visita. La introdujo Jimmy Piggot. Se trataba de un hombre joven, aunque algo demacrado, bigote con guías y aspecto de

haber sufrido severos padecimientos y estar aún en vías de recuperación, como si viniera de la guerra.

—¿Señor... X? —dijo en tono serio, responsable, fatigado. Al oír su voz, el aludido se enderezó en la cama como un resorte—. Soy el doctor Arthur Conan Doyle. Me han contado lo que hizo. He venido a darle las gracias.

Fue como una resurrección: el señor X saltó de la cama y ocupó su sillón.

—Doctor Doyle, gracias a usted por venir. —Hizo rápidas presentaciones—. La señorita Anne McCarey, mi enfermera particular, el doctor Doyle. Este sí —añadió.

Nos alegramos de conocernos todos, aunque, cuando la conversación se instauró —y se extendió durante horas—, pude comprobar que el verdadero Doyle, pese a su notable parecido físico con el falso, era mucho más serio y digno que este, y ni de lejos tan seductor, quizá porque no tenía necesidad alguna de seducir. No venía a ser creído: venía a creer. Se sentaba muy inclinado hacia el señor X, estudiándolo con la mirada. Era un hombre concienzudo y fatigado a quien habían jugado una mala pasada, y se mostraba comprensiblemente suspicaz.

—Amigo mío —dijo el señor X—, su odisea tiene que haber sido muy desagradable.

—Le aseguro que aún no la comprendo del todo —admitió Doyle.

Pensé: «Él también necesita una explicación».

—¿Sería mucho pedir que nos refiriese cómo lo rescataron? —dijo el señor X.

—Será un placer contarle todo lo que recuerdo, caballero —dijo Doyle.

Su historia era asombrosa. Dos días antes —explicó—, Merton y sus colaboradores lo visitaron en una granja al nordeste de la ciudad, en Crossing, granja que —según Doyle sabía— unos ancianos del lugar habían vendido tiempo atrás para emigrar. El actual propietario era un tal Henry Levram. En aquel momento no estaba, pero quien sí estaba, y salió en respuesta a las llamadas de la policía, tambaleante y parpadeando, fue Doyle. Se hallaba en mangas de camisa, con un rostro que pedía con urgencia un buen afeitado. No tuvo ningún problema en referir que se llamaba Arthur Conan Doyle, que era médico y que estaba muerto. Lo que le costó creer fue que el inspector Merton y los policías estuvieran vivos. Aunque él era de los que consideraban cierta la comunicación entre ambos mundos, tal cosa

ocurría solo en sesiones espiritistas y no en un cobertizo con olor a huevos revueltos —que Doyle acababa de hacer— y bosta de caballo.

Un detalle emotivo: cuando la policía le pidió amablemente acompañarlos a Portsmouth, Doyle entró de nuevo en la vieja granja y salió con la misma ropa y aspecto de antes, pero con un buen fajo de papeles bajo el brazo de los que no quería separarse —dijo— «ni muerto». Eran sus escritos. En su mayoría, tentativas de historias sobre ese detective suyo, Sherlock Holmes. Conforme lo traían de regreso a Portsmouth, fue asumiendo más cosas. No tardó en revelar que lo último que recordaba con claridad, antes de la etapa de la granja, era que aquel joven llamado Levram había acudido a su consulta para hablarle de un dolor de cabeza. Doyle empezó a anotar y de pronto pasó algo. Despertó, ya muerto, en la granja. Levram, que lo visitaba a veces, le dijo que ese era el más allá. Doyle miró a su alrededor y pensó que había conocido sitios peores. Pidió papel y pluma. Admitió que, estando muerto, vivía como siempre le había gustado: escribiendo de sol a sol sin tener que ganarse la vida, porque ya no había ninguna vida que ganarse. Hambre, comida y satisfacción aparecían y desaparecían en un ciclo fácil y repetido, y lo mismo ocurría con el resto de sus escasas necesidades. Levram, además, compartía con él su afición y se mostraba muy interesado en su personaje, Sherlock Holmes. Lo ayudaba con consejos, mejoras. Se admiraba de que Doyle se hubiese inspirado en uno de sus profesores de medicina. Un día, Levram le llegó a decir: «Tendrías que conocer a alguien que se parece increíblemente a nuestro Holmes». Doyle se entusiasmó y pidió conocerlo. Levram le dijo algo así como: «Es un enfermo mental y no puedo presentártelo porque sigue vivo... —Y añadió, sonriente—: Pero te lo presentaré pronto». A Doyle no le sorprendía nada de lo que dijera su amigo. Vivía en un estado de dicha y paz absolutas, incluso durante las largas ausencias de aquel. «Esto es el paraíso», le confesó a Levram un día, y ambos lloraron de emoción.

Tampoco estaba aislado del todo. Levram lo visitaba de vez en cuando con una carta o telegrama de un pariente de Doyle y le decía que, en la muerte, sus seres queridos también le escribían. Le pedía responder sin mencionar su estado, solo unas palabras breves y tranquilizadoras, y él aceptaba entusiasmado, pensando haber descubierto al fin cómo se comunican los vivos con los muertos. Nadie lo habría imaginado: por correo postal. Lo más fácil del mundo.

Solo en contadas ocasiones venían también los amigos de Levram. Desconocidos. Teatros, creía, por la manera en que se vestían... o desvestían. Guardaba la imagen nítida de una muchacha jovencísima, no más de doce o trece años, preciosa, juncal, que se dedicaba a... Bueno, admitía no recordarlo bien. «Sobre todo, a pasear sin ropa», dijo. Durante esa visita, Doyle despertaba como tras un largo sueño. La impresión general era agradable, como si hubiese estado bebiendo en una fiesta y el recuerdo fuera divertido.

—Eran sesiones para renovar el teatro que le hicieron —dijo el señor X.

Doyle frunció el ceño.

—¿Teatro? ¿Se refiere a...?

—Algo parecido al teatro mental, pero más eficaz. Produce un trance profundo debido al placer. La víctima cree lo que le dicen o hace lo que le ordenan.

—¿Quiénes... Quiénes lo hacían?

—Es difícil responder a eso —dijo el señor X—. Gente poderosa. Aunque nuestro querido inspector Merton estará interrogando a estas horas a un tal señor Constantine, otro tal señor Pettiroso y una tal señorita Abigail, me temo que son solo piezas pequeñas y no va a obtener nada de ellos.

—Pero ¿por qué...?

El señor X resumió la historia del ajedrez por correspondencia y las víctimas. Escondida entre la incredulidad y el asombro de Doyle, percibí una gran atención: sus ojos rastreaban los mínimos gestos, las expresiones, la imagen del hombre del sillón.

Cuando el señor X acabó, Doyle meditó un poco.

—¿Un teatro que hipnotiza al público... hasta ese *punto* ?

—No me pregunte al respecto, ignoro qué es y qué origen tiene...

El médico asentía.

—Estoy seguro de que hacían algo para mantenerme así... porque me recuperé del todo cuando la policía me devolvió a mi consulta.

Cuando el verdadero Doyle entró en su consulta en la calle Elm Grove — que estaba siendo registrada en ese momento—, ya se había convencido de algunas cosas dolorosas: que Levram le había engañado, que carecía de imaginación para inventar nombres falsos —«Levram», «Marvel»— y que, en cambio, era bueno para fingir otra identidad y había adoptado la suya durante los últimos meses. Sin embargo, con mucho, lo que más dolor le

causó fue comprobar que estaba vivo. Nos dijo que rechazó la idea al pronto, que se le antojaba atroz volver a la responsabilidad, al drama diario, a los deberes imperiosos del ser humano sobre la tierra. «¿Vivo?», gimió. Merton asintió, sombrío, como si le acompañara en el sentimiento.

—Estoy seguro de que esos canallas habrían acabado librándose de mí de verdad cuando ya no les sirviera —dijo Doyle.

—Por desgracia, su impresión es muy cierta, doctor —dijo el señor X.

—¿Cree que sigo en peligro?

—No, no lo creo, lo usaron en una ocasión y deshacerse de usted ahora sería arriesgado e inútil, porque todo esto para usted ha sido un capítulo borrado de su vida y a ellos no les interesa llamar la atención, van a por metas sustanciosas y sacrifican las más pequeñas, y en eso son parecidos a mí y a todos los buenos ajedrecistas.

—Pero ¿y si escribo sobre ellos? ¿Y si los desenmascaro en público?

El señor X negaba con la cabeza.

—Lo siento, doctor Doyle, usted escribirá sobre otras cosas, no sobre esta.

—¿Por qué?

—Porque de ese modo su vida será más segura, ya le he dicho. Se trata de un grupo con dinero y poder, dos cosas con las que se suele conseguir cualquier otra en esta vida. Escriba ficción y déjeme a mí el trabajo de hacerlos ficticios.

—Pero... ¡alguien tiene que escribir sobre esto! —protestó Doyle, nervioso—. ¡Una declaración, una... *explicación* ! ¡Al menos, dejar constancia de...!

—La escribiré yo —murmuré. Ambos hombres me observaron—. Algún día. Cuando el señor X me permita. Creo que necesito hacerlo.

—Quizá no sea mala idea —dijo el señor X—. En cuanto a la policía, no se preocupe. Tengo ya preparada la explicación para el inspector Merton.

Doyle meditaba.

—Alguien que muere en apariencia y «revive» luego... No es mal tema para una historia... Mi gratitud es enorme hacia usted. No sé cómo pagárselo.

—Oh, yo sí —replicó el señor X con tranquilidad—. De hecho, debo confesarle que fui yo quien solicité esta entrevista. Necesito un favor. O mejor, dos.

—Si están en mi mano...

—Desde luego que están: el falso Doyle se tomó muy en serio su papel, y



me hablaba del personaje que usted había inventado como si fuera el suyo, pero me gustaría que me dijese si respondo a *su* visión del personaje, doctor. —Y se quedó así, orondo en su sillón, aguardando—. ¿Soy Sherlock Holmes?

La pregunta me asombró. El verdadero Doyle —de forma muy diferente a la reacción que hubiese manifestado el falso—, simplemente lo miró en silencio.

—No sabría decirle... Creo, más bien, que es al contrario.

—¿Puede explicarlo?

Doyle frunció el ceño.

—Usted no es la idea que yo tenía de Sherlock Holmes. Pero, conforme Levram... o Marvel me contaba cosas sobre usted, mi idea sobre Sherlock Holmes fue *transformándose* ... Me refería anécdotas, como cuando examinó su ojo y usted le dijo que él le había hecho un «estudio en escarlata» y usted a él un «estudio en negro»... Nos reímos de esa ocurrencia. Me fascinó. Y me habló de... de los chicos desharrapados que usaba para encontrar pistas... Y de su violín... Por cierto, que sería interesante que Holmes tocara el violín. Un violín real, claro.

—El mío también lo es —dijo el señor X—. Igual de real que su personaje.

—Oh, por supuesto, me refiero...

—Sé a lo que se refiere. Continúe, por favor.

Doyle habló sin mirarnos, como pensando en voz alta.

—No sé... Fue todo muy extraño. Ese hombre me contaba cosas sobre usted y yo las imaginaba aplicadas a Sherlock Holmes y añadía algo de mi cosecha. Y ahora, aquí, frente a usted, me siento como si estuviera ante la materia prima... Usted no es Sherlock Holmes, pero Sherlock Holmes es *usted*, no sé si me explico... —Y tras una pausa, titubeando—: Bueno, un poco más alto, quizá... —Se calló, enrojecido.

El señor X sonreía plácidamente. Su expresión era de auténtica felicidad.

—No me ofende, doctor, y es lógico que así sea.

—¿Que sea más alto?

—Sí. En su imaginación, Sherlock Holmes ha crecido.

—Cierto. —Doyle sonrió—. No lo había pensado, pero cierto.

—Y en cuanto al segundo favor...

—Dígame.

—¿Podría obtener su permiso para usar el nombre de Sherlock Holmes en

mi intimidad, con la señorita McCarey tan solo?

Algo nubló el rostro tranquilo y fatigado de Doyle.

—Bueno... Eso... Yo... Es que no sé... No sé decirle...

Doyle y yo nos sorprendimos al oír la suave risita del señor X.

—No se preocupe, doctor, su reticencia es comprensible. —Y luego, volviéndose hacia mí, prosiguió—: ¿Se da cuenta, señorita McCarey? Supe con absoluta certeza que el falso Doyle mentía cuando me dio permiso para esto. Ningún escritor real acepta que alguien juegue con el nombre de sus personajes.

Doyle se vio forzado a sonreír mientras le tendía la mano.

—Querido señor X, ha sido un verdadero placer conocerle.

—Si me disculpa, no suelo estrechar manos, pero le deseo toda la suerte del mundo, aunque no la necesitará: es usted un hombre de talento. Su vocación de escritor solo necesitaba, para alzar el vuelo, lo que necesitan tantas otras personas que quieren dar un nuevo rumbo a sus vidas: volver a nacer. Usted lo ha conseguido.

La despedida fue cordial, pero cuando acompañé a Doyle al vestíbulo de Clarendon, lo noté incómodo.

—No sé si he hecho mal en no permitirle que use el nombre de mi... —confesó, preocupado y avergonzado—. Gracias a él, puedo usarlo yo.

Lo tranquilicé al respecto. Era el nombre de su personaje y tenía todo el derecho del mundo a mostrar su desacuerdo, dije. Además, el señor X se lo había tomado bien. Doyle no pareció quedar convencido, pero se inclinó ante mí con elegancia y lo vi alejarse lentamente por la avenida.

Ese mismo día el señor X envió a Merton, a través de Jimmy Piggot, la ansiada explicación. Era un librito de tapas azules. Imagino el rostro de Merton al leer el título:

## LAS MEJORES CINCUENTA PARTIDAS DE AJEDREZ

En una página con la esquina doblada aparecía el diagrama de un juego.



DEFENSA PHILIDOR

(Negras mueven)

Tras entregar aquel sobre, Jimmy Piggot regresó y me pasó la correspondencia del día. Luego me dirigí a la cocina, preparé un té para el señor X y volví a su habitación, sirviéndole una taza.

—Así que ese cuaderno de notas... no existía... —Sonreí—. Lo hizo por mí.

El señor X bebió un sorbito de té y compartió mi sonrisa.

—Es preciso saber en esta vida quiénes son las personas que nos importan, mi querida señorita McCarey...

—Gracias, señor X —dije, emocionada.

Seguí sonriéndole al tiempo que levanté mi mano derecha con el cuchillo que me había llevado de la cocina y lo hundí con precisión en sus entrañas.

# TELÓN FINAL

Esa extraña barrera entre la obra y la realidad, ese párpado que se cierra al fin sobre la ilusión, como si todo el teatro fuese un gran ojo que nos hubiera mirado hasta entonces introduciéndonos en su pupila como un maestro hipnotizador...

J. H. MILESTONE ,  
*Reflexiones sobre el arte teatral* (1865)

*El ciclista es llamativo, pero un observador perspicaz quizá habría opinado que desea atraer la atención hacia ciertos detalles para ocultar otros. Algo así como un truco de magia sobre ruedas. No hay, sin embargo, observadores cercanos, perspicaces o no. El ciclista pedalea en una inmensa cuarto de penique por las arboladas extensiones de Surrey. Los largos faldones de un gabán de piel, posiblemente mucho más caro que la carísima bicicleta, aletean con los mecánicos movimientos sobre la enorme rueda delantera, y forman una especie de cola agitada con el viento sobre la pequeña rueda trasera. El gabán está cortado para dejar espacio al juego de piernas, pero oculta estas por completo. Resulta tan ostentoso y absurdo que nuestro hipotético observador se fijaría más en los faldones aleteantes que en el fino talle o la curiosa forma que adopta la prenda en el torso. Al alzar la mirada, menos curiosidades hallaríamos: bufanda gris, gafas de cristales tintados, gorra orejera, un poco de pelo negro visible bailando al son de la velocidad. El conjunto habla de innovación, mecanismo, gloria humana finisecular. Los giros de la rueda grande esbozan un sueño de Leonardo da Vinci con cada vuelta.*

*Ciertos obstáculos dificultan el seguimiento de nuestro veloz e industrial deportista: altos y añosos robles, una serpenteante vereda, los muros de la inmensa propiedad privada. Una cancela se abre y cierra como una cárcel campestre. Un camino de granito, una arcada custodiada por guardas. Al*

fin, nuestro ciclista alcanza un patio interior que bien podría dar cabida a una pequeña aldea.

Pero, alto ahí: porque si lo hemos seguido hasta este punto, nos percataremos de que ya no hay más camino que recorrer. Ha llegado a su destino, sin duda. Y conforme lo pensamos, los radios de las ruedas ganan nitidez, se diferencian entre sí, podemos aislarlos, poner nombre a cada uno, se tornan aburridos, se detienen. Verlo desmontar no parece espectacular, sencillamente, por la gracia de bailarín y la suavidad de aceite resbalando por la rueda con que lo hace. Una bota en el suelo, otra. Se acercan criados de librea, imperiosos, por el extremo opuesto del patio mientras el ciclista apoya el velocípedo en la pared y alza una mano enguantada sosteniendo un rectángulo de papel. Los criados lo escoltan al interior, recorren tantos pasillos que no parece sino que el viaje ahora es más largo que el efectuado en bicicleta, pasos de seis zapatos, puertas dobles doblemente abiertas para que el ciclista penetre en solitario en un nuevo salón donde aguarda un hombre frente al cual el ciclista se detiene, se pone firme, lleva la mano que no sostiene el papel al cuello, desabrocha un botón y el gabán entero cae a sus pies pesadamente y con él gorra, gafas, bufanda y botas.

Ya desnuda por completo, la mujer entrega el papel.

El hombre saca la carta del sobre y la lee.

—Interesante.

—¿Hm? —dice otro hombre a lo lejos, en el mismo salón.

—Muy interesante.

—¿Hm?

Ambos caballeros abandonan el salón por otra puerta. Detrás queda, inmóvil, la mujer. A sus pies, toda su ropa como un mar oscuro del que naciera una Afrodita de pelo corto. Las luces del salón se apagan.

—El juego de Portsmouth, revelado —dice el primer hombre.

—¿Y?

—«Y», también.

—Oh.

—Sí.

—Interesante.

—Desde luego.

Los dos hombres avanzan por el nuevo salón. Pasos amortiguados sobre la alfombra. Estatuas flanqueando el camino. Decenas de ellas en el gran

*salón a oscuras.*

*—¿Quién ha sido? —dice el hombre que no sostiene el papel.*

*—Lea.*

*Los papeles se invierten y el segundo hombre es quien ahora sostiene el papel.*

*—Habría que avisar al señor M, ¿no? —dice el que sostiene el papel tras leerlo.*

*—Oh, el viejo profesor ya está avisado. —El otro hombre se detiene y acaricia distraídamente la línea vertebral y el trasero de una estatua bellísima. La estatua parpadea—. Y ha tomado medidas, por supuesto.*

# EPÍLOGO

Me llamo Anne McCarey y soy enfermera.

Pero el espejo me devuelve un rostro nuevo ahora. O mis ojos lo ven de otra forma, desprovisto de belleza, pero también de frustración. Mi rostro, hecho para mí, como mi vida, elaborado con la materia de mi realidad. Siento ese cambio, esa transformación interna, como si mi piel se vistiera de luz y sus consecuencias me resultan agradables. Ningún cambio real está en lucha con nuestros deseos: cambiar del todo es ser feliz. Los cambios tristes son solo formas distintas de seguir con lo mismo.

—Me llamo Anne McCarey y soy enfermera —digo.

Solo lo digo por informar, pero mi tono no oculta un leve desafío. La enfermera del Royal Portsmouth Hospital es una tarta de nata ambulante. Sus uniformes son los más maravillosos que cualquier enfermera podría desear. Intercambiamos sonrisas de reconocimiento entre compañeras y me guía por salas preciosas, pabellones de mujeres llenos de olorosas flores frescas, pasillos encantados por un lejano aroma a éter, muebles brillantados, suelos refulgentes, todo el maquillaje con que enmascaramos el dolor. Sonrío a cada paciente al pasar, supongo que por deformación profesional, y algunos, poco acostumbrados a que las visitas sean tan educadas como las empleadas, no me devuelven el gesto e incluso parecen ofendidos.

—Me llamo Anne McCarey, soy enfermera.

Solo lo digo como información a los policías uniformados que custodian la puerta. Se apartan como cortinajes y entro en un paraíso de luz. La habitación, en efecto, está tan limpia que refulge.

Y allí, en el centro, la gema sagrada del palacio.

Su delgadez inerme no oculta el poder de su brillo engastado en la cama, un estuche demasiado grande para la enclenque joya. Tiene los ojos abiertos, uno rubí, el otro aguamarina, pero sé que duerme. He aprendido a distinguir los símbolos en las rayas de su frente de nácar, un alfabeto de líneas jeroglíficas que me hablan solo a mí. Ahora apenas hay ondulaciones, y eso significa que se halla perdido en corredores infinitos, en uno de los aposentos del palacio destinado al reposo y la felicidad.



—Ha venido la señorita McCarey, señor —gorjea la enfermera como una alondra.

—Déjelo —digo—. Está durmiendo.

—Tiene los ojos abiertos.

—Está durmiendo.

Tomo una silla y me siento junto a la cabecera. El muñeco de porcelana no se mueve, rodeado de blancura.

—Muchas gracias, me quedaré un rato. —La enfermera-pastel de nata me devuelve la sonrisa y sale de la habitación. Es una habitación típicamente decorada para su ocupante. Nada en paredes, nada en suelo. Una ventana, una mesita blanca, dos sillas aparte de la cama. Esa es la razón de que él sea tan feliz, me digo: quienes ya viven en la nada no la temen.

Hay algo nuevo sobre la mesilla, sin embargo. Un pequeño libro.

Su presencia es tan extraña como encontrármelo en el fondo del mar. Intrigada, me inclino a cogerlo.

Es de *ese autor*. Del que nunca conseguía acordarme.

Entonces percibo un cambio.

Sigue con los ojos abiertos, no se ha movido, pero sé que ha regresado ya de su palacio y se asoma al balcón de la realidad, que tiene la exacta forma de su sonrisa.

—Señorita McCarey, hoy ha venido temprano.

—Buenos días, señor X. Ayer hablé con los doctores, por fin.

—¿Y?

Titubeo.

—Me dijeron que se recuperará... Por suerte, no se afectó ningún órgano vital.

—Oh, eso era seguro. ¿Y usted? —añade entonces—. ¿Se recuperará?

La pregunta no es fácil de responder.

Extraje el puñal tras la primera cuchillada arrastrando una guirnalda de sangre.

Soy enfermera y conozco los lugares donde puedo hacer más daño.

Vi al señor X derrumbarse siguiendo la dirección del brusco tirón del cuchillo al sacarlo de su cuerpo. La taza de té que sostenía y él cayeron uno junto al otro, en un mismo charco, como si ambos se hubiesen destrozado.

¡Cuánto placer sentí entonces! Vi sus pequeñas piernas flexionadas, su cabeza con el rostro entre las manos. Así, desde donde yo lo miraba, parecía un feto envuelto en batín. Un aborto maduro recién extraído, cortado ya el cordón de sangre que lo unía a la vida.

Me incliné para no errar mi siguiente puñalada, que tenía que ser la última.

Mi placer no tenía límites. Era un placer-mar: abierto a cualquier horizonte, creador de infinitos caminos. Un placer superior a mi cuerpo, pero *dentro* de mi cuerpo.

La espalda era mal sitio. Lo que debía hacer era cortar la carótida. Exánime como estaba, no me resultaba difícil. Solo tenía que alzar su mentón con la otra mano y revelar la cuna de sus latidos en el cuello. Allí, hacia ese último cordón azul, apunté mi cuchillo de matrona y alcé la mano para impedirle nacer.

Entonces vi que sus labios se abrían.

—Señorita... McCar... Anne.

Me hablaba.

Era increíble que lo hiciera. El cuchillo se había clavado en su vientre. Sus vísceras, al pronto replegadas, estarían buscando salida. Y junto a ellas saldría la vida tarde o temprano. El dolor debía de ser atroz, yo de sobra lo sabía: me llamaba... Bueno, eso no lo sabía en aquel momento, pero era enfermera. Sabía que era un dolor que, por fortuna, pocos seres humanos sienten jamás y que suele sentirse una sola vez.

Pese a todo, hablaba.

—Anne...

Yo sostenía aún, en la misma posición y altura, su sentencia de muerte goteante.

—Anne, le han hecho... esto... No es usted...

Mis labios se curvaron. Supongo que, vistos desde la posición correcta, invertida, eran una sonrisa. Desde otro ángulo, una mueca de tristeza. Todo dependía del ojo del observador, como la belleza.

—Anne...

Cada vez que decía mi nombre expulsaba burbujas rojas. Mi nombre era su sangre. Se moría un poco más cuando me nombraba, pero seguía haciéndolo. Terco.

—Anne... Anne... Es usted... superior a...

Mi cuchillo pendía. No indeciso: inmóvil. No titubeante: acechando.

Tenso.

—Han hecho... teatro... Pero usted es superior a... Quiere resistir...

Los latidos de su cuello me enviaban un mensaje cada vez más lento. Bajo su pequeño cuerpo se extendía una laguna de dolor rojo. Mis pupilas reflejaban aquel charco por duplicado. Rojas y redondas.

—Quiere resistir... Se llama Anne... Mi... bella y va... valiente Anne...

Fue entonces cuando me percaté de la presencia de un objeto junto a mí. Me ocultaba parcialmente la luz de la ventana de la habitación. Era un cuchillo ensangrentado. Pensé que flotaba en el aire, pero un brazo con la manga de un uniforme de enfermera de Clarendon House lo sostenía. Me quedé contemplando maravillada aquel miembro extraño mientras la voz exhalaba en el suelo palabras de agonía.

Estaba estupefacta: el brazo se prolongaba en mi hombro, rígido y dolorido, crispado. Mi hombro y mi cuerpo, y mi cabeza en lo alto y, dentro de ella yo, abriéndome paso...

—... No permita que nadie nunca... vuelva a engañarla...

Empecé a temblar. Pero solo debido a que pugnaba desde dentro. Quería romperme, estirarme, hendirme para poder asomarme.

A mis pies, la pequeña figura se deshacía en sangre.

Me llamaba Anne McCarey y era enfermera.

El cuchillo no me pertenecía. Lo arrojé lejos. Las lágrimas, ardientes, también fueron expulsadas. Brotó el dolor, la conciencia de lo que había estado a punto de hacer. Se perdieron, se rompieron todos los placeres y mi visión se nubló de cristales líquidos. Solo me quedaba él, encogido en el suelo como un niño recién nacido que esperase un abrazo. Y hacia él acudí. Así me hallaron Susie y Jane, alarmadas por mis gritos.

Ahora también lo hago. Me inclino, lloro y siento su mano sobre las mías.

—Mi querida Anne, no se culpe más —dice con la suavidad de siempre, pero con muchas más pausas, su vaso de vida y energía aún medio lleno—. No era usted... Fue el teatro de cámara al que la llevaron..., al que la llevó el señor Y... Así lo ha entendido la policía y mi familia...

—Pero ¿cómo...? Fui a servirle un té después de que Doyle... y... entonces...

—Cuando despidió usted a Doyle el otro día..., ¿qué hizo?

Había intentado recordarlo muchas veces. Poco a poco, como si mi memoria hubiese sido dragada hasta dejar a la vista los fósiles de los detalles, los hechos exactos emergen al fin a la luz.

—Espere, sí... Jimmy me dijo que había correspondencia. Una carta para mí. Pensé que era de mi hermano...

El señor X asiente.

—Pero no lo era, ¿verdad?

—No.

—¿Qué había en ella?

Demoro en responder porque ese recuerdo concreto sigue estremeciéndome —de placer— de horror.

—Dos grandes círculos negros dibujados a lápiz. Uno al lado del otro.

Mi «oso» de botones negros, pienso.

—Fue la forma que eligieron para activar dentro de usted las instrucciones que recibió —me explica—. Ya no fue usted misma a partir de ver ese dibujo... Cogió un cuchillo de cocina, me preparó un té y subió convertida en otra cosa... En una herramienta que ellos querían usar. Pero usted ha demostrado que nadie puede usarla ya.

—Pero yo... quise matarle... —murmuré. Era un dolor (placer) aún atroz.

—No, usted no, ellos. Usted solo fue usada. Enviaron esa carta cuando supieron que el señor Y había sido eliminado... Pusieron en marcha su último recurso. Fue muy cruel usarla a usted, pero le juro que lo van a pagar muy caro, señorita McCarey... Jamás cuchillo alguno, ni hecho de diamantes, les resultará más costoso que haberla usado a usted, le doy mi palabra.

Lo creo. Pero, al mismo tiempo, algo me resulta evidente.

—Usted lo esperaba... —digo, secándome las lágrimas—. Usted *esperaba* que ocurriera... Lo supo desde que el señor Y me llevó al teatro... Y me dejó ir, no me advirtió... —El silencio del señor X es la confirmación que no requiero—. ¿Por qué?

—Porque usted lo necesitaba.

—¿Qué?

—Señorita McCarey, ¿recuerda cuando el falso Doyle habló por primera vez de Coppelius, incluso insinuó que usted lo acompañara?

—Sí.

—¿Por qué lo hizo? ¿No lo ha pensado? ¿Por qué atraerla hacia la compañía donde estaban los responsables de los crímenes? Quería que se

fijara en esa puerta...

Hace una mueca de dolor y calla. Asiento.

—Sí, ahora comprendo.

—Tenían que usarla a usted... si todo fallaba. Y tiene razón: yo lo sabía, pero les dejé hacer... Usted necesitaba pasar por esa última escena y salir por fin... a la luz. Fortalecida.

—No lo sé.

—¿Qué no sabe?

—No sé si he salido «fortalecida»... Yo...

—El placer —dice el señor X.

—Sí —murmuro—. Fue...

—Inmenso —completa él—. Por eso ha salido fortalecida, señorita McCarey. Somos más poderosos que cualquier teatro, cualquier ilusión, pero usted necesitaba comprobarlo. Ahora sabe que nada puede hacernos creer en aquello que no queremos.

—Pero pude haberle matado...

—Sabía que no iba a ser así. Es usted la bella y valiente Anne. Y lo ha demostrado. Para siempre. ¿Desea colaborar conmigo, señorita McCarey? En llegar al final de todo esto. Puede ser muy arriesgado, ya lo ha comprobado...

—Estoy dispuesta —contesto sin dudar—. Con usted, lo estoy. —Para evitar mi emoción, señalo el libro sobre la mesilla—. *Alicia en el País de las Maravillas*... Lo he leído. ¿Lewis Carroll es su amigo de Oxford? ¿Por eso ha pedido que lo trasladen a la misma residencia de Oxford donde vivió antes de Portsmouth?

—La historia de ese libro y su autor es extraña —dice, eludiendo mi pregunta—. Ya se la contaré. Y, en efecto, debo regresar a Oxford de inmediato. Es urgente. —Y noto la típica inquietud en su voz, la ansiedad por enfrentarse a un nuevo desafío—. Pero dediquémonos ahora al solaz de la buena literatura. ¿Me leería un poco del libro? Quisiera repasar algunos detalles de esa historia antes de que viajemos...

Yo contemplo el ejemplar, pensativa.

—No tengo ganas de leer, señor X. Pero... se me ocurre... ¿Por qué no me lee usted a mí? En serio... Me encantaría que lo hiciera, para variar.

Le tiendo el libro. No lo coge. Su sonrisa se amplía como una luz.

—Mi querida señorita McCarey, qué mal mente usted... Se lo han dicho los médicos ayer, ¿verdad?

Me quedo mirándolo. Mi labio inferior tiembla.

—Ya no me importa que lo sepa —dice el señor X—. Al principio deseaba que usted confiara en mí, que creyera que hay otras formas de mirar, de vernos a nosotros mismos y a los demás. Ahora ya no me importa si también conoce mi pequeño secreto... Ponsonby y el doctor Marvel lo sabían, claro está, y solo se asombraban. Espero que a usted tampoco le importe saberlo...

Mientras habla, estoy moviendo mi mano frente a sus ojos. Son de colores distintos, pero idénticos ante el gesto. Nada parece alterarlos.

En efecto, me lo han dicho los médicos, y lo más increíble ha sido que no me he sorprendido demasiado. Bueno, un poco sí.

Acuden los detalles: su habitación siempre a oscuras, su torpeza al caminar en la playa, el por qué «nunca había visto» a sus padres, la petición de que alguien moviera las piezas de ajedrez y yo las anotara —para que Philipotts dijera sus jugadas en voz alta—, Jimmy leyéndole siempre y escribiendo todas sus cartas, su descuido al ignorar que yo no había salido de la habitación... *Detalles* .

Por increíble que le pareciera al falso Doyle tras examinarlo —y quizá creer, erróneamente, que sería inofensivo—. Por increíble y extraño que le pareciera a Ponsonby —que reclamaba que Doyle le entregara el informe a él para cumplir con la prohibición de su residente de no delatar su «secreto»—. Por increíble que resulte para todos cuantos lo hemos conocido realmente y sabemos de lo que es capaz...

Casi me eché a reír. ¡El único hombre que me había llamado «bella»!

Pero no había mentido. Me había *visto* .

Porque se puede ver sin ojos, matar sin asesinos, tocar música con instrumentos irreales.

—Le leeré un poco —digo mientras las lágrimas lavan mi nuevo semblante. El rostro de la bella y valiente Anne.

—Gracias. Antes iré al palacio para guardar todo lo que me lea...

Tiende las manos. Le entrego el violín.

El señor X toca una música maravillosa.

# NOTA FINAL

El doctor Arthur Conan Doyle terminó un manuscrito. Fue publicado años más tarde en el *Anuario de Navidad Beeton* . Lo tituló *Estudio en escarlata*. Un ejemplar de aquella primera edición fue remitido a una dirección concreta, dedicado de puño y letra por su autor.

Su dedicatoria dice:

«Para el señor Sherlock Holmes».

# AGRADECIMIENTOS

Imaginar una novela requiere a una sola persona; publicarla, a muchas.

Desde luego, en mi caso, muchas más de las que voy a citar aquí, pero déjenme intentarlo.

Gracias a la mejor agencia literaria del mundo, la agencia Carmen Balcells, y su equipo de grandes profesionales, en particular a Ramón Conesa, por sus esfuerzos y su ánimo constantes. Gracias a mis editoras, Ana Rosa Semprún y Miryam Galaz, y al magnífico equipo de la editorial Espasa, por confiar en las posibilidades de esta obra. Gracias a mi amigo el doctor Diego Jiménez Morón por su brillante lectura del manuscrito y sus provechosos consejos para mejorarlo. Gracias a mi amigo Fernando Chacón, que sacó tiempo de donde no lo había para leerlo. Gracias a María José, mi esposa, por acceder a oírme leer capítulo tras capítulo en lo que se convirtió en una especie de serial radiofónico en las tardes de verano, y devolverme en venganza sus atinadas críticas. Gracias a mis hijos, José y Lázaro, que siempre aportan sus particulares puntos de vista y ayudan a mejorar los míos.

En especial, mi eterna gratitud a mi padre, a quien este libro está dedicado, que un día me dijo esa simple palabra que nos dicen cuando nos entregan un libro que luego formará parte de nuestros sueños y nuestra vida para siempre.

El libro, en esa ocasión, eran las aventuras completas de Sherlock Holmes, de Arthur Conan Doyle.

La palabra fue la misma que a ustedes también les han dicho alguna vez:  
Léelo.



*Estudio en negro*

José Carlos Somoza

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© del diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño, 2019

© de la imagen de la portada, Valentino Sani / Trevillion Images

© José Carlos Somoza, 2019

© Diseño de interiores: María Pitironte

© Editorial Planeta, S. A., 2019

Espasa Libros, sello editorial

de Editorial Planeta, S.A

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: [sugerencias@espasa.es](mailto:sugerencias@espasa.es)

Primera edición en libro electrónico (epub): octubre de 2019

ISBN: 978-84-670-5745-4 (epub)

Conversión a libro electrónico: Safekat, S. L.  
[www.safekat.com](http://www.safekat.com)